

LA HISTORIA DE UN SECRETO INIMAGINABLE

el
AMOR
como un
ELEFANTE
• Reliquium •

L.V. VELÁSQUEZ

El amor como un elefante

Reliquum

L. V. VELÁSQUEZ

Copyright © 2011, 2016, 2019 L. V. Velásquez

Todos los derechos reservados.

SAPI Registro No. 8695, 2011
Registro de Obras No. 312232619, 2016
DNDA Certificado de Registro No. 10-821-245
IEPI Certificado de Registro No. CUE-003734, 2019

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del autor.

Esta es una obra de ficción y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Corrección de estilo: Jacqueline González

Mailto: jacogori@gmail.com

Diseño de Portada: Leidy M. Montiel

Foto de Autor: Leidy M. Montiel

Mailto: montiel.ideas@gmail.com

Edición Impresa: ISBN—9781092202008

Para Lee, mi gran amor y el motor que me mantiene viva

Mi agradecimiento para Gabriela Herrera, cuyos comentarios mantuvieron mi optimismo en esta obra.

Gracias a mi eterna amiga, Argelia Medina, sin su apoyo hace mucho que hubiera tirado la toalla.

«A quienes se empeñan en creen que el amor es sencillo, les aseguro que no lo es, pues el amor es siempre como un elefante en un cuarto oscuro».

–L. V. Velásquez

CAPÍTULO I

EXCRUCIŌ

Latín. Ind. Presente. Sg. Hacer sufrir,

torturar, atormentar, causar gran dolor.

I

MAYO, 2008

Pensaba que era valiente porque siempre se sintió capaz de enfrentarlo todo, incluso sus peores miedos, pero con esto era distinto, porque ella ya no es la misma.

Aceptar que el amor, verdaderamente, es como un elefante la obligó a afrontar con resignación un desamor que la ha transformado, que la ha convertido en una persona completamente distinta y desconocida, incluso, para ella misma; a pesar de que, en su interior, persiste una suerte de imagen residual de esa persona que había sido hasta hace muy poco.

Recuerda bien quién era y cómo, con el tiempo, una herida tras otra dejó de reconocerse en su propio reflejo, y aunque de vez en cuando es capaz de encontrar en el espejo a esa persona que por tanto tiempo creyó ser, sabe que ese extraño reflejo no es más que la suma de las cicatrices que la trajeron hasta aquí, hasta esta despedida que ha decidido no enfrentar pues, ha decidido irse sin decir adiós.

Esta persona, en la que se convirtió, teme despedirse, enfrentar su dolor y aceptar su pérdida. Por eso ha decidido irse así. La vida la ha transformado en una mezcla de heridas abiertas, desilusiones, pragmatismo y romanticismo patológico, capaz de tomar decisiones impulsivas y radicales cada vez que se convence de algo. Y hoy está convencida de que esto es lo mejor para todos.

Y aunque ahora, de camino a la recepción, la asalten de nuevo las dudas cree que debe hacer un sacrificio final, este último intento de preservar su secreto, porque, a pesar de no querer ser parte de la celebración, está convencida de que es la única manera de enterrar la verdad de todo lo que sucedió. Ya tendrá tiempo después para reponerse a esta tragicomedia medieval en la que se ha convertido su vida.

Es una noche extraña, quizá la más extraña que le haya tocado vivir. Siente que la vida se burla de ella porque, hundida en su propia tragedia, no es capaz de ver que el universo solo trata de decirle que, en efecto, esto es lo mejor para ella, pero no ha sido capaz de entender el mensaje porque ningún corazón roto es capaz de entender la razón de sus heridas, y el corazón de Maia está definitivamente destruido.

Sus ojos ya no son capaces de encontrar la belleza en todas las cosas como era costumbre, pues se halla más bien transitando un puente entre lo insoportable y lo fatídico, que cruza a sabiendas de que al otro lado solo encontrará sus ilusiones rotas, un terrible desamor y sus sueños sin

cumplir. Por eso, cuando mira el cielo pintado de ese azul profundo y decorado con esos miles de estrellas que insisten en brillar, a pesar de la luz de la ciudad, del reflejo de la luna y las inimaginables distancias, no puede sino ver la crueldad con que el universo ignora todas las pequeñas cosas y lo intrascendental.

“No hay dudas de que el universo nos ignora”, se dice. Y continúa su camino esperando que la elegancia de su atuendo sea capaz de esconder esa profunda tristeza que, en cada esquina y en cada semáforo, la hace reconsiderar su decisión de asistir.

Quisiera poder liberarse de este dolor que la ahoga y no tener que ir a ningún lado, ni tener que presenciar nada pero, al mismo tiempo, siente la irracional necesidad de ver este final con sus propios ojos. Necesita ser capaz de dar esta historia por terminada y, para conseguirlo, cree que debe atestiguarla.

Mira su reloj de pulsera y reconsidera una vez más su destino: finalmente, se le ha hecho muy tarde para ir. Solo tendría que darse vuelta y regresar a casa para librarse de este horroroso puñal que le atraviesa el pecho, y, sin embargo, una incomprensible ansiedad por llegar cuanto antes a la recepción persiste. Y, no por la razón que se esperaría, no. Su necesidad de llegar cuanto antes no se debe a que quiera minimizar la vergüenza de una llegada tan tardía, sino a que, ultimadamente, quiere constatar que es cierto, que sucedió y que ya no puede cambiar nada, sin importarle el cómo pueda afectarla lo que vea, necesita comprobar que, eso que tanto deseó que no pasara, había ocurrido sin que pudiera evitarlo y se estaba irremediablemente celebrando esa misma noche, bajo aquellas mismas estrellas en el lugar al que ansiaba no llegar.

Sin embargo, ya decidió que sí irá, contra todo lo que pudiera estarle advirtiéndole su sentido común, contra toda lógica y aunque en cada parada reconsidere sus opciones, cada vez, repite la misma elección: irá. Siente que no le queda ninguna otra alternativa porque, aunque la tenga, no la quiere.

“No será mucho rato”, se dice, suponiendo que una vez allí y dada su larga demora, solamente tendrá que esperar un par de horas para que la recepción acabe y la termine de sacar de la dolorosa pesadilla que se está obligando a vivir. Está convencida de que todo será rápido, pero no tiene en cuenta que, cuando se sufre, el tiempo pasa más lentamente. Su momentánea irreflexión la hace valiente porque ¿no luce así el coraje todas las veces? ¿Cómo saber, entonces, cuándo se es realmente valiente y no simplemente estúpido? ¿O es que acaso la diferencia existe únicamente en la inconsciencia de la propia estupidez?.

Un semáforo en rojo detiene en seco sus reflexiones y, durante la obligada espera, su mirada se pierde en un pasado, tan inimaginable, que ahora no sabe si vivió o soñó. Las memorias regresan para atormentarla y sus manos se congelan sobre el volante cuando, aquel recuerdo, el que suele volver con frecuencia, la sacude otra vez con la intensidad de siempre, obligándola a desenterrar unas palabras que termina murmurando mientras se hunde en el repaso del amor que la atropelló y que ahora la ha dejado como perdida en el tiempo. El pasado y la melancolía, siempre le ganan.

Y así, consumida por una ilusión rota y un pasado inmencionable, finalmente murmura esa pena que ya no puede guardarse dentro y que le curte la voz de una nostalgia que parece escurrírsele al declamar para sí:

“Cerré mis ojos para no verte y perderme.
Cerré mis ojos para no envenenarlos con tu recuerdo,
para no envenenar mis manos con el deseo de tus dedos,
para no envenenar mi pecho sabiéndote lejos”.

La luz del semáforo cambia a verde otra vez, pero es necesaria la explosión de una bocina para

hacerla reaccionar. Despierta con un pequeño sobresalto y, de inmediato, pone el auto en marcha, toma el siguiente cruce a la derecha y, apenas unos metros después, se encuentra en una zona residencial llena de árboles y casas tan grandes, casi como mansiones.

“Sin duda, debe ser por aquí”, se dice, amargamente. Entonces, reduce la velocidad, saca del bolsillo de su chaqueta la invitación, se inclina sobre el volante y se dispone a ubicar la calle y la casa, pero mientras busca, el pasado la ha seguido consumiendo y, probablemente esperando poder drenar toda esa ansiedad que la atormenta por el inminente reencuentro, continúa:

“Y miré al cielo para no encontrar tus ojos,
para no encontrar tus manos
tropezar tu pecho.
Y en medio de la multitud hui de ti,
para salvarme del hechizo de tus labios,
para salvarme del deseo de tus besos,
de la locura de saberte imposible y
de la culpa de saberme perdida”.

Un par de cuadras más, y al cruzar de una esquina, se encuentra con una calle repleta de autos en la que no se le dificulta ubicar y confirmar la dirección. Verifica la calle una última vez, solo por si el error le regalara una excusa para desaparecer, pero no, sí es la décima. Es esta.

De inmediato, busca un lugar para estacionar y pronto lo halla, estaciona rápidamente, pero se queda dentro del auto un rato sin siquiera apagar el motor. Está meditando, reevaluando, considerando la idea de que mientras nadie la haya visto todavía, estará a tiempo de irse y desaparecer porque, ahora, cuando por fin ha llegado, no sabe si tendrá las fuerzas para enfrentarlo todo.

Mira a través de la ventana con tristeza y luego hunde la cara entre sus manos, todavía firmemente aferradas al volante, buscando encontrar las fuerzas necesarias para hacer algo que no quiere. Inhala y exhala un par de veces, buscando la calma, pero solo consigue volver a perderse en aquel recuerdo que siempre termina repasando hasta el final:

“Pero de la nada me encontré tu mirada
y ahora, cuando ya mi cuerpo sufre tu veneno
y así mis manos
y así mi pecho
solo espero morir lentamente y sin remedio
mirando nada más que tu recuerdo
buscando nada más que tus besos”.

Es su poema. Y sonrío ante la sorpresa de todavía recordarlo, aunque ya no recuerde cuando lo escribió. Recita las últimas líneas y guarda silencio, porque no desea quedarse más tiempo del necesario en una época que preferiría dejar atrás, en el pasado o en el olvido, si se concediera hacer lo que es debido. Revivir ese momento hoy es igual de fútil como todas las veces antes de esta, pues no recuperará lo perdido recordándolo, ni traerá de regreso el tiempo que se fue. Sabe que de avivar el pasado solo resulta la nostalgia y que hoy es mejor evitar.

Suspira con fuerza su decisión de terminar con todo de una buena vez, apaga el motor y sale del auto cerrando suavemente la puerta tras ella, pero quedándose petrificada en el medio de la calle con la mirada fija al frente, expeliendo la poca determinación que pudo juntar y que apenas le

alcanzó para salir del auto. No se siente preparada para esto y teme no saber cómo reaccionará cuando la vea. Ante las dudas que la asaltan y en un acto reflejo, compulsivo y nervioso, verifica su apariencia minuciosamente: se sacude el pantalón con las manos, comprueba que su blusa y su chaqueta tengan los dobleces en su lugar; pasa la mano por su cabello corto buscando despejar sus ojos maquillados. Se mira en el reflejo de las ventanas del auto y revisa cada detalle exhaustivamente: que las mangas de la camisa asomen de la chaqueta solo un centímetro, que los accesorios continúen en donde se supone que van, que sus manos luzcan todavía arregladas y que su cabello tenga cada mechón en donde corresponda. Nada pasa desapercibido y todo es revisado una y otra vez, porque lucir bien hoy, será su única defensa y debe asegurarse de llevar correctamente su elegante traje de guerra, andrógino y sobrio como una armadura.

Una vez que ya no queda nada por revisar, cuando ya lo ha compulsado todo por varios minutos, no tiene más remedio que hacer un último y desesperado intento por deshacerse de sus miedos, su rabia y su dolor, sacudiendo los brazos caídos.

Tan pronto cree haber juntado las fuerzas suficientes, cruza la calle decidida, aminorando la marcha al llegar a la entrada del jardín, donde se detiene para observar con detalles la casa inmensa que se levanta frente a ella y en la que no había reparado, sino hasta ese momento. Viéndola tan de cerca, ahora tiene la sensación de estar frente a una antigua fortaleza.

Sus pasos, lentos y pausados, le permiten notar el diseño clásico y lujoso de los ventanales del piso superior, la entrada amplísima, el verde jardín sin cerca y el gigantesco árbol decorado con lucecitas que caen de sus ramas como una lluvia de estrellas, a lo largo del camino que lleva hacia la puerta principal.

Todo se ve tan romántico que siente como si hubiese equivocado el entendimiento de todas las cosas que pasaron. Como si todo ese pasado que deseaba olvidar hubiese sido un error de su juicio y lo que sintieron hubiera existido únicamente en su imaginación, pero ¿era siquiera posible que alguien pudiera equivocarse tanto?

Pronto, los sonidos que escapan de la fiesta le advierten que está cerca de la entrada, y su corazón salta ante el inevitable e indeseado encuentro que ha decidido no evadir. Unos pasos más y el ritmo sordo de la música y el murmullo de voces que escapa del lugar la hace detener para preguntarse si de verdad tiene que pasar por todo esto. Es su última oportunidad para decidirlo, sin dejar testigos de su desafortunada presencia. ¿Qué más le daría? Su presencia no cambiará nada, su ausencia tampoco. Realmente da lo mismo irse o quedarse. Y cuando, por un único segundo, se creyó decidida a desaparecer y olvidarse de todo, hasta se dio la vuelta con la intención de manejar en dirección al norte, sin mirar atrás. Sin embargo, finalmente, no se va. No puede. En su cabeza, esa conocida voz interior que parece nunca callarse piensa que el mundo es ignorante solo de lo que no quiere saber. Nadie quiere saber nada que le resulte incómodo, porque nadie acepta saber lo que no es capaz de entender. Esta idea consigue darle un poco de tranquilidad, pues teme no ser capaz de seguir ocultando un secreto que, no solo le ha costado mucho encubrir, sino que además ha pagado muy caro.

Siente las manos húmedas, temblorosas, y se muerde los labios buscando una manera de obligarse a reaccionar, pero por más que lo intenta, no logra moverse; levanta la mirada y sus ojos claros se llenan de lágrimas haciéndola suspirar profunda y afanosamente en busca de serenidad, porque no quiere —y no puede— llorar hoy. Es algo que debe evitar a toda costa, especialmente este día, cuando su armadura, su corazón roto y su dignidad le exigen fortaleza.

La fuerte música y las voces de la fiesta, repentinamente, escapan del lugar propinándole un gran susto. La puerta abierta de la casona deja salir a una pareja que camina distraída en su dirección y que pasa, indiferente, junto a ella. Por suerte, para su indecisión, no los conoce.

Exhala bruscamente la momentánea angustia causada por el miedo, sonrío a sus nervios irracionales y decide que enfrentará este momento de una vez por todas, ya que cree que es el precio a pagar por haber vivido algo que no debió sentir y procurar aquello que no debió suceder. Este será su castigo. Y entonces, y solo entonces, luego de juzgarse y sentenciarse a sufrir, avanza con resignación hacia la puerta de su castigo recorriendo un camino tan largo que, bien pudo llevarla de un lado al otro de la galaxia.

Su primera sorpresa es la cantidad de gente en el lugar. Realmente no esperaba una fiesta como esa, con la música sonando tan fuerte que se puede sentir el ritmo retumbar dentro del pecho, con las mesas repletas de comida y las bandejas atiborradas de alcohol.

No se le hace fácil moverse entre tanta gente y avanza lentamente, abriéndose paso con dificultad. De tropiezo en tropiezo, debe saludar a sus conocidos, algo que procura hacer rápidamente y limitándose a gestos corteses, mientras trata de abrirse camino a través del pesado tráfico de desconocidos. Se siente incapaz de compartir la alegría que invade todo el lugar, pero se esfuerza en fingir sonriendo y saludando amablemente a borrachos, conocidos, amigos y desconocidos por igual.

Todo luce elegante y romántico, aunque la música chabacana desentone con el estilo general. Los arreglos florales están por todas partes y los meseros deambulan entre los invitados alimentando borracheras y excesos con botellas de champaña y comida por montón. Es una de esas fiestas que ella jamás habría deseado para sí, una llena de vanidades y licor en demasía.

Cuando por fin consigue pasar del *lobby* y llega hasta la entrada del área principal, se tropieza con un grupo de invitados que conversa animadamente en medio del camino, obstruyendo el paso y reteniéndola, sin prestar ni la más mínima atención a las incomodidades que su descuido le genera a todos a su alrededor. Busca un espacio para cruzar, pero a un lado están el bar y la pista de baile tan llenos de gente que hacen el área intransitable. Mira entonces al otro lado y, aunque no logra ver bien, le parece que el paso está menos congestionado y decide cruzar por allí. Apenas da unos pasos, cuando al levantar la vista de la multitud de zapatos que intenta no pisar, ve a Caterina, quien vistiendo su traje de novia, escotado y elegante, posa para su sesión fotográfica, al pie de la escalera principal.

Maia queda impactada por la visión. La belleza de Caterina siempre la ha dejado sin aliento. Su piel dorada, su cuerpo delgado y pequeño y sus ojos almendrados de color miel, la embrutece cada vez que la ve, sin excepción. De inmediato, nota que se ha cortado y teñido el cabello con un tono rojizo y, extrañada, no puede evitar preguntarse: “¿Qué novia cortaría su larga cabellera pocos días antes de la boda?”, pero no llega a responderse porque, como siempre, la admira hipnotizada, su alrededor desaparece y siente que el tiempo se detiene. Para ella, en ese momento y luego de unos terribles días, que le han parecido una eternidad, nada más existe. Frente a ella, el mundo se desintegra y el vívido recuerdo del momento cuando se conocieron, la posee y se la lleva muy lejos en el tiempo, a una época en la que no habría sido capaz de imaginar nada de lo que hoy es historia vieja y sin contar.

II

OCTUBRE, 2003

Se abre la puerta de vidrio de la sala de espera, el sensor campaneaa suavemente y Caterina entra apresurada, empujándola con dificultad. Maia está de pie en el fondo de la sala, apoyada al borde del ventanal, abraza su carpeta de documentos y, al verla entrar, supone que también ha venido a la entrevista, pero de inmediato nota que algo extraño sucede dentro de sí misma, algo desconocido sobre lo que no es capaz de poner el dedo con exactitud. Un sentimiento nuevo, insólito y poderoso, que aparece de la nada y le sacude el pecho sacándola de su habitual rutina de languidez emocional. El recuerdo de este impacto, le permite revivir claramente el golpe que sintió en el mero centro del pecho aquel día, cuando la vio por primera vez, y también el extraño ardor en sus entrañas, ese impreciso y acalambreado dolor que, después de tanto tiempo, aún es capaz de revivir con claridad. Se acuerda de todo, de todas las pasiones, el vacío en el estómago y la confusión al advertir su belleza en el instante mismo de verla. Rememora la alegría y el vértigo invadiéndole el corazón. También evoca claramente el tedio, su matrimonio solitario y la apatía que había llegado a sentir por su propia vida. Recuerda todo tan bien, que ahora se le hace mucho más fácil entender su historia, la misma que hace años la hacía sentir atrapada dentro del laberinto oscuro que resultó ser una fatídica combinación de sus propios miedos y prejuicios, mezcla de la que apenas pudo salvarse.

Caterina se detiene cerca de la entrada, mientras que Maia la observa acercarse nerviosamente a consultar con la recepcionista, anotarse en la lista de entrevistas y cruzar por el centro de la sala para sentarse a la larga espera de su turno.

Maia aprovecha el momento para detallarla, al mismo tiempo que lucha contra el desafuero que su imagen le ha provocado cuando, admirando su cabello largo y castaño, su piel dorada, su cuerpo delgado y sus curvas leves, se encuentra de pronto perdida dentro de su propia cabeza: “¿Qué le sucede? ¿Por qué, súbitamente, se siente extraviada y enterrada bajo un montón de cosas nuevas que surgen desde sus adentros y que la atropellan, la confunden y la incomodan?”. La incomodan, sí, porque es lógico incomodarse ante un universo interior que, hasta ese momento, le era completamente desconocido y no le facilita, en lo absoluto, el entendimiento de lo que le acaba de suceder al ver a esta desconocida entrar a la sala.

Maia no suele rechazar lo nuevo y por eso se esfuerza en imponer un mínimo de orden dentro de sí, procurando poner todas estas nuevas pasiones a raya por un momento, mientras decide qué hacer, cómo reaccionar —si es que lograra hacerlo—, o cómo manejar esta nueva situación.

Mira a su alrededor y calcula que ha estado en ese lugar por unas dos horas y que, a juzgar por la cantidad de gente que continúa a la espera de la entrevista, estarán allí, por lo menos, durante otro par de horas. Eso por una parte la contenta, porque sabe que habrá tiempo, aunque no sepa exactamente para qué, porque su cabeza se siente repentinamente revuelta y llena de preguntas sin respuestas. Nunca se había sentido así, siempre había sido capaz de identificar sus pasiones y sentimientos, por oscuros, inesperados o extraños que pudieran parecer. No obstante, esto era distinto y no lograba entenderlo, tal vez debido a que su vida había estado detenida por tanto tiempo, que la práctica y la puntería en estos asuntos había comenzado a fallarle. Prefiere, entonces, suponer que su intempestiva agitación cederá luego de un rato, cuyo paso se dispone a esperar con la firme esperanza de que la claridad regresará naturalmente para devolverle la calma y el control del descarriado tren de emociones que parece estar atropellándola.

Mientras tanto, Caterina ni siquiera parece haberla notado. Está completamente hundida en sus

preocupaciones pensando que, tanta gente a la espera de una entrevista significa una gran competencia, algo que la hace sentir insegura y muy nerviosa, porque necesita el trabajo desesperadamente. Tenía grandes esperanzas de ser contratada, pero ahora cree que hay una posibilidad muy baja de conseguir el trabajo, gracias a la angustiante cantidad de gente que se ha postulado al mismo cargo.

Su nerviosismo no tarda en ser notado por Maia quien, desde su lugar, puede detallarla y ver claramente el miedo en sus gestos, como cuando tintinea sin cesar su llavero entre los dedos, se muerde los labios insistentemente o mueve sin parar los pies dentro de unos zapatos que parecen querer bailar sin cesar, como los zapatos rojos del cuento de Hans Christian Andersen. Entonces, sonrío para sí su pequeño descubrimiento y se sorprende de su propia reacción ante la presencia de esa desconocida quien, sin ninguna explicación aparente, parece generar una invencible fuerza de gravedad que provoca la inevitable necesidad de caer en su dirección. Pero se resiste, lucha contra sí misma y no lo hace. No de inmediato, por lo menos. Evita hacerlo a toda costa porque, sin saber exactamente la razón, teme a un vergonzoso desaire. Así que, trata de distraerse fijando nuevamente su atención en el paisaje citadino que se aprecia a través de la ventana, para así poder olvidarse de esta extraña mujer que ha perturbado su acostumbrado y preciado tedio, sin estar todavía muy claro el porqué.

Pasado un rato, sin embargo, debe aceptar que no puede ignorar lo que le es obvio: que quiere conocerla, estar cerca de ella; y el interés se le presenta sin dudas en la manera casi hipnótica en la que su mirada insiste en no perderle pista, pareciendo saber, mejor que ella misma, lo que quiere. Su reacción inicial le resulta insólita, esa inusual negativa de ir a conocerla, así, simplemente, cuando conocer todo lo nuevo y confrontar todos sus miedos había sido, hasta ese día, un principio inviolable.

Para Maia, la reacción natural ante todo lo nuevo y lo desconocido ha sido siempre la de descubrir, explorar, conocer y aceptar. La verdad es que eso de ignorar o evitar lo que no entiende, nunca se le ha dado bien, gracias a que su curiosidad ha sido siempre la más persistente de sus cualidades y también el peor y más pertinaz de sus defectos. Y no sería distinto para esto.

La nueva y enteramente desconocida situación la tiene completamente sobrecogida y, aun así, no puede —ni quiere— seguir evitándola. Se siente hechizada, confusa, feliz y preocupada, todo a la vez. La observa preguntándose qué es lo que le está pasando mientras que, atontada, la observa arreglarse el cabello y tratar de conseguir comodidad en una incómoda silla rota que insiste en moverse y rechinar. Desde el otro lado de la sala, Maia sonrío ante la sorpresa de que, hasta su distraída torpeza, le parezca encantadora.

Decide acercarse para honrar su principio de enfrentar sus miedos, pero justo cuando se preparaba para dar el primer paso en su dirección, las miradas se cruzan avergonzándola y haciéndola bajar velozmente la cara para disimular su interés. Sin embargo, Caterina no parece haberle puesto la más mínima atención y sigue con lo que hacía, cambia de silla, saca un libro de entre sus cosas y trata de concentrarse en la lectura. Y esto sí que era un asunto peligroso: el gusto literario era una de esas cosas que Maia consideraba un factor decisivo porque, alguien sin educación literaria no era para ella ni aunque lo fuera. Era una de esas cosas que podía convencerla de tachar a alguien de su vida, sin ninguna otra consideración. Y no es que fuera una erudita, pero pensaba que eso hablaba de forma inequívoca del tipo de persona que alguien podía ser. Así que, de inmediato, su prejuiciosa curiosidad literaria trata de identificar el libro que el objeto de su interés está leyendo, solo para descubrir, desde la borrosa distancia de los defectos oculares, el título *Muchas vidas, muchos sabios*, un libro que leyó hace mucho y que considera sin valor, ni literario, ni científico, ni imaginativo, y la verdad, no entiende por qué alguien lo

leería a menos que fuese por ignorancia, mera curiosidad o una tragedia personal que se busca entender o justificar. Aunque la pregunta importante era ahora, ¿cuál podría ser el caso de ella? Y la posibilidad de una mala respuesta que lo habría cambiado todo, esta vez no lo hizo.

La propia Maia no sabe bien por qué, ya que suele ser muy intransigente en ese aspecto, algo que además nunca ha negado, pero con esa razón para ahuyentarla, las cosas habrían podido ser muy distintas, debido a su creencia de que las mentes simples leen libros de estación de gasolina y las complejas leen a Sábato, al Gabo o a Cortázar. Decide que, como su curiosidad ha crecido rápidamente al descubrir el título de la lectura, se acercará a conocerla para responder las preguntas que tiene sobre los dudosos gustos literarios de la desconocida. “Será solo eso —piensa— será únicamente conocerla, curiosear un poco, tal vez reírme otro poco y nada más”.

Se pone en marcha y comienza a acercarse, con los restos de unas dudas que pronto desaparecen tras sus pasos desenfadados y resueltos. Camina hacia ella y no tarda en descubrir que va, sintiéndose como una abeja que va de regreso a su panal. Es como si por primera vez estuviese andando el camino que siempre había debido andar y, tras recorrer esos pocos metros, llega decidida hasta ella sintiendo que su corazón va a explotar.

De pie, ya frente a ella, siente un intenso vértigo que resulta ser pasajero. Se sintió en caída libre un momento, sí, pero fue únicamente por un segundo, ese segundo justo antes de descubrir algo completamente nuevo en su pecho, muy parecido a una certeza que, no solo ha hecho que todo lo demás desaparezca, sino que además parece advertirle que la vida está tratando de devolverle algo que no sabía perdido, algo que ahora llenará todo el espacio que una vez ocuparon las dudas y los miedos.

—Hola, soy Maia. —Le dice sin más.

Y sin esperar respuesta, se sienta junto a ella mirándola con una gran sonrisa y con la mano extendida a la espera de ser estrechada.

Caterina levanta sorprendida la vista de su lectura, pero ante lo inesperado del encuentro, no logra articular nada con rapidez, una torpeza que las deja sin más remedio que mirarse en silencio, extrañamente sorprendidas de verse por primera vez.

Buscando urgentemente recomponerse para encontrar las palabras perdidas, Caterina cierra el libro y sonríe queriendo ganar unos segundos que le ayuden a recuperar la voz, inexplicablemente extraviada, y en un gesto compulsivo, consecuencia de sus nervios, se acomoda algunos mechones del cabello detrás de las orejas preparándose para algo, aunque no sepa exactamente para qué.

Mientras, para Maia, el tiempo parece detenerse en ese momento, justo después de esa primera mirada que compartieron, mientras ella se acomodaba el cabello. Y así, sin saberlo, el mundo cambia para las dos, en maneras que, aunque todavía no son capaces de comprender, serán decisivas en sus vidas, porque los sentimientos cambian todo lo que tocan.

—Hola, soy Caterina —contesta luego de unos segundos que le han parecido una eternidad.

Las manos se estrechan, los labios sonríen y las miradas se cruzan nerviosamente esquivas. Ambas parecen haber hallado algo, una en la otra, aunque todavía no sepan exactamente qué.

Finalmente, y para su alivio, Maia pronto descubriría, de entre tantas cosas nuevas, algunas propias y otras ajenas, que una tragedia familiar que Caterina estaba por enfrentar era la razón de la horrorosa lectura de aquel día.

En medio de la multitud de invitados de la recepción, completamente hundida en su recuerdo, Maia se sorprende de la claridad con la que todavía es capaz de revivir los detalles de ese día, cosas tan pequeñas como el perfume de Caterina mezclado con el olor de la sala de espera, el color del cielo a través de las ventanas, su sonrisa tímida, sus labios esquivos y sus dedos echando el cabello hacia atrás. Absolutamente todo continúa tan fresco en su memoria, a pesar de

los malestares y los olvidos, ahora tan frecuentes, que no puede sino reflexionar sobre lo absurdo que resulta el que a veces seamos capaces de recordar cosas que, como esa, en una época lejana parecieron insignificantes, pero que en realidad escondían el momento exacto del gran cambio en nuestras vidas. Un cambio que llegaba para modificar el destino de quienes, sin saberlo, recorrían los caminos equivocados, empeñándose en cruzar parajes que no estaban destinados para sus pies.

Según el Rabino Shemuel ben Nachmani: “No vemos las cosas como son. Vemos las cosas como somos”. Y tiene razón. El prejuicioso ve prejuicio, el optimista lo bueno, el pesimista lo malo, el acomplejado su complejo, el romántico ve la vida a medias y el realista solo ve la vida tan cruda como cree que es.

Dime qué buscas y te diré qué encontrarás.

Sin embargo, lo que pudiera sucederle a alguien que no sabe que está en medio de una búsqueda y que, por lo tanto, no tiene idea de qué buscar o en dónde, será siempre un misterio hasta que lo que tenga que pasar finalmente suceda, para revelar una realidad antes invisible e inimaginable. La vida entonces le sorprenderá en el descuido, mirando en otra dirección, y de la experiencia no obtendrá nada más que las preguntas del camino, todas sin respuestas. Tampoco le quedarán opciones para elegir algo distinto, ni un plan “B”, ninguna solución que pudiera ser prevista, ni nada, porque la vida le arrebatará todo privilegio de prevención de daños y con eso, toda la cordura tan ferozmente defendida se irá también.

Mucho del miedo con el que solemos vivir desaparecerá, cuando la vida avance en su propia dirección atropellándolo todo para llevarnos en campo traviesa hasta ese único lugar al que jamás habríamos ido a voluntad.

Nadie nunca es capaz de imaginar que su propia vida lo pudiera lanzar tan lejos de todo lo que creyó y lo que soñó, lejos de todo el mundo conocido, a merced de unos sentimientos, de unas pasiones y de unos miedos en los que cuesta reconocerse y entenderse como la misma persona que siempre se ha creído ser.

III

MAYO, 2008

Maia regresa de su corto viaje en el tiempo, para seguir admirando a Caterina en medio de la agitada sesión fotográfica que tiene lugar al pie de la magnífica escalera principal.

Dos de sus damas la ayudan a arreglar la caída del vestido sobre los escalones, cuando en medio de la agitación y las instrucciones, Caterina levanta la vista y la encuentra mirándola también desde la corta distancia, apareciendo y desapareciendo entre la gente que pasa y apenas visible entre la multitud. Las miradas se cruzan y las sonrisas se escabullen tímidamente al saludarse con un agitar suave de las manos, pero un saludo a lo lejos no será suficiente. Y a pesar del entendimiento tácito de la separación tan necesaria entre las dos, Caterina lo detiene todo a su alrededor para ir rápidamente hasta ella que, al verla correr en su dirección, acelera el paso como puede para recibirla con un abrazo en el que consiguen apretarse fuertemente con las mejillas juntas, los brazos rodeándolas por completo y los ojos batallando una guerra silenciosa, cuyo objetivo es mantener oculto el secreto que comparten. La lucha es muy dura y sus caras no son capaces de mantenerse idealmente serenas para evitar suspicacias y, en cambio, destellan intensas expresiones, confusas e ininteligibles, que no hacen posible el distinguir con el solo hecho de mirarlas, si están felices o tristes por el reencuentro.

—¡Qué bueno que viniste! —Le dice Caterina al oído todavía apretándola con fuerza.

Mas, el abrazo pronto las lleva a un terreno difícil y el espinoso silencio que guardan grita desesperado a través de una cortina de lágrimas, que insiste en cubrir sus ojos, pero que se mantiene renuente a caer más allá de las pestañas. Una sonrisa arrojada por Maia como un aullido de dolor ante la imposibilidad de decirse nada, hace que los lamentos finalmente se derramen y que las dos lloren unos disimulados cristales que caen sobre el piso para convertirse en gotas de sufrimiento que no alivian nada.

Maia se aprieta aún más fuerte contra ella deseando poder echar el tiempo atrás para revivir todo lo hermoso que una vez sintió y que ahora no es más que dolor y amargura, pero sabe que no es posible, que recuperar el árbol de las cenizas que han dejado sus ramas es un absurdo. Además, sabe que ya nada sería igual. No es que ya no tenga sentimientos por Caterina, no, es solo que el amor, el sufrimiento y la pérdida la han cambiado de maneras que todavía no comprende. Un poco así, como cuando se cambia de estado la materia y se convierte el hielo en agua, en gas y luego en plasma. En esencia es siempre hielo, solo que ya ni luce ni se comporta igual.

Se separan un poco para mirarse, pero ninguna de las dos se atreve a romper del todo aquel abrazo y prefieren quedarse tomadas de las manos, mientras se miran atormentadas por un silencio irremediable frente la imposibilidad de cambiar lo que haría falta. Tenían tantas cosas que decir, pero allí no pueden decirse nada, no así. No ahora. Ya no.

El tiempo para decir las cosas que debían ser dichas ya pasó y el silencio es lo único que les queda, tanto a los cobardes como a quienes ya lo dijeron todo sin haber podido cambiar nada. Por eso ambas callan. Solo que una calla por miedo y la otra porque no le queda más remedio. Y ahora todo lo que resta es esto, este momento, este silencio y la mirada intensa que comparten al tratar de sonreír la tragedia de descubrirse felices de verse.

La dama de honor se impacienta y comienza a llamar, insistentemente, a Caterina para que regrese a terminar la sesión de fotos; y aunque ella no lo quiera, deberá finalmente atender, no solamente los obstinados llamados de su dama para concluir la sesión, sino todo el elaborado protocolo que se corresponde con la importante ocasión.

—Tengo que terminar la sesión. —Se excusa con la voz quebrada por la emoción—, pero trataré de alcanzarte luego, ¿sí?

Maia sonríe tristemente sin decir nada. Sabe bien que eso no sucederá, pero le responde con una amabilidad que, aunque forzada, era la indicada. Ya no hay nada más que pueda hacer y se entrega resignada a su realidad:

—Seguro... —contesta suavemente y con los ojos llenos de dolor.

Caterina la besa en la mejilla larga y tiernamente y se aleja, para con obvio esfuerzo, retomar su sesión fotográfica. Solo que ahora deberán retocar el maquillaje que las lágrimas arruinaron.

La dama de honor, que en realidad es una dama de horror, le lanza a Maia una mirada de odio, mientras trata desesperadamente de arreglar las inconvenientes marcas de todas esas cosas que no le es posible entender y de las que nunca será capaz, porque su corazón nació con un defecto congénito que no le permite ni amar ni simpatizar con lo ajeno; una minusvalía que le impide entender cualquier cosa que no sienta en primera persona y que la condena a vivir en un círculo vicioso de desdén por el prójimo. Cada vez que es testigo de “eso” que sucede entre Maia y Caterina, aunque no sepa lo que es —porque realmente no lo sabe— ni sea capaz de entender por qué existe, siente unos celos yugulares que tampoco entiende, pero en los que no recapacita porque su naturaleza es instintiva, no reflexiva. Es por esto que ella y Maia siempre se han despreciado mutuamente, y es también la razón por la que para las dos será un alivio el no volverse a tropezar teniéndose que saludar como si fueran las más queridas amigas.

Desde la corta distancia que las separa, mientras se recompone, Maia se da cuenta de que la dama de honor, confundida —como siempre— interroga a Caterina sobre esas tan inadecuadas lágrimas que han arruinado el elegante maquillaje, pero, igual que siempre, sus preguntas quedan sin responder porque a la novia ahora solo le preocupa reponerse para poder continuar con su noche y terminar lo empezado, por lo que se limita a ignorar todo cuestionamiento para concentrarse en continuar cuanto antes con su sesión. “Una cosa a la vez —se dice a sí misma—, una - sola - cosa - a la - vez”.

Desolada, rota e incompleta, Maia observa a Caterina regresar a sus labores de novia y siente que el corazón se le deshace dentro del pecho convirtiéndose, finalmente, en los restos de todo lo que pudo ser. Quisiera poder entregarse al llanto, pero allí no puede hacerlo y las lágrimas deben ser —y son— contenidas. Ahora, únicamente necesita hallar la manera de remendarse cuanto antes y sonríe a la tristeza de hallarse en tan absurda situación, una que pudo evitar, pero que prefirió vivir pensando que le pondría fin a todo eso que no para de darle vueltas en la cabeza. Apenas ahora, en medio de su propia tormenta es cuando recapacita en la estupidez suicida del fallido razonamiento que la hizo tomar la decisión de asistir.

Un mesonero llega hasta ella con una bandeja de copas llenas y Maia toma tres seguidas que le arrugan la frente con un dolor helado y paralizante, mientras que el hombre enrolla los ojos desaprobando la pequeña falta protocolar, pero es que, si quiere sobrevivir la noche, deberá utilizar todas las tácticas a su alcance, y el alcohol es siempre el mejor recurso a la hora de olvidar o volverse un inconsciente. Y a decir verdad, un poco de inconsciencia tampoco le haría mal, no ahora, en todo caso.

Maia admira a Caterina, en la distancia una última vez, notando la gran cantidad de familiares y amigos que rodean el área esperando con impaciencia la oportunidad de fotografiarse con la flamante novia. Un conocido pasa raudo en ese momento preguntándole si no va a fotografiarse con Cat y apenas le da tiempo de negar con la cabeza. “Lo último que quiero es un recuerdo de esto”, piensa mirando a su alrededor y riéndose de lo insólito de todo, sin embargo, no puede continuar en un lamento eterno, así que decide que debe finiquitarlo todo de una vez y por todas,

haciendo lo que se había propuesto hacer desde el principio: dejarse ver por todos, saludar como si nada y largarse tan pronto como pueda. Nada más.

Tomada la decisión, suspira buscando llenar sus pulmones de coraje y, esperando poder exhalar todo lo demás, camina abriéndose paso en dirección al patio trasero, que es en donde realmente la recepción está teniendo lugar. Al llegar, nota que es mucho más grande de lo que había pensado y que toda la fiesta es mucho más opulenta de lo que había imaginado, especialmente si tomaba en cuenta todo lo que había pasado en los días previos, o quizá era esa, precisamente, la razón de tan nutrida celebración, pues siempre parece más creíble la negación cuando se grita.

A pesar de estar separado del salón de baile, únicamente por un ventanal corredizo de amplias puertas, la entrada al patio se ha dispuesto por una discreta puerta lateral. Toda el área exterior está llena de mesas vestidas de rosa claro, decoradas con centros de mesa hechos con bellas vasijas de vidrio llenas con aguas de colores, velas y flores. La luz atenuada, el cielo estrellado y las velas encendidas que flotan en las coloridas aguas de los centros de mesa, le dan al ambiente un aire íntimo y relajado en el que los invitados conversan animadamente con un surtido constante de copas de champaña y botellas de *whisky* que los acompañarán durante el infinito vagabundeo entre mesas, chistes y bailes de toda la noche. Festejan. Todos celebran sin saber que en realidad no hay nada que celebrar y no es su culpa. Simplemente, no lo saben.

Tan pronto asoma su nariz al patio, Maia se dedica a buscar alguna cara conocida que le ayude a calmar la brutal ansiedad que la atropella entre tanta felicidad. Por suerte, no tarda en notar, al fondo del lugar, en la última mesa, unos brazos que se agitan acompañados de unas graciosas señales de humo de cigarrillo que emanan de entre las indistinguibles cabezas como si hubiese una fogata de tabacos encendidos.

Aliviada de haber hallado un par de caras familiares, saluda levantando la mano y se ríe discretamente del extraño espectáculo de humo que continúa durante su camino hasta la mesa en donde la reciben con alegría Jan y Tania, unos viejos amigos a quienes conoció al mismo tiempo que a Caterina, en la aerolínea en la que solía trabajar.

Hasta no hace mucho, el grupo solía ser muy unido, pero cuando la vida pareció complicarse más allá de lo que la mayoría podría entender, Maia decidió tomar un poco de distancia para evitar la frecuente inquisición sobre sus estados de ánimo, sus negativas para salir con ellos y su reacción ante las cosas que ella temía que podían exponerla, antes de estar preparada o de siquiera saber lo que le pasaba. Ahora, todos mantenían una amistad que consistía casi exclusivamente en salidas de tragos y nada más, porque la confianza se había desvanecido y la secrecía y la distancia habían tomado su lugar. Sin embargo, con el tiempo todos habían aprendido a respetar sus términos y ahora, no solamente no preguntaban nada sobre su vida, sino que habían entendido de manera tácita que, sobre algunas cosas, simplemente era mejor no saber nada.

Jan, no es nada feo, pero sin llegar a los treinta ya ha perdido casi todo su cabello, algo que trata de compensar manteniendo una apariencia nítida y de estilo, siempre a la moda y siempre bien arreglado. Tania, alta y morena, es distinta; tiene un estilo desordenado e informal que terminó costándole el puesto de trabajo en la aerolínea, por no poderse nunca adaptar a las exigencias del vestuario.

—¡Niña, pensamos que nunca llegarías! —exclama Tania levantándose para saludarla.

—Sí, ¡de verdad que sí! Pero ¿y por qué tanta demora, corazón? ¡Te lo perdiste todo! —dice Jan acomodándole una silla entre los dos.

Maia rodea la mesa para saludar, toma asiento y tan pronto como se ha acomodado, lo primero que hace es verificar que, desde su lugar se vea claramente el ventanal del salón principal, porque por ninguna razón que tenga sentido, espera ver a Caterina aunque sea en la distancia de las

cortesías y los compromisos sociales. Y es solamente después de haber confirmado que puede ver desde allí toda el área sin problemas, cuando finalmente acepta unirse a la conversación, de entrada espetando su improvisada excusa por el retraso de más de cuatro horas:

—Pues, hice todo lo posible por llegar más temprano, pero tuve que trabajar hasta muy tarde.

Y todos asienten comprensivos pues, al parecer, no es difícil para nadie en esa mesa entender que, algunos compromisos laborales, son imposterables.

—Ya saben cómo son estas cosas del trabajo, ¿no? —continúa con obviedad.

—¡Claro! —contesta Jan encogiéndose de hombros—. Pero hoy ha sido una desgracia que tuvieras que trabajar, porque te perdiste toda la ceremonia, que estuvo ¡bellísima!

—¡Ay sí, mijita! Lo de ese trabajo tuyo es una desgracia! —Se queja Tania—. Pero ¿qué se le hace, no? Hay que trabajar —concluye resignada.

—Ya llegaste, que es lo importante. —La consuela Jan.

Y Maia no puede sino fingir resignación:

—Sí, la verdad es que a veces ¡no se puede hacer nada!

Pero la realidad es que, hace apenas una hora, en su cocina de diseño italiano, rectangular y vacía, Maia ha estado lista para salir a la recepción desde hace más de tres horas, pero continúa de pie y cruzada de brazos junto a la ventana mirando el paisaje derrotadamente.

Sus más queridas amigas, Claudia y Sabina, la han acompañado desde muy temprano y han pasado el día dándole ánimo, y en la tarde ayudándola a maquillar. Sin embargo, ahora cuando ya está lista para irse, la miran fija e inquisitivamente esperando una respuesta.

Claudia tiene casi la misma edad de Maia, con apenas unos meses de diferencia. Su piel clara, ojos y cabello castaños, caderas anchas y hombros estrechos le dibujan su ascendencia italiana claramente; su carácter fuerte y dominante terminó achacándole la broma de ser llamada la *Nonna*, en referencia al fuerte matriarcado que instaura dondequiera que llega. Su carácter es respetado sin cuestionamiento alguno de autoridad, porque su sinceridad radical y su sentido común indefectiblemente asertivo y lógico, le han ganado ese beneficio.

Sabina, en cambio, es otra cosa; algo como una veleta que va con las corrientes o una hoja seca que se lleva el viento. Sus labios gruesos cruzados por un *piercing*, su piel clara, su cabello negro, desarreglado y corto, y su temperamento descuidado y ligero, evidencian una vida en desorden y libertad mal aprovechada.

Las tres guardan silencio, pero Claudia no es mujer de mucha paciencia, especialmente cuando se trata de estas cosas. No. Ella prefiere confrontar, presionar, no abandonar las causas y es eso, precisamente, lo que ha estado haciendo: presionando a Maia toda la tarde procurando una decisión definitiva que no llega. Así que la aborda nuevamente, solo que esta vez con más carácter y la paciencia severamente recortada:

—De acuerdo. Ya es demasiado tarde, tienes que decidir si por fin vas o no vas a ir, porque no puedes pasarte toda la noche aquí lamentándote.

—Ya lo sé, ya lo sé. No quiero, pero sé que debo ir. —Le responde Maia con resignación y angustia.

—¡No, no debes! Vas porque tienes la loca idea de que tienes que ir pero, honestamente, pienso que es un disparate después de todo esto. ¿O no?

El tono de la ironía es imposible ignorar y hace que Maia se lamente amargamente. Es que no sabe qué hacer. De verdad no lo sabe.

—No tengo ni puta idea del porqué me obligo a esto, pero, es que... de verdad siento que debo ir.

—Pues, no. No tienes por qué ir.

Sabina decide intervenir:

—Claudia tiene razón, Meme, no deberías ir, pero si ya decidiste ir, entonces termina con esto de una vez. Lo único que has hecho toda la noche es prolongar la angustia durante las cuatro horas que tienes aquí decidiendo qué hacer, es decir, ¡estás lista desde las seis y media y ya casi son las diez!

Dicho lo que tenía que decir, Sabina procede a burlarse imitándola satíricamente:

—A ver, ¿voy a la maldita recepción o me pego un tiro aquí mismo?... ¡Oh! No, no, no... tengo uno mejor —exclama agitando las manos con emoción—: ¿Voy o me tiro del puente al lago?

—¡Sabina, por Dios! —exclama Claudia con horror.

Maia no puede evitar sonreír al odioso comentario y Sabina aprovecha la sonrisa para salirse con la suya y mofarse de las dos.

—¡Qué madura, Sabi!... A ver, Meme —dice Claudia con tono de maestra de primaria—: no tienes que hacer caso de nada de lo que nosotras opinemos, pero creemos que si ya decidiste ir, ¡pues debes terminar de irte! ¡Acaba con este asunto de una buena vez y ya no le des más largas! Y si no vas a ir, pues entonces sácate ese traje y vamos a remojarnos en alcohol hasta que nos deshagamos. Eso es todo lo que te estamos tratando de decir.

Maia asiente con tristeza, no obstante, no dice nada y Claudia trata entonces de animarla:

—Te estaremos esperando aquí, Meme, te prometo que no nos moveremos hasta ver que regreses en una pieza...

—Aunque... —interviene Sabina haciendo hincapié con el dedo índice erguido entre las tres—, considerando la situación, tal vez regreses en varias piezas y no una. Bueno, a mí...

—¡Sabina! —Claudia no la deja terminar.

Todas se ríen de la acostumbrada e imprudente grosería de Sabina, quien se sorprende al descubrir que ha hecho el comentario en voz alta, porque su intención no era realmente decir lo que había pensado, es que a veces no controla bien el flujo de información entre lo que piensa y lo que dice, y por eso le pasan estas cosas, como a Homero, el de Los Simpson.

—No importa en cuántas piezas regreses, Meme, si en una o en varias —sigue Claudia—, eso no importa, igual estaremos aquí, esperándote. Solo ve y termina ya con este tormento.

—Pero... ¿no será que ya es demasiado tarde para ir? —pregunta Maia, en un vago intento de conseguir apoyo para zafarse de su propia sogá al cuello.

—Entonces, lárgate de una buena vez, antes de que se acabe la fiesta... —resopla Sabina en un solo respiro— ¡Ya son casi las diez y tenías que estar allá a las seis! ¡Más impuntual que tú hoy, solamente yo, cualquier día de la semana!

—¡Gran verdad! —certifica Claudia levantando el índice frente a ella—. Seguidamente, ve a Maia con cariño y le insiste con tristeza una última vez—: ya, termina con esto de una vez. ¿Sí?

Maia las mira un segundo y asiente lánguidamente.

—Sí, tienen razón, será mejor que me vaya.

Pero, aún no se había despegado de la ventana cuando sus ojos comenzaron a llenarse de unas gigantes lágrimas que hacen que Claudia y Sabina exploten en una verborrea de exclamaciones histéricas que le advierten que debe calmarse porque, si llora, perderán el trabajo de maquillaje de toda la condenada tarde. Y ante la inesperada explosión de amenazas, Maia, que al principio se asusta, de inmediato entiende la gracia del asunto y se ríe, resignadamente, sobre la que sería la menor de sus preocupaciones de esa noche.

La estruendosa crisis sobre el maquillaje le da unos minutos para recuperarse y tiempo para pausar a sus interlocutoras quienes, irónicamente, continúan desesperadamente pidiéndole calma. La conmoción y las risas se apagan de a poco y entonces Sabina repite lo ya dicho:

—Solo ve y hazlo todo rápido, pues mientras más rápido termine todo esto, mejor te irá.

—Sí, solo entra, saluda y luego desaparece sin que nadie se dé cuenta, cariño. Igual estaremos aquí cuando regreses —concluye Claudia.

Maia asiente, suspira profundamente, se incorpora, toma sus cosas del mesón y sale del apartamento decidida.

Viéndola salir, Claudia y Sabina cruzan miradas aterrorizadas pues, están convencidas de que la situación terminará en desastre.

Sabina se persigna.

—Eres atea. —Le reclama, extrañadísima, Claudia.

—Es solamente por si acaso —contesta Sabina encogiéndose de hombros.

IV

MAYO, 2008

Maia continúa sentada entre Jan y Tania con un escocés en las rocas recién servido, que mezcla agitando el vaso suavemente para hacer sonar los hielos contra el cristal.

—Pues, por lo menos viniste —replica Jan—, ¡tarde, pero segura!

—Bueno, niña, —dice Tania—, igual no deberías trabajar hasta tan tarde.

—No... —Le aclara Maia—, no te preocupes que, en serio, no es tan malo como parece.

—Pues, la verdad es que para haber estado trabajando hasta esta hora, te ves muy bien. —Le dice Jan encantado—. Ya quisiera verme yo así después de un día largo de trabajo.

—¿Cómo te vas a ver bien después de un día de trabajo, si empiezas a trabajar a las tres de la mañana? —Le reclama Tania.

—Es verdad —confirma Maia.

—¡Dios mío! Sí, es verdad. —Se queja Jan resignado—. ¡Este trabajo me saca arrugas más rápidamente de lo que me puedo humectar!

—Sí, bueno —dice Maia—, no sé hasta cuándo vas a quedarte en ese trabajo. Ya te he dicho que no vale la pena sacrificar tus estudios por un trabajo que, de hecho, no tiene ningún futuro.

—¡Arggg! Sí, lo sé —se lamenta Jan—. La seguridad aeroportuaria no es para mí. Pero... de hecho, les tengo una buena noticia —y hace una pequeña pausa para darle dramatismo al anuncio—: ¡Ya solicité mi reinscripción en la universidad y comienzo el próximo semestre!

La mesa estalla en alegría por la noticia.

—¡Hasta que por fin, mijito! —Se complace Tania levantando las palmas al cielo.

—¡Sí! ¡Por fin! —asiente Jan con orgullo—. Es que, si seguía esperando ya me iba a dar vergüenza ir a la universidad para ver clases con un montón de chiquillos.

—Pues, ¡felicitaciones! ¡De verdad que me alegro mucho! —Le dice Maia, dulcemente, rodeándolo en un medio abrazo.

—¡No, no, no! ¡Es que esto hay que celebrarlo! —insiste Tania levantando su trago en el aire—. ¡Tenemos que brindar!

Los tres levantan sus tragos para brindar y celebrar alegremente la noticia, Maia los observa y, por un momento, parece alegrarse cuando dicen “¡salud!” a coro y chocando los vasos repletos. Aunque, desde ese momento y en adelante, la noche no será para ella sino una serie de eventos separados entre sí por nada más que el oleaje de su propia tragedia interior, invisible para todos pero inmensa para ella.

Las personas arrastran sus tragedias consigo todo el tiempo y, en ocasiones, pueden incluso ahogarse en ellas delante de todos, sin dejar testigo alguno del histórico deceso que las acompañará por siempre. Abandonar la tragedia en el pasado, y continuar nuestro camino es una de las más difíciles lecciones que deben aprenderse en la vida, una que casi siempre aprendemos cuando ya no queda nada, ni de la persona que fuimos, ni de aquella que pretendimos olvidar.

—Tengo una idea —dice Jan levantándose de la mesa y alejándose con picardía para reaparecer minutos después con una botella de tequila que presenta frente a ellas, como si fuese una joya de colección.

—¡Muy bien! ¡Veinte puntos! Has empezado muy bien esta universidad. —Lo felicita Tania quitándole la botella de las manos para, de inmediato, servirla.

Maia no dice nada, solo calcula la resaca eventual y se limita a sonreír ante el potencial destructivo de lo que vendrá después de seguirles la corriente. Con los tragos servidos, se

preparan mirándose y fingiendo temor de lo que pasará después de repartir una botella de tequila entre solo tres inmorales; pero, deliberadamente omitiendo los detalles del después y marcando el tiempo para saborear juntos el dorado destile de las pencas del maguey, cuentan a coro:

—Uno, dos... ¡tres! Y que lo que ha de pasar, ¡pues que pase de una vez!

Maia toma su tequila de un solo empujón y la cara se le contrae deformándole la expresión con una reacción involuntaria que le dibujaría muecas de amargura hasta al más duro de los mariachis. Es una respuesta corporal muy intensa para ella, que no tiene la costumbre de beber, pero que es la reacción normal de cuando se toman bebidas tan fuertes como esta o las mal llamadas “bebidas espirituosas puras”, como el aguardiente o el anís. Lo que le sigue al primer trago es un rápido desfile de más tragos que hace que el licor desaparezca de la botella como por arte de magia.

Poco después, cuando ya han engullido casi todo, algunas personas se les unen y, con las porciones ya servidas alrededor de la mesa, un variado y tambaleante grupo de invitados insiste en darse ánimo escandalosamente. Es ya bastante obvio que el alcohol ha hecho de las suyas y ahora parecería que, para esta gente, tomar un trago de tequila se ha convertido en un acto de valentía merecedor de una medalla de Corazón Púrpura.

Una nueva cuenta hasta tres, alguien da la partida y todos beben de un trago el tequila para caer sobre las sillas riendo dolorosamente con las caras contraídas y los verdes limones asomando entre los labios cuarteados por la poderosa mezcla de la sal con el alcohol.

Jan y Tania aprovechan la agitación del momento para hacerle señas disimuladas a Maia, quien entre las risas y el desorden no logra descifrar nada de lo que le están tratando de decir. Así que Jan decide ser un poco más directo: mete su mano en el bolsillo interno del saco y le asoma discretamente un enorme tabaco de marihuana. Al verlo, Maia, que aún disfrutaba de mordisquear el limón, lo escupe por la impresión de la inesperada visión y, tan rápido como puede, se pone de pie para huir junto a ellos de la mesa, muy cautos y escoltándose mutuamente como los viejos amigos de fumatas que siempre han sido.

A mitad del camino, Tania se distrae y alguien logra llevársela a bailar alocadamente en medio del salón que, a esa hora, parecía estar en su mayor apogeo y completamente lleno de gente eufórica moviéndose al ritmo de la canción más bailable y más ordinaria del momento. Jan y Maia tratan de impedir la lamentable separación, pero fallan miserablemente y solo pueden verla aparecer al otro lado de los vidrios, en medio del inexplicable frenesí festivo que se ha desatado en la pista de baile.

—Si tan solo aceptara que no sabe bailar. —Se lamenta Jan con ironía.

—Sí, la vida sería mucho más fácil para ese pobre hombre que no lo sabía cuando la sacó a bailar —dice Maia, con tono de seria burla.

Entonces, conociéndose tan bien como se conocen, se miran con malicia al adivinar lo que ha pensado el otro:

—¡Más para nosotros! —dicen a coro y rompen en carcajadas mientras van en busca de un lugar discreto para consumir su unión con el universo a través del anhelado *cannabis*.

Un rato después, finalizada la sesión que le han dedicado a sus espíritus, regresan a la mesa lanzándose sobre las sillas y riendo incesantemente y sin razón. El grupo en la mesa, aunque no había notado su ausencia, los recibe con una explosión alegría.

—¿Dónde andaban? —Les reclama Tania.

—Fumando —dice Maia, entre sonrisas.

Y Tania los mira entrecerrando los ojos y fingiendo un imperdonable resentimiento.

—¿Cómo pudieron irse sin mí? —Les reprocha indignada, recibiendo como respuesta nada más que un indolente encogimiento de hombros.

—Pero ¡si estabas bailando de lo lindo! —Se excusa él—. Además, si todavía quieres, aquí me quedó un poquito. Podríamos ir ahora mismo, si quisieras.

—¡Claro que quiero! Pero ¿qué clase de pregunta es esa?

Se levantan dispuestos y llamando a Maia para informarle por señas de lo que va el plan, mas ella levanta la vista, asiente sin hacer mucho caso del asunto y súbitamente desvía toda su atención a otra cosa, ignorándolos. Así que, no les queda más que irse a lo suyo mientras que Maia se hunde en la sorpresa de hallar a Caterina entrando al patio trasero para dar inicio al tradicional recorrido que suelen hacer los anfitriones para saludar a sus invitados. La mira y al hacerlo, el sentimiento de tristeza que parecía estar desapareciendo, regresa para abrumentarla y recordarle su rabia y su dolor, todavía a medio nublar por el alcohol y el *cannabis*. Los tragos, la fumada y las conversaciones vanas habían logrado distraerla, pero su realidad le era inevitable y existía frente a sus ojos, aunque ella no lo quisiera.

De hecho, su realidad recorría ahora mismo las mesas del patio conversando y saludando alegremente a todos los presentes, mientras que Maia, desde la corta distancia, la observa cumplir su protocolo, todavía incrédula de que, verdaderamente, pudiera ser feliz. Y tratando duramente de lidiar con esa idea, la observa volver a pasear sus dedos desde la frente hasta detrás de su oreja. Es el viejo hábito que tiene de quitarse el cabello de los ojos que, al parecer, no ha desaparecido a pesar de que con el nuevo estilo ya no tiene por qué hacerlo. Sin embargo, lo que termina por impactarla es el hecho de que, desde allí y muy a pesar de la distancia, le ha sido posible notar la alianza de matrimonio en su dedo anular, ese nefasto accesorio: el recordatorio de la larga y monstruosa batalla perdida. La imagen le arranca una amarga sonrisa que aprovecha para cerrar los ojos y no verla más, y escondida en su ceguera momentánea, se pregunta si su historia habría podido ser distinta, si hubo algo que no hizo, algo que no intentó o que habría podido hacer de otra manera para cambiar el curso de este horroroso final.

ENERO, 2004

La jornada de trabajo del turno matutino de la aerolínea acaba de terminar cuando Maia y Dante, entran a la sala de descanso del personal comentando los avatares del día. Es una sala de descanso pequeña que tiene solo lo esencial para atender las necesidades de la hora de descanso de los trabajadores, como dos microondas, para que todos puedan calentar sus almuerzos o desayunar; una cafetera, que no para de colar durante las guardias nocturnas, una nevera grande, un lavadero pequeño, un juego de recibo y un diminuto juego de comedor para cuatro, en el que todos suelen compartir las comidas, los chistes del día y el café de los descansos.

Por las grandes ventanas, la luz entra sin vergüenza creando un ambiente claro y relajado, perfecto para los cafés de diez minutos, las siestas del descuido y las conversaciones frívolas que ayudan a sobrevivir las largas jornadas de espera por los vuelos que llegan con horas de retraso; desde allí, se ven las pistas del aeropuerto y el constante transitar de los aviones, las carruchas de equipaje, los remolques y el personal aeroportuario, algo que genera un falso aire de actividad continua que hace que, luego de un rato, cualquiera se sienta culpable de estar allí sin hacer nada mientras que afuera todos parecen estar haciendo de todo sin parar.

En esa época, Dante estaba en sus veintes tempranos y su juventud destellaba un extraño atractivo que, misteriosamente, lograba restarle protagonismo a su gran nariz, ahora mejor disimulada por la barba. Su cabello negro estaba siempre engominado y bien peinado para cumplir con los estándares de la aerolínea; sus ojos pequeños y negros contrastaban con la piel clara y bien afeitada de su cara triangular dándole un *look* radicalmente distinto del actual, uno que Maia recuerda perfectamente, aunque prefiera el nuevo.

Maia ahora lleva el cabello corto porque se ajusta mejor a la imagen interior que tiene de sí misma y porque, por supuesto, es mucho más práctico. En ese entonces, tenía el cabello muy largo y, de hecho, tuvo el cabello largo por muchos años, algo que todavía le produce ataques de estrés postraumático cuando, sin querer, recuerda la imborrable pesadilla que le resultaba el poder recogerlo en una cola alta de caballo que permaneciera impecable durante todo el agitado día de trabajo. Cada madrugada, durante todo el tiempo que trabajó allí, debía tomarse unos diez o quince minutos de lucha con su cabello, fino y ondulado, para lograr un resultado que le permitiera pasar el día sin llamar la atención de su supervisor por el estatus de su apariencia. Su larga cabellera fue siempre una pesadilla para ella y por eso sintió un inmenso alivio el día en el que, finalmente, pudo reunir el valor para cortarla sin sentir miedo de que el mundo la viera tal y como ella era. Cortar su cabello fue parte de un duro proceso de aceptación y un invaluable ejercicio de libertad que la ayudó a deshacerse de muchas cosas que no le permitían expresarse. Fue un acto simbólico, pero también una batalla de independencia tardía que le costó mucho tiempo y esfuerzo ganar.

Tan pronto ella y Dante entran a la sala, van directo a la cafetera para que Maia pueda servirse el obligado café de esa hora, mientras que él, como de costumbre, se sienta sobre el mesón para continuar la conversación.

—No será nada fácil que alguien le ponga atención a eso, Meme, porque a esta gente parece que le gusta mantener al personal rotando.

Maia se sirve de la jarra de la cafetera y luego se recuesta al mesón para tomar de su taza con toda la tranquilidad posible porque, para ella, el café es algo como un “elíxir de la calma”.

—Sí, pero es que cada vez que contratan a alguien tienen que volver a invertir en el

entrenamiento de una persona fuera del país que, por las condiciones de trabajo, no se quedará más de tres meses. ¿Eso te parece lógico? —replica ella, con frustración.

—No, pero al parecer eso les importa un reverendo...

Caterina, vistiendo un uniforme igual al de Maia y luciendo una larga cabellera castaña, recogida en una impecable cola, entra inesperadamente y los dos callan de golpe. Ella los mira sin mucho interés y saluda cordialmente, porque los tropiezos en la sala de descanso son muy frecuentes, especialmente después de la salida de los vuelos.

—Buenos días. —Les dice amablemente.

—Buenos días —contestan ellos a coro.

A partir de ese momento y en adelante, Dante ya no es capaz de retomar la conversación y guarda silencio abrupta y nerviosamente, haciéndole a Maia continuas muecas de miedo que ella trata de aplacar con guiños y miradas.

Caterina va directo a la nevera, saca un yogur y empieza a comerlo recostándose al otro lado de la sala, frente a ellos. Dante está tan nervioso que se queda definitivamente mudo, así que Maia, que sabe lo que sucede, le hace señas con la cabeza tratando de animarlo a que se acerque a hablar con ella pero ¡qué va!, está paralizado.

Un teléfono móvil rompe el pesado silencio con un redoble de batería seguido de una ruidosa canción de *rock*. Apenado, Dante saca su teléfono del bolsillo del pantalón y lee el mensaje de texto en la pantalla: "ASC está pidiendo tus reportes ASAP".

Dante cruza miradas con Maia, le muestra el mensaje y se baja del mesón en dirección a la puerta, desde donde, antes de salir, apenas y logra despedirse de Caterina con un gesto torpe de la mano, para luego desaparecer sin que a nadie le dé tiempo de hacer ni decir nada más.

Caterina y Maia, ahora solas, se miran discretamente y sonríen en silencio la incomodidad de no saber qué decir para llenar la extraña soledad que les ha dejado la ausencia de Dante, y con el porqué de la incomodidad todavía a medio comprender, las dos procuran seguir con lo que hacían buscando ignorar sus propios nervios. Maia sigue sorbiendo su café en aparente calma y Caterina va a sentarse a la mesa del comedor para terminar su yogur con una falsa indiferencia.

Aunque el horario de trabajo ya haya terminado, mucha gente circula por las oficinas porque el siguiente turno está preparando la llegada del próximo vuelo, por eso, ocasionalmente, se ve al personal cruzar por el frente de la puerta en todas direcciones. Habiendo ya pasado la hora de almuerzo y estando por comenzar la operación para recibir al próximo avión que llega con ciento cuarenta y dos pasajeros, lo más probable es que nadie vuelva a entrar a la sala en un largo rato, algo que las dos saben muy bien.

—Y, ¿qué tal el trabajo? —pregunta de pronto Caterina, con el bocado de yogur aún en la boca.

—Pues, nada mal —contesta Maia, con una normalidad que intenta ocultar lo que de verdad la incomoda y no está tratando evitar—. ¿Y a ti? ¿Qué tal te ha ido con todo esto? Casi no hemos hablado desde el día de la entrevista, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto. No sé por qué. —Pero la respuesta tiene un tono extraño que Maia prefiere dejar pasar, pues es frecuente ver lo que no existe en donde uno lo quisiera encontrar.

Caterina se acomoda un diminuto mechón de cabello que le ha caído sobre la frente y que suavemente echa tras de su oreja con los dedos; Maia detalla discretamente el delicado movimiento una vez más, como lo ha hecho cada vez, desde el día que la conoció.

—¿Tal vez solo sea que hemos estado ocupadas? —responde encogiéndose de hombros, porque esa sería la respuesta más obvia.

—Sí, tal vez sea solo eso. ¿No?

Las dos guardan silencio y sonríen obvia e inexplicablemente nerviosas, quedando nuevamente

atrapadas en un incómodo momento en el que nadie sabe qué decir.

Lo interesante es que Maia conoce bien el porqué de sus propios nervios, pero lo que no logra entender, es la razón detrás del nerviosismo de Caterina. Lo más fácil, sería suponer que hay una atracción que es mutua, pero ni bien se plantea esa posibilidad debe librar un juicio contra sí misma, pues no puede ni aceptar con facilidad esa idea, ni mucho menos comprobar que es verdad. Así que trata de hacer conversación para ganar un poco de tiempo y la oportunidad de estudiar a su atractiva interlocutora, algo que, con un poco de suerte, le permitirá entender qué es lo que realmente está sucediendo entre las dos, porque tiene claro que algo, definitivamente, está pasando entre las dos. Y está decidida a averiguar lo que es.

—Pero, hasta ahora, ¿qué tal te ha parecido el trabajo? ¿Te gusta? —pregunta Maia buscando cumplir su cometido de prolongar el encuentro.

—Pues, lo necesitaba mucho, así que supongo que no puedo quejarme, ¿no?

Caterina contesta, pero sus ojos evitan continuamente a los de Maia cuando habla y pareciera haber un poco de miedo en eso. “Pero ¿miedo por qué?”, se pregunta. Dos razones cruzan su cabeza *cafeínica*, solo que, aunque le resultan las más obvias, también le resultan las más difíciles de aceptar.

—Pues, supongo que no, no deberías quejarte si era lo que necesitabas. Aunque, aquí entre nos: te confieso que a mí no me ha gustado tanto.

Maia termina su café y va hasta el fregadero para enjuagar su taza mientras se explica:

—No debería quejarme. Ya lo sé. Por lo menos tengo trabajo, ¿no? Esa sería la lógica de todo el asunto...

—*Hummm*, acaso ¿detecto un “pero” venir? —advierte Caterina.

—Es que, pues esto no es lo mío. —Maia hace una pausa para darle forma a su idea porque no sabe cómo explicarse, pero luego prefiere ahorrarse la explicación—. ...Solo espero poder encontrar otra cosa pronto.

—Otra cosa, ¿cómo qué?

—No sé. Me gusta escribir, por ejemplo. Es lo que estudié, literatura, y quisiera conseguir algo en esa área, para eventualmente vivir de mis textos y no de mis idiomas, que son la única razón por la que conseguí este trabajo.

—¡Así que escribes!... —exclama Caterina, repentinamente risueña—. Y ¿qué escribes exactamente? —pregunta sin ocultar su curiosidad.

Maia sonríe tímidamente su vergüenza, ya que no acostumbra a hablar de estas cosas porque, cada vez que lo hace, se siente como una loca.

—Sí, bueno... —Se apura a explicarse—. Mi madre no se cansa de decirme que es un sueño y que debo ser más realista, madurar y tener sueños de adulto. Dice que escribir es un sueño del que no se vive.

—El único sueño adulto de hoy en día es el de poder pagar las cuentas, ¿no crees?

—Sí, no hay duda, ese es el sueño que sigo sin vivir todos los días.

Y las dos se ríen a gusto del chiste que se mofa de una realidad que las dos parecen conocer mejor de lo que quisieran.

—Pues Maia, amiga, debo decirte, sin que me quede nada por dentro. —Y levanta el dedo índice con formalidad— que a mí me pareces ya bastante adulta. Deberías poder tener los sueños que quieras.

Las dos estallan en una corta y comedida risa evadiendo torpemente las miradas y quedando rápidamente en medio de otro incómodo silencio que les acelera el corazón.

Caterina, que ya ha terminado su yogur, se levanta a tirar el vaso a la basura para ir a la nevera

en busca de uno nuevo que, de inmediato destapa y empieza a comer mientras regresa a su lugar en la mesa.

—No, en serio, cuéntame —insiste apenas ha terminado su primer bocado— ¿Qué tipo de cosas quisieras escribir? ¿Artículos, cuentos... poesía?

Maia le responde divertida:

—No, no y no. La verdad es que me gusta la narrativa de ficción.

Caterina la mira impávida, guarda silencio un segundo y luego curva su boca hacia abajo para hacerle saber que no tiene ni idea de a qué se refiere con eso. Maia entiende la expresión de su cara y apenadamente procura aclarar mejor la idea:

—¡Disculpa! Novelas... escribo novelas.

—¡Oh, wow! ¡Qué bien! Pensé que dirías algo como: *¿Quién se ha llevado mi queso?* o algo así.

—Pues, solo una pequeña observación: *¿Quién se ha llevado mi queso?* es de autoayuda y la detesto. No sé por qué. Solo la detesto.

Caterina se sonríe con picardía y bromea irónicamente:

—Es decir, ¿que no has escrito nada ni remotamente parecido a *La culpa es de la vaca?* ¡Pero qué desperdicio de talento!

Maia sonríe escandalizada.

—¡No! ¡Nada de ese estilo! Definitivamente... ¡no!

Las sonrisas se apagan rápidamente y otro silencio se apodera del espacio entre las dos, hasta que unos segundos después Caterina lo rompe queriendo continuar el tema con un poco más de seriedad.

—Es decir, que eres... ¿escritora? —afirma interrogativa.

Maia se alarma ante semejante afirmación por considerarla, como mínimo, algo atrevida, y rechaza firmemente el peso de tal acusación.

—¡Oh, Dios mío, no! Al menos, no todavía, no. La verdad es que aún no logro publicar nada formalmente, y hasta que uno no publica, ¡no se puede llamar escritor! ¿No crees?

—Pero, ¿ya has escrito algo? ¿O no? —La interroga con palabras que ahora van manchadas de cierta desilusión—. O, ¿es solo que esperas poder escribir algo algún día?

A Maia no le cuesta imaginar que ahora Caterina la considera una loca de atar y se sonríe al entender que, a lo mejor no haya sonado tan clara como esperaba. Entonces procura bromear con su respuesta para restarle importancia a cualquier disparate que haya podido decir:

—Lamento desilusionarte, pero no. No soy ese tipo de loca que cree que es la versión femenina e incomprensible de García Márquez y que solamente es cuestión de tiempo el que alguien descubra todo mi talento para publicar un libro que termine ganando un Premio Nobel de Literatura. Aunque, eso no estaría nada mal —agrega con ironía para finalizar.

—¡No, mujer! No me mal entiendas, por favor. No fue mi intención insinuar que...

—¡Nah!, no te preocupes. —La interrumpe—. Entiendo que no es algo que se escucha todos los días.

Otro silencio se cuela dentro de la sala y hace que, para llenar el vacío, Maia se sirva otro café y Caterina regrese a su merienda, de la que pronto toma el último par de cucharadas, pero cuyo fondo vacío sigue observando fijamente procurando evitar el cruce de miradas. Necesita urgentemente disimular la extraña mortificación que empieza a llenar el espeso silencio que, de todas formas, es imposible ignorar. Sus nervios la inquietan sobre la silla y termina por reclinarla hacia atrás, mientras se concentra en la tarea de tratar de entender una idea que no decide, si le parece muy compleja o demasiado obvia, pero, sea lo que sea, hace un último esfuerzo por

regresar a la conversación:

—Entonces... ¿no crees que nadie te descubra o es que no quieres o no te importa publicar?

—Supongo que sí me gustaría publicar, claro que sí, aunque la verdad es que no es por eso que lo hago, no es por eso que escribo. No creo que sea por eso por lo que nadie escriba, en realidad.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque me gusta, porque me ayuda; porque que a veces me ha salvado de mí misma.

—Bueno, eso tiene mucho más sentido que pensar que las personas escriben solo porque quieren ser famosas, ¿no?

—Supongo —contesta Maia, sonriendo por su graciosa forma de decir las cosas.

—¿No tienes nada terminado? ¿Algo... que yo pueda leer, por ejemplo?

Maia levanta las cejas con profunda sorpresa y se descubre de pronto muy impactada por el interés de Caterina. Su corazón se acelera con una mezcla de gusto y susto frente a la inédita petición porque, cuando habla de estas cosas, las personas suelen ignorar el hecho de que ella pueda haber escrito algo ni remotamente elocuente, mucho menos algo interesante. Tan pocas personas le habían pedido una muestra de su trabajo, que el interés de ella le produce una absoluta estupefacción y su respuesta torpe sale con las palabras alargadas por las estelas de su propio asombro.

—Tengo... algunas cosas... sí.

—¿Y?

Los nervios y el asombro no dejan que Maia entienda de inmediato la pregunta y por eso la devuelve encogiéndose de hombros torpemente.

—Y... ¿qué?

—Pues, ¿que cuándo puedo leer algo que hayas escrito?

—¡Oh! Eso... ¡claro!... pues... supongo que cuando quieras. No es difícil encontrar mi material y, de hecho, lo puedes bajar todo de mi página cuando quieras.

Maia termina su segundo café de un trago, deja la taza a un lado y saca de sus bolsillos bolígrafo y papel; se aproxima a la mesa procurando acercarse a Caterina tanto como le es posible y se dispone a escribir la dirección de su sitio web. Parece estar calmada, pero en realidad se siente profundamente sacudida por el interés y el descubrimiento de esa extraña conexión entre las dos. Algo pasa, está segura. Y aunque no sepa lo que es, está decidida a averiguarlo a como dé lugar.

Mientras escribe la nota, Caterina la observa detalladamente sin que ella se dé cuenta. Se siente completamente confundida e incrédula de todas estas pasiones nuevas y avasalladoras. No entiende el efecto desestabilizador que esta mujer ejerce sobre ella, no entiende por qué siente que pierde el equilibrio cada vez que la tiene cerca y tampoco comprende sus nervios desajustados, ni su pecho agitado ni el vacío vertiginoso que le causa en la boca del estómago esta cercanía. En realidad, no comprende absolutamente nada de lo que le está sucediendo y se siente totalmente perdida en un mundo nuevo que no sabía que existía dentro de sí.

Maia termina de escribir, le entrega la nota y es entonces cuando se miran. La tiene muy cerca porque, muy a propósito, se ha inclinado a hacer la nota sobre la mesa junto a ella. Se miran a los ojos y la mirada hace que sus nervios detonen, en una secuencia de explosiones, todas las pasiones silenciosas que ahora fluyen entre las dos como erupciones de lava. Seguro que, en alguna dimensión paralela, ha de ser posible ver las detonaciones espontáneas ocurriendo dentro de sus pechos como una celebración de fuegos artificiales; y a sus cerebros reorganizando neuronas en un desesperado intento de hallar la capacidad de entender lo que, en un mundo distinto, sería sencillamente obvio.

—Espero que te guste lo que leas —dice Maia extendiéndole la nota.

—Estoy segura de que así será. —Le responde Caterina con un balbuceo que apenas logra modular.

Abrumada por la cercanía de las miradas, Maia exhala una diminuta sonrisa, pero los nervios y mil razones, todas borrosas, la dejan sin palabras ni valor para nada más.

—Ya tengo que irme —dice con dificultad mientras lucha por incorporarse.

—Sí, bueno... Claro, yo también.

—Bien... entonces, luego me dices cómo te han parecido mis textos.

—Seguro.

Maia se aleja y, desde la puerta, le dedica una sonrisa de despedida que le es devuelta tímidamente. Se miran desconcertadas durante un segundo y, sin saber qué más decir o qué hacer, Maia debe, finalmente, desaparecer por los pasillos.

Caterina la ve salir y exhala sus nervios largamente, luego observa el papel fijamente y su mirada se pierde en eso que quiso hacer, pero no hizo.

VI

MAYO, 2008

El estallido de cristales contra el piso en algún lugar del patio trae a Maia de regreso a una realidad tan dura y triste, que las fuerzas apenas le alcanzan para suspirar con melancolía la añoranza de ese pasado que ahora existe solo para ella.

A su retorno, encuentra a Caterina embutida en sus deberes sociales, algo para lo que parece haber nacido con una habilidad especial; todos sus gestos, las formalidades y el protocolo se le dan de un modo natural, sin esfuerzo. Al verla así, totalmente entregada a sus deberes de novia, saludando a sus invitados, uno por uno y sin parar, termina de convencerse de que esto quizá, solo quizá, era lo mejor. Caterina tenía unos sueños y una visión de vida que ella nunca le habría podido dar ni en la más elaborada de sus fantasías; así que, sí, quizás esto era lo que debía pasar.

La novia se acerca a saludar al grupo que la espera ansiosa en el centro del patio y de inmediato el regocijo, los abrazos y los besos revientan una bomba de alegres felicitaciones. Todas las sonrisas, todos los chistes y cada muestra de felicidad en ella o en cualquier otra persona, se le hace a Maia muy difícil de tragar. Por momentos, no ha estado segura de si es tristeza o rabia, lo que siente cuando la ve tan feliz pero, seguramente, es un poco de las dos; tristeza de no tenerla y rabia de no poder cambiar nada a su favor. Sin embargo, el amor que siente, ella bien lo sabe, sigue intacto muy adentro, cuidándose de no morir a pesar de todos los motivos.

Cuando Jan y Tania regresan de bailar y caen sobre las sillas con las frentes empapadas de sudor, agitados y exhaustos, buscando reponerse del alcohol y recuperar el aliento con el único fin de continuar la celebración por tanto tiempo como puedan, no son capaces de notar el estado meditabundo en el que Maia parece estarse ahogando y simplemente continúan con su ritual de refrescamiento, hablando y comentando animadamente sobre la gente y las cosas graciosas que han visto en la pista de baile. Se ríen, hacen chistes, están sinceramente felices de estar allí para celebrar eso que Maia se siente tan incapaz de celebrar.

Decide hacer un enésimo esfuerzo por unirse a la conversación de sus compañeros de mesa buscando despejarse, pero, por más que lo intenta, nada vuelve a captar su atención porque, la verdad, es que solo le interesan ella y su desamor. Está consciente de que ha debido abandonar la recepción hace ya mucho, lo sabe, pero aún no logra reunir las fuerzas necesarias para irse sabiendo que esta será la última vez que la verá. La última de verdad, verdad.

De pronto, Jan nota lo único que es capaz de notar en su estado de embriaguez totalitaria: que Maia no está tomando nada. Así que le sirve un nuevo trago de *whisky* ignorando todo lo demás y, luego de un guiño, no tarda en retomar su animada y beoda conversación con Tania.

Lo más fácil para evitar que sus acompañantes hicieran preguntas sobre el particular estado de ánimo que ha tenido durante la recepción, ha sido, desde muy temprano, seguir la corriente, sonreír y brindar con Jan todas las veces que se le ha ocurrido brindar —que han sido muchas— porque, en el estado en el que él está, su atención nunca tarda en regresar a la ebria conversación de turno, dejándola siempre a su suerte, pero no sin antes servirle otro trago y cruzar un máximo de uno o dos chistes alcoholizados. Esa secuencia parecía estar funcionando muy bien pero, ante el más reciente abandono de su ocasional acompañante y habiendo quedado ya sin distracción alguna, a Maia ya no le queda valor para nada más que para perderse en el fondo de su vaso, con la esperanza de obtener del licor la fortaleza necesaria para ponerle final a esta larga y tortuosa noche, que parece nunca terminarse.

Una nueva explosión de alegría en una mesa cercana, la hace descubrir a Caterina saludando a su reducida familia. Ya no son muchos. Aunque nunca hayan sido una familia grande, desde la muerte de su mamá, que al parecer era su centro gravitacional, se fueron dispersando poco a poco, hasta perder el contacto por completo. Ahora solo quedan su padre, su hermano y ella. De los demás, poco o nada se sabe.

Maia recuerda bien la época en la que la mamá de Caterina murió. En esos días todavía no eran amigas y apenas si cruzaban palabra durante las largas horas de espera por los retrasados vuelos del verano. Maia siempre esperaba verla cruzar la puerta de las oficinas, eso era lo mejor de su día. Solo saber que tendría la oportunidad de cruzar una o dos palabras con ella le bastaba para ponerse de buen humor, aunque siempre procurara mantener su distancia y no buscarla demasiado, o incitar salidas o encuentros, porque la asustaban demasiado las cosas que ella le hacía sentir.

A finales de una semana de agosto, Caterina faltó durante dos días seguidos y Maia se sintió obligada a preguntar discretamente qué pasaba. Su mamá murió de cáncer hace un par de días —le dijo el supervisor—, el entierro será esta tarde y todos vamos a ir a la funeraria al salir de aquí, por si quieres unírte, pero Maia no quería unírseles, no tenía interés en ser parte del grupo, una más, una mera representación de los deberes de la empresa, no. Ella quería acompañarla, realmente estar con ella en ese momento tan duro, pero la verdad es que no era su amiga. No realmente. Así que fue sola a la funeraria y se conformó con verla desde lejos acompañar el féretro hasta la carroza luciendo rota y demacrada, con el dolor brotando de sus ojos hinchados como una catarata.

Maia habría dado cualquier cosa por estar a su lado, pero no era su lugar. Ahora, al verla junto a su pequeña familia, el sentimiento se repetía. Habría querido ser su compañera de vida hasta el final de sus días pero, igual que en aquel momento, no era su lugar. Caterina parecía nunca haber tenido suficiente espacio en su vida para ella y, sin embargo, Maia no paraba de soñar con la vida que habría querido tener junto a ella.

Tan pronto como Caterina llegó hasta la mesa familiar, su papá, notablemente emocionado, se levantó para abrazarla con cariño y llevarla de la mano al interior de la casona desapareciendo entre la multitud y reapareciendo tras los vidrios del salón de baile para danzar al ritmo de una suave melodía que hicieron sonar especialmente para ellos.

Maia la observa desde su lugar en la mesa y trata de estudiarla con detenimiento; evalúa cada movimiento, cada gesto de Caterina buscando algo, cualquier cosa, una señal quizá, por mínima que pudiera ser, de que su felicidad no es verdadera. Necesita descifrarla y, sobre todo, necesita saber. Precisa una respuesta que le dé sentido a todo el absurdo que vivió durante tanto tiempo porque, acaso ¿no la extraña?, ¿no necesita decirle nada más ni explicarle nada?, ¿no necesita verla una vez más?, ¿ni siquiera una última vez?

Los hechos respondieron esas preguntas hace mucho, pero sigue sin entender cómo es posible que todo se termine así y, posiblemente no pueda entenderlo nunca, porque su mundo no funciona en base a contradicciones y solo somos capaces de entender el mundo desde nuestras propias cabezas. Para quien ha crecido viendo el mundo en blanco y negro, ver el mundo en colores ha de parecerle una cosa incomprensible, tal vez, hasta algún tipo de enfermedad. A la inversa debe funcionar igual, es simplemente un punto de vista, una manera de enfrentar la vida y de entender el mundo de una manera tan distinta a la nuestra, que hace muy difícil —si es que no imposible— comprender todo eso que otra persona ve, siente y piensa.

La observa bailar al otro lado del vidrio y al hacerlo, su incapacidad de comprender lo que pasó y está pasando, la deja perdida y confusa, pero con ella todas las cosas fueron siempre así, borrosas y difusas. Las respuestas nunca fueron “sí”, pero tampoco “no”, y tal vez sea por esa

persistente ambigüedad en sus respuestas y sus silencios, que Maia ha preferido descartar ese tímido gesto que, por un segundo, le hizo pensar que Caterina la buscaba. Y es que, siempre le será más fácil pensar que no fue así porque prefiere creer que, como tantas otras veces, solo vio lo que quería ver. Todo a su alrededor le grita que fue un espejismo y la verdad, es que ya no le queda ninguna razón para pensar lo contrario. Por todo lo demás y para su propia desgracia, Caterina, como siempre, parece estar muy bien y muy feliz: ríe a carcajadas con su papá y él la besa en la mejilla cariñosamente mientras recorren el lugar al ritmo de una hermosa canción, especialmente escogida para la ocasión.

Para Maia es muy difícil verla así, tanto, que debe cerrar los ojos y bajar la cabeza para ya no ver nada más. No soporta verla más. Le duele demasiado atestiguar todo eso que ella nunca tendrá. Para evitar aquel amargo paisaje prefiere fijar la mirada en sus zapatos negros, pues rara vez se encuentra el peligro en los propios pies. Busca escapar de esa realidad desesperadamente y necesita un minuto para recuperar el aliento perdido en este grave esfuerzo. “Solo será un momento”, se dice.

Justo antes de conseguir el mínimo de serenidad necesaria para superar lo que todavía le faltaba por pasar, unos zapatos deportivos negros *All Star Converse* aparecen frente a sus pies, no muy lejos, y al levantar la mirada, la imagen de Dante en su traje de novio, feliz y de pie frente a ella, la golpea como una bala que le atraviesa el pecho y la garganta.

Una sensación de vértigo la desequilibra y, por un segundo, hasta siente que podría caerse de la silla. Creyó haberse preparado bien para este momento, pero solo ahora entiende que nada la habría podido preparar para enfrentarse a lo peor de sí misma al verlo a él, su amado amigo, Dante. Sus ojos la traicionan humedeciéndose apenas lo ve, pero no puede permitirse romperse allí, frente a él. Simplemente no puede. Debe recomponerse a cualquier costo. Así que, inhala profundamente buscando aire para salvar el momento y exhala la sorpresa forzando una nerviosa y fingida sonrisa que Dante le devuelve, acompañada de una tierna mirada que lanza inclinando la cabeza para acentuar el cariño.

Se miran y Maia aprieta los puños juntando las fuerzas que, finalmente, le permiten levantarse a saludarlo con un fuerte y esperado abrazo que le es devuelto con alegría.

— ¡Hey, hey!... ¡Meme! —La saluda él con júbilo.

Los ojos de Maia continúan, irremediablemente, tratando de llenarse de lágrimas, pero la rebelión sentimental interior que la azota es controlada por enésima vez y consigue, esta vez, no derramar ni una gota del amargo dolor que la ahoga. Entonces, mirándola fijamente a los ojos, Dante por fin le dice lo que tanto le había querido decir:

—Meme, gracias por venir. Era muy importante para nosotros que vinieras y que estuvieras aquí, con nosotros, para celebrar este momento tan increíble, ¿lo sabes, verdad?

El abrazo se rompe con las palabras de Dante y las lágrimas terminan, esta vez sí inevitablemente, desbordando los ojos claros y tristes de Maia, quien desesperadamente trata de secarlas tan rápido como le es posible, solamente para poder mentirle una vez más, porque aunque no lo quiera, tiene la irremediable necesidad de volver a mentir, y lo hace para decirle lo que, en el fondo, habría deseado quererle decir:

—¡Claro que lo sé!... ¡Sabes que no me lo habría perdido por nada!

Una vez expelidas las palabras, siente que su pecho va a quebrarse de un dolor que debe ser disimulado a toda costa, aunque sus ojos no paren de llenarse con lágrimas de culpa que repetidamente son lavadas en el nombre de su vergüenza, mientras Dante, envuelto en su resistente burbuja de felicidad, es sinceramente incapaz de notar que lo que ve, no es una muestra de alegría sino de algo muy distinto y mucho más complejo, pero sus ojos enamorados e ingenuos no son

capaces de ver lo malo y supone que, sin duda, la intensa reacción de Maia es por la alegría del momento, por sus bonitas palabras y el cariño. Así que decide agregar algo que considera importante:

—Este es un sueño hecho realidad gracias a ti, Meme. ¡Gracias!

Maia lo mira con una expresión indefinible. Se siente como una idiota y, en su pecho, golpes de vergüenza, pérdida y rabia luchan por ganar el control de su lastimada conciencia, mientras que Dante se queda mirándola, totalmente perdido y sin posibilidad alguna de entender la ininteligible expresión de su cara o el momento de silencio.

—¿Qué? ¿Ahora vas a negar que es así? —La acusa confundido.

—No, no. No podría negarlo. No. Yo... yo lo hice, claro. Y me alegra que todo terminara tan bien para ustedes. Sin duda que ha sido un final feliz.

Dante sonríe con satisfacción ante una respuesta que se corresponde con lo que esperaba escuchar, y a Maia no le queda más que disimular su dolor como sea que pueda. Por suerte, para ella, ya no resta nada más por decir y el festivo novio decide lanzar una petición especial a los borrachos de la mesa con la esperanza de poder immortalizar el momento:

—Bueno, bueno. A ver, ¿y quién me va a tomar unas fotos con Maia, eh? ¿Dónde está el fotógrafo?

—¡El fotógrafo está aquí! —advierde Jan asiéndose de su cámara rápidamente—. Y como dice mi amada diosa, Madonna: ¡a posar, he dicho!

Y, de inmediato, se pone de pie para retratar a Dante, que ya espera junto a Maia el *flash* que dejará constancia de este momento tan especial; un recuerdo que reposará eternamente en los álbumes de la vida que tendrá junto a su nueva esposa y que jamás lo hará siquiera considerar la posibilidad de que el amor pueda ser mucho más complejo de lo que siempre fue capaz de imaginar.

Con el brazo de Dante sobre sus hombros, Maia posa para las fotos sintiéndose tan asfixiada por su tragedia que ni siquiera logra pestañar cuando el falso y escandaloso obturador de la cámara digital comienza a sonar sin pausa, acompañado de los violentos y acostumbrados destellos de luz.

La cámara, el incandescente centelleo, el ruido de voces, la música, todo, absolutamente todo, la aturde.

Se siente atrapada y ahogada; apenas y se atreve a moverse o respirar; siente que cualquier cosa, por mínima que pueda ser, podría hacerla perder el control provocando que su llanto, su dolor o su rabia estallen, causando una ola expansiva de devastación.

—¡Listo! —anuncia Jan, al final de una cortísima sesión que a Maia le ha parecido como un siglo—. Muy bien, ¿quién sigue? —pregunta tratando de animar a todos los presentes— ¡Vamos, vamos, muevan esos culitos! ¡Chop, chop! ¡Foto, foto!

Y como afectados por un extraño hechizo, todos se empiezan a mover preparándose para protagonizar una intensa sesión fotográfica con Dante, el novio coprotagonista de tan espléndida y divertida recepción.

Maia observa la escena en silencio. Disimula. Se contiene. Sobrevive como puede. Quisiera desaparecer, pero los animados modelos no han tardado en organizarse por turnos para hacerse fotos con Dante y, rápidamente, le llega a ella el turno de tomar la foto del grupo con el novio en su epicentro. Todos llegan a posar desordenadamente, sonriendo, apurados, desarreglados y borrachos. Jan le entrega el aparato y Maia observa al grupo en la pantalla de la cámara, espera el enfoque y el intenso *flash* los deja a todos parpadeando frenéticamente, mientras que ella no es capaz de prestarle ni la más mínima atención a lo que está pasando y se hunde en sus propias

reflexiones para preguntarse: “¿cómo pasan estas cosas?, ¿en qué momento su vida entera pasó y la abandonó arrojándola a este agrio momento en el que no puede sentir nada más que su propia tristeza por lo perdido, el desamor que le ha roto el corazón, las culpas de saber que ha fallado y las dudas de lo que habría pasado si esto o aquello?”.

Alguien le arrebató la cámara y Maia aprovecha el nuevo frenesí de *flashes* para huir momentáneamente de su desgraciada noche haciendo un corto viaje en el tiempo.

VII

JULIO, 2004

Cerca de las diez de la noche, Dante llega en un elegante sedán que se detiene justo al frente de la vieja casa de dos pisos, desde donde, a pesar de la poca luz y la cerca, es posible apreciar la gran extensión del tupido y desordenado jardín. Apenas ha detenido el auto cuando verifica la hora en su reloj de pulsera una vez más, porque sabe que se le hizo tarde y tiene la esperanza de que Maia no lo haya estado esperando por mucho rato en la oscuridad de la entrada, ya que, de ser así, deberá maquinar una buena excusa para justificar su retraso y esquivar el regaño.

El farol de la calle, que apenas se da abasto para iluminar algunos metros, le hace imposible la tarea de distinguir nada más allá de la acera, así que se anuncia haciendo sonar la bocina un par de veces y se dispone a esperar lo que haga falta, mientras que se frota compulsivamente las palmas sobre el pantalón para secarse el sudor. Está muy ansioso por llegar a la reunión de hoy y las manos le sudan cuando está nervioso; pone el aire acondicionado en su máxima potencia y espera haberse podido controlar para cuando hayan llegado. Tiene grandes esperanzas para esta noche y las manos húmedas de sudor dejarían sus inseguridades al descubierto.

Es bastante inusual que alguien de su edad, quien todavía no termina sus estudios universitarios y gana un salario de empleado de aerolínea, tenga un auto de lujo como ese, pero él no es cualquier persona, tiene la suerte de ser miembro de una familia adinerada que le ha consentido —bajo protesta, claro—, ese trabajo tan mal remunerado porque, después de todo “será solamente mientras estudia”. “Ya se le pasará”, se dicen. Y cuando termine sus estudios, ni siquiera tendrá que enfrentarse a la incertidumbre del qué hará, como todos los demás. No. A él ya lo espera un lugar en la empresa familiar que le asegura una vida de trabajo y abundancia que únicamente le requerirá su lealtad y entrega total.

Su futuro se decidió hace mucho y él así lo ha aceptado. La verdad es que no le molesta la privilegiada comodidad de saber en qué consiste su futuro y muchos quisiéramos disfrutar de una vida sin incertidumbres, como esa.

Por suerte, no le toca esperar por mucho rato en la soledad de las penumbras a su pasajera; poco después de su llegada, el sonar de llaves anuncia la salida de Maia que, tan pronto como es alcanzada por la poca luz de la entrada, le deja ver cuánto se ha esmerado en arreglarse para la cita. Luce muy guapa —piensa él—, y aunque le parece que se ha arreglado demasiado para una salida tan informal como la de esa noche, supone que, como “las mujeres son así”, no debe darle importancia.

Desde la entrada, ella lo saluda con un gesto rápido de la mano, se detiene a ponerle llave a la reja del jardín y se queda retenida más de lo esperado, librando una dura batalla con el mañoso cerrojo que siempre se niega a cerrar y que, a pesar de los múltiples intentos, nadie ha podido arreglar.

Al verla pelear contra el terco cerrojo a llave y sacudones, Dante sonríe con picardía y hace sonar la bocina insistentemente por el mero gusto de fastidiarla. Al concierto, pronto se une una voz masculina que, intermitentemente, se cuele entre el chillido de la bocina, los sacudones y el desesperado tintineo de las llaves, pero únicamente cuando ha logrado cerrar, es que se esfuerza en poner atención a lo que dice la voz desde la casa para responder, al borde del grito y por encima de la determinación que tiene Dante de molestar:

—Sí, amor. No te preocupes... y recuerda apagar las luces.

Finalmente, y atormentada por el repetitivo sonar de la bocina, Maia llega hasta el auto, se

detiene frente a la puerta y mira a Dante a través del vidrio haciéndole una mueca de fastidio a la que él responde con un guiño de burla y una sonrisa maliciosa al tiempo que detiene los estruendosos chillidos. Entonces, cuando ella intenta abrir la puerta del auto y la encuentra cerrada, con una sobreactuada molestia golpea el vidrio de la ventana para “exigirle” que le abra. Los botones saltan de inmediato, ella entra al auto, cierra la puerta, se acomoda en el asiento y mirándolo con un incisivo gesto interrogativo, lo cuestiona con odiosidad:

—¿Cuál es el apuro, si puede saberse? ¿Vamos tarde o qué? Porque no recuerdo que hayamos quedado a ninguna hora específica con nadie. ¿O sí?

—No.

—¿Y entonces?

—Nada. —Le dice él encogiéndose de hombros y haciéndose el despistado, como si no supiera de qué le habla, hasta que los dos se ríen de sus propias tonterías.

Finalmente, Dante pone el auto en marcha, coloca algo de música y se dispone a fumar sacando cigarrillo y encendedor del bolsillo de su camisa.

—Y... ¿qué te estaba diciendo tu marido cuando salías? —Le pregunta curioso con el cigarrillo colgándole azaroso del labio inferior.

—Lo de siempre, que no llegue muy tarde y que, por qué siempre tengo que andar contigo. Creo que está celoso.

Dante emite un ligero quejido y luego desfigura la cara en un gesto de pánico.

—¿En serio, Meme?, ¿está celoso?

Maia se ríe sola de su chiste, se coloca el cinturón de seguridad y él exhala una aliviada sonrisa, mientras se encaminan al lugar de encuentro. Una vez apagadas las sonrisas, el auto se llena de un extraño silencio y cada uno se pierde en sus propios pensamientos e ilusiones sobre la noche, sin imaginar que el destino ya ha fijado rumbo y que nada, absolutamente nada, cambiará la ruta arbitrariamente fijada por poderes que les son completamente ajenos. Dios, destino, luna, tabaco, quiromancia, numerología, brujería o santería no importarán, porque lo que ha de pasar, pasará.

Es una noche especialmente hermosa y el cielo despejado hace que Maia, como en un acto reflejo, busque una estrella a la que siempre recurre cuando se siente insegura. La encuentra casi de inmediato, pues siempre sabe en qué dirección mirar porque ha sido su muletilla desde el liceo. “Allí estás, como siempre Alnilam —dice para sí— y el universo seguirá siendo el mismo mientras tú estés allí” —concluye como quien recita una oración que ha repetido millones de veces. Tan pronto ha ubicado su estrella, cierra los ojos y sonríe calladamente tratando de esconder el alivio que ha sentido al verla. Esa estrella es su talismán, que no quede duda. Es, precisamente, el amuleto que la ayuda a mantenerse en una sola pieza cuando atraviesa por momentos difíciles. Ver “su estrella” siempre la tranquiliza y, aunque últimamente su futuro le parezca incierto, y no entienda lo que le está sucediendo, y se sienta inexplicablemente feliz, a pesar de llevar a cuestas un secreto que la mantiene en permanente estado de conflicto y privada del sueño desde hace semanas, de todas formas siente alivio al ver su amuleto brillar como siempre, en el mismo lugar del cielo, pues cada vez que lo ve se siente esperanzada, aunque ilusionada a veces parezca la palabra más acertada, muy a pesar de lo que ella haya decidido creer esta vez.

Nunca se consideró supersticiosa ni religiosa, pero desde que asumió a Alnilam como suya, se ha permitido una que otra indulgencia; nada serio, no es que le rece, pero sí le calma el espíritu. No entiende el cómo ni el por qué de este asunto, pero como le funciona bien, dejó de hacerse esas preguntas hace mucho. Curiosamente, ahora, a pesar de guardar un inquietante secreto; a

pesar de tener ese conflicto inmenso que le roba el sueño cada noche y la somete a pasar horas de insomnio, incertidumbre y angustias —increíblemente— se ha encontrado buscando cada vez menos consuelo en su estrella, porque ahora, cada vez que piensa en ello y sin que lo pueda entender, se siente feliz pero no angustiada; y cree que, posiblemente, la diferencia esté entre el antes y el ahora, en el hecho de finalmente saber qué es lo que en realidad le sucede, aunque no tenga ni la menor idea ni de cómo pasó, ni de qué hacer con eso.

Luego de un par de minutos de silencioso camino, un semáforo en rojo los detiene y Dante, que venía distraído construyendo sus propias ilusiones, parece despertarse y retomar el viaje bajando los vidrios para encender el longevo cigarrillo que seguía colgado de sus labios, ya acartonados, a la espera del fuego.

—¿La llamaste? ¿Estás segura de que viene? —Le pregunta exhalando el denso humo del tabaco.

—Sí, claro que sí. ¿No te dije que iba a llamarla para invitarla?

—Sí.

—¡Bueno, y lo hice! ¿Okey?

—Bien.

—Y ya, relájate, que si le gustas, ella te lo hará saber.

El semáforo cambia de luz y vuelven a ponerse en marcha, pero Dante insiste:

—Es que... me cuesta creer que una mujer así pueda fijarse en mí.

—¡Ay! ¡No! ¡Ahora sí no, que fastidio! No empieces a autocompadecerte porque, créeme, que la inseguridad y la autocompasión son lo menos atractivo del mundo en un hombre. Deshazte de esos comentarios para siempre.

—Lo sé. De acuerdo. Lo haré. —Se disculpa avergonzado.

Minutos después, llegan al estacionamiento del *pub* y estacionan sin complicación alguna gracias a que la hora de arribo a estos lugares suele ser la medianoche. Al detenerse el auto y apagarse el sonido del motor, los dos se miran sabiendo que por fin ha llegado el momento que tanto han esperado toda la semana, no obstante, en vez de una reacción de alegría y expectativa, la cara de Dante poco a poco se va transformando en una expresión de pánico de la que ella se burla convencida de que es una broma hasta que, de pronto, se da cuenta de que el pobre no bromea y está a punto de hiperventilarse por los nervios. Trata urgentemente de calmarlo poniéndole las manos sobre los hombros y respirando lenta y profundamente, invitándolo a imitarla para conseguir un mínimo de serenidad que le permita funcionar como una persona más o menos normal.

Él la mira fijamente y con los ojos llenos de miedo asiente frenéticamente, mientras inhala y exhala profundamente, buscando calma en la sincronización de su respiración con la de ella. Minutos después, cuando siente que ha logrado suficiente serenidad como para, por lo menos, no desmayarse al bajarse del auto, se reincorpora en su asiento, abre la puerta y sale con aplomo intentando relajarse otro poco sacudiendo las piernas, moviendo la cabeza en círculos y agitando los hombros y los brazos. En realidad, parece más un boxeador a punto de entrar al cuadrilátero que alguien que va a encontrarse con la persona que le gusta. Maía sale del auto también, da un portazo con un gesto heroico y lo alcanza. Se miran, asienten para confirmar que ahora sí están listos para la noche y caminan seguros hasta la entrada del lugar.

El *pub* es grande y tiene mesas en todas las áreas, algunas con grandes y cómodos sillones, además de las acostumbradas sillas de salón. El tema de la noche es el amor, así que la música y la iluminación se han ajustado para ofrecer un ambiente que se preste para el romance y la conversación. Definitivamente y, por lo menos ese día, no es el sitio indicado para bailar y los

dos se miran celebrando lo bien que han sabido escoger la fecha, y el lugar, para la especial ocasión. Cruzan el salón esquivando las mesas y sabiendo exactamente para dónde van porque conocen bien el establecimiento. Es al que suelen venir con el grupo del trabajo durante los días de semana, al final de las fastidiosas y largas jornadas vespertinas.

Al llegar al fondo del salón, se encuentran con la acostumbrada mesa ya repleta del habitual grupo de gente que, apenas los ve llegar, explota en estruendosos saludos.

Dante, práctico hasta lo odioso, prefiere saludar con un gesto de la mano a todo el mundo para saltarse las formalidades y de inmediato lanzarse, confianzudamente, sobre uno de los sillones a conversar. Maia no es así, es más formal y se distrae saludando con abrazos y besos a cada uno de sus compañeros, haciendo una larga ronda alrededor de la mesa antes de poder incluirse en el sillón junto a él. Acaba de sentarse cuando siente su móvil vibrar en el bolsillo del pantalón, lo saca con dificultad, lo revisa, escribe algo y lo guarda nuevamente. Se acerca a Dante, quien en ese momento se encuentra de espaldas a ella conversando con alguien al otro lado de la mesa y le advierte discretamente por encima del hombro:

—Caterina va llegando, ya debe estar por entrar.

Dante gira para mirarla a la cara y mostrarle su peor expresión de terror pero, apenas ha podido reaccionar cuando Caterina aparece frente a ellos luciendo como una modelo de portada, sacándolo inmediatamente de combate y dejándolo sin habla ni oportunidad de nada. El pobre apenas es capaz de balbucear un lerdo saludo al cruzar miradas y listo: su oportunidad de impresionarla con todos los piropos y gestos caballerosos, que tanto había practicado frente al espejo, le son arrebatados por la impresión y echados al drenaje de sus inseguridades, sin compasión alguna.

Sin embargo, Maia no se ha quedado atrás en el sobresalto que siente frente a la visión de Caterina, pues su belleza siempre la impacta como la primera vez, solo que ella sabe controlarse muy bien. El descontrol es algo que no se permite hace muchísimo tiempo, puesto que una gran parte de su vida ha dependido siempre de su capacidad de dominarse, especialmente en situaciones como estas.

Al ver a Caterina, el grupo estalla nuevamente en saludos, bienvenidas y todos vuelven a saludar con estruendo y algarabía, esta vez a la recién llegada, quien procura saludar a todos durante su recorrido hasta Maia que, impacientemente, la espera de pie al otro lado de la mesa.

—¡Hola, hola, hola! ¡Hola a todos! —repite Caterina, con cierta cadencia antes de excusarse al encontrarse con Maia—: Tendrán que disculpar la demora, pero es que estaba con Alexandra y tuve que esperar hasta que se decidiera a dejarme ir.

Maia le da la bienvenida con un beso en la mejilla y el ligero abrazo que ya es habitual entre ellas.

—Nah, ni te preocupes, que acabamos de llegar —dice tranquila.

—Es verdad.—Se incluye Dante—. No tenemos ni diez minutos de haber llegado. Dame un segundo y te busco una silla.

—Gracias.

Dante se aleja apresuradamente en busca de una silla, Caterina toma su lugar en el sillón junto a Maia y las dos se quedan de inmediato sumergidas en una animada conversación de la que nadie más participará durante el resto de la noche.

—Es decir, ¿que estabas presa dependiendo de que Alexandra quisiera traerte? —Le inquiera Maia divertida.

—¡Uf, sí!, y ya sabes cómo es todo con ella, ¿no? Nunca se sabe.

—¡Oh, sí! ¡Esa mujer es súper intensa! Y lo confieso: le tengo miedo —bromea Maia.

Un minuto después, cuando Dante regresa con la silla adicional, ya las dos se encuentran ahogadas en risas y conversando, tan animadamente, que no tarda en darse cuenta de que ha ido a buscar su propia silla, pues Caterina ya se ha instalado en el que fuera su lugar y, por lo que puede ver, de allí no tiene ni la más mínima intención de moverse. Así que, sin decir más, toma asiento cerca de las dos y se une a otra conversación tratando de obviar la desilusionante realidad que parece haber anulado todos los planes que había hecho para una noche en la que esperaba lograr que su ansiado romance despegara. Lamentablemente, para él, en vez de la romántica y divertida película que esperaba vivir, le ha tocado enfrentarse a un desinterés que lo despoja de sus ilusiones y frente al que no puede más que tratar de sobrellevar lo que resta de la noche con la mayor dignidad posible.

Esa noche, Maia y Caterina, quienes durante los últimos meses estrecharon fuertemente sus lazos, la pasarán compartiendo profundas conversaciones sobre sus proyectos, sus vidas y casi todo lo que no les es posible compartir con nadie más. La relación que tienen se ha vuelto íntima y necesaria para las dos. Maia siente que con ella todo es nuevo y no recuerda haber sentido una conexión así con nadie más. Su necesidad de ella la asusta y, sin embargo, también la atrae irremediamente, aun cuando no espera nada a cambio, tal vez porque no sabe qué esperar. A veces tiene la impresión de que Caterina se siente igual, pero nunca le toma mucho tiempo convencerse de que realmente no es así, que su falsa percepción es el producto de sus fantasías y de todo lo que ella quisiera que fuera pero que, ultimadamente, no es la realidad. Además, aunque su matrimonio se esté desmoronando y no haya sido uno de amor, para ella es un compromiso que desea respetar mientras pueda, aunque hoy tenga que reconocer que nunca se sintió como ahora, pues lo que siente por ella es distinto a todo lo que sintió en el pasado; mucho más profundo, inevitable y, sobre todo, incontrolable. Y mientras más se complicaban, la situación y los sentimientos, más se aterraba de tener que lidiar con un potencial descontrol que, aunque en otra época habría sido inconcebible, ahora era la razón de que todas esas cosas en su vida se hubiesen ido aclarando con el tiempo. Lo que más le preocupaba, sin embargo, era que nada parecía haber mejorado con la recién adquirida claridad y que, por el contrario, todo parecía únicamente haber empeorado sistemáticamente, hasta llevarla al punto en el que no era capaz de pensar en nada más que no fuera ella, esa mujer con la que soñaba despierta y a quien constantemente extrañaba y que era la razón de todo. Se sentía totalmente perdida y adicta a su compañía, sin tener idea alguna de qué hacer con todos esos sentimientos que no era capaz de controlar y que, sin importar lo que hiciera, no desaparecían.

Siempre intuyó que las mujeres le atraían y eso la hizo experimentar el sexo alguna vez, pero sin emociones; nunca hubo sentimientos de por medio en esos extraños experimentos. Maia estaba convencida de que no le era posible enamorarse de una mujer. Disfrutaba el sexo con mujeres, eso sí, pero nunca sintió nada especial por ninguna. Pensaba que el sexo era una cosa separada y aparte, que no se relacionaba con su vida emocional; e incluso sabiendo que era algo que se le daba más naturalmente y que disfrutaba sin dificultades ni esfuerzo, nunca consideró posible el enamorarse de una mujer. El sexo con hombres, en cambio, para ella fue siempre problemático. Tenía dificultades para obtener satisfacción y le requería un gran esfuerzo mental el solo hecho de disfrutarlo, aunque no hallara el clímax. Y aunque nunca estuvo segura de lo que realmente sentía por sus parejas masculinas, supuso siempre que eso que sentía, cualquier cosa que eso fuera, debía ser amor, porque era lo que se suponía que debía sentir. No obstante, ahora, con la posibilidad de ampliar sus opciones, empezaba a preguntarse cuánto somos capaces de soportar y en cuántas cosas extrañas y alejadas de nuestra verdadera naturaleza somos capaces de convertirnos con tal de obligarnos a caber en la idea que el mundo tiene de nosotros.

Es increíble que seamos capaces de repudiarnos, temernos o incomprendernos, tanto como para no tener el valor de ser nosotros mismos. Y en consecuencia, para Maia el sexo insatisfecho con hombres y pleno con mujeres, pero sin ninguna conexión emocional, había convertido su mundo carnal en un misterio, en un rompecabezas imposible de armar, si no se permitía considerar todas sus opciones, algo a lo que ella se negaba rotundamente y otra razón por la que su recién nacida e íntima relación con Caterina le resultaba más que confusa, pues, aceptar sus verdaderos sentimientos, para ella, no era una opción.

—¿Y qué pasó por fin con la entrevista, Meme? ¿Fuiste?

—¡Claro que fui!

—¿Y qué pasó? ¿Te dieron el puesto, te llaman luego, o qué?

—*Nop*. Nada, Cat. Buscan a alguien que ya tenga experiencia.

—¡*Aww*! ¡Qué tristeza! ¡No te preocupes que ya llegará lo tuyo, ya verás! Igual, cuéntame, ¿cómo fue? ¿Qué te dijeron?

Maia suspira con resignación e inicia la detallada historia de su fallida entrevista de trabajo de ese día mientras que, de tanto en tanto y siempre muy discreto, Dante las observa conversar y se entristece al notar que, al parecer, este es un caso perdido para él.

La noche termina por transcurrir sin ninguna otra novedad y entrada la madrugada, cuando ya todos están a punto de irse, Maia procura desaparecer discretamente adelantándose hasta el auto en busca de reposo para los nefastos efectos del alcohol, dejando que todos terminen de despedirse y coordinar los regresos en taxis compartidos o aventones, sin su —por demás innecesaria— participación.

—Si quieres podemos llevarte. —Le propone Dante a Caterina apenas salen—. Yo igual llevaré a Maia, que no vive lejos de tu casa.

—¡Sí, claro! ¡Genial! Pero ¿ya se van?, porque los muchachos están como queriendo ir para *Afterlife* y yo todavía no me decido.

—¿Qué? No, ¡qué va! Yo tengo que irme, Cat, empiezo guardia a las cuatro, que ya es dentro de dos horas. Así que, ¿vienes, te quedas o sigues?

—¡*Arggg*, bueno, sí! Me voy con ustedes. ¡Gracias!

—Seguro. De nada. Vamos.

Ambos se despiden del grupo sin mucho afán y luego caminan silenciosamente hasta el auto en donde, al llegar, sin ninguna pausa ni gesto cordial, Dante abre la puerta del piloto y entra para encontrar a Maia medio dormida en el asiento del copiloto.

— ¡*Hey*! Vamos a llevar a Cat. —Le informa.

—¿Ah?

Y antes de poder conseguirle sentido a la oración, Caterina abre la puerta del copiloto, sorprendiéndose de encontrarla tendida y con cara de semiinconsciencia, completamente atontada por los tragos y entorpecida por el sueño. Su sentido del humor, al verla en tal estado, no se pudo resistir:

—¿Es decir, que no vas a terminar la noche en *Afterlife*? —bromea irónica y risueña levantando las cejas al verle el semblante descompuesto.

—¡Nooooo, qué va! ¡Ya no quiero terminar nada que no sea un *Alka Seltzer*!

—Pues no te vendría mal, porque pareces una obra cubista.

Los dos se burlan y se ríen del obvio estado de embriaguez de una Maia que sale del auto haciendo piruetas *torombólicas* solo para acomodarse en el asiento de atrás con unas impresionantes habilidades infrahumanas.

—¡No, mujer! —Le insiste Caterina—. ¡No hace falta que te cambies de lugar!

Pero, Maia hace caso omiso a la advertencia y se instala cómodamente a lo largo del asiento trasero subiendo los pies a los cojines. Con Maia, finalmente reubicada, Caterina puede por fin entrar al auto y acomodarse en el lugar del copiloto, junto a Dante. Y cuando todos están listos, un huracán Dante pone el motor en marcha y el auto sale del estacionamiento dejándolo completamente vacío.

Durante el camino, todos guardan un inusual silencio, solo que cada uno tiene motivos distintos para ello: Dante está triste porque gusta de Caterina, pero no ve interés en ella por él; Maia está confundida, pues siente algo que no le es fácil ni de aceptar ni de entender; y Caterina... bueno, ella debe esclarecer una colosal duda que está apoderándose de toda su vida y cuya explicación, puede o no, traerle complicaciones y conflictos inimaginables que, además, no sabe si será capaz de manejar o de aceptar.

La primera parte del taciturno e incómodo viaje termina cuando el auto se detiene en la esquina de la casa de Caterina. Su casa es pequeña y antigua con un clásico techo a dos aguas que hace juego con el despejado y extenso jardín que parece cortado a la mitad por el largo camino de terracota que lleva hasta la puerta principal. Tiene la arquitectura típica de las casas de antaño, pero con toques modernos disimulados con el uso de colores ocres en vez de los rojos, verdes y amarillos vivos, que eran costumbre a la vuelta del siglo.

Tan pronto se han detenido, ella sale del auto y espera por Maia, quien emerge torpemente desde el asiento posterior para despedirse con el apretado abrazo de siempre y un beso bien prensado en las mejillas.

—Espero que la salida se repita pronto. —Le dice Caterina suavemente.

—¡Seguro que sí! ¿Verdad, Dante?

Maia responde con la incomodidad de saber que Dante está loco por Caterina y que la única idea de esa salida era que ellos se conocieran y se acercaran un poco, sin embargo, gracias a ella, ha sucedido exactamente lo contrario y ahora se siente culpable. Sabe que hizo mal interviniendo en sus planes, pero luego de tener la atención de Caterina solo para ella, no se sintió capaz de alejarse.

No obstante, y bajo unas circunstancias que no hacen más que contradecir todo lo que siente, está en la obligación de reconocer —aunque sea para sí misma— que haberle robado esta oportunidad a su amigo fue un acto egoísta y sin sentido, especialmente si se tiene en cuenta todo lo que tiene en su contra; no hay nada para ella en esa relación, pero siempre se consigue queriendo más. Más de ella, más sonrisas, más abrazos, más de todo. Ahora mismo no le es difícil percatarse de la desilusión que Dante destila en el tono de su voz malhumorada y huracana al murmurar un apático: “Seguro... como sea”.

—Bien, entonces nos vemos el lunes —sigue Maia para despedirse de Caterina, quien asiente para devolver la despedida y de inmediato enfilarse hacia su puerta.

Esta vez, Maia no logra decir nada y apenas consigue sonreír para resumir toda la vergüenza, la confusión y la incomodidad que Caterina parece haber entendido mejor que ella misma.

Cuando la breve pasajera ha desaparecido tras su puerta, Maia regresa al auto que, de inmediato, vuelve a ponerse en movimiento con un chofer desilusionado y frustrado. Ella lo mira fijamente y con cara de asombro hasta obtener su atención. Quiere ayudarlo, darle ánimo, resarcir el daño que le ha hecho, pues cree que no hacerlo sería insensato. Sabe que para hacer todo eso, deberá tomar distancia aunque no quiera; pero como es lo correcto, deberá hacer el esfuerzo de cumplir.

—Y ahora... ¿qué hice?

—¿Cómo que qué hiciste?

—Sí, ¿qué hice?
—¡Perdiste la oportunidad de estar a solas con ella! ¿Qué tal eso?
—¿Y cuándo hice eso?
—Hace diez segundos, cuando la dejaste en su casa antes que a mí.
—¡Oh, Dios mío! Soy un imbécil, ¿cierto?
—Bueno, no estoy diciendo que te habría invitado a pasar ni nada, pero ¡quién sabe! Pudieron haber hablado, conectado, ¡qué sé yo!... En fin, mi amor: sí, eres un imbécil.
—¡Bah! Pero... ¡si ni siquiera le gusto!
—¿Y cómo sabes eso?
—¿Cómo que cómo lo sé? Porque me ignoró toda la noche, por eso lo sé. ¿Te parece poco clara la pista?
—*Hummm*, pues eso ya lo veremos. Aún es muy pronto para saber.
—Ojalá tengas razón.
—Siempre la tengo.

VIII

MAYO, 2008

“Pues, parece que es verdad: siempre tengo razón”, se dice a sí misma, con frustración, mientras se incorpora para retomar la conexión con su dura realidad.

Está de pie junto a su mesa sosteniendo otro trago recién servido y, aunque desde lejos pareciera estar conversando con el grupo de conocidos que la rodea, la verdad es que ni siquiera está escuchando lo que dicen, se siente ya muy aturdida como para escuchar nada o hablar con nadie.

La sesión de fotos con Dante terminó hace mucho y él ya se ha ido a retomar su papel de novio y anfitrión en algún otro lugar de la casona, o al menos eso es lo que ella supone, pero, en realidad, no sabe a dónde se fue ni a hacer qué, porque a ella solo le importa que esté lejos. No quiere tener que volver a verlo, ni desea hablar con él... nunca más. Ya no tiene ni la fuerza ni la cara para volverlo a cercar con mentiras.

Buscando un poco de calma, luego de unos momentos tan difíciles con él, Maia explora distraídamente su alrededor y de pronto se da cuenta de que la recepción parece estar muy pronta a terminar. Queda ya muy poca gente y la música que ambienta las conversaciones étlicas y las torpezas, ahora es suave y con un volumen mucho más moderado. Los invitados lucen ya desarreglados, cansados y borrachos, los maquillajes en su mayoría han desaparecido, los peinados han perdido todo indicio de compostura y hasta el cielo parece haberse nublado. Maia solo está allí. Así. Sin irse, pero sin estar, siempre con el alma ausente, tratando de evitar la experiencia a cualquier nivel posible en un permanente estado de desdoblamiento espiritual; su cuerpo asiste, pero experimenta el mundo de forma abstracta y borrosa pues, en este momento no hace más que desear con toda su alma el poder necesario para deshacerlo todo, para devolver el tiempo, cambiar aquellas palabras y atreverse a robarle aquel beso.

Son tantas las cosas que dan vuelta en su cabeza, que ya la siente como una masa pesada que procesa información aleatoriamente, y que solo le provoca una profunda confusión que no le permite ver el límite entre el dolor, el amor y la rabia. Su única certeza es que debe irse de allí cuanto antes. Buscando juntar las fuerzas para hacerlo, recorre su indeseado alrededor con la mirada y da algunos pasos hacia atrás, procurando alejarse discretamente para tomar impulso, mientras que un cualquiera frente a ella termina un terrible chiste:

—... y cuando la chica despierta de la cirugía, lo primero que hace es buscar a su novio, pero no lo ve. Entonces le pregunta a su amiga por él, su amiga la mira con los ojos tristes y le dice: ¿qué, él nunca te lo dijo? La chica le dice que no. Entonces la amiga le dice: pues es que fue él quien te donó el corazón que necesitabas. A la chica está por darle un ataque cuando la amiga le dice: no vale, mentira, ya tu novio viene, está en el baño.

Las carcajadas explotan sin medida de volumen, pero Maia apenas logra reírse de sí misma, al aceptar un final que, esta vez, sí será definitivo. Sabe que el momento de irse de la vida de Dante y Caterina finalmente ha llegado y que no tendría ningún sentido seguir retrasando su partida, ya que toda esperanza que hubiese podido tener, a pesar de todo lo que todavía sentía, había muerto cuando la vio en su traje de novia sobre la escalera principal. Fue allí, en ese momento, cuando supo con certeza que no quedaba ya esperanza alguna para ella y que no había nada más que pudiera hacer para cambiar esa nueva y axiomática realidad.

Había perdido la guerra.

Súbitamente, y durante el enésimo recorrido del lugar, su mirada encuentra a una sonriente y

feliz Caterina navegando entre los invitados del salón de baile e intercambiando gestos con Dante, quien desde el otro lado del salón, le pide ansiosamente que se apresure. Para Maia, la conclusión no es una compleja ecuación, sino más bien una suma sencilla: dos más dos es igual a que los novios ya se van.

Ha temido tanto este momento, que ni siquiera sabe cómo reaccionar. Así que aprieta los ojos con toda la fuerza de la que es capaz, suspira buscando calmar su asfixia y toma lo que queda de su *whisky* de un solo trago abandonando el vaso en una mesa cercana en donde, una señora de copete alto y despeinado repentinamente hace un fuerte y alegre llamado a los asistentes para que se acerquen a despedir a la feliz pareja. Y todos, angustiados por la impensable idea de no poder despedirse, se apresuran a amontonarse junto a los protagonistas de la noche para darles bendiciones, abrazos no solicitados, besos que destilan alcohol y que huelen a sudor con maquillaje.

Y ellos, que se habían acercado hasta la entrada del patio trasero para despedirse, pronto buscan alejarse tratando de no quedar atrapados en una interminable despedida matrimonial, de esas en las que siempre falta alguien por ofrecer sus buenos deseos, por tomarse una foto con los novios o por ofrecer un consejo imprescindible e invaluable, sin el cual no serán capaces de tener un matrimonio duradero como el del tío Rubén. Se esfuerzan por recibir los últimos abrazos y, entre apretujones y besos, Caterina examina discretamente el patio con la mirada buscando a Maia y encontrándola, no muy lejos. Sus ojos se cruzan y, por un momento, se miran fija e intensamente, pero como las palabras se agotaron hace tanto, la despedida termina por ser poco más que un adiós a los sueños comprimido dentro de esa única mirada. Y luego, nada. Aunque por dentro, ahora se concrete la horrorosa certeza de que ese es el último adiós y que ya nunca volverán a verse.

Un forzado abrazo más y los novios se retiran definitivamente del lugar para dejar la fiesta. Caterina parte sin decir ni hacer nada más, su actitud y su expresión, como siempre, indescifrables.

Maia se queda sola en medio del patio observándolo todo en silencio y librando una batalla interior que busca aceptar este final que considera, como mínimo, injusto. Y cuando el grupo de invitados que despedía a los novios empieza lentamente a disolverse, sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas, su pecho se agita y una angustia, hasta ese momento latente, la atropella. Trata urgentemente de calmarse, pero una mezcla de rabia y dolor cruza su cuerpo como un tren que pasa quebrándolo todo a su paso y arrebatándole todas las razones que tenía para evitar las lágrimas. A su lado, un hombre comienza a vomitar la borrachera y un séquito de amigos se apresura a auxiliarlo entre gritos, chistes y un repentino caos que le hace imposible seguir estando allí. Siente una repulsión tan fuerte que, el último resquicio de dudas que guardaba finalmente desaparece y la ayuda a aceptar que, para ella, este es el final del camino.

El dolorosamente insoportable y decadente momento la obliga a retroceder unos pasos y, queriendo alejarse urgentemente, gira sobre sí misma buscando el cielo como guía, un hábito al que siempre recurre antes de cualquier huida; se prepara para enfrentar una pérdida que todavía no sabía si podrá superar, porque la despedida definitiva, sin importar cuántas veces se recorra, únicamente trae incertidumbre y desorientación. Así que, contempla su estrella a la espera del coraje necesario y luego huye pretendiendo seguir el rumbo que marca el cielo y sale sin cruzar palabra con nadie, desapareciendo de la escena como un alma en pena, como una aparición fantasmagórica, como ese algo que muchos han asegurado ver, pero que no son capaces de describir o de entender.

Su primera parada es sobre la acera, frente a la casona para tomar un poco de aire, pero está

muy alterada y necesita calmarse para poder conducir hasta su casa; entonces respira profundamente un par de veces esperando exhalar las pasiones que la atormentan y se frota la cara queriendo lavarse lo demás: todo ese amor que ahora le sobra, toda la rabia que ahora la aplasta y todo ese inhumano y monstruoso dolor que, por tanto tiempo, se ha negado a desaparecer.

Cruza rápidamente la calle hasta su auto buscando la protección de lo familiar, pues se siente expuesta en la soledad de la acera; entra y se acomoda en el asiento, pero de inmediato queda paralizada por una especie de estado de *shock* en el cual, el repentino silencio, le otorga un necesario minuto para reposar sus sentidos, tan profundamente alterados por esta secreta y solitaria tragedia. Está conmocionada y, durante esos minutos en los que no se siente capaz de manejar, se queda allí sin más, solo buscando una mínima sensación de sobriedad que le permita regresar a su casa en una pieza.

Largo rato después, ya de regreso y en su habitación, echada de espaldas sobre su cama todavía tendida, puede finalmente sentir lo profundamente consternada que está por lo que acaba de vivir. La luz, que sigue apagada, deja todo a oscuras, pero la habitación se mantiene a media luz gracias a la larga ventana junto a la cama que deja pasar un poco de claridad de la calle a la habitación prácticamente vacía por la inminente mudanza.

No precisa ver nada, pero puede sentir el esfuerzo que hacen sus ojos por distinguir las luces de las sombras, y la lucha que su cuerpo libra contra la pérdida de facultades que le han ocasionado los abusos *celebracionales* de la noche.

Lo más difícil por fin ha terminado y ya, sin ningún otro motivo para seguir conteniéndose, Maia puede finalmente entregarse a su destino. La pelea terminó. No más guerras que luchar ni mentiras ni conflictos. Extrañamente, y de cierta manera, incomprensible para ella, se siente liberada. Lo peor, definitivamente, ya pasó. Ya puede descansar. Lo único que le queda por hacer es reevaluar su vida, enfrentar ese destino al que se ha negado tanto; es tiempo de sobreponerse a todo: a sus tristezas, a las pérdidas, a sí misma, pero sobre todo, a ella, a Caterina. Debe sobreponerse a eso que siente, pero que no fue correspondido. Y lo hará, eventualmente, pero hoy, aún sin desvestirse e inmóvil sobre su cama, tiene la inexorable necesidad de desahogarse, de llorar y expresar el luto por la muerte de un amor que otrora fuera fuente de ilusiones. Y así, contemplando el techo largamente, con la mirada perdida en memorias e imágenes impresas con la tinta indeleble que produce el corazón cuando se rompe, se abandona enteramente a las cosas que siente. No ha pasado mucho tiempo cuando empieza a sentir el violento efecto de los accesorios evasivos y, muy pronto, la mezcla del tequila, el escocés y el cannabis, empieza a jugarle bromas tan pesadas que debe llevarse las manos a la cabeza, en un desesperado intento de calmar sus malestares y bajar la velocidad de la habitación que da frenéticas vueltas a su alrededor. Intenta ver la hora en su reloj, pero debe hacer un enorme esfuerzo por mantener la vista enfocada solo para determinar que las agujas marcan, más o menos, algo entre las dos y las tres. Se frota la cara esperando poder librarse del poderoso y persistente mareo, sin lograrlo, pero durante el segundo intento, Sabina entra a la habitación abriendo la puerta cuidadosamente para sentarse junto a ella.

—Ven, déjame quitarte la chaqueta, por lo menos. —Le dice ayudándola a desvestirse.

Maia asiente y le permite ayudarla, pero debe sacarse la chaqueta rodando de un lado a otro de la cama, pues la resaca no le permite erguirse para hacerlo. Sabina se levanta, cuelga la chaqueta cuidadosamente tras la puerta y vuelve:

—¿No prefieres sentarte afuera con nosotras, tomarte algo para el malestar y hablar de esto?

—No, no. Estoy bien. Creo que será mejor hablar mañana, hoy prefiero tratar de dormir. Además, este malestar ya es crónico.

—Okey. —Le contesta tristemente.

A Sabina no le queda más remedio que salir de la habitación cerrando la puerta tras ella suavemente. Ha obedecido al deseo de Maia, pero en el fondo, siente que la abandona. Para la mayoría es muy difícil entender que sea posible sobrevivir a un corazón roto sin la compañía de los amigos, esas familias elegidas que suelen ser el soporte en nuestras tragedias y celebraciones. Pero Maia no se siente sola, sabe que las personas que la quieren están cerca y la seguirán acompañado por el tiempo que le reste de camino a la otra vida. Es solo que cree que hay momentos en los que el dolor debe ser liberado en soledad para no extender la violencia del propio sufrimiento que, a veces se irradia y sin querer, infecta a quienes nos rodean. No quiere repartir su dolor, desearía más bien podérselo arrancar del pecho de un único jalón, seco y definitivo, para arrojarlo al olvido y quedar curada de su tragedia para ser capaz de sentirse feliz, como solo lo ha sido pocas veces. Por eso prefiere estar sola, y cuando Sabina ha salido y ella logra sentirse protegida por la definitiva ausencia de todos, le es finalmente posible entregarse a las pasiones que la han estado ahogando desde hace mucho y llora. Por fin, llora. Sus lágrimas corren desahuciadas llevándose consigo los sueños muertos, el amor derramado sobre el suelo y todos los besos que hoy fueron vencidos por el miedo.

En su mesa de noche, junto a la portátil, descansan los tres sobres. Las tres cartas que no quería escribir, pero de las que no puede prescindir; y a pesar de tener la mente aún entumecida por el dolor y el alcohol, al verlas, no puede huirle a la idea de que el momento indicado no existe. “Fue un error esperar tanto tiempo, por tantas cosas”, reflexiona.

Y eso es verdad, pero siempre esperó porque temía demasiado a las consecuencias de sus decisiones, y de entre tantos errores cometidos a lo largo de su vida, el miedo —lo sabe ahora— fue lo más destructivo, lo que más daño le hizo y lo que más pérdidas le ocasionó, solamente que ahora, cuando finalmente ha entendido la lección y logrado deshacerse de ellos, las oportunidades se han perdido para siempre. No parece justo, porque no lo es, pero es así y ha sido únicamente culpa suya.

Se pasó la vida aguardando el momento preciso para todo, debido a que siempre prefirió creer que, si esperaba suficiente, el momento en el que se sentiría segura al decir "ya no te amo", llegaría. Pero, el momento no llegaba y las oportunidades pasaban de largo sin esperar nada ni demostrar compasión alguna ante su ingenuo error, mientras seguía viviendo una vida puesta en pausa, a la espera de alguna señal. De esta manera, se le fueron los años: primero esperando el momento para terminar algo que nunca debió ser, y luego la oportunidad indicada para volver a empezar. Por años esperó el momento oportuno para tener un hijo, y hasta para permitirse amar libremente, se sintió obligada a esperar. Hoy, luego de tanta espera, su única verdad es que, mientras dejaba de vivir aguardando la llegada de ese momento particular, de esa inequívoca señal, de ese sentimiento de certidumbre que pudiera liberarla de todas sus dudas, la vida siguió pasando, abandonándola a la orilla del camino, sin detenerse a esperar por sus decisiones.

Sí.

Los años pasan. Solemos contar con que habrá un futuro porque hemos dado la vida por sentada, pero no es posible saber si estaremos vivos mañana y eso nos deja con este único momento: la única oportunidad de decidir es hoy, ahora, porque la vida, sin importar cuánto queramos creer que es infinita, termina.

Sin querer, Maia rememora entre lágrimas el día en el que se dispuso a escribir esas cartas que reposan sobre la mesa a la espera de ser enviadas, y es capaz de recordar el momento exacto en el que se sentó en el escritorio de su estudio para redactarlas, sin haber podido terminar de escribir ni siquiera la primera palabra.

Escribir puede transformarse en un acto de extremo dolor cuando existe la consciencia del

pronto final, del tiempo finito y de la vida corta. Para poder terminarlas, debió escribir haciendo largas pausas, pues no fue capaz de evitar que el llanto se impusiera a su voluntad.

Ese día lloró profusamente, y en silencio, sintiéndose enteramente libre de echar fuera de sí, con sus lágrimas, toda la suciedad de los lamentos, los reproches, los dolores, la ira y la impotencia que circulaban dentro de su alma impidiéndole sentir nada más.

La memoria de la inmensa tristeza que sintió en su primer día de tratamiento la asalta y revive la confusión de unas advertencias sobre efectos secundarios que no tuvo claras, sino hasta que se encontró vomitando las entrañas en el piso de la sala. Recuerda claramente el dolor de descubrir muchos de los malestares físicos que, si bien hoy se le hacen cotidianos, le costó mucho aprender a controlar. En realidad, lo recuerda todo. Evoca perfectamente los días en los que debió decirle a África, a Claudia y a su mamá lo que le sucedía. Y llegado el momento fue capaz de reunir el coraje para contarle a todos lo que le estaba pasando; a todos, menos a su hermano menor. A él nunca pudo decirle nada, al menos no cara a cara. Sencillamente, nunca pudo juntar el valor para decirle, porque con él todo era distinto. A él, a diferencia de todos, tuvo que escribirle un correo, porque siempre lo consideró muy frágil y torpe para lidiar con lo difícil y batallar las dificultades emocionales más cotidianas. Estaba convencida de que no habría podido ser de otra manera. Además, en el fondo, Maia se negaba a aceptar que todo aquello fuese una realidad y por eso nunca lo asumió así; o quizá, simplemente no creyó que el momento llegaría tan rápido o que las despedidas serían tan difíciles, pues pensaba que si se preparaba para ello, el momento la encontraría ya estando en paz con todos y con ella. Pero, no era así, ni siquiera había sido capaz de hallar la resignación o la aceptación necesarias para, por lo menos, estar en paz consigo misma.

Sentía que había fallado en la más importante misión del momento histórico en su vida y, sin embargo, volvería a hacerlo todo igual, si pudiera, porque, inexplicablemente, no tenía reproches. No se arrepentía de nada, únicamente anhelaba lo que pudo ser, eso que pudo tener y que le fue negado. Continuaba lamentando la pérdida del amor por el cual luchó esa batalla tácita librada durante todo ese tiempo en el que solo acumuló desilusiones y desconciertos, pero que, para su tranquilidad, llegaba a su fin esta noche. Ahora, de espaldas sobre su cama y en la intimidad de su retiro, las lágrimas que tanto fueron contenidas, por fin podían brotar sin vergüenza ni tapujo alguno, potentes e indetenibles como un manantial que llega al encuentro de su destino en la desembocadura hacia el mar.

La catarata de lágrimas y sufrimiento levanta un polvorín de memorias que se revuelven trayendo los momentos más trascendentales de su vida al presente, únicamente para echarle en cara todo lo que pudo ser de haber transitado otro camino, de haber decidido otras cosas, de haber escogido a otras gentes; aunque reevaluar posibilidades perdidas en el tiempo no tenga ya ningún sentido.

El obligado repaso es solamente una manera en la que su traicionera memoria le exige revivir las palabras dichas, las lágrimas derramadas, los besos entregados y los abrazos rotos que ahora descansan en los escalones de una vida que ya quedó atrás y muy lejos, como para ser de la misma persona que ella es ahora. Ninguna de las posibilidades inexploradas de todo eso que pudo ser le molesta, pues solo tenía una vida para vivir y la vivió de la mejor manera que pudo. No podía hacerlo distinto, porque no existen instrucciones a seguir y porque, para cada uno, su viaje implica una paradigmática singularidad.

Y así, en la total seguridad de su conveniente soledad, se rinde izando la bandera blanca para aceptar el dolor de haber perdido la guerra.

Esta noche puede, finalmente, declararse libre de sus miedos, aunque la libertad que siente la

haya tenido que pagar con su dignidad, el corazón roto y este dolor que le hace contraer el cuerpo en un duro esfuerzo por no volverse añicos y desaparecer antes de haberse ido.

CAPÍTULO II

ERAM

Latín. Pasado. Imperfecto. Sg. (Verbo: Sum)

que fue, era. Aquello que ya no es, aquello

que no existe más.

IX

ENERO, 2008 / HACE 4 MESES

Es una tarde de fin de semana en el parque, y como todos los días, hay una muchedumbre haciendo sus ejercicios vespertinos y familias enteras que han venido a pasar su día de descanso andando en bicicleta, jugando a la pelota o persiguiendo a sus desobedientes hijos, quienes insisten en molestar a las parejas de enamorados que caminan distraídamente, a la espera de que el pronto crepúsculo se luzca con colores de romance para ambientar sus intenciones.

Es una tarde cualquiera en el Paseo del Lago que, dando vida a un denso bosque hacia su centro, en donde se suelen hacer asados y picnics, se ha convertido en el pulmón más grande de la ciudad, ostentando también el malecón más largo del país, desde el cual es posible admirar el puente de concreto armado y hormigón más extenso del continente, el puente Rafael Urdaneta, que se levanta a través del gran lago hasta la Costa Oriental del estado. Es aquí a donde muchos vienen a descansar de la estresante urbe contemplando el paisaje y disfrutando de un refrescante, aunque limitado, contacto con la naturaleza. Otros, aunque muy pocos, como Maia, solo vienen para reposar los sentidos.

África se encuentra pagando dos helados de mantecado y chocolate en un kiosco cercano de donde no tarda en regresar con la inusual parsimonia que provoca la atención que le pone al derretimiento de los polos de su barquillón. Es la amiga más antigua de Maia, crecieron y estudiaron juntas desde el primer grado; la terrible experiencia familiar que vivió durante su adolescencia la llevó a estudiar psicología y a especializarse en violencia de género. Su recuerdo más feliz es del día en el que sus padres le informaron que, finalmente, habían decidido divorciarse; su historia de violencia familiar la hizo intolerante a la más mínima muestra de violencia o maltrato de cualquier tipo, lo cual —cree Maia— le ha dificultado el hallazgo de una pareja permanente, pues aún no comprende que nadie es perfecto, y que por ello, ninguna relación lo será jamás. Sin embargo, Maia mantiene la esperanza de que, eventualmente, entenderá que la tolerancia de las imperfecciones es una necesidad inevitable en la que deberá trabajar para no terminar sola.

Sentada sobre la grama, muy cerca de la orilla, Maia espera que África regrese con los helados mientras contempla plácidamente el paisaje fresco del inicio de la primavera, la grama y los

árboles reverdecidos, las flores que comienzan a llenarlo todo de colores, mariposas revoloteando de flor en flor, las aves cantando canciones de amor y de guerra.

Su cabello corto y castaño, echado hacia atrás, se mueve ligeramente con las corrientes de aire provenientes de los confines del lago; los lentes de sol le cubren casualmente los ojos y el atuendo que trae es típico de las —cada vez menos frecuentes— primaveras frías del sur. Al frente, las olas se mueven bañadas por los colores de un cielo que amenaza con apagarse, la brisa suave y templada trae consigo el familiar y característico olor del parque: una mezcla de humedad, salitre y manglar. Un aroma y un paisaje que, sin dudas, va a extrañar.

África no tarda en llegar, le entrega uno de los helados y se sienta a su lado, muy cerca de los restos del pícnic que compartieron temprano y que ya han sido reempacados a la espera de la hora de regresar. Helado en mano, ya pueden concentrarse únicamente en la deliciosa tarea de comer sus manjares, mientras esperan la inminente caída del sol.

Una mujer hermosa pasa a ritmo de trote vistiendo unos pantaloncillos cortos muy ajustados y un top deportivo que dejan a su paso un eco de multitudinarios silbidos y piropos que son arrojados sin ningún pudor porque, en Venezuela, los piropos son una tradición ancestral, una que aunque ya no muchos aprueban, se mantiene vigente a pesar de que suele sobrepasar los límites aceptados de la decencia. África y Maia quedan un poco sorprendidas por la reacción general, se miran y sonríen desaprobando una conocida situación a la que hoy procuran no ponerle mucha seriedad.

Cuando el sol comienza a ponerse sobre las aguas del lago y una grandiosa mezcla de colores se apodera del cielo para bañar las suaves olas de la orilla, la increíble belleza del paisaje termina por dejarlas completamente absortas, o eso parece. En realidad, África no puede dejar de pensar en cómo hacer esa pregunta que tiene atravesada en la garganta desde que llegó a la ciudad. Tiene una idea de lo que puede estar pasando y de la razón que las llevó al Paseo del Lago ese día, pero no está segura y necesita estarlo. Sin embargo, para cuando la noche ha caído, el momento de asombro ha pasado y los colores han desaparecido sobre el agua, debe aceptar que Maia no le dirá nada, si no la presiona un poco.

Para dar pie a la conversación y confirmar lo que sucede, necesitará aparentar mucha calma porque, la verdad es que Maia no responde bien a los estados de alarma. Así que, rompe el horroroso silencio fingiendo no estar preocupada; así, como si nada pasara, sin abandonar la contemplación del paisaje y haciendo uso del mismo tono despreocupado que ha mantenido hasta ahora que, si bien ha sido una treta, le ha resultado muy bien. Solo que, preguntar sobre lo que no se quiere saber, es algo engorroso. Así que, debe tomarse algo de tiempo para juntar el valor porque, aunque preferiría no tener nunca esta conversación, es algo que tiene que hacer. Hace mucho que está preocupada por el futuro de su querida amiga Maia, a quien considera algo, no menos, que una hermana, y sería bueno terminar con las dudas de una buena vez, por lo que, reunidas las fuerzas, no demora en abordar el tema:

—Ya no le des más vueltas al asunto, mana. Dime de una vez lo que quieres decirme, porque sé que para algo vinimos a este lugar. Te conozco demasiado bien como para creer que no es así.

Maia la mira con un hilo de sorpresa y sonríe el saberse descubierta.

—Siempre creí que llegaría el día en el que podría ocultarte alguna cosa, cualquiera que fuera, solo para probar que eres falible, pero supongo que ese día ya no llegará.

África reacciona bruscamente a esas últimas palabras, como si fuesen una sorpresa horrible y siniestra. Gira la cabeza violentamente y la mira sabiendo, y deduciendo todas las respuestas.

—¿Qué?! Pero ¿cuándo lo supiste?!

Maia asiente su incapacidad de contener las lágrimas.

—Hace algunas semanas. —Le responde secándose la cara rápidamente y con la voz quebrada.

—Debiste decírmelo antes —murmura sin saber qué más decir, pues está paralizada y sacudida hasta la médula.

África no sabe qué sentir, acaso ¿rabia, impotencia, dolor o todo a la vez? Mira los restos de su helado con desdén, le arrebató a Maia lo que queda del suyo, echa todo a un lado y le pide una explicación con la expresión de la cara, porque las palabras ya no le salen. Maia esperaba esa petición porque conoce a su amiga muy bien, pero no quiere explicar nada, no tiene fuerzas para hacerlo. En cambio, prefiere solo decir lo que es importante y debe ser dicho:

—¿Recuerdas lo que hablamos, lo que te pedí la última vez que conversamos sobre esto, cuando te dije que era una posibilidad real y que de verdad podía pasar?

Los ojos de África se desbordan de lágrimas mucho antes de contestar.

—Sí.

A Maia le cuesta mantener la compostura viendo a su amiga resquebrajarse frente a ella y le toca secar sus lágrimas azarosamente, pues insisten en caer continuamente y sin control. No quiere llorar, pero le es imposible apaciguar su dolor. Y si quiere terminar esta conversación, deberá calmarse; así que, toma una profunda inhalación, se incorpora y espera unos segundos por algo de sosiego; luego busca entre sus cosas, saca tres sobres sellados y se los extiende a África.

—Aquí están, son estas —dice con apenas un hilo de voz.

Su hermana por elección ve los sobres, pero como no le es posible reaccionar, Maia debe presionarla a recibirlos agitándolos junto a su mano clavada sobre la grama como un garfio. La respuesta es la misma: no. Se niega a recibirlos y retoma su posición para seguir admirando el paisaje como si nada, dejando a Maia sin saber qué más hacer. No puede obligarla a hacer nada, es cierto, pero ya lo habían acordado hace mucho y con esta inesperada negativa, ahora no sabe qué hacer y se queda así, incrédula, mirándola confundida, porque no tiene un plan “B”.

—Creo que todavía es muy pronto para recibirlos, prefiero esperar. —Le dice África un momento después—. Mejor dámelos antes de subir al avión —concluye, con la mirada perdida sobre el agua.

—Okey. —Le responde Maia aceptando la oferta—. Será como quieras.

—No. No será como yo quiera, Meme. Será como yo pueda.

Maia asiente, guarda los sobres entre sus cosas y sin decir una sola palabra más, retoma su posición sobre la grama para entregarse al paisaje y al perfume de humedad que todo lo embarga para dar la conversación por terminada.

Los acuerdos fueron hechos hace mucho y los deberes ya están asignados. Para Maia es un alivio el saber que seguirá contando con su amiga para cumplir con el plan que diseñaron juntas, así que ya no hay más nada que decir sobre esto, ni tendrán que volver a conversarlo. Está hecho. Ahora, pueden simplemente tomarse de las manos y regresar a la tranquilidad del horizonte nocturno.

Rato después, con el día apagado y la noche encima, recogen sus cosas en silencio y caminan de regreso hasta el auto cruzando el parque por las rutas boscosas del centro.

—Y... ¿ya hablaste con ella? —Le pregunta África inesperadamente.

Maia no sabe qué decir y solo la mira impávida mientras que el recuerdo de cómo terminó su último encuentro con Caterina, hace apenas tres meses, regresa a su memoria como un golpe.

Estaban sentadas en el sofá de siempre, una frente a la otra en medio de un amargo y espeso silencio que llenaba todo el apartamento vacío. Era el mismo sofá en el que siempre se sentaron a comentar las más alocadas ideas y sus más íntimos sentimientos entre tés, comidas y cervezas, solo que ese día todo era distinto y sobre la mesa —esta vez— las tazas de té habían sido

servidas y abandonadas para darle espacio a la mudez que se instalaba entre las dos después de haber decapitado todas las supuestas razones y los falsos argumentos.

Caterina, entre lágrimas y sumida en una angustia profunda, insiste en pedir un perdón que sabe que no merece:

—Sabes tan bien como yo que lo que pasó el otro día fue un error, Meme.

Maia no responde. No puede. Su corazón se ha roto y el dolor del desamor puede únicamente expresarse con silencio. A pesar de que no le dice nada, ni le hace ningún reproche ni ningún reclamo, Caterina ya no puede seguirla mirando a la cara ni un minuto más y evade sus ojos tratando de esconder su vergüenza. No soporta la mirada de esos ojos que antes fueron su fuente de vida y que ahora no irradian ni amor ni esperanza ni paz, porque ella misma se había encargado de llenarlos de incredulidad, decepción y dolor.

A Maia le molesta darse cuenta de que su recuerdo del encuentro vuelve siempre con una claridad espantosa que hace que, cada vez que lo evoque, se sienta como si estuviese reviviendo ese trágico momento cuando no tuvo más remedio que aceptar que ella no la amaba, o que al menos, no la amaba tanto como para sacrificar ni la más mínima esquina de comodidad en su vida. No. En cambio, prefirió ir con la corriente sentenciando así el irrevocable final.

—¿Que si ya hablé con ella? —repite Maia para sí, lentamente, mientras terminan de cruzar el parque hasta su lugar en el estacionamiento, pero no puede contestar rápidamente porque no tiene una respuesta.

África se impacienta y la apura con un gesto de la mano.

—Iba a hacerlo. —Se apura al responder—. Pero... el momento simplemente no se dio, es decir, las cosas no salieron como yo esperaba y como todavía no tenía un resultado definitivo, no vi el motivo para insistir. Y si no lo hice antes, creo que tendría mucho menos sentido hacerlo ahora, ¿no crees?

—Sí, quizá tengas razón. Parece lógico, en todo caso, pero ¿y ahora, que decidiste irte, tampoco se lo dirás?

Maia abre la puerta del auto, tira sus cosas dentro y va a recostarse sobre el capó para descansar. Seca un par lágrimas furtivamente, baja la cabeza y calla largamente. África también echa sus cosas dentro del auto y regresa junto a ella que, parece seguir sin tener una respuesta para la, aparentemente, muy difícil pregunta.

—No sé, mana. Todavía no lo sé, pero creo que ya no vale la pena decirle nada —dice en un tono apenas audible, como pensando en voz alta porque, en realidad, no puede hablar sobre lo que no sabe o sobre lo que no ha decidido.

África la mira con tristeza, pero no dice nada. No se siente capaz de juzgar su situación tan inimaginable, y en un intento por recuperar un poco del ánimo perdido, elige restarle importancia al duro momento con un poco de humor. Entonces sonrío, curva la boca hacia abajo y se encoge de hombros:

—Lo entiendo, eso puedo entenderlo perfectamente. Vamos, ámate. Dicen que lo mejor es lo que pasa.

—¡Tú no crees eso! —La acusa Maia horrorizada.

—No, pero le daría sentido a algunas cosas, tienes que admitir que sí.

—A veces, de verdad, creo que estás loca.

—Sí, bueno. A veces quisiera estarlo.

—¿Quién eres y qué le hiciste a mi amiga África?

—Olvídalo, no me hagas caso. Todavía soy yo, no te preocupes.

Pero África no está loca, simplemente cree que, por una sola vez en su vida, vale la pena

intentar las cosas que la gente renuente a la lógica intenta. Es un acto desesperado. Algo que solo haría por ella, por Maia, su hermana, su mente gemela, su antónimo en la vida y su gran amor.

Se miran y sonríen la concordia de estar juntas, África pasa su brazo alrededor del cuello de Maia para abrazarla solidariamente que, es además la única manera en la que se siente capaz de abrazarla, pues la sequedad inherente a su personalidad no la hace una mujer de contacto, sino más bien de palabras, aunque por Maia, a veces se sienta capaz de romper sus propios moldes.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? —Le dice—, yo estaba en tercer grado... ¿o era en segundo?

—No, no, no —interrumpe Maia—, nada de tercero, estábamos en segundo cuando nos conocimos, pero no nos hicimos amigas sino hasta tercero.

—¡Bah! ¡Como sea! Extraño esa época.

—Sí, yo también la echo de menos.

Maia mira al cielo estrellado y reconociendo una estrella, como quien ve a una vieja amiga, decide retar a África a completar una tarea que considera difícil:

—En bachillerato le pusimos tu nombre a una estrella porque era la única que siempre encontrabas. Te reto a encontrarla hoy.

África contrae la cara en un gesto de falsa preocupación y busca en el cielo por un segundo para luego señalar con el dedo, sin duda alguna, un punto específico del cielo.

—Es esa. La del medio de entre esas tres... ¿verdad?

Sorprendidísima, Maia observa en la dirección señalada y descubre, para su propia sorpresa, que ha dado en el clavo.

—¡Wow! Estoy... ¡wow!

—No creíste que me acordaría, ¿verdad?

—¡Nop!, lo confieso. No lo creí.

—¿Cómo se llama en realidad? —indaga África curiosa—. Nunca te pregunté.

—Se llama Alnilam y es el centro del Cinturón de Orión.

África arruga la frente reprobando el nombre.

—Creo que nos quedaremos con “África”.

—Sí, creo que es mejor.

—¡Seh...!

El pasado adolescente las visita con muchos de los recuerdos de la vida compartida bajo la siempre infalible vigilancia de la estrella que, una noche de tequila, decidieron llamar África en honor a quien los había ayudado a salvar las más temidas materias del bachillerato, apodadas “las tres Marías”: Matemáticas, Física y Química. Sí, lo menos que se merecía era una estrella en el cielo a cambio de tan grande favor.

Los recuerdos traen consigo una intensa nostalgia y por un rato, antes de irse, no pueden sino contemplar su estrella y comentar las reminiscencias de una época alegre, recordada hoy con melancolía.

De regreso en el apartamento, luego de haberse cambiado, compartido una breve cena y cuando ya África se ha retirado a descansar, Maia, en sus pijamas, se sienta a reposar sobre la pequeña silla extensible que tiene en la esquina de su estrecho balcón del cuarto piso. Apesadumbrada, sostiene entre sus manos una taza de té humeante, mientras observa la estrella de África en el cielo, con la mirada perdida en un horizonte galáctico lejano. El silencio del sueño ajeno lo ha dejado todo tranquilo y la bóveda celeste, aunque parece despejada, realmente no deja ver muchas estrellas y únicamente se asoman las más brillantes del paisaje estelar.

Un grillo empieza a cantar desde algún rincón de los cuatro metros cuadrados de balcón y,

aunque Maia no puede verlo, sabe que, muy probablemente, esté escondido entre las dos macetas que aún no se ha llevado la mudanza y, como tantas noches, voltea para buscarlo pero, como siempre, no lo encuentra, sin embargo, sonrío al escucharlo. Es un amigo que la ha acompañado muchas veces ayudándola a no sentirse tan sola. En su cabeza, lo llama Pepe, en honor al querido personaje de Pinocho, y por las noches, cuando Pepe aparece, Maia suele saludarlo en voz alta; le gusta hablarle e imaginar que le responde, porque la hace sentir acompañada y menos loca durante sus largas y solitarias noches de insomnio. Frecuentemente, lo imagina como un hombre joven y apuesto, de apariencia intelectual que disfruta el sentarse junto a ella para escucharla filosofar. Pepe es como su áter ego, y hasta cree que, de haber sido hombre, le habría gustado verse como él.

Cerca de la medianoche, África sale de su habitación en ropa de dormir buscando a Maia por el apartamento y, desde la sala, sus ojos la descubren sentada en el balcón, con la mirada perdida en el cielo. Al verla, de inmediato se queda inmóvil pues, aunque necesita hacerle una pregunta que considera importante, no quisiera tener que incomodarla, y contrariada con esta mínima duda, se queda paralizada sin ser capaz de decidir, si acercarse a preguntar o mejor dejarlo todo para mañana y volver a dormir. Además, no sabe cómo abordar ahora ese tema porque había prometido no preguntar y hacerlo ahora sería romper esa promesa.

África siente que la situación ha cambiado afectándola de una manera inesperada, pues se creyó preparada para todos los escenarios y resultó que en realidad no estaba lista para ninguno de los peores. Solo se engañaba a sí misma, ahora lo sabe, nadie puede realmente prepararse para perder porque no estamos configurados para eso. No sería humano. Es por lo que, en el fondo, siempre mantuvo la esperanza de que nada cambiaría y que, por lo tanto, esta conversación nunca tendría lugar, y tal vez, esta sea en sí misma la razón que ahora le impide sentirse libre de conversarlo ya que, en el fondo, se niega a aceptar que el tema es inexorable y obligatorio.

Perdida en sus pensamientos, se apoya en la pared esperando llegar pronto a una conclusión sobre sus verdaderas opciones, pero la interrumpen:

—¿Aún no duermes? —La sorprende la voz de Maia, súbitamente entorpeciendo sus meditaciones desde el balcón.

—¡Wow! Con que no has perdido tu oído biónico.

—Supongo que no, todavía no.

—No puedo dormir. —Le dice África acercándose al balcón con pesadez para recostarse en el marco de la puerta y mirar el paisaje junto a ella.

Pero, una vez allí, no dice nada y prefiere callar, pues no encuentra una manera adecuada de decir eso que tanto quiere decir.

Maia sorbe un poco de su té y vuelve a entregarse a las cosas que piensa.

—Quiero quedarme —dice África un minuto después.

—Pero debes irte.

—Podría quedarme, si me dejaras.

—Lo sé, pero no quiero que lo hagas... Mana, por favor, no me hagas esto más difícil, te lo ruego. Solo...

—Lo sé, lo sé. Te prometí no hacer esto. —Se excusa, sin dejarla terminar su reclamo.

África seca las lágrimas que escaparon mientras se esforzaba por mantener la compostura.

—¿Cómo puedes estar tan calmada? —Le interroga confundida por la sobrada calma de Maia quien, ante la pregunta, sonrío maliciosamente.

—¿De verdad quieres saber?

—Sí, de verdad quiero saber.

—Pues... no lo sé —responde encogiéndose de hombros.

África la mira sin saber si reírse o llorar y Maia le devuelve un gesto de picardía que les roba una sonrisa. Pero, últimamente, todas las risas son cortas y se apagan rápidamente. No parece haber tantos motivos para reír como antes. No los hay hoy, y tampoco los habrá mañana, así que van enmudeciendo ante a la impotencia de tener que enfrentar una situación que, sin importar cuánto quieran cambiar, no puede ser cambiada.

—¿Te quedarás mucho rato aquí afuera? —Le pregunta África, finalmente decidida a retirarse.

—No, no te preocupes. Me termino el té y voy a dormirme.

—*Okey*. Hasta mañana, entonces. Recuerda que mi vuelo sale muy temprano.

África espera por un gesto de despedida, pero pronto se da cuenta de que la atención de Maia se ha ido muy lejos, a un lugar al que solo ella puede ir. Así que se aleja lentamente y resignada, desapareciendo en la soledad del pasillo hacia su habitación.

Sin embargo, Maia no estaba tan lejos como parecía y, al contrario, permanecía atenta al ruido de los pasos que se alejaban esperando escuchar el golpecito del cerrar de la puerta, y una vez que lo escucha, se permite exhalar un agotado y largo suspiro dejando caer la cabeza hacia atrás sobre el borde de la silla. Es un gesto de alivio. La conversación que acaba de tener le ha costado un monstruoso esfuerzo que le ha consumido las fuerzas restantes del día y se da cuenta de que, continuar a este ritmo como lo había planeado, le empieza a costar una inmensa cantidad de energía que, a veces siente que ya no tiene. Con frecuencia, piensa en dejar todo como está para sencillamente partir, irse y abandonar la lucha que está empeñada en ganar, aún sin tener muy claro el porqué, quizá por los demás, tal vez porque sea lo último que ha decidido dar de sí misma.

Tan pronto como se siente más calmada, se reincorpora para terminar su té y al hacerlo, sin querer nota sus manos que, de repente, atraen un recuerdo que le embiste el pecho. Entonces extiende su mano izquierda moviéndola como quien exhibe un anillo y, súbitamente, siente que se asfixia; le falta el aire porque ahora los ahogos son cada vez más frecuentes, pero no tienen nada que ver con su condición, son solo constantes ataques de ansiedad y de pánico con los que se le está haciendo difícil lidiar, a pesar de los medicamentos. Especialmente hoy, que ya estaba exhausta, ha sido un día muy duro. Desearía sentirse más descansada, más libre; pero, en cambio, se siente presa de su situación y sus decisiones.

Cierra los ojos y exhala un quejido que huye con el viento en dirección al pasado, muy atrás en el tiempo, cuando creía poder omitirse a sí misma. Espera poder hallar en el pasado una explicación para sus desaciertos, una que la ayude a entender las razones que la dejaron abandonada aquí, en mitad de este horroroso desierto, porque, sí, todas las tragedias son de mil maneras, un desierto.

X

FEBRERO, 2001

El viento mueve intempestivamente el ruedo del vestido blanco de Maia bajo la iluminada bóveda celeste.

Sí, va a casarse.

Pero, han llegado a la iglesia únicamente para conseguirla a oscuras y cerrada con cadena y candado.

—Si eso no es una señal... no sé qué más podría ser. —Se dice al recordar el absurdo de llegar a su boda y encontrar la iglesia cerrada.

Y es que a veces el universo trata, por todos los medios, de comunicarse con uno para advertirnos del grave error que estamos por cometer; pero uno se niega a escuchar e insiste en hacer caso omiso de lo que él se empeña en decirnos. Es necesario preguntarse: ¿qué tan claras deben ser las señales para que les pongamos atención?

Desde no muy lejos, los padres de Maia se acercan con la intención de convencerla de regresar al auto, pero ella no se inmuta. Mira con asombro e incredulidad el inmenso candado de la iglesia, grotesco y oxidado, cruzar las puertas del edificio.

El papá de Maia, un hombre que, en sus sesentas, aún luce una atractiva cabellera blanca y unos ojos claros pequeños y pícaros, ha decidido tomar el asunto con calma, y consigue entretenerse contando la historia de su prima Rosaura, quien por allá en los años cincuenta, decidió casarse y armó un fiestón como no había visto ese pueblo del llano en toda su historia, pero al llegar a la iglesia, en la fecha de su boda, la encontraron cerrada porque, el pueblo era tan pequeño y había tan poquitos sacerdotes por aquellos lados, que el cura no iba sino dos veces a la semana a dar la misa y a atender los compromisos ministeriales —como los bautizos y los matrimonios, por ejemplo—, y claro, como ellos creían que para casarse lo único que había que hacer era ir a la iglesia, nunca notificaron al sacerdote y él —por supuesto— no fue porque esa fecha no estaba marcada en su calendario de deberes. Así que nunca se casaron por la iglesia, pero como la fiesta ya estaba organizada, sí celebraron. Y lo hicieron por todo lo alto. Por eso él no veía motivo de preocupación en lo que le pasaba a Maia, total, su prima vivió con el marido por cincuenta y cinco años y, en su opinión, jamás les hizo falta matrimoniarse.

La mamá de Maia, en cambio, difiere de su exmarido en esto —y en general, en todo— e insiste en ver la manera de resolver el asunto de inmediato.

La señora Marina siempre ha sido lo opuesto del señor Juan y, quienes los conocen, suelen preguntarse cómo y por qué, alguna vez pudieron estar juntos. Su aparente amabilidad y sus ojos color miel, hacen juego con su pequeña estatura y su contextura rellena, pero contrastan con la expresión dura y sus maneras controladoras.

El novio, Álex, y el padrino de la boda, Luis, permanecen a cierta distancia gesticulando el desconcierto y preguntándose qué hacer, igual que todo el mundo, por supuesto.

Álex es quizá muy joven para casarse —tiene apenas veintitrés— pero su familia disuelta y sin raíces lo ha hecho desear su propio hogar lejos de los odios, las peleas y las alcoholizadas complicaciones que su madre suele atraer. Es alto y muy blanco, como su papá; pero tiene el cabello y los ojos negros de su mamá. Su peinado, aparentemente formal, oculta en realidad un mohicano que es posible ver bien disimulado desde ciertos ángulos. Álex siente que, verdaderamente, ama a Maia y hasta está convencido de que casarse es lo apropiado, a pesar de tener algunas dudas sobre su relación, todas surgidas de los constantes problemas que han tenido

últimamente. No obstante, insistió en casarse porque confía en que, con el tiempo, todo se arreglará y ambos volverán a sentir lo que una vez sintieron. Pero, se equivoca. No sabe cuánto se equivoca y no puede saberlo porque, si pudiéramos ver el futuro, este matrimonio nunca habría tenido lugar.

Luis, el padrino, es contemporáneo con Álex, su piel tostada está cubierta de tatuajes hasta las muñecas y algunos, incluso, se asoman por los puños de la elegante camisa de su traje mientras que, luciendo su notable delgadez y su peinado de Jimmy Neutrón, procura ayudar a Álex a resolver la situación y a mantener la calma.

África, luego de quince minutos de insistencia y argumentos, logra convencer a Maia de regresar al auto para no arruinar ni el vestido ni el elaborado maquillaje, finalmente pudiendo escoltarla de regreso para esperar a que todo esté solucionado. Y así, incrédula, pero increíblemente calmada, Maia se resigna a esperar por una solución sin angustias.

Un poco alejados, entre los autos de invitados, los dos niños del cortejo se impacientan y rompen en llanto armando una desproporcionada pataleta que dos señoras tratan de calmar sin mucho éxito. Mientras, las damas de honor —aburridas de la espera— aguardan sentadas al borde de la acera, frente a la iglesia.

Pasado un tiempo prudente, Luis decide que tiene que encontrar a alguien que ubique al fulano sacerdote para que venga, por lo menos, a abrir la iglesia, y decidido, emprende su misión acercándose a hablar con un grupo de lugareños que, a pocos metros de allí, observa divertido toda la escena. Les pregunta si conocen al sacerdote y si lo han visto esa noche y uno de ellos le asegura que lo vio pasar hace una media hora camino al tarantín de Pedro, el “Mocho”, que es en donde suele cenar y, hasta lo ayuda, apuntando con el dedo en esa dirección.

Al llegar al tarantín, Luis no ve ningún cura, así que se acerca al mostrador y pregunta al dependiente si lo conoce o si lo ha visto. Este lo mira asombrado y, señalando la mesa de la esquina dice extrañado:

—Usted como que no lo conoce, ¿verdad?

Y él le contesta, negando con la cabeza:

—¡Claro! —continúa el hombre—, pues el cura está allí mismo, comiéndose su arepita como todas las noches. —Le informa el dependiente con obviedad.

Luis gira y ve el cuadro con desagrado: el supuesto sacerdote sostiene la mitad de su cena en una mano, mientras mastica con parsimonia la otra mitad, y con su otra mano sostiene el periódico del día doblado en cuatro partes, para poder leerlo sin que le estorbe sobre el plato. Tiene la cara manchada de salsas y los lentes empañados de grasa. Luis lo mira y no puede creerlo. Se acerca y sin mucha intención de parecer amable, le reclama:

—¿Y entonces? ¿Qué tiene que hacer uno aquí para que usted atienda sus compromisos en la iglesia?, porque parece que apartar la fecha, echarse el viaje, hacer el cursillo prematrimonial y enviar la decoración temprano por la mañana, no es suficiente para que usted recuerde que tiene un matrimonio que officiar a las ocho. ¿No es verdad?

El sacerdote lo mira desconcertado por un momento, y de pronto, como si le pegaran un susto, se agita sobre la silla chequeando la hora en su reloj y la fecha en el periódico. Solo entonces ata los cabos: joven vistiendo traje, sábado, diecisiete de... El cura se levanta de sopetón, abandona su media arepa sobre el plato, le hace apenas una seña al dependiente y sale a toda prisa en dirección a la iglesia, seguido por Luis muy de cerca.

La mamá de Maia los ve desde lejos acercarse por la esquina y se apura a reorganizarlo todo, juntando nuevamente a las damas y excusando a los pequeños pajecillos que ya se habían dormido.

Luis llega hasta el frente de la iglesia acompañado del avergonzado sacerdote, quien va directamente a abrir las puertas de la iglesia echándole llave al macizo candado para retirar la cadena, que hace un ruido estrepitoso al chocar con el metal de los grandes jaladores de las puertas que, con una hora de retraso, por fin se abren para salvar el día.

África recibe un mensaje en el móvil que le indica que todo se ha resuelto y que pueden regresar para comenzar la ceremonia. Unos minutos después, ya frente a las puertas abiertas de la iglesia, Maia se prepara para entrar acompañada de su padre, muy nervioso y sudoroso, como era de esperarse.

Dentro de la iglesia, todos aguardan “la gran entrada de la novia”, al ritmo lento de *My heart will go on*, cantada por Celine Dion.

—¿Estás lista? —Le pregunta su papá, ya preparado para entrar.

—Sí. Estoy lista —contesta—, pero ¡odio esa canción!

Maia y su papá toman posiciones y asienten para indicar que ya están listos y anuncian que la marcha nupcial debe empezar. La música se escucha unos segundos después y los dos se miran confirmando que ya pueden iniciar el camino hacia el altar, pero apenas Maia tiene la intención de poner un zapato en el piso interior de la iglesia, la marcha nupcial se detiene dejando todo, inesperadamente, sumido en un denso silencio.

Los invitados se miran entre sí desconcertados mientras que, al fondo de la iglesia, justo detrás del altar, se percibe una pequeña crisis y se escuchan algunos golpes, tropiezos, quejidos y hasta, como cosa de película, un gato también pone lo suyo con un estrepitoso chillido.

Maia, detenida al borde de las puertas, espera pacientemente durante un par de minutos a que la música vuelva a sonar para hacer su gran entrada, pero con todo listo y notando que la crisis del sonido parece no solucionarse, el sacerdote decide que es impropio hacer esperar tanto a una novia y moviendo los brazos sobre su cabeza le indica que avance, si lo desea. Así que, Maia ignora todo el asunto, se ríe de los inconvenientes y hace su entrada, como si nada. Sin embargo, su papá, que no parece estar seguro de si deben avanzar o esperar, se queda un poco retrasado hasta que, en definitiva, no le queda más remedio que seguirla dando pasos indecisos y torpes que hacen eco y rompen el silencio rotundo de la cúpula central.

Su memoria no la engaña. Maia tiene memoria fotográfica y es capaz de recordar su convencimiento de estar haciendo lo correcto, aunque hoy reconozca que, de alguna extraña manera, si bien sabía que era un error que cometía porque se negaba a aceptar su realidad interior, aún así, quería hacerlo. Quería ese matrimonio porque deseaba no ser lo que en el fondo sabía que no podía dejar de ser; lo quería porque necesitaba sentirse cerca de su madre, ya que era una manera de negar la realidad de un universo interior completamente distinto del que todos esperaban en ella. Lo quería porque, como todo el mundo, ella solo deseaba existir sin ser cuestionada y, en su momento, esa pareció ser la mejor manera de conseguirlo.

En el altar, a pesar de la crisis de logística, Álex la recibe con la alegría y la picardía que le permite su irreflexión del porvenir. Maia llega a su lugar junto a él y se disponen entonces a empezar la ceremonia, muy a pesar de las múltiples señales del universo que insistía en advertirles que no lo hicieran.

El sacerdote se acerca y asiente para corroborar con ellos que todo esté listo y, estando de acuerdo, abre la Biblia, levanta los brazos para dar inicio al rito y antes de poder decir una palabra, la marcha nupcial comienza a sonar nuevamente, y desde el principio, tratando de recalcar un mensaje que, siendo repetidamente ignorado, el universo se empeñaba en comunicar. No obstante, su insistencia sería ignorada muchas veces más, porque nadie quiere ver aquello que contraría sus convicciones, sus creencias o sus negaciones.

Álex y Maia se miran confusos y ríen a carcajadas. Los invitados, el sacerdote... todos ríen a coro. Un monaguillo largo y en clara edad de acné, corre detrás del altar a dar instrucciones desesperadas para contener la vergüenza y pronto la música es silenciada para que la ceremonia —por fin— pueda empezar.

A partir de ese momento, todo transcurre sin ninguna otra novedad, el universo se rinde a las irreparables y testarudas decisiones de dos almas que, empeñadas en negar lo evidente, insisten en caminar en la dirección equivocada. En cierto modo, no es posible ver los errores cuando se le teme más a la verdad que al sufrimiento. Y es así como, Álex y Maia, terminan repitiendo el “sí quiero”, intercambian anillos, se besan y finalmente saludan a los invitados que estallan en aplausos sin imaginar que celebran una pronta tragedia emocional, dolorosa e invisible, como todas las que dejan cicatrices. Entonces, y como cosa de chiste, *My heart will go on* repentinamente inunda toda la iglesia sonando desde su parte más dramática. Resulta irónico el que hubiese tan pocas cosas que Maia odiara tanto como esa canción. Y, aun cuando pudo o no, ser una casualidad, verdaderamente, parecía una señal que como tantas otras antes de esa, fueron ignoradas por el empeño ciego de cambiar certezas momentáneas por errores de largo plazo.

Puede ser, ¿por qué no?, que la canción hubiese sido solo cosa de casualidad, pero no es una locura pensar que, quizá, solo quizá, era el universo haciendo gala de su infinita capacidad para el humor negro.

—¡Wow! —exclama Maia a viva voz, porque no puede evitar expresar su estupefacción en voz alta.

Abre los ojos sorprendida y sonrío, lo que ahora no son más que tonterías pasadas: un recuerdo que hoy solo puede provocarle risa.

Mira el fondo de su taza vacía y la abandona a un lado con desdén para reírse con incredulidad de su pasado. “¿En qué estaba pensando?” —se pregunta—, “¿en qué?”. Es una cuestión respondida hace mucho y ya no quiere pasar su tiempo en esas cosas. Ahora, prefiere esforzarse en mantener la poca paz que ha conseguido, pues ya no vale de nada reprocharse o lamentar lo que no puede ser cambiado. Perdió mucho, sí. Pero ahora cree que sus pérdidas fueron necesarias para hacerle espacio a los nuevos caminos, para despejar la vista del paisaje, para que la luz entrara; para poder decir su propio nombre y sentir que, al fin, le pertenece.

“Sí. El universo siempre trata de señalarnos el camino, pero insistimos en no ver lo que no somos capaces de entender” —murmura pensativa—. “Debí poner más atención a las señales”.

XI

MARZO, 2006

Aún en cama, Maia y Álex están tomándose el café de la mañana, mientras que la televisión transmite en vivo el campeonato de Fórmula Uno. Los dos parecen estar absortos en lo que sucede en la pantalla frente a ellos, pero en realidad solo él pone atención a la carrera. Maia, en cambio, ha estado reflexionando por varios días sobre cosas que la han agobiado por mucho tiempo y que ya no puede seguir ignorando. Hoy es un día decisivo. Es el día en el que siente la ineludible necesidad de hallarle solución a sus conflictos; así que, mientras pretende ver la televisión, lo único que realmente puede hacer es pensar en la manera de abordar un problema que ya le pesa demasiado, pero que Álex no ha tenido el valor de aceptar.

La carrera termina y la habitación se hunde en un pesado, y ya muy conocido silencio, que ella ya no está dispuesta a soportar. Así que solo dice lo primero que le pasa por la cabeza:

—No podemos seguir así.

Él la mira sorprendido. La afirmación lo pasma y, confundido, se pregunta si se refiere a las estadísticas de su escudería de Fórmula Uno, porque no es capaz de imaginar a qué otra cosa se pudiera referir.

—¿Así, cómo? —indaga con desconcierto—. ¿De qué estás hablando?

Maia esperaba esa reacción, no se sorprende en lo absoluto y se encoge de hombros para contestar sin hacerlo, con la mirada todavía perdida en la pantalla del televisor.

—Pues, así... —insiste—. No pretendas no saber de lo que estoy hablando, te lo ruego. —Le pide incorporándose sobre sí misma y mirándolo en espera de una respuesta más seria.

Pero él no dice nada. Y su silencio hace que ella se dé cuenta de que él intenta, nuevamente, negar lo que les está ocurriendo; pretende seguir negando una asfixiante, constante y tortuosa realidad que a ella la ha llevado hasta el punto en el que ya no puede seguir aceptando la evasión del conflicto y en el que, lo único que le queda, es la confrontación como posible solución. Así que lo enfrenta esperando encontrar en él la intención de acompañarla en la batalla por salvar lo poco que les queda. Pero Álex se limita a mirarla en silencio, luego apaga la TV y se queda así nomás, sin hacer ni decir nada. La verdad es que él no sabe qué decir. Nunca ha sabido afrontar sus conflictos emocionales, no tiene idea de que eso sea siquiera posible, porque creció en un hogar de negaciones en el que, el alcohol y las infidelidades se asumían, al mismo tiempo, como evasión y solución de cualquier complicación, y no por locura clínica, como se pensaría, sino más bien por una profunda inmadurez.

Sus padres se casaron siendo todavía muy jóvenes, por un embarazo accidental, y nunca tuvieron la madurez ni la voluntad de solucionar los conflictos que, con los años, terminaron por convertirse en los obstáculos insalvables que rompieron todos los puentes. Como a la mayoría, a Álex solo le quedó ese ejemplo y su repetición como modelo de vida porque, lamentablemente, la insistencia en el fracaso es lo más común, la corrección de los errores heredados requiere de una valentía que pocos tienen, de un tipo de coraje que suele quedar abandonado en las huestes del borroso universo emocional que somos.

El silencio continuado hace que Maia se impacienta y gesticule toscamente pidiéndole una respuesta acorde a la situación, pero en vez de unirse a una conversación que se sabe incapaz de manejar, Álex se levanta de la cama violentamente recogiendo sus pantalones del piso para vestirse mientras hace lo único que sabe hacer: negar, evadir e ignorar mientras le sea posible.

—¡Estoy harto de tener la misma pelea todo el tiempo! —Le reclama.

Para Maia, esas palabras no tienen sentido y debe plantearse la posibilidad de que, en realidad, Álex no esté en sus cabales, que esté un poco loco; que su cobardía le haya robado la inteligencia y la hombría. Nunca fue un hombre brillante, ¡qué va!, pero esto alcanzaba un nuevo nivel.

—¿Qué pelea? —contesta ella, calmadamente, todavía guardando la esperanza de hallar en él algo de coherencia—. Solo te estoy diciendo que no podemos seguir así, que tenemos que buscar una solución. Eso es todo. ¿Cuál pelea?

—¡Esta pelea! —grita él, con la rabia un poco sobreactuada y sentándose al borde de la cama para ponerse medias y zapatos, pues está decidido a no tener esta conversación.

Maia lo observa incrédula y no sabe qué hacer. No entiende la dirección de la discusión. En su cabeza, lo que él ha dicho no se corresponde con lo que está sucediendo. Es como estar escuchando dos conversaciones distintas que se han mezclado y que revueltas, obviamente, no pueden tener ningún sentido.

Álex entra y sale del baño con la cara y las manos aún mojadas, abre las puertas del clóset de un golpe y hurga entre su ropa apresuradamente, mientras ella lo mira pasmada y trata de entenderlo.

—De verdad, no entiendo por qué te pones así...

Pero él no dice nada, continúa su intensa búsqueda de ropa y la ignora por completo, hasta que ella se levanta de la cama y va hasta la puerta buscando salir por aire fresco. Pero, justo antes de hacerlo, da un paso atrás y gira sobre sí misma, hay algo importante que debe hacer y tiene que hacerlo ahora. Lo observa en silencio por algunos segundos y por fin acepta que no puede seguir permitiendo que cada vez que intente abordar sus problemas, Álex pretenda dar vuelta a la tortilla para librarse de responsabilidades y dejarla a ella como la culpable de todos los males valiéndose, todas las veces, del principio de “no soy yo, eres tú”, o sea, si la idea es reconocer en voz alta los problemas, entonces todas las dificultades son de ella. No. Negarse a ignorar las cosas que la hieren no puede ser causa de conflicto, sería, en todo caso, una forma de romper burbujas y obligarse a aceptar que la vida no es perfecta. No puede ser un error, no puede estar mal el querer arreglar lo que no funciona.

Álex, finalmente, saca una camisa del clóset y se la pone apresuradamente. Trata de recoger sus cosas de la mesita de noche y es entonces, solo entonces, cuando Maia empieza a perder los estribos.

—¿Sabes qué? ¡Muy bien...! ¡No, no, no! —rectifica—, mejor aún: ¡Genial! Será como tú quieras.

Álex queda petrificado y desorientado. Tarda un momento en reaccionar.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—¡Significa exactamente eso! —contesta Maia con ironía—, ¿qué otra cosa podría significar?

La respuesta es bien entendida, pero él está dispuesto a todo por no escuchar la verdad, así que trata desesperadamente de abandonar la conversación y calla, termina de recoger algunas cosas y se dirige a la puerta esperando poder evitar su participación en lo que sea que esté sucediendo. A Maia no se le hace difícil adivinar sus intenciones y se interpone en su camino, lo mira fijamente y se esmera en ser muy explícita, aunque se arriesgue a agotar toda su paciencia al hacerlo.

—Álex, lo que acabo de decirte significa que no haremos nada, ni hablaremos ni discutiremos sobre esto, sino que ¡esperaremos a ver quién de los dos se cansa primero y recoge sus cosas para largarse de este infierno!

—¿Cómo puedes decir que eso es lo que quiero? —Le pregunta él horrorizado.

Esta respuesta saca definitivamente a Maia de sus casillas y la lanza al pozo de la ira.

—¿Con esa puta actitud, qué otra puta cosa puedes querer? —Y sin más, da media vuelta y sale

de la habitación tirando la puerta tras de sí con toda su furia.

Indignado, Álex la sigue a través de la casa hasta la cocina, en donde rabiosa y resoplando va directo a servirse un vaso con agua helada, para ver si con eso se le enfría la rabia, pero, muy a pesar de su supuesta indignación, él solo la sigue hasta la puerta y decide confrontarla desde allí. La verdad es que no tiene el valor de tenerla cerca, como si las verdades fueran más o menos ciertas dependiendo de la distancia que sea capaz de mantener entre los dos.

—¿Y qué se supone que haga? ¿Ah? ¡Dime entonces qué hacer porque no sé qué hacer o cómo hacer lo que sea que se supone que tengo que hacer!

—Lo único que se supone que debes hacer es escuchar, Álex, aceptar lo que nos está pasando. Eso es todo, de verdad, ¿es mucho pedir?

—Pero ¿aceptar qué?, ¿qué nos está pasando, según tú? ¿Ah? Déjame y yo te digo lo que pasa: ¡Nada! — grita—, ¡no está pasando nada! ¡Es por eso que no te entiendo!

—Pues, si con "no está pasando nada" te refieres a los catorce meses que tenemos sin sexo, entonces sí, definitivamente, aquí hace mucho que no pasa nada.

La última acusación es demasiado sólida para negarla y lo deja mudo, sin habla, con los ojos regados de asombro por toda la cara. Ha quedado acorralado por una de sus más concretas verdades y cree que quizá debió interponer una distancia más larga, porque ahora lo único que puede hacer es repetir lo que mejor aprendió de su padre: darse vuelta y abandonar la escena lanzando un violento portazo que haga retumbar toda la casa.

El recuerdo de ese golpe hace que Maia se estremezca sobre la silla extensible como si hubiese escuchado el portazo junto a ella en el balcón. Abre los ojos para dejar el pasado en donde pertenece y no tarda en recordar que África se irá al aeropuerto por la mañana, muy temprano, pero al mirar la hora se da cuenta de que ya se le ha hecho muy tarde como para dormir lo suficiente y descansar. Decide que solo tratará de reposar un rato la constante tensión del cuello durante las poquitas horas que le quedan, solo que le toma algunos minutos poder juntar las fuerzas para levantarse y ganarle a la pesadez y al cansancio que parecen estar aplastándola.

Finalmente, logra ponerse en pie y recoge su taza para dejarla abandonada en el impecable fregadero a su paso por la cocina en donde, sin querer, se queda entumecida. Su agotamiento físico y emocional hoy le son difíciles de controlar y sus ojos se cierran sin ella quererlo en un natural intento de hallar descanso; entonces, baja la cabeza sobre su pecho para librarse un segundo de la lucha y relajar los músculos del cuello. Está exhausta. Sabe que debe descansar, algo que, aunque parece una tarea simple, cada vez se le hace más y más difícil.

Abre los ojos un segundo después y mira, con tristeza, su cocina. Ya todo está vacío. Las cajas embaladas fueron enviadas con sus libros, sus recuerdos y todas sus cosas hace un par de días y están ahora muy lejos, dejándola a ella aquí, completamente sola y sin nada. Se siente desolada y no puede evitarlo, pues oculta muchas cosas y su silencio, aunque electivo, establece una dura distancia entre ella y los demás; una distancia que hoy desearía poder ignorar.

Sale de la cocina y entra a su habitación cerrando suavemente la puerta tras de sí. La cortina de su única ventana está a medio recoger y sobre las sábanas todavía descansa la ropa que usó para ir al Paseo del Lago con África. Se sienta al borde de la cama, cierra los ojos y descansa su cabeza hacia atrás. Su cuerpo, extenuado y debilitado, empieza a mostrar los embates de su lucha y ya empieza a verse apagado y letárgico.

Pero su mente es otra cosa.

A su mente nunca parece faltarle energía y, a pesar de las duras circunstancias y de la profunda necesidad de hallar reposo, simplemente no para de hablar y de hablar. Un vendaval de preguntas la atormenta durante cada segundo de consciencia. Se pregunta y lo reevalúa todo, todo el tiempo,

durante el transitar de esta etapa de su vida, que no muchos tienen la suerte y la condena de vivir. Maia está viviendo su propio juicio final, con su propia gran tribulación. Su voz interior, que por tanto tiempo le ha servido de guía dentro de su cabeza, lo único que tiene ahora son preguntas: “¿Qué es lo que en ese determinado momento de mi vida me hizo sentir que no tenía ninguna otra opción y que no podía elegir?”, “¿qué me convenció de la imposibilidad de cambiar de rumbo?”, “¿qué hizo que, voluntariamente, prolongara de ese modo absurdo todas esas situaciones que sabía fracasadas de antemano?”.

Son muchas preguntas, pero muy pocas respuestas.

Lo único en lo que puede pensar ahora, posiblemente, porque la idea es más bien una vieja conclusión, es en todo el tiempo que perdió a causa de sus dudas, en las tantas cosas que no hizo por culpa de sus miedos y en toda la vida tan mal vivida que ya nunca podrá recuperar.

Se frota la cara para despabilarse y darse fuerzas, recoge la ropa que está sobre la cama para guardarla y, al abrir la puerta del clóset, lo primero que ve es su joyero. Echa la ropa a un lado y lo saca quitándole el polvo. Lo mira nostálgicamente un momento y luego lo abre: su alianza de matrimonio sigue allí y parece sorprenderla. Había olvidado que todavía la tenía. La saca y devuelve el joyero a su lugar para regresar meditabunda al borde de la cama, mientras detalla la alianza y exhala su sorpresa. Entonces, el sonido de otro portazo la sobresalta y se la lleva a uno de esos lugares a los que no había querido regresar. A ese lugar, a ese espantoso momento.

SEPTIEMBRE, 2006

Álex acaba de entrar a la habitación lanzando un portazo que ha estremecido toda la casa, ha dado apenas unos pasos y se ha quedado parado, sin más. Maia se ha sentado en el borde de la cama frente a él y nota que la habitación, ahora vacía, despide un fuerte hedor a abandono que no es posible ignorar. Ya no queda rastro de lo que existió en sus corazones, queda muy poco de lo que ella fue y apenas queda algún vestigio de lo que, entre los dos, pretendieron alcanzar.

La discusión ocurrió tan pronto regresaron de sus trabajos y la realidad los atropelló sin piedad enfrentándolos a un cambio al que ella se había resignado, pero que él se negaba a aceptar. Se habían rebasado los límites del irrespeto hace mucho, los planes que hicieron juntos ya no existían y la esperanza ya no cabía entre los dos, dado porque ahora las circunstancias eran distintas y se enfrentaban, indudablemente, al final de su vida juntos.

Ya no quedaba espacio para los descuidos, ni las omisiones ni las huidas estratégicas. El conflicto se había extendido por demasiado tiempo y ese día estaban obligados a aceptar o a negarse la posibilidad de salvarse y no morir, pero Álex parece haber decidido hace mucho lo que va a hacer, lo cual explicaría el porqué, teniendo todo listo para mudarse al nuevo apartamento, seguía resistiéndose a la mudanza aludiendo una excusa tras otra, un mes tras otro; simplemente esperaba que todo se acabara antes de tener que obligarse a recomenzar en otro lugar una vida que ya no quería vivir. Al menos no con ella, no con Maia.

Ahora tenía ilusiones con alguien más, soñaba otra vida y otros paisajes, pero como buen cobarde, no era capaz de asumir sus faltas ni querencias; se limitó a jugar al cansancio y al ahogo esperando así poder librarse de todo compromiso, sin tener que hacer nada. La situación le habría sido, realmente, muy difícil de sobrellevar si todavía dentro de él existiera el deseo de salvar alguna cosa, aunque sea la dignidad; pero cuando ya nada te importa, entonces te conviertes en Álex. Un hombre sin coraje, ni corazón ni respeto por nada ni nadie. Un insecto a la caza de una situación que le preste y nada más. Y de pronto...:

—¿Qué le falta al apartamento nuevo para que te puedas mudar de una vez? —suelta Álex la pregunta en seco.

Es, en ese preciso momento, cuando a ella le queda finalmente claro lo que él quiere: terminarlo todo de una buena vez. Y no puede decir que le sorprenda el que, incluso estando tan claro en su deseo, su cobardía, su falta de valor para tomar decisiones importantes y mostrar un mínimo de dignidad, lo terminen exponiendo como el hombre débil y pequeño que realmente es: un ser incapaz, ni siquiera en ese momento, cuando el hastío finalmente lo ha vencido, de decir sin tapujos lo que quiere. No. En vez de eso, le insinúa que puede irse sin él cuando ella quiera; la libera de la obligación de esperar por él, le da permiso de dejarlo.

Maia calla de asombro y confusión, mientras trata de procesar lo que escuchó, pero no tarda en concluir que es el momento de abandonar la lucha por salvar algo que ya se ha perdido. Es el momento de parar la tortura de la incómoda convivencia y partir para recomenzar. Ya no hay vuelta atrás, no hay nada a qué volver y tampoco habrá arrepentimientos, porque no queda nada por perder. Lo que sea que alguna vez llenó sus vidas de sueños y proyectos dejó de existir y solo les queda una profunda cicatriz en los corazones como *souvenir*.

—Tienes razón —responde ella, mansamente.

De inmediato se levanta de la cama y sale de la habitación con aplomo dejando a Álex paralizado de miedo, todavía incapaz de comprender lo que ha hecho, incapaz de ver las

consecuencias de las palabras que, por tanto tiempo mantuvo presas dentro de sí, y que hoy se le han escapado porque ya no soportaba ni un día más de farsa. Ahora no sabe qué hacer. El miedo lo hace dudar sobre lo conveniente de lo que acaba de hacer y hasta duda de haber querido decir lo que dijo.

Maia va decidida hacia el estudio y comienza a organizar las cajas que, empacadas y listas para la mudanza, llevan tanto tiempo almacenadas en ese lugar que se han cubierto de polvo y es necesario sacudirlas para poder ver los inventarios en las tapas. El pequeño estudio está repleto de paquetes marcados y es difícil moverse entre ellos para reorganizarlos. Álex llega mientras Maia los separa, pero no se atreve a entrar, no sabría qué hacer si lo hiciera, ¿ayudarla... retractarse?, ¿qué?

No. Ninguna de esas cosas es una opción, porque el miedo y el desamor no se lo permiten, así que se queda junto a la puerta cruzado de brazos como un maniquí.

—Algunas cosas se empacaron juntas, así que te las envío luego. —Le informa ella y luego lo mira esperando una respuesta, pero como él no dice nada prefiere regresar a lo que hacía.

Un par de cajas más, cuenta las que ha separado, saca el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón y hace una llamada. Álex la mira impávido desde la seguridad de la puerta.

—¿Ángela?, ¿cómo estás? —Su amiga la saluda—. Sí, sí, pero en realidad no ando muy bien. Tengo una emergencia y necesito mudarme de inmediato. —Su amiga se sorprende—. Sí... No, no exactamente, ¿pero... puedes venir a ayudarme?

Álex prefiere irse para no escuchar nada más. Equivocadamente, siente que si participa de alguna manera será culpable de la separación y él, definitivamente, no quiere ninguna responsabilidad sobre sus hombros aunque, inevitablemente, la tenga sobre todas las cosas.

—Sí, sí. Tiene que ser hoy... —Le insiste Maia a su amiga—. No, no, no, yo después te cuento... igual ya estás muy cerca... Sí, te espero.

Maia termina la llamada y respira, profundamente, buscando fuerzas, luego sale del estudio hacia la habitación y encuentra a Álex sentado al borde de la cama con la cabeza gacha y las manos enlazadas entre las piernas. Parece asustado, como un niño que sabe que será castigado. En otras circunstancias, quizá se habría conmovido, pero estas cosas ya no la afectan, ya no siente nada. Lo que quedaba entero de los dos, lo ha roto él hace minutos, y ella ha decidido lo que es mejor y nada la hará cambiar de opinión.

Ignorándolo, toma su morral de detrás de la puerta y va directo hasta su mesa de noche para empacar las cosas que allí le quedan.

Álex se levanta de la cama, entra y sale del baño, para luego desaparecer tras la puerta de la habitación, sin decir palabra. Entonces, Maia se queda inmóvil frente a su mesa y la expresión de su cara se vuelve indefinible. Se sienta al borde de la cama y logra escuchar la secuencia de golpes de cada una de las puertas al cerrarse en la distancia. No tarda en reconocer el sonido del auto de Álex al ser encendido y que, en cuestión de segundos, parece alejarse.

Todo se detiene para Maia, porque la inmediatez de su partida ya no es necesaria y puede tomarse un minuto para asimilar.

Llora. Se entrega a su llanto. Llora calmada, intensa y calladamente.

No han pasado ni cinco minutos cuando la bocina del auto de Ángela se escucha al frente de la casa y entiende que debe terminar de empacar. Así que seca sus lágrimas, se levanta, entra al baño, toma rápidamente sus cosas de sobre el lavamanos y cuando se dispone a guardarlas, descubre la alianza de Álex ensartada en su cepillo de dientes. No sabe cómo reaccionar. No sabe qué hacer o qué pensar. El poca cosa no ha tenido valor ni siquiera para entregarle su anillo, como una señal de acuerdo. Ella sabe que irse es lo correcto y él también lo sabe. Aunque todavía no

tengan completamente claro el porqué, lo saben. A pesar de que las cosas no estén terminando del modo más elegante —puesto que es imposible terminar con orden aquello que se originó en el caos—, Maia sabe que hace lo que es mejor para ella. Está al tanto de que algunas decisiones que se toman en el curso de una vida requieren entregarse a un salto de fe, a una omisión de la lógica con la que siempre se ha vivido. Y también sabe que, a veces, las cosas que sentimos desafían esa lógica y todo el entendimiento del que somos capaces en un momento determinado. Es en estas ocasiones, cuando debemos decidir si seguir la acostumbrada y segura sensatez que nos trajo hasta esta intersección, o si hacer un salto de fe y prepararnos para aceptar la sorpresa que nos espera en el cambio.

Y esto es lo que Maia terminó por hacer ese día para librarse definitivamente de sus propios paradigmas y sus miedos. Decidió abandonar la única vida que había conocido para comenzar una completamente nueva, sin tener idea de cómo sería porque simplemente no podía saberlo; Maia no era, ni siquiera capaz de imaginar nada que no fuera lo que el mundo había imaginado para ella. Es por esto que, para la gente como ella, el esfuerzo de rehacer sus vidas es más duro, porque deben primero deconstruir lo que son, deshacer todo lo ya fundado según las convenciones sociales y que ha sido moldeado y reforzado durante la vida entera. No puede ser de otra manera. La lucha de Maia es contra el mundo y contra sí misma, siendo esta última, la batalla más difícil de librar y ganar.

La bocina suena nuevamente y con urgencia. No tiene tiempo de seguir reflexionando y tampoco queda mucho sobre lo cual hacerlo. Debe irse y toma el control de la dura situación para salvar el día: saca el anillo del cepillo de dientes, lo lanza dentro del morral con todo lo demás y, definitivamente, abandona la vida que hace tanto había querido dejar para reclamar —por fin— la oportunidad de ser ella: la verdadera y desconocida Maia.

Temprano, esa misma noche, todavía vistiendo su ropa de trabajo, cansada, gastada y sucia del polvo de las cajas, Maia llega a la puerta del apartamento nuevo con el morral a cuestas y cargando un par de cajas pequeñas que han sido su último viaje al auto de Ángela. En la puerta y sin mucho cuidado, deja caer todo sobre el piso junto a la montaña de cajas que la espera y estira sus adoloridos músculos sabiendo que, lo más difícil, ya pasó. Tiene los ojos hinchados y rojos de tanto llorar y ni siquiera entiende por qué ha llorado tanto si, al final, esta era la decisión que ella quería tomar. Ya no lo amaba, ni él a ella. Quedarse habría significado una dosis absurda y prolongada de dolor para el que ya había perdido la tolerancia. Entonces, ¿por qué ahora este quebranto?

Abrumada por todo lo que le está pasando, y por la nueva situación, deja caer el morral que accidentalmente le cuelga del hombro para buscar las llaves del apartamento en todos sus bolsillos y, finalmente, las halla en el último por revisar. Abre la puerta dándole un leve empujón, pero no se atreve a entrar, no todavía. Quiere tomarse un minuto.

Desde la entrada, mira con tristeza el interior polvoriento y vacío. La idea de lo que este lugar significaría en su vida debe cambiar, porque ya no será la continuación de una pesadilla, sino el inicio de una vida nueva en su totalidad. Sin embargo, debe convencerse primero y debe hacerlo antes de entrar. Digamos que esta es su versión de la neurolingüística aplicada, su manera de prepararse. Quiere borrar toda idea o ilusión que haya podido tener de lo que esta mudanza significaría para entrar al apartamento como quien entra a un portal dimensional: sin saber qué esperar, en blanco y lista para lo que venga.

Pasea su vista por el interior como si jamás hubiese estado allí y le parece notar, por primera vez, la antigüedad de las paredes manchadas y la necedad del niño malcriado que rayó todo con sus crayones de cera; descubre las instalaciones eléctricas vomitando cables e incompletas, las

lámparas de un anaranjado decolorado por las décadas de haber sido colgadas y olvidadas en ese lugar, aparentemente torturado por el tiempo.

No recuerda haber visto antes todo lo que ahora ve y le sorprende la cantidad de trabajo que deberá invertir en restaurar el apartamento para llevarlo al punto de, solamente, lo vivible. Luego, ya verá qué hacer. Más adelante pensará en lo demás pero, por ahora, lo importante tendría que ser reconstruir.

Y de pronto entiende.

Repentinamente comprende lo que le está sucediendo y se alegra, porque se da cuenta de que, en su destino, ahora solo hay cabida para la reconstrucción del mundo que la rodea. Para eso y nada más.

—Hay mucho por hacer —murmura animada por la esperanza de la futura tarea.

Entonces, siente que es el momento de pasar, de tomar lo que es suyo, de finalmente reclamar su vida. Entra y debe empujar torpemente su morral y todas las cajas porque, el cansancio ya no le permite mover nada de ninguna otra manera, pero su agotamiento ya no le importa porque siente que su vida acaba de empezar.

Cruza la sala hasta el balcón y, desde allí, la vista es la del parque residencial. Se puede ver el hermoso verde de los árboles y la grama, a la gente conversando en las bancas y a los niños jugando y correteando con una alegría que se le hace extraña porque no la conoce. No realmente. Nunca se ha sentido inmensamente feliz, eso será algo nuevo de entre las tantas cosas nuevas que ahora tendrá la oportunidad de vivir. Y allí, en ese momento de consciencia, sus ojos se llenan de lágrimas nuevamente. La única vida que conocía ya no existe y, por más que sepa y entienda que, no solo era lo mejor, sino que era su última oportunidad de salvarse, porque su alma famélica y desorientada estaba a punto de morir de tristeza; por mucha paz que sienta de saberse en el camino correcto —cualquiera que sea ese camino—, su realidad, aunque transitoria, es que lo ha perdido todo, y no puede evitar sentir el dolor de esa pérdida ni el terror que le engendra la incertidumbre que enfrenta.

Va hasta la habitación vacía y pasa directo al baño, el cual es notablemente pequeño y que, excepto por las piezas sanitarias, está completamente vacío. Las viejas paredes tienen un papel tapiz de un verde claro y manchado, las puertas de la ducha no están y la cerámica luce descolorida y gastada. Sin embargo, todo, a pesar de lucir muy viejo y raído parece estar en buen estado y podrá usarlo, que ya es un consuelo.

Se apoya sobre el lavamanos lleno de polvo, se mira en el espejo y al verse, llora. No puede remediarlo. Al mirar su reflejo no es capaz de reconocerse y, en cambio, le parece estar viendo a una extraña que le resulta apenas y ligeramente familiar. Lo que más le cuesta entender es que esa extraña persona siempre ha estado allí, dentro de ella, solo que nunca se permitió verla y ahora, después de tanto, la visión le resulta aterradora.

La idea de llegar a la adultez, sin haberse permitido jamás ser quien realmente se es, es una experiencia que solamente unos pocos conocen y de la que cuesta mucho recuperarse, pues hay que empezar por aceptar las cosas que muchos dan por sentadas porque, simplemente, nunca tuvieron que cuestionarse. La mayoría no sabe lo que es tener que cuestionar el amor que se siente, ni cada mirada que se escapa, ni la manera de saludar o la forma de caminar, de vestir y hasta de gesticular. Maia debió cuestionar todo de sí misma para evitar que el mundo notara que ella se sentía distinta, para impedir que la señalaran y la consideraran peligrosa porque, tristemente, todo lo distinto se asume peligroso aunque nadie sepa por qué.

Aceptarse distinta en medio de un océano de negatividad e intolerancia resulta más difícil de lo que la gente cree porque, con el tiempo, uno mismo termina por convencerse de que lo mejor es

negar, ocultar, sublimar todo lo que no quepa en el molde. No ser. No existir. Convertirse en alguien distinto, capaz de caminar entre las multitudes sin que nadie note que somos como una muñeca rusa, como una cebolla; personas que, capa tras capa, resultan ser alguien distinto porque las personalidades son más fáciles de inventar que las realidades interiores de aceptar.

Maia abre la llave del grifo y baja la cara para enjuagarla. Le duelen los párpados hinchados y busca aliviar el dolor con un poco de agua fresca. Cierra la llave, y al mirar sus manos apoyadas sobre el lavamanos, nota que aún lleva puesto su anillo de matrimonio. Levanta entonces la mirada para verse en el espejo una vez más porque necesita reafirmar que, lo que esa alianza representa, ya no tiene nada que ver con ella. Y llora, llora intensamente, solo que esta, será la última vez que lllore por este motivo. Sin esperar calma, mete las manos bajo el agua fría, toma los restos de un jabón que ha quedado abandonado por quién sabe cuánto y los usa para sacar el anillo de sus dedos hinchados por la carga de las cajas y el peso de su propio drama.

Tras una corta lucha, el anillo sale y es abandonado sobre el lavamanos. Es lo último que quedaba en ella de su vida pasada, de ese error de tantos años que ya no quiere consigo. Otro día decidirá qué hacer con él, hoy ya hizo suficiente.

Instintivamente, se da vuelta buscando una toalla para secarse, pero solo encuentra el baño desolado, así que se conforma con escurrirse un poco sacudiendo los brazos, luego se seca la cara con las mangas de la blusa y las manos con el pantalón, mientras sale hacia la habitación.

Desde el umbral, observa el cuarto vacío y diminuto pensando que, a lo mejor, ahora su vida es así, como un lienzo en blanco que, finalmente tiene la oportunidad de pintar. Su reflexión invade las paredes del nuevo hogar impregnándolo con la nueva energía y recordándole, desde ese día y en adelante, sus propias palabras; con las que ha decidido volver vivir: no es posible huir de una misma.

Al fondo de la habitación, apenas visible junto a la cama, Maia descubre un viejo reloj despertador. Se acerca, lo levanta y lo revisa. No funciona. Prueba darle cuerda y el aparato comienza a andar... tictac, tictac. Y el reloj comienza a marchar como si nada.

“Dicen que siempre hay tiempo para volver a empezar”, piensa poniendo el reloj junto a su oreja para escuchar el ritmo que suena sin parar.

Tictac, tictac... y Maia sonrío porque por fin tiene esperanzas nuevas.

XIII

ENERO, 2008 / HACE 4 MESES

Por fin en cama, luego de un largo día con África, Maia abre los ojos al notar que en la mesita de noche, su viejo reloj despertador continúa con su infinito tictac. Normalmente no lo habría notado, pero ese sonido es algo que, aunque en días normales suele usar como un método hipnótico para ayudarse a dormir, hoy únicamente parece estarla incomodando. Cada noche de insomnio, procura concentrarse en el familiar sonido del tictac de su reloj como un sencillo recurso para silenciar su mente inquieta y conciliar algunas horas de sueño, pero hoy no. Hoy el ruido de las agujas, luego de un rato, ha empezado a atormentarla sin consentirle el anhelado descanso, por lo que decide que, tal vez, sería mejor esperar un rato para volver a intentarlo. Pasado ese rato y luego de varios intentos fallidos, Maia vuelve a encontrarse en un duro esfuerzo por hallar calma para descansar, sin conseguirlo. Desesperada, cierra los ojos con rabia, bien apretados, esperando poder obligarse a dormir. Pero no. El tictac hoy parece sonar más fuerte que nunca y la mantiene, en contra de su voluntad y por encima de su grave agotamiento, despierta para repasar recuerdos a pesar de sí misma.

La alianza que había sacado del joyero ya ha sido guardada para nunca volver a ver la luz y Maia consigue sentirse un poco más a salvo de ese recuerdo ahora extraño, de un triste pasado que ha dejado tan atrás en el tiempo, que hoy tiene la seguridad de saber que las nuevas heridas por su causa son imposibles, aunque todavía sienta que fue necesario cortarse las manos para soltar esas amarras.

Hoy está a salvo, que es lo importante. Y sabiéndose segura, solo desea una buena noche de sueño, libre de recuerdos y tormentos, pero pareciera que hoy no será posible ni calmar sus memorias ni evadirlas para dormir. Entonces, calculando que ya ha perdido gran parte de la noche en esto, abre los ojos con resignación para ver la hora en el viejo reloj que, aunque en el mismo lugar de siempre, parece haberse convertido en una grave molestia. La hora, finalmente, la elude. Si bien no le es posible distinguirla por la falta de luz y el ardor de sus ojeras, está segura de que es muy tarde. Lo sabe. Concluye que no tiene sentido prolongar esta lucha contra sí misma por, posiblemente, esa única hora de sueño que le queda, así que termina por entregarse a sus insistentes memorias y a sus ineludibles reflexiones.

“No es posible huir de una misma —piensa con la cabeza ya ocupada por una idea en particular—. No. Eso no es posible. Huir es algo que intenté muchas veces y que, todas las veces, me resultó una tarea imposible y tan absurda, como querer huir de mi propia sombra. Mi sombra. Mi sombra que soy yo también, aunque uno a veces tarde en entender esas cosas”.

Y Maia tiene razón: que no es posible huir de uno mismo es una lección que aprendió tarde y no sin sufrir las consecuencias de su demora. Pagó muy caro el no entender a tiempo esta lección, pagó con su libertad, con la imposibilidad de ser, de escoger su propio camino y de vivir la vida como habría querido. Es que es imposible huir de uno mismo sin pagar precios que, para muchos, resultarían inconcebibles. Es imposible huir sin perder demasiado, sin morir un poco cada vez, sin tener que omitirse, y sin condenarse a nunca vivir.

No existe una manera sana de disociarse solamente de las partes más inconvenientes de uno mismo, o al menos no es posible hacerlo sin incluirse en algún cuadro diagnóstico de lo peor de la psicología. Simplemente no se puede. Muchos, con el tiempo, sí terminan por conseguir una manera de omitirse a sí mismos en las formas más trágicas y destructivas. Por miedo, muchos se niegan la posibilidad de vivir sin sacrificar el alma, y aceptan convertirse en eso que el mundo les

exige ser; aceptan los moldes y mansamente se obligan a caber en ellos dejando afuera todo para lo que no quede espacio. En eso radica lo más infausto, porque una vez que se logra echar fuera eso que tan erróneamente consideramos prescindible, para distanciarnos de ciertas partes de nuestra naturaleza y nuestro propio ser, reconstruirnos, resulta ser un proceso sorpresiva y dolorosísimamente difícil. No es posible no ser quien uno es y por eso tantos únicamente aprenden a ignorar la posibilidad de vivir en correspondencia con esa realidad interior que tanto los asusta; aprenden a fingir lo que no son o a inventar personalidades que los ayudan a esconderse de sí mismos, pero para sobrevivir al esfuerzo, todo debe hacerse un día por vez. Como un adicto que, en vez de contar los días sin su dependencia, se prepara para nunca más separarse de ella. Es así como se van sumando las fuerzas para dejar de ser quien sea que fueras. Se hace primero un día, y luego otro día, más otro día, más otro que terminará por sumar toda una vida, solo para despertar un día de la pesadilla y descubrir que ya no queda tiempo, que la vida se fue y que, para siempre, quedarán dentro del pecho todos los puentes sin cruzar y los sueños sin cumplir. Ese día, los condenados deben ser capaces de perdonarse por haberse forzado a vivir de esa manera solo para no ser señalados y rechazados, deberán perdonarse por no haber vivido como todos esperaron que lo hicieran, y tal vez eso sea lo más difícil: perdonarse.

Es lo que Maia vivió. Y ahora, resignada a no obtener ninguna respuesta para las tantas preguntas que alguna vez se hizo, pero que ya no importan porque su vida es distinta, lo único que hoy tiene claro es que no puede huir de sí misma.

“Soy quien soy y no puedo ser nadie más. —Se dice en voz baja—. Si tan solo lo hubiese entendido más temprano”.

Pero algunas lecciones se aprenden muy tarde en la vida, convirtiendo a la experiencia en una pequeña tragedia. Porque, ¿de qué sirve el saber, cuando el conocimiento ya no es capaz de cambiar nada?

Sus reflexiones la perturban y debe levantar la cabeza de la almohada para sacudirse los reproches. Se estira buscando alcanzar su teléfono móvil en la mesa y por fin puede ver la hora: 4:45 a. m. La noche ya prácticamente ha terminado y le toca aceptar que ya no dormirá. Resopla con hastío su frustración y se recuesta a esperar que la alarma del despertador se active, ya no falta mucho, apenas cinco minutos.

Pero, necesita hacer que su mente se calle y la deje descansar, por lo menos, esos últimos cinco minutos. Entonces, se incorpora en la cama, enciende la pequeña lámpara de su mesita, toma el teléfono, presiona una tecla de marcado rápido y se dispone a esperar escuchando el tono de llamada, pero su mamá atiende casi de inmediato con voz de sobresalto y angustia.

—¿Sí? ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

—Sí, mamá, estoy bien... es que no podía dormir.

La señora Marina suspira aliviada y se excusa por su reacción innecesaria, pero inevitable, dadas las circunstancias.

—Sabes que no puedo evitar asustarme si me llamas a esta hora. Cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Discúlpame, no quería asustarte. Estoy bien... estoy bien... Es solo que no podía dormir.

—*Okey, okey...* ¿y quieres hablar de algo en particular?

—No, nada en particular. No es nada, solamente un persistente insomnio.

Las llamadas a toda hora, como esta, comenzaban a hacerse habituales porque, cada vez más, Maia tenía dificultades para conciliar el sueño. Con el fin de ayudarla de la única manera en la que era posible hacerlo por la distancia geográfica, la señora Marina mantenía su disposición de conversar durante las veinticuatro horas del día, sobre lo que sea, que su hija quisiera hablar, porque, además de ser la única manera de ayudarla en este momento, era también una forma de

ayudarlas a las dos a reconstruir una relación que, por años fue duramente desgastada y carcomida por la intolerancia y la incomprensión de una madre que no entendió, sino hasta muy tarde, que la incondicionalidad del amor no era lo que ella pensaba.

—Ya deberías estar aquí... no entiendo para qué quieres quedarte allá tanto tiempo, sin nadie que te cuide.

—Mamá, puedo cuidarme sola.

—Sí, lo sé —contesta con tristeza—, pero me da miedo pensar que llegue el momento en el que ya no puedas hacerlo y yo esté aquí, tan lejos. Si quieres, puedo ir y acompañarte hasta que todo esté listo, podemos viajar juntas de regreso.

Maia comienza a llorar silenciosamente y hace un gran esfuerzo para evitar que su mamá se dé cuenta. No quiere preocuparla más, pero la realidad de su partida inaplazable, empieza a acecharla cada día más seguido. Y a medida que la fecha de dejarlo todo atrás se acerca, las preocupaciones, los miedos y los irresolutos emprenden el camino hacia el tope de lo más urgente.

—No, no —contesta secándose las lágrimas y forzando la voz para que no se le quiebre—. Prefiero hacer esto yo sola, quisiera vivir lo más normalmente posible, mientras pueda hacerlo. Y no te preocupes, que no me quedaré tanto tiempo como para necesitar ayuda.

—Pero ¿por qué no te vienes de una vez? Aquí en casa ya está todo listo para cuando llegues y tu hermano está aquí también. Mira que se ha empeñado en mudarse a la casa otra vez para estar contigo y está muy ansioso de volverte a ver.

Maia sonríe tristemente la extraña alegría de saber que su hermano la espera. Está ansiosa de verlo también. Trata de decir algo más, pero ya no puede porque el llanto la ahoga y llora intensamente. Tapa la bocina para que su mamá no la escuche y se afana en calmarse respirando hondo para recuperar el aliento y contestar sin que se note el esfuerzo.

—Le dije hace tiempo que no hacía falta que lo hiciera, mamá.

—Ya se lo había dicho, pero no hace caso. Ya sabes cómo es de terco.

—Sí, sí, ya lo sé... igual será bueno tenerlo cerca, ya sabes que él siempre fue mi favorito.

—Lo sé, mi amor.

—*Okey*... ahora trataré de dormir un poco. Luego hablamos.

—Sí. Trata de descansar que te hace falta.

—Sí. Lo haré... ¿Mamá?...

—Sí, hija, dime.

—Te amo mucho, ¿lo sabes, verdad?

La señora Marina se quiebra y el corazón se le deshace con el llanto.

Todas las madres saben que sus hijos las aman, pero cuando se ha vivido una relación tan difícil como la de ellas, en la que se ha causado tanto daño como consecuencia de la intolerancia y el egoísmo, el orgullo y la inconsciencia, es un alivio escuchar esas hermosas palabras.

“Me ama —piensa, además, con asombro—, a pesar de todo el dolor que le he causado, mi hija todavía me ama”. Y esta reflexión es traducida como el perdón que nunca tuvo el valor de pedirle, pero que de todas maneras, le fue otorgado.

—Hija, claro que lo sé. —Le responde en medio del intenso llanto—. Yo también te amo.

Maia asiente, pero ya no puede decir nada más, así que cuelga la llamada y se entrega a su tristeza, con las lágrimas brotando silenciosamente en una catarata de emociones.

“Debo comenzar a empacar”. —Se dice—. Y exhala su resignación cerrando los ojos.

La alarma suena y se da cuenta de que, luego de muchas lágrimas, al fin ha conseguido un poco de calma, tal vez la necesaria para conciliar el sueño. Ve la hora. Cree que todavía podría dormir media hora y decide intentarlo regresando su cabeza a la almohada, cerrando los ojos para dejar

su mente en blanco y su paisaje en negro.

Un minuto después, al fin se duerme, pero su sueño la traiciona y de nuevo se la lleva de viaje al pasado, a otro lugar, a otro momento de su historia, ahora en repaso.

XIV

NOVIEMBRE, 2006

Vistiendo su ropa de trabajo, Maia entra a su estudio arrastrando con dificultad la inmensa caja que contiene su nueva biblioteca. La deja sobre el suelo, saca del bolsillo un cortador y se dispone a desembalar y a organizar la habitación poblada únicamente por los montones de cajas provenientes de su, concluida mudanza, que han reposado amontonadas y desordenadas por meses en una esquina del lugar.

Abre la caja sin cuidado alguno y encuentra una serie de paneles de madera, una bolsa de accesorios, tornillos y una hoja impresa con las instrucciones. Nada más. Mira el contenido con desconfianza, pero se siente optimista y espera poder armar la biblioteca sin problemas. “Se supone que esto está diseñado para que lo haga uno mismo, ¿no?” —razona convenciéndose de que no le tomará mucho tiempo cumplir su cometido—. Así que busca su atornillador eléctrico —aún sin estrenar—, lo saca rompiendo el empaque, lo pone a un lado y extrae todo lo demás para organizarse y preparar el ensamblaje, pieza por pieza, siguiendo con atención las instrucciones.

Los muebles que traen etiquetas de “Hágalo Usted Mismo”, al contrario de lo que describen en sus publicidades, tienden a ser verdaderamente difíciles de armar por uno mismo. Sin embargo, últimamente, Maia se ha sentido irracionalmente optimista, casi al punto de lo patológico. La felicidad de por fin poder amoblar su apartamento, luego de varias tortuosas semanas de trabajos de restauración, le ha generado ese inusual estado de ánimo. Así que, coloca todas las piezas en orden, una junto a la otra, sobre el piso; relee las instrucciones una segunda vez y, convencida de saber lo que debe hacer, da inicio a lo que será una larga jornada de poner y quitar, arrastrar y levantar, atornillar y zafar infinitas veces, una gran cantidad de piezas que le producirán una constante frustración. No pasa mucho tiempo, cuando ya tiene que aceptar la realidad de las dificultades de armar ella sola un mueble diseñado para ser ensamblado por un equipo de ingenieros especialistas en diseño de puentes colgantes. Todo lo que hace, debe rehacerlo, y, horas después, todavía se encuentra pretendiendo poner un panel grande y pesado sobre otros dos que conforman la base para el último tope de la biblioteca pero, luego de una corta lucha por ganar el equilibrio, todo cae aparatosamente sobre su pie y Maia se desploma retorciéndose de dolor.

Mucho más tarde, usados ya varios antiinflamatorios, geles y *Ban-Aids* en distintas partes de su cuerpo, la biblioteca finalmente se encuentra a medio armar. Y no mucho después, las instrucciones son mandadas a la porra y es necesario improvisar: taladra, adapta, suma, resta y por último, mientras pone un clavo en donde debió ir un tornillo, accidentalmente se martilla el dedo desatando una tormenta de salvajes gestos de dolor e improperios irrepetibles, en honor a la decencia.

Al atardecer, con banditas en todos los dedos martillados, por fin es capaz de poner el último tornillo en el último panel y la biblioteca queda terminada. “No fue tan difícil” —piensa con ironía y riéndose de su propio chiste.

Ahora, parada frente a una biblioteca lista y erguida en pleno centro de lo que será su estudio, Maia trata de decidir dónde ponerla. Un minuto después, la empuja hasta dejarla totalmente pegada a la pared frente a la puerta, se aleja un poco para evaluar y asiente aprobando su trabajo del día. De todo el día.

Ipsa facto, con alegría, comienza a abrir sus cajas de libros. Saca el primer grupo, los mira, los

sacude con cariño, comienza a acomodarlos y, mientras los está poniendo en la biblioteca, le parece escuchar un ruido de llaves en la puerta principal que la preocupa. Deja de moverse para escuchar mejor, pero no se atreve a salir para mirar. Intempestivamente, su mamá llega hasta la puerta del estudio, como si nada.

—¡Mamá! —exclama aliviada— ¡Me asustaste! ¿Por qué no me avisaste que venías? ¡Tienes que avisarme!

—No creí que fuera necesario.

—¡Claro...! —replica Maia con ironía.

—Pero, si tú me diste la llave... —Se excusa doña Marina con obviedad.

—Sí, mamá, es verdad —responde, con tedio e ironía—, pero, casualmente, ya no necesito que la tengas.

Maia suspira y levanta las cejas en señal del cansancio que le produce la costumbre de lidiar con una necesidad de control de la que su mamá nunca desiste y que, siempre, trata de excusar aunque no pueda, pero decidió hace ya tiempo que no permitirá que eso siga sucediendo, así que extiende la mano pidiéndole la llave de vuelta. La señora Marina la mira con disgusto. No está acostumbrada a que la confronten o le quiten el control de nada, pero no lo discute; en el fondo, siempre ha sabido que lo que hace está mal. Así que, saca de su cartera la llave y se la entrega a Maia, de mala gana.

—Gracias, madre.

La llave es guardada en un bolsillo de la ropa de trabajo y el proceso continúa con Maia acomodando sus libros en su nueva biblioteca. No quiere retomar viejas discusiones sobre cosas que ya considera imposibles de conciliar, con las ideas medievales y el carácter intransigente de su madre. Ahora se cuida mucho de esas conversaciones porque, en las pocas que han tenido, se han infligido un daño irreparable.

En el fondo, anhela recuperar la relación de confianza que una vez tuvieron pero, como sabe que eso ya no es posible, se conformaría con, por lo menos, no empeorar las cosas. Solo que su mamá le conoce bien las teclas y a veces se concentra en tocar —precisamente—, esos temas, los que sabe que lastiman o le molestan; porque, en su imperiosa necesidad de convencerse de ser la mejor madre del mundo y la más incondicional, no es capaz de nombrar lo que no acepta, únicamente lo apedrea.

La señora Marina camina por el estudio lentamente, mirándolo todo como si supervisara lo que su hija está haciendo, necesita sentir que recupera el control de alguna forma, pues se siente desequilibrada sin él. Se asoma a la puerta y mira lo que la vista le permite del resto del lugar.

Piensa.

Calla un rato al cabo del cual, la verdadera viperina intención de su visita, repentinamente, recupera la cabeza.

—No debiste haberte venido sin él —dice en su acostumbrado tono de ponzoña.

Maia se molesta y se detiene en seco, pero procura una respuesta y una reacción comedidas.

—¿En serio? ¿Y qué se suponía que hiciera?

—Conversar con él —Marina se encoge de hombros insinuando una respuesta obvia y luego la mejora—, tenías que convencerlo.

—¿Convencerlo? ¡Cómo es de obvio que tú no tienes ni idea de qué fue lo que pasó! Y necesito que dejes de actuar como si lo supieras, porque ¡no tienes ni idea!

—¡No tengo que saber cómo pasaron las cosas porque, si él de verdad no quería seguir contigo, tenías que esperar a que él tomara la decisión de irse. Si no eras tú quien quería separarse entonces, ¿por qué te fuiste?

—¿Porque él me lo pidió! —La respuesta es expelida con furia y su mamá la mira sorprendidísima—. ¡Sí, mamá, como lo escuchaste! ¿O ahora vas a defenderlo?

—Pero ¿y por qué tenías que hacer lo que él te pidiera, si ya no tenía derecho a pedirte nada?

—No hice lo que me pidió, mamá —contesta cansada de explicarse una y otra vez—, hice lo que tenía que hacer para no seguir torturándome al aguantar una situación que no tenía remedio porque no soy tú. Hace ya mucho que no queríamos seguir juntos y ojalá lo hubiésemos reconocido antes, así por lo menos nos habríamos ahorrado algo de dolor.

La señora Marina la mira con desaprobación e ignora el leve sarcasmo, pues nunca aprendió a combatirlo.

—Bueno, es lo que yo habría hecho... esperar. —Le replica con frialdad.

—Pues, menos mal que no soy tú, mamá.

La señora Marina ya llegó al límite de lo que es capaz de escuchar, así que ya no dice nada más.

—Ya acéptalo, mamá. Yo lo único que sí decidí fue no seguir siendo infeliz. —Y aquí, Maia tiene que hacer una pausa para organizar bien sus ideas, porque sabe que es importante ser muy clara—. De verdad, ¿es mucho pedir, mamá?, ¿es mucho pedir que entiendas que aunque ya no esté casada y no tenga un hombre a mi lado para —comillas al aire—, "representarme" y no sepa cuándo te daré nietos, ni si quiero tenerlos? ¿Es tan difícil entender que solo hice lo que era mejor para mí? ¿Es mucho pedir que me respetes aun cuando no resulté lo que quisiste, ni sigo tus órdenes sin cuestionar nada como lo hacen mis hermanos?

—¡Ya! ¡Basta!

La señora Marina cierra los ojos y voltea la cara.

Ya no quiere escuchar nada más. No soporta oír lo que nadie más se atreve a decirle y está muy alterada como para calcular, con frialdad, una respuesta. Prefiere tratar de calmarse y dar el tema por concluido.

Maia aprovecha el momento para tratar de retomar el arreglo de sus libros, no sabe qué más hacer o decir, está molesta y dolida por el juicio tan ligeramente emitido por su propia madre, quien no se ha tomado la molestia de saber ni preguntar cómo pasaron las cosas. “Es que, si por lo menos aceptara o quisiera saber...” —reflexiona con asombro—. Pero, no. La verdad es que la señora Marina prefiere no darse por enterada de nada que la incomode o la avergüence, así que, en el caso de su propia hija, prefiere no saber, absolutamente, nada.

Las dos guardan silencio y Maia trata de calmarse continuando la tarea de organizar sus libros.

De repente, y como si nada pasara, la señora Marina acude a una antigua treta a la que siempre recurre cuando pierde el control sobre una situación en la cual no logra que le sea otorgada la razón: cambiar de tema. No está acostumbrada a que la razón le sea negada, así que cuando esto le ocurre, rápidamente cambia el tema de la conversación, el tono de voz y actúa como si la plática jamás hubiese sucedido.

—Creo que deberías pintar de blanco estas paredes, así la habitación se verá más grande —dice vanamente.

Y Maia sonríe a un chiste bien conocido mientras se retira molesta del estudio dejando a su mamá sola en la habitación hablándole a las paredes.

La señora Marina la ve salir, baja la cabeza, se lamenta y sale también.

El estudio queda vacío con la biblioteca ya armada y en su lugar, pero a medio llenar.

CAPÍTULO III

DĒSIDERIUM

Latín. Sustantivo neutro. 1. Deseo, ansia,

anhelo. Añorar. Desear algo.

2. Nostalgia, dolor por lo perdido.

XV

MARZO, 2008/HACE 2 MESES

Maia entra a su estudio y se detiene a contemplar con nostalgia la biblioteca repleta de libros que, fácilmente, podrían resumirla toda. La contempla un momento y luego echa un vistazo a todo su estudio, un espacio que decoró con la ilusión de muchos proyectos, algunos ya concretados y otros que ya nunca verán la luz de la existencia.

El pequeño cuarto luce como un ejemplo de orden. Las paredes blancas exhiben sus cuatro amadas guitarras, muy cerca del escritorio con su computadora, su archivo, sus papeles y algunos libros de consulta.

La gran impresión artística del valor del número pi está colgada al centro de la pared sobre el escritorio. Aún recuerda el día en el que la encontró, por casualidad, rematada en una venta de garaje por la que pasó un día de caminata, y lo difícil que fue embutirla en el diminuto taxi para traerla a casa, sin romperla ni dañarla.

Los anaqueles junto a la puerta sostienen los libros que ha leído recientemente y las fotografías de sus padres, sus viajes y sus amigos.

Mueve la puerta para sacar de atrás el montón de cajas de cartón que ha traído desarmadas para el embalaje y las arroja al otro lado de la habitación con descuido. Se resiste a hacer esto, pero parece que su vida será hasta el mismísimo final, una sucesión de cosas hechas sin haberlas querido hacer. Toma uno de los cartones, arma una caja y la echa a un lado con desdén. Vuelve a mirar la biblioteca con tristeza y, tomando una gran bocanada de aire, comienza a sacar los libros de sus estantes rápidamente, tratando de mover la mayor cantidad de libros posible en el menor tiempo que pueda, pues cree que mientras más rápido acabe con esto, mejor será.

La mayoría de los libros pasa desapercibida, pero unos pocos, los que todavía tienen las citas marcadas con papelitos de colores sobresaliendo de las solapas, hacen que se detenga a examinarlos cuidadosamente y los aparte para revisarlos luego, con calma. Sin embargo, en cuestión de minutos y, absorbida por la curiosidad que le provoca su falta de memoria en estas cosas, una a una, comienza a releer las impresiones originales que tuvo sobre cada uno de ellos, todas marcadas y subrayadas para asegurarse de nunca olvidarlas. Es irónico, no obstante, que ya no las recuerde.

Con *El mundo y sus demonios*, de Carl Sagan, abre una de las páginas marcadas —que son muchas—, y lee el subrayado: "Es irritante que la ciencia pretenda fijar límites a lo que podemos hacer, aunque sea sólo en principio...". Y luego: "Para encontrar una brizna de verdad ocasional flotando en un gran océano de confusión y engaño se necesita atención, dedicación y valentía". «Esas son varias cosas que la mayoría no tiene», piensa. Y es que, especialmente sin la valentía para ver lo que esté a la vista, la gente pierde la oportunidad de encontrar cualquier brizna de realidad o verdad en su propia vida. Estamos infectados por una cobardía primaria creada por las convenciones sociales que, para empezar, existen solamente para hacerle la vida más fácil a los demás a costa del propio bienestar.

—¡Vaya! Voy a extrañar la forma en la que me pones a pensar, Carl —dice con morriña y gracia al poner el libro en una sección aparte para seguir guardando y revisando lo demás.

Enseguida, se reencuentra con *El lobo estepario* de Hermann Hesse, lo abre al azar y lee: "En lugar de estrechar tu mundo, de simplificar tu alma, tendrás que acoger cada vez más mundo, tendrás que acoger a la postre al mundo entero en tu alma dolorosamente ensanchada, para llegar acaso, algún día, al descanso". Maia levanta las cejas sorprendida.

—Había olvidado por qué amaba este libro. —Se dice a sí misma—. Una vida escondida dentro de otra falsa vida para ocultar a una persona completamente distinta. Sí.

Aparta este libro también y toma el siguiente: *La importancia de llamarse Ernesto*, de Oscar Wilde; lo abre y lee: "Cecily: Siempre es doloroso despedirse de alguien a quien se ha conocido por poco tiempo...". Maia sonríe extrañada apartándolo también, pero, mientras avanza en la tarea de embalar todos sus tesoros literarios, a su lado, la pila de libros apartados crece y crece sin parar.

Siempre fue una ávida lectora, tener que decidir cuáles son sus libros más queridos es una situación difícil porque los ama a todos. Nunca ha guardado un libro que no haya amado. Cada libro que no le gustó o que le aburrió, y todos los que odió, fueron regalados o desechados, pero nunca guardados.

La pila de libros apartados, en la que ahora hay obras como *La tregua*, de Mario Benedetti; *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato y *La historia del tiempo*, de Stephen Hawking, cuenta un poco su historia y habla sobre su lucha por entender el mundo. Su amor por cada libro tiene mucho que ver con cuánto de ella es capaz de ver dentro de las hojas, disimuladamente desenredándola o describiéndola entre líneas.

Horas después, al guardar el último grupo de libros en su caja, la biblioteca queda finalmente vacía y lista para desarmar. La contempla un momento y siente la profunda tristeza de estar deshaciendo su vida, como si estuviera viviendo en reversa. Sin embargo, no tiene otra opción, y lo sabe. Suspira cansada su resignación y busca un par de cajas para guardar la —ahora inmensa— torre de libros que ha apartado, algo que activa su mente una vez más y que la hace repensar todo lo que recientemente ha vivido.

—Esto es, definitivamente, ilógico —murmura, dejando escapar su reflexión en voz alta y sin cuidado.

Siempre supo que era ilógico creer que, en una situación tan emocionalmente compleja, nadie saldría lastimado porque, pues eso es lo que invariablemente sucede en situaciones como estas; alguien siempre resulta con heridas graves porque alguien siempre se complica porque alguien más se ha precipitado. Estos son los desastres emocionales épicos de consecuencias imposibles de imaginar, cuya proyección de daños no puede calcularse y cuyo operativo de prevención de daños es, sencillamente, inútil.

Evalúa con la mirada el estado de la biblioteca vacía y decide que si no quiere morir asfixiada

en una tormenta de polvo, deberá limpiarla antes de desarmarla. Entonces, toma un paño para sacudir el polvo y nota que en el último estante, el más alto y que ya debería estar vacío, ha quedado algo olvidado. Extrañada, trata de estirarse sobre la punta de sus pies, pero no logra ni ver lo que es, ni alcanzarlo. Sacude violentamente toda la biblioteca para hacer caer lo que sea que estuviese allí arriba y lo logra. Algo cae, y se sorprende de ver que es el DVD de la película *Domino*. Lo mira con incredulidad y, sentándose en el piso con la carátula en la mano, deja escapar una sonrisa nostálgica mientras que su mente, otra vez, repasa y repasa sin parar.

Sñar la posibilidad de que algo pasara entre ellas fue por mucho tiempo un secreto—incluso— para ella misma, pero ese solo era uno de tantos nacidos de la insensatez de las fantasías. Una de esas cosas que no se cuentan a nadie y que de alguna manera, fuera de toda lógica, se consigue mantener tan oculta que, a ratos, logramos esconderla hasta de nosotros mismos.

Ocultamos en lugares extraños nuestras fantasías más secretas, y cuando lo hacemos, rara vez volvemos a mirar en esa dirección porque no nos gusta vernos como realmente somos; tratamos de nunca volver a mirar ese lugar porque, eso solo nos recuerda cuánto hemos perdido buscando mantener la desmerecida comodidad que nos permite seguir con nuestras vidas así, como si nada, sin ese pedazo, siempre a medias, viviendo medias vidas.

Suspira agotamiento.

Su mente se ha vuelto un hervidero de recuerdos y cavilaciones que no le deja descanso y que la obliga, con un peso casi aplastante, a recostarse sobre el piso frío y atiborrado de memorias, hojas sueltas y cajas sin armar, para buscar unos minutos de tregua; fija la mirada en el foco de la lámpara del techo y, como por el extraño efecto de una singularidad gravitacional, cae nuevamente hacia su pasado perdiéndose en un recuerdo particular.

XVI

ABRIL, 2006

La luz del televisor encendido ilumina la habitación de la vieja casa, transmiten *Legally Blonde*, pero ella, que está recostada en su cama leyendo *El mundo de Sofía*, no le presta la más mínima atención a la pantalla.

Álex entra con dos tazas de té caliente, le ofrece una a ella, que la recibe humeante y de inmediato la pone a enfriar en su mesita de noche asintiendo para agradecer el favor. Él hace lo propio y vuelve a meterse en la cama para seguir viendo la televisión.

—¿Cuántas veces en la vida piensas leer ese libro? —Le pregunta para fastidiarla.

—No sé. ¿Cuántas veces en la vida piensas ver esa película?

Él sonríe y asiente dándole la razón y los dos continúan con lo que hacían.

El teléfono comienza a sonar entre las sábanas y los dos tratan de atenderlo al mismo tiempo sonriendo la estupidez de ver quién lo coge primero. Luego de unos segundos, algunos movimientos extraños, un par de jalones y contorsiones, Álex, finalmente, consigue el teléfono y lo atiende con un odioso gesto ganador.

—¿Aaaaló? —dice burlón, pero desilusionándose instantáneamente al reconocer la voz de su interlocutor—. ¡Ah!, hola, ¿cómo estás?

Mientras escucha con la bocina apenas pegada a la oreja, Álex le comunica a Maia con gestos que la llamada es para ella y ve la manera de librarse del aparato lo más pronto posible.

—Bien, bien. Por acá todo bien. ¿Y tú?, ¿qué tal todo?... ¿Sí? ¡Qué bueno! Te paso con Maia, que está aquí justo al lado, ya te comunico... Sí, sí, gracias. Chau. —Se despide rápidamente y le ofrece el teléfono a Maia sin mirarla—. Es para ti. —Le dice con hastío.

Maia pone un marcador de páginas a su libro y toma el teléfono.

—¿Aló? —Y al instante, se alegra de escuchar la voz de quien le ha llamado— ¡Hola, hola! ¡Qué sorpresa!

Álex hace una mueca de fastidio y se molesta por la expresión de alegría. Parece, sin duda, que está muy celoso, pero Maia ya está acostumbrada a sus gestos y a sus rabietas y lo ignora siguiendo su conversación como si nada.

—Estoy muy bien, ¿y tú?, ¿cómo has estado?... Sí, ya hace un par de semanas que no hablamos, parece que viviéramos en ciudades distintas —escucha un momento y ríe con agrado—. Pero ¡claro que sí!, me encantaría. Además, hace tiempo que no veo nada, será chévere ver algo bueno —escucha una propuesta y curva los labios con indiferencia—. Seguro, esa me parece bien, siempre he querido verla, pero cada vez que trato, termino viendo cualquier otra cosa. ¿Te parece este mismo viernes? ¿Sí? *Okey*, ¡genial! Igual te llamo después para confirmar. Muy bien... Sí, sí, cuídate. Nos vemos el fin de semana, seguro —escucha la despedida y sonríe otra vez—. Sí, claro, un beso. *Bye*.

Maia cuelga la llamada y vuelve a su lectura sin decir una palabra, pero Álex no se aguanta el no saber sobre qué han hablado y —lo más disimuladamente que puede— indaga en los planes del fin de semana usando su acostumbrado tono de supuesta indiferencia:

—Y, ¿qué?, ¿van al cine este fin de semana?

—No —contesta ella impasible—. Nos vamos a reunir en casa de Cat a ver algo. ¿Por qué? ¿Quieres venir?

Ante la invitación, Álex no oculta su desagrado. Ninguno de los amigos de Maia le cae bien, no porque sean odiosos o algo le hayan hecho, más bien porque se siente un poco inseguro frente a

ellos. En el fondo, lo que le sucede, es que él siempre quiso ser más y hacer más cosas, pero su flojera nunca le permitió terminar nada. Ni la universidad, ni ningún curso de ninguna cosa, ni las lecciones de inglés, nada. Y los amigos de Maia eran una pandilla de *overachievers*^[1], conocedores del mundo, profesionales, cultos, políglotas de estilo *hipster*^[2] y siempre activos en ideas y proyectos nuevos. Pocas cosas lo afectaban más y le recordaban tanto las oportunidades perdidas como ellos.

—Hummm... No. Sabes que no me encantan tus amigos.

Maia sonrío la predecible respuesta, se hunde nuevamente en la lectura y Alex se guarda la incomodidad para regresar a su película. Nada más. Sobre lo otro, bueno, de ese tema nunca hablan. Él nunca se ha atrevido ni a preguntarle nada ni a sospechar en voz alta. Y ella, pues... ella está perdida en su propio laberinto.

En el día que habían acordado, Maia estaciona su auto frente a la casa de Caterina, se baja con un cargamento casi obsceno de chucherías y refrescos, que ha traído pensando en todos los gustos del grupo, pero, ni bien se ha estacionado, cuando nota que no hay ningún otro auto frente a la casa excepto el de ella, algo que de inmediato la extraña, pero que supone que se deba a que ha llegado muy temprano. La verdad, es que siempre se impacienta un poco cuando se trata de verla.

Camina por el largo camino que cruza el jardín hasta la puerta bajo el cielo estrellado de la noche fresca y, durante su recorrido, aprovecha para admirar un momento aquella estrella, Alnilam, siempre allí, en el mismo lugar del cielo como un punto de luz al cual recurrir cuando se halla uno perdido en caminos desconocidos o cuando se siente la falta de algo estable para aferrarse a la vida. La mejor respuesta, siempre, es mirar al cielo para encontrarse con uno de los más constantes puntos de luz de nuestro paisaje estelar; esa gigante azul que invariablemente está allí, siempre en el mismo sitio, mirándonos también desde sus mil trescientos cuarenta años luz de distancia.

Al llegar al umbral, toca el timbre y espera. Segundos después, escucha el ruido de las llaves librando una pequeña batalla al otro lado de la puerta que, tarda un momento en abrirse. Caterina aparece al otro lado y Maia no puede evitar notar su ropa de veraneo: *hot pants*^[3] y una muy corta camiseta deportiva. Su cabello largo, suelto y teñido de un negro profundo resalta sus ojos color miel y, su cuerpo, esbelto y delicado, hace que Maia considere su belleza como algo, casi ofensivo, que apenas le permite saludarla.

—Ho... Ho... hola —balucea.

Como si nada, Caterina la recibe con un apretado abrazo y el acostumbrado beso en la mejilla.

—Hola, disculpa la demora para abrir, pero es que estaba atrás terminando de lavar la ropa.

—No te preocupes, no esperé nada.

—Ven, pasa a la cocina para que dejes todo eso.

—Okey, gracias.

Las dos siguen hasta una inmensa cocina repleta de gabinetes de madera hasta el techo, con una nevera inmensa que descansa junto a un congelador individual, frente a un comedor de cuatro sillas al centro. Caterina recibe de Maia las bolsas con chucherías y las lleva hasta el mesón de la despensa. En este punto, ya Maia tiene serias dificultades para disimular su gusto por ella, y la mirada se le escapa a cada rato para embelesarse con sus piernas y con la tostada piel de su espalda baja que, exhibiendo una línea de finos vellos decolorados por el sol, contrastan con el color de su bronceado.

—Pero ¿y por qué tantas cosas? ¿Qué trajiste? —pregunta Caterina un poco intrigada por el tamaño de la carga.

—Hummm, no, no es tanto, son solo algunas chucherías para entretenernos con algo, si la

película resulta ser muy mala.

—¡Wow! ¡Pues ojalá que sea buena porque si no, engordaremos varios kilos!

Maia, quien ya se ha sentado en el comedor, contesta un poco avergonzada y dudosa porque, como captar señales y mensajes entre líneas, no se le da naturalmente. Ha comenzado a preguntarse si la singular situación tendrá que ver con algo que no haya notado a tiempo o que pudiera habersele pasado el día que recibió la invitación. Y aunque hace el esfuerzo de aparentar normalidad, necesita saber qué sucede, porque algo dentro de sí le dice que las cosas no están del todo en su lugar. Así que, se decide a investigar en qué consistirá esta supuesta “reunión” que todavía es solamente de dos.

—¿Y los demás, Cat? ¿Aún no llegan?

— Bueno... no. Lo que pasa es que temprano llamó Alexandra para decir que no podría venir. Luego llamó Franco para cancelar porque tuvo un viaje de trabajo imprevisto —termina lo que hacía en las despensas y viene a sentarse también— y bueno... María José y Jazmín prefirieron irse a casa de un amigo, ni sé por qué, algo con un *Wii*. Así que, supongo que únicamente seremos tú y yo.

Caterina termina de explicar la situación y calla nerviosamente. Ella y Maia intercambian algunas miradas tratando de decodificarse mutuamente pero, últimamente, ninguna de las dos se atreve a cuestionar nada en voz alta.

—De acuerdo —asiente Maia queriendo ocultar su perplejidad.

Sabe exactamente qué respuesta esperaba, pero esto la confunde. Lo que intuye no pareciera tener sentido, pero no se le ocurre nada más que pudiera explicar lo que sucede, pues se niega a aceptar lo que, obviamente, está buscando propiciar su sexi anfitriona con esta situación. Bueno, si es que realmente la ha propiciado ella. Y la sola duda le quita el equilibrio dejándola incapaz de procesar bien la información. No está al corriente si está asustada o asombrada y tampoco sabe qué esperar de esta extraña noche.

Las cosas siempre han sido lindas, pero extrañas con Caterina y, a veces, las situaciones parecen ir en direcciones que luego son violentamente canceladas o desviadas, sin previo aviso. De cierta forma, se ha habituado a la montaña rusa que es su relación con ella y, hasta ha aprendido a saltar los pozos, esquivar las balas y evitar los choques frontales que pudieran dejarla al descubierto. Con frecuencia, siente que todo no es más que una trampa para exponer sus sentimientos y eso ha hecho que ahora esté en un estado de alerta permanente, frente a las situaciones que tengan el potencial de vulnerarla. No obstante, hoy, y por ahora, asumirá que todo se ha dado de modo casual y que no hay segundas intenciones, al final, no tiene ningún motivo —probado— para pensar que pueda haber razones ulteriores en lo de esta noche. No realmente, pues Caterina los ha desestimado todos en el pasado, dejándola sin nada para dudar. Sus nervios, sin embargo, son harina de otro costal y están un poco fuera de control porque, el solo hecho de estar a solas con ella la hace temblar, ya que a menudo no sabe si será capaz de controlar las cosas que siente.

Un silencio incómodo se apodera de la cocina luego de aclarar las condiciones para la reunión y Maia, que no sabe qué decir o qué hacer, se empeña en examinar a Caterina queriendo descifrarla. Solamente quiere saber. Necesita saber, entenderla, pero ella parece un rompecabezas imposible de armar, quizá porque ella misma, no se ha visto nunca en realidad.

—Eh... *Okey*... Bueno, supongo que esto no es un problema, ¿no? Podemos ver la peli de todas maneras, ¿te parece? —Le consulta Maia todavía insegura de la respuesta que obtendrá.

—¡Claro!... Claro que sí. —Le contesta Caterina con aire de tranquilidad—. Entonces, aclarado este punto, pasemos al siguiente: ¿te provoca *fachar* un poco antes de ver la peli?

—¿*Fachar!*? —exclama, disimuladamente alarmada—. ¿En serio?

—¡Claro! —asiente Caterina con picardía—. ¡Para que lo pasemos todavía mejor!

—Pues, ¡seguro!... claro. ¿Por qué no?... —Pero tiene decenas de razones que explican por qué no debería y sus nervios se disparan al infinito dejándole la cabeza como pelotitas de bingo en un bombo: dando vueltas y vueltas, hasta la náusea.

Caterina se levanta presurosa, va a su habitación por el tabaco de marihuana. Maia se queda mirándola con asombro mientras se aleja y, tan pronto la ve desaparecer por la puerta, exhala larga y nerviosamente su miedo de sí misma. Siente que ha estado conteniendo la respiración, porque así se siente el excesivo control que se impone cuando la tiene cerca; todas las veces sin excepción, se ahoga un poco. Es como si le costara moverse y respirar cuando están juntas.

—¡Oh, no, no y no! —Se lamenta—. Esto, definitivamente, no es una buena idea, ¡qué va! ¡*Nop*, para nada!

Caterina regresa sonriendo y mostrando con orgullo el tabaco que ha traído.

—¡*Wow!* —Se admira Maia—. Es grande, ¿no?

—Bastante... pero ya sabes que me gusta todo grande.

Las dos se ríen con picardía de la respuesta, mientras Caterina llega hasta la mesa y le entrega el tabaco para que lo vea y lo examine de cerca. Maia lo toma y pretende examinarlo pero, en realidad, únicamente es capaz de preocuparse aún más, pues no tiene ni idea de cómo reaccionará en una situación de riesgo como esta y, para colmo, bajo la influencia de un potente desinhibidor. Pareciera que no podrá salvarse de esta, porque se siente hipnotizada por una loca posibilidad que la llena de esa energía irracional, gutural e impulsiva, que mueve todas las ludopatías. Y hoy, sin saber por qué, se siente incapaz de decirle que no a esta peligrosa apuesta.

—¿Aprobado? —pregunta Caterina.

—¡Aprobado! —contesta Maia sin pensar, y entregándose a su estado de locura temporal.

Caterina se levanta contenta y se pasea largamente por toda la cocina buscando un encendedor que, finalmente, encuentra dentro del contenedor que dice “Azúcar”. Regresa a la mesa con Maia, le quita el tabaco de las manos y, sin más, lo enciende. Las dos sonríen, se miran a través del espeso humo y celebran el inicio del evento tomando turnos para fumar.

Un rato después, cuando la hierba ha empezado a hacer su efecto, Caterina se decide a preguntar algo que hace mucho que ha querido preguntar.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Es personal. ¿Segura?

—¡Dale!, sin miedo.

—*Okey*... eh, tengo la impresión de que te gustan las mujeres. ¿Me equivoco?

Maia se sorprende. La pregunta la coge fuera de todas sus bases, pero trata de manejarlo con normalidad.

—¡Oh!, *okey*... Pues no, no te equivocas. Me gustan las mujeres.

—Entonces, ¿cómo es que estás con Álex?

—Pues... digamos que siempre me gustaron las mujeres, pero que no siempre estuve dispuesta a aceptarlo.

Maia se toma un momento para organizar sus ideas y Caterina se prepara para escucharla con atención. Siente mucha curiosidad por una situación que, en Maia, le parece muy extraña. No sabe la razón, pero cuando se trata de Maia, siempre tiene la impresión de que hay algo que no le cuadra y quiere saber lo que es.

—En su momento —sigue Maia—, el matrimonio con Álex pareció una buena idea: nos

llevábamos bien, teníamos tiempo juntos, complacía a mi madre con una boda. No sé... me pareció una buena idea en aquel momento.

—Y, ¿ya no?

—No. Ya no tanto. Las cosas han cambiado... los dos hemos cambiado, también. No es que no lo quiera, no te imagines una pesadilla ni nada, es solo que accedí a las cosas que me eran más fáciles de aceptar en ese momento y ahora comienzo a preguntarme si de verdad podré con todo lo que consentí o si ahora tendré que tomar decisiones mucho más difíciles de aceptar que las de aquel momento.

—Y él, ¿lo sabe?

—¿Sabe qué?

—Pues, que te gustan las mujeres.

—¡Ah, sí! Por supuesto. Fui muy clara desde el principio y él siempre lo aceptó sin problemas, aunque... últimamente parece que ya no está tan seguro de poder lidiar con esto.

—¿Con esto, qué?

—Con saber exactamente quién soy. Ahora se siente inseguro. Digamos que al principio creyó que sería una aventura emocionante y ahora... pues, se ha despertado del sueño.

—Seguro se imaginó la película porno con dos, con tres mujeres y quién sabe qué más. ¡Hombres! —exclama Caterina con desprecio.

Maia sonríe tristemente, da un último jalón al tabaco y lo apaga. En seguida, Caterina se levanta a la nevera, toma una jarra con agua, un par de vasos de la despensa y regresa a sentarse. Maia sirve los vasos y las dos se toman todo casi sin respirar.

—La verdad es que siempre pensé que no podría enamorarme de una mujer —dice Maia pensativa—, de verdad creía que era así, porque, el sexo es una cosa, pero de lo otro nunca me sentí capaz. Sin embargo, ahora empiezo a darme cuenta de que todo eso ha cambiado y que, aunque nunca se lo haya dicho, él se percató de ese cambio y ahora no sabe qué hacer.

Mientras divaga, Maia mira a Caterina a los ojos continuamente. Está profundamente intrigada, ahora más que antes, y se propone esculcarle la expresión tratando de dilucidar todo lo que pueda.

—Umjú, entiendo —asiente Caterina quedándose abstraída en una idea por un momento, tras el cual, hace otra pregunta que hacía tiempo que se moría por hacer—: Pero, y... ¿hace mucho que no estás con una mujer?

— ¡Uf! —exclama Maia abriendo los ojos con asombro—. ¡Creo que demasiado!

Caterina la mira y las dos estallan en una larga sesión de intensas carcajadas que no para por un buen rato. Ríen hasta el ahogo y el dolor, y en medio del alboroto de las risas, el contacto entre las dos se acrecienta poniendo a Maia un poco nerviosa y haciendo que las risas se empiecen a calmar pausadamente. No les toma mucho tiempo terminar muy cerca, la una de la otra, y en ese momento, todo parece claro. Es obvio lo que sucede. Se miran y Maia siente como si ese cuerpo frente a ella la jalara con los efectos y la fuerza invencible de un hoyo negro, pero el miedo a su desaire es más poderoso... Y también existe ese otro miedo, el de que algo realmente pueda pasar, para tener luego que lidiar con las consecuencias y los conflictos inherentes a su propia situación y a la de ella.

Nada pasa.

Lo que pudo ser, en ese momento, termina por perderse en el vacío al ser expelido por el horizonte de sucesos. Y, sin saber de dónde ha sacado la fuerza de voluntad para hacerlo, Maia se incorpora retomando la distancia y devolviendo todo a su debido lugar. Caterina la mira inexpresiva. Su mirada, como siempre, como un evento incomprensible.

Impulsada por los nervios, luego del incómodo silencio, Maia mira su reloj y al ver la hora,

descubre que hace ya mucho que llegó. Si quiere regresar temprano —y no quiere, pero debe— tendrán que comenzar de inmediato la película.

— Bueno, Cat, si no empezamos a ver la película de una vez se nos va a hacer muy, pero muy tarde, y prefiero no regresar tan tarde. ¿Te parece?

—Sí, sí. la verdad es que sí. Vamos de una vez.

Pero ninguna de las dos logra moverse. En vez de eso, se miran un momento y parecen —por un instante— reconsiderar el disparate recién descartado; pero, la razón parece ya haberse instalado entre las dos y el peligro se da por terminado.

—*Okey*, vamos. —Insiste Maia fingiendo un impulso de movimiento para apurar el finiquito de lo que sea que estuviese sucediendo entre las dos.

Se levantan casi al mismo tiempo, toman algunas chucherías de la despensa y caminan en silencio hacia la sala privada que, es una habitación pequeña, situada junto al área de recibo.

En esta casa, la sala privada es un lugar exclusivamente reservado para ver la televisión, leer, escuchar música o para videojuegos. Dentro hay un sofá grande con almohadones y una cobija; hay también tres mesas: dos pequeñas —una a cada lado del sofá— y una grande al frente. Al fondo, justo frente al sofá, hay un inmenso mueble en donde están el gran televisor, los reproductores de video y algunas películas, videojuegos y accesorios para las consolas de juego, todo cuidadosamente guardado en los anaqueles.

Caterina entra primero y enciende la lamparita de la mesa junto al sofá. Luego, sin más, se dirige al mueble para prepararlo todo.

Maia entra tras de ella y va directamente hasta la punta opuesta del sofá para sentarse. Desde allí —para su desgracia— es vergonzosa y dolorosamente inevitable ver el cuerpo de su anfitriona mientras se mueve acomodándolo todo.

Al cabo de algunos —muy difíciles— minutos, el televisor se enciende, Caterina pone la película a andar y viene, finalmente, a acomodarse en el sofá junto a ella.

—Hace frío, ¿no? —comenta Maia cruzando los brazos sobre su pecho.

—Sí, es que el aire acondicionado está encendido desde muy temprano, porque cuando viene el verano, en este cuarto hace mucho calor. Por eso puse una cobija. Puedes usarla si quieres, yo, seguramente, de aquí a un rato me arropo también.

Maia toma la cobija sin pensarlo y agradece el poder echársela encima. Las dos terminan de acomodarse en el sofá y, finalmente, muy a pesar de los nervios y los intentos por evitarlo, han quedado muy cerca, una junto a la otra. Maia procura guardar cierta distancia, pues no quiere ponerse más nerviosa y arriesgarse a quedar en evidencia.

—¡Epa! —exclama Caterina de repente—, pero ¡si yo había comprado vino!

Maia queda atónita.

—¿Qué?

—¡Cónchale, vale, casi se me olvida! ¡Qué bárbara, casi se me olvida el vino! Compré vino... ¿Quieres? ¿Lo traigo?

—Sí, claro... Tú sabes que... siempre... siempre quiero vino...

Caterina se levanta feliz y corre por el vino dejando a Maia sin habla, con la cara incapaz de expresar nada más. Solo puede calcular que, si salió con bien de la fumada, las probabilidades de salir con bien de esto también, pues... no las puede calcular. No hay cómo saber lo que va a pasar y quizá no pase nada, porque ese ha sido el resultado constante. Pero ¿cómo saber?

Un segundo después, al despertar de sus cortísimas meditaciones, se da cuenta de que la película está andando y toma el control remoto para pausarla.

—¡Cat! —grita—, ¿le pongo pausa a la película?

—¡No, no, ya voy! —contesta ella desde la cocina.

Su bella anfitriona regresa con dos vasos de vidrio y una botella de vino tinto y, como una modelo de promoción, posa frente al sofá exhibiendo la botella para Maia, que ríe forzosamente y apenas tiene valor para moverse. Caterina vuelve a instalarse en el sofá cómodamente y le entrega a Maia un vaso que empieza a llenar de vino casi instantáneamente. Luego, llena el suyo, pone la botella a un lado y mirando a Maia a los ojos, ofrece su vaso proponiendo lo tradicional:

—¡Hasta el fondo, pues!

Maia le sigue la corriente, aunque un poco confundida, dado que está en la situación de siempre: no tiene claro si Caterina se está insinuando o solamente es una inconsciente. Y aunque para ella existe una clara tensión entre las dos, los mensajes que recibe siguen siendo borrosos. Así que, se empeña en seguir por el camino seguro y le devuelve la mirada chocando los vasos.

Caterina comienza a beber su vino y Maia trata de seguirla para cumplir el reto que se acaban de hacer, pero ninguna de las dos logra tomarse todo y se detienen antes de terminar, ahogadas y risueñas. La incomprensible anfitriona levanta la botella y vuelve a llenar los vasos, comenzando con el de Maia, que se decide a tomar un pequeño riesgo:

—Cat, voy a creer que quieres emborracharme para aprovecharte de mí. —Le dice con picardía.

—Bueno, emborráchate y vemos qué pasa.

De nuevo lo mismo.

Insinuaciones que no sabe si terminarán por sostenerse en el tiempo. Pero forzar la situación, en su experiencia, es siempre una mala idea.

Quien no sabe lo que quiere o todavía tiene dudas, no debe ser forzado a una situación de choque porque, la respuesta puede ser una correspondencia positiva que, muy probablemente, terminará por convertirse en una acusación o en una agresión histérica y desesperada por negar que deseaba lo que no se suponía que debía desear. Por eso es siempre mejor esperar. Dar pie, responder. Sí, quizá. Pero nunca forzar. Solo armarse de paciencia y esperar a que ella reúna el valor de cruzar la línea infranqueable de sus propios miedos. Y sabiendo esto muy bien, Maia decide que es preferible replegarse y esperar a ver qué le depara la noche.

La película transcurre a la velocidad de dos botellas de vino, al final de las cuales, los cuerpos han terminado por estar muy cerca, tocándose hombro con hombro. La película termina y nadie se mueve. En vez de eso, empieza un intercambio de disimuladas miradas que van cargadas de miedo, mucho miedo. Cuando los créditos de la película terminan y el silencio invade la habitación, las dos se miran sin ocultar lo que parece estar pasando entre ellas.

Maia desea —con todo su ser— besarla. Y, por primera vez, lo considera.

Mira sus labios que parecen moverse al ritmo de un tic y, de pronto, el beso le parece posible. Busca sus ojos esperando una respuesta y su mirada es intensamente sostenida.

Ahora están más cerca, salvar la distancia no le tomaría nada y lo piensa. Se acerca un poco, no mucho, y se detiene a esperarla porque no está segura de lo que pasa; tiene demasiado miedo de equivocarse y convertir la situación en algo incómodo para las dos. Teme arruinar la amistad, ofenderla. Tantas cosas que podrían pasar.

Entonces, espera.

Caterina no se mueve, la mira fijamente y no se aleja, pero tampoco pone fin a lo que pasa. Parece esperar —y desear— que algo suceda, pero no parece tener el valor de actuar en consecuencia. El coraje apenas le alcanza para permanecer en su lugar sin huir, inmóvil y a la expectativa. Entonces, Maia, que ha esperado por un tiempo que considera prudente, retrocede alejándose y retomando su lugar nerviosamente; las almas todavía en aparente sintonía y las

miradas sin romperse.

Un móvil pone punto final a todo, sonando sin parar, para sacarlas súbitamente de la mutua y profunda abstracción que las consumía y que, a la larga, tal vez habría ganado la pelea. Es el teléfono de Maia, quien, aún distraída por el cruce de intensas miradas, busca sacarlo del bolsillo trasero de su pantalón, pero no lo halla y debe levantarse para buscarlo en algún lugar del sofá. Lo encuentra, verifica quién llama y sale de la habitación cruzando una inescrutable mirada con Caterina mientras va de salida.

Tan pronto se queda sola, Caterina abandona la expresión de aparente calma, esa mirada que parecía segura e imperturbable, y suspira profundamente dejando caer la cabeza sobre su pecho; parece estar exhausta y desilusionada. Tal vez hizo su mejor esfuerzo, pero le fue imposible reunir el coraje para cruzar las rayas, para vencer sus miedos, para entenderse y atreverse a eso en lo que no deja de pensar.

Maia termina su corta conversación telefónica y regresa, pero prefiere no entrar nuevamente y le habla desde el umbral.

—Tengo que irme —dice apenada.

Y es que algo dentro de su pecho le dice que debe quedarse, pero su mente lógica y práctica la empuja a salir de esa situación tan confusa cuanto antes.

Caterina asiente con tristeza. Lo esperaba. Y aunque no quiere, le ofrece acompañarla hasta la puerta con una suerte de desilusión que se le cuele en la oferta:

—*Okey...* Te acompaño a la puerta.

—Está bien —contesta Maia, sin entender muy bien el porqué del tono—. Pero, siendo todo tan complicado, prefiere omitir lo incomprensible.

Las dos asienten, Caterina se levanta del sofá, apaga la TV, la luz y, al salir, se cruza con Maia que la espera en la puerta. Los cuerpos se rozan obligándolas a reparar nuevamente una en la otra, pero las energías se han agotado y, luego de lo que pareció una duda, Caterina sigue de largo dejando a Maia atrás con los restos de todas sus ganas y sus dudas.

La despedida es incómoda. Les cuesta trabajo retomar los acostumbrados destierros de todo aquello que no debiera existir, así que no se tocan. Esta vez no hay beso en la mejilla, ni abrazo ni nada. Únicamente un torpe aventar de manos y una mirada turbia y borrascosa.

De regreso en su casa, Maia abre la puerta de su habitación y entra con la luz del televisor encendido en *Discovery Channel*. Transmiten un documental sobre insectos y las imágenes de las antenas y agujijones se ven en la pantalla aumentadas al tamaño de la mejor definición.

Maia verifica si Álex se ha dormido y es así. Ronca como un tractor. Así que sigue de largo, deja su cartera y su teléfono móvil sobre el sillón, junto a su mesa de noche y se mete al baño encendiendo la luz.

Por el quejido de la puerta del baño, Álex se despierta y levanta la cabeza para darse cuenta de que Maia ha regresado; puede escuchar el agua del lavamanos correr y por debajo de la puerta ve que la luz del baño está encendida, así que se reacomoda para esperarla mientras cambia canales.

—¿Cómo te fue? ¿Qué tal la película? —pregunta curioso.

Maia se queda paralizada al escuchar su voz. Su mente tiene las ideas revueltas, se siente culpable sin entender por qué y en vez de contestar lo habitual, tiene que evadir su respuesta.

—Pensé que estabas dormido.

—No, no realmente, pero casi.

—Bueno, ya voy, no tardo.

Maia prepara su cepillo y se lava los dientes. Lo hará con calma. Este tiempo le es necesario para meditar sobre todo lo que le ha sentido y lo inesperado de todo lo que ha pasado.

Empieza a creer que se está despertando de una larga pesadilla y no entiende qué o cómo le está sucediendo todo esto. En ocasiones ha sentido que hace mucho que vive en una dimensión paralela, una en la que el tiempo no pasa, y en la que todos los días parecen ser siempre el mismo día repetido una y otra vez, sin parar. Y cuando se transita una misma ruta por un largo período de tiempo, el tedio, sin consultar a nadie, comienza a omitir los detalles, la necesidad y la esperanza de que el camino cambie. Hoy, Maia, puede decir que alguna vez fue experta en omitir su propia vida y la vida, en general, porque, para sobrevivir al dolor y la necesidad de tantas cosas que tanto ha extrañado durante esta inclemente sequía, emocional y física, debió escoger entre si sufrir su realidad o ignorarla. Y, hela aquí, que ya no puede ignorarse más.

Termina de lavarse los dientes, la cara y comienza a prepararse para dormir, pero se toma su tiempo: primero doblará la ropa que se ha ido quitando, echará alguna cosa a la cesta de la ropa sucia, acomodará los zapatos en un rincón perfectamente perpendiculares a la pared. Todo lentamente y con calma, ya que necesita el tiempo para pensar y tranquilizarse.

Sale del baño apagando la luz y se mete en la cama acomodando sus almohadas. Saca el control remoto de la mano de Álex que, finalmente, se abraza con Morfeo y, sin nada más que hacer, cambia de canales sin buscar nada que ver, pues no le queda atención más que para su propio corazón-volcán.

Por muchos años creyó estar viviendo como quería, hasta que un día se levantó de la cama y no fue capaz de reconocerse en el espejo, su cuerpo se sintió como uno ajeno, la persona a su lado le resultó completamente extraña y luego, una mañana mientras se servía el café, no pudo evitar preguntarse qué coño estaba haciendo y qué era todo aquello. Esa no podía ser su vida.

Las respuestas para sus preguntas siempre han sido muy duras, por lo que, en su momento, prefirió apegarse a la rutina y a todo aquello que pudiera hacer sin pensar para poder poner el resto de sí a dormir. Sin embargo, como de todo sueño también se termina uno por despertar, un día amaneció y se descubrió distinta. No. Sería más acertado decir que se descubrió como verdaderamente era. Y sí, fue una sorpresa también para ella, que ahora se encontraba aquí, en este lugar y momento, tratando de entenderse y conocerse; procurando verse en el espejo y, por primera vez, reconocerse.

En uno de los canales transmiten *Ghost* y decide verla una vez más.

Mirando la pantalla, su mirada se pierde en la distancia. Está profundamente deprimida, siente que está fallando en todo. Repasa toda la experiencia de hace un rato y se pregunta si lo que siente es algo real o solo un desesperado escape a su vida solitaria, triste y aburrida.

Siente que se ha despertado de una espantosa pesadilla en la que se asfixiaba dentro de su propia vida. Lo malo es que ahora se siente más sola, sometida y exhausta; lo bueno es que ha decidido revivir. Está sorprendida y asustada, pero ya ha decidido cambiar. No sabe cuándo tomó estas decisiones, pero ahora entiende que ha estado muriendo lentamente por muchos años y ya no quiere morir más. Su encuentro con Caterina le ha devuelto todo eso que siempre se supo capaz de sentir y es exactamente lo que quiere. Quiere todas las oportunidades, las pasiones y emociones que siempre se negó: quiere vivir.

Su teléfono móvil vibra entre sus cosas, Maia lo revisa y tiene un mensaje. En la pantalla, se tropieza con un inesperado texto de Caterina: “Buenas noches, lo pasé lindo”.

Maia sonríe y teclea rápidamente una respuesta si dudar: “También lo pasé lindo. Espero verte pronto otra vez”. El mensaje es enviado y el teléfono abandonado a un lado para quedarse completamente abstraída, con la mirada perdida en la pantalla del televisor.

—Creo que es la primera vez que me enamoro —dice apenas audible, poco más que un adagio.

Luego, mira a Álex durmiendo a su lado y no puede impedir el suspiro de terror, pues siente un

profundo miedo de enfrentar su propio laberinto.

Las lágrimas corren sin permiso.

—¿Qué tan trágico puede ser descubrir, después de tanto tiempo, que no es a ti a quien amo?
—pregunta con un trágico murmullo.

En la pantalla del televisor, una luz brillante lo ilumina todo como un *flash* y, en la película, el momento de partir ha llegado para Sam.

XVII

MARZO, 2008 / HACE 2 MESES

Maia abre los ojos y la lámpara de su estudio la encandila. Se había dormido recostada sobre el desorden del piso y no es, sino hasta que trata de incorporarse, que se da cuenta de lo adolorida y exhausta que está. Emitiendo una amplia variedad de quejidos, todos en distintas amplitudes de onda, se esfuerza por reincorporarse a lo que hacía.

Repasa lo hecho buscando con qué seguir su tarea y lamenta encontrar algunas cajas regadas por el piso de la habitación aún sin armar. Falta mucho por empacar; pero, al menos, una decente pila de ocho cajas con sus libros ha quedado lista para mudar. Cada una ya sellada, marcada e inventariada.

Termina de incorporarse con un poco de esfuerzo. Se estira, recupera el aliento y, una vez sentada, busca retomar el hilo de lo que sigue. Lo primero, será guardar la película que encontró hace rato en la caja, la cual está apartada para todas las cosas que le son especiales y que ha decidido no desechar. Luego, mira a su alrededor, y los viejos álbumes fotográficos la esperan ordenados en perfecto orden cronológico, así que los toma, decidida a terminar con su labor del día; pero, ni bien abre el primero, cuando ya está acomodada en medio del desorden de su mudanza, entregada a la nostálgica tarea de revisarlos todos.

En el primero de los álbumes, la primera fotografía es de la primera navidad que Álex y ella pasaron juntos en la vieja casa. En ella, él aparece junto al arbolito a medio armar en el piso de la pequeña sala, vistiendo los interiores sobre el pantalón de pijamas, una toalla de colores colgada del cuello de la franela, a modo de capa, y una pose de Peter Pan: los puños en la cadera. Ríe. No puede deshacerse de estas cosas tan fácilmente aunque sea la tarea que se ha propuesto, y decide conservar esta imagen separándola del resto. Muchas de estas cosas le serán enviadas a Álex en unos días, para bien o para mal, y lo que él decida hacer con ellas, ciertamente, ya no le preocupa.

Pasa las páginas de fotos y parece revivirlo todo: navidades y viajes por el país, visitas a su familia en el interior; los paseos con sus sobrinos, que son cinco; los tragos con su hermano menor; los ratos en el jardín con su papá; las multitudinarias comidas que, alguna vez, preparó con su mamá. Toda su vida está allí, como un registro fotográfico al que nunca le dio importancia, y que ahora será lo único que quede de ella.

Al final de uno de los álbumes, encuentra una fotografía que había olvidado. En ella, Maia está de pie, con los brazos extendidos en medio del apartamento vacío. Es la foto del día que se lo entregaron, y la mira con nostalgia recordando todo claramente, pese a que fue hace ya mucho. Había ido para recibir las llaves del apartamento nuevo y se suponía que Álex iría con ella, pero como tantas otras veces, debió ir ella sola. La vendedora, una señora mayor de aspecto afable, no paraba de insistir en que adquirir una propiedad es motivo de celebración; pero Maia no creía tener ningún motivo para celebrar.

—¡Felicitaciones! —La congratula una feliz cobradora de comisión por la venta.

—¡Gracias!

—¡Qué lástima que su esposo no pudo venir! —Se lamenta.

— Sí, bueno... Ya sabe, tuvo algunos problemas de trabajo. —Miente.

Y debe mentir, porque no quiere hablar del hecho de que Álex está totalmente renuente a la idea de mudarse, aunque todavía las razones no estén claras.

—¿Le parece si le tomo una fotografía? —Ofrece la señora—. Es que tengo una foto de cada comprador feliz a quien he ayudado —explica—, y me gustaría tener la suya también.

—¡Seguro!

La vendedora saca la cámara de su cartera y espera por Maia que posa en el centro de la sala extendiendo los brazos y fingiendo una sonrisa que es, exactamente, la imagen en la fotografía que ahora ella sostiene en su mano. “No ha pasado tantísimo tiempo” —piensa, aunque sienta que fue hace dos vidas.

Devuelve la foto al lugar donde la encontró, echa el álbum a un lado y, sentada sobre todo lo que está tirado por el piso, continúa embalando y organizando las cosas en las tres cajas pequeñas que ha dispuesto para esta sección de su vida. Una para sus revistas de colección de *National Geographic*, una para sus amados libros de literatura y astronomía, y una para los álbumes.

Al terminar, se levanta, va hasta el clóset y calmadamente empieza a revisar las gavetas, de donde saca todos los artículos de oficina que piensa donar. Pasado un rato, entre papeles y engrapadoras, encuentra algo que le provoca la alegría de conseguir un tesoro olvidado. Es una caja pequeña de madera que parece seguir en buen estado a pesar de los años. Le sacude un poco de polvo con cuidado y regresa con ella al lugar del piso que ha sido tácitamente asignado para las tareas de revisión. Se sienta, pone la caja frente a ella y la abre. Dentro, hay recuerdos familiares de todo tipo: fotografías muy antiguas, decoloradas y quebradizas; el gran anillo de graduación de su padre, ya fallecido; cartas, filmaciones en formato súper 8, muchos CD con colecciones fotográficas y videos, medallas de reconocimiento de cuando era niña y competía en natación, un capodastre dañado que compró con su primera guitarra. Cada descubrimiento la hace reír o llorar a intervalos mientras abre las cartas, relee las tarjetas y recuerda los motivos de todas ellas. Le impacta la repentina consciencia de una colosal cantidad de memorias que reducen su vida a únicamente momentos aislados que obvian todos los intermedios. No recuerda ningún día particular en el que haya tomado el autobús, ni las caras de las personas con las que a diario tuvo trato; no recuerda los viajes en metro a la universidad, ni al taxista que la buscaba en el trabajo cuando salía a medianoche; tampoco recuerda los días de compra con su mamá ni los pocos cafés que compartió con su papá. No. Su vida ha quedado resumida a las risas que compartió y a las lágrimas que derramó; a los momentos de alegría intensa, al amor sobrecogedor, a las caricias que cambiaron su vida y a las heridas que le dejaron cicatrices indelebles. Esta es toda su vida. Poco más que una colección de recuerdos guardados en ella y poco más que una colección de memorias guardadas en quienes, alguna vez, la amaron o la odiaron.

Con cada reliquia repasa sus recuerdos más preciados. Como la primavera de 1983, cuando tenía nueve años y subió al podio para recibir esta mellada de tercer lugar. Se sentía hinchida de alegría por su hermosa medalla y, desde el podio, saludaba impaciente a su mamá que la miraba feliz y orgullosa. Su pequeño hermano, de seis años, también estuvo allí y lo recuerda saltando para celebrar el importante premio que había ganado su hermana mayor. No lo sabía en esa época, pero, con los años, esa situación se repetiría miles de veces. Su hermano mayor desaparecerá de su vida, del núcleo familiar y solo volverá ocasionalmente pretendiendo aprobar o desaprobar las vidas ajenas que jamás compartió y de las que nada sabe, pero Juanito, su hermano menor será distinto, él siempre estará junto a ella sin juzgarla y la acompañará en los momentos difíciles, será su pilar y una fuente infinita del amor que, al cruzar de algunos puentes, será decisiva en su vida.

En un viejo casete de súper 8, se encuentra una filmación de ella y su hermano mayor en la casa de playa de la abuela. No debe verla otra vez para saber lo que contiene, la recuerda bien, no sabe por qué. En la cinta, los dos juegan con la cámara sobre un pequeño bote, no muy lejos de la costa, mientras las cañas con carnadas reposan en las aguas del lago esperando por peces. A veces, en algunas tomas, es posible ver a su mamá en el muelle con la abuela, las dos paradas junto a la pequeña casa levantada sobre el agua. No hay ninguna otra memoria que comparta con su hermano

mayor y, de hecho, hace muchos años que no se hablan.

El anillo de graduación de su papá la lleva de viaje en el tiempo, hasta el 2003. Ese año, en la sala de espera de la clínica del centro, su papá fue internado por una embolia pulmonar sufrida mientras estaba de visita en la ciudad. Luego de un par de horas de espera, un médico finalmente se acercó a ella, y a su mamá, para informarles que el señor Luken había fallecido.

—Hicimos todo lo que fue posible, pero el daño era muy extenso. Lo lamento mucho —dijo—, y se retiró sin más. Como si nada.

—No podíamos haber hecho nada —expresó a su mamá, no sabe si para consolarla o consolarse ella.

Con la noticia, Maia quedó absorta, desubicada y confundida. Sus ojos, ya enrojecidos, comenzaron a llorar profusamente por el sobrecogedor dolor de la pérdida; pero la señora Marina no se descompuso. Siempre estoica e impasible, se lamentó calmadamente y derramó apenas algunas lágrimas que cayeron escapando de su monstruosa capacidad de control. Hacía años que se habían divorciado, pero Maia siempre pensó que su mamá no se recuperó nunca de la separación.

—Vivió todos estos años con esa mujer para venirse a morir aquí. —Fue lo único que la señora Marina alcanzó a decir.

Maia apenas la escucha, no sabe qué hacer, qué decir, ni qué sentir, y se deja caer sobre la silla todavía sosteniendo el anillo y la billetera de su padre que, al abrir, tiene una foto de los dos, abrazados y sonriendo junto a una de las tantas parrilladas que hicieron en el jardín.

Maia llora su triste recuerdo, su pérdida y lo que pudo ser, si su papá hubiese entendido que no era necesario que le dijera cómo vivir, pues ella únicamente quería su compañía durante el camino. Pero, a las personas se les enseña desde muy temprano a depender de la falsa seguridad que da la aprobación de los padres, los hermanos, los abuelos y hasta la de los amigos. Que su padre supusiera que ella esperaba que él le dijera cómo vivir, era lo lógico.

Hoy, ella sabe que nadie puede asegurarnos que cada decisión que tomemos será la correcta, porque todo en la vida es impredecible e incalculable, incluida la vida misma que, en cualquier momento, puede cambiar de dirección sin preguntarle nada a nadie, sin tomar en cuenta lo que se creía, lo que se había planeado o lo que se esperaba. Es así, como invariablemente, todos terminan por lamentar el no haber hecho las cosas como las hubiesen querido hacer. Luego, un día cualquiera, se preguntan por qué, y la respuesta es siempre la misma: miedo. Miedo a ser desaprobados, rechazados, considerados incapaces, desadaptados o fracasados, cuando la triste y única verdad es que lo peor que puede pasar al tomar decisiones, sin consultar a nadie más que a uno mismo, es que se cometa un error. ¿Y acaso no es el errar cosa de humanos?

La capacidad y la necesidad de errar están en la propia naturaleza de todas las cosas, pero también la de enmendar y ser mejores porque, sin tener en cuenta nada de lo que uno haga, ni a quién se le preste atención, ni quien apruebe o desapruebe nada, las vidas deben ser vividas con errores y enmiendas, ya que ese es su curso natural. Y esto es así para todos, por igual. Nadie es distinto, porque aquellos de quienes se cree depender, también se equivocan y lo hacen porque la vida no es sino una sucesión de aciertos y desaciertos. No hace ninguna diferencia el querer que el camino se recorra sin sorpresas ni caídas ni tropiezos, pues todo siempre podrá salir mal, mejor, peor, como no se esperaba o no se quería. Simplemente es así.

Hay un único destino para cada persona y cada decisión que se toma en el curso de una vida conducirá a ese lugar, sin importar por cuántos caminos sea necesario andar, ni las veces que se deba enmendar, ni el tiempo que tome el aceptar que todas las vías llevan siempre al descubrimiento de esa verdad única dentro de cada uno. Y esa es, y siempre será, la senda más

difícil de andar, precisamente, porque todos crecen programados para vivir bajo el control de quienes creen que lo distinto es un error y que las fallas de los suyos significarán las de ellos también. Es por eso que tantos padres, hermanos, amigos —y todos— se empeñan en decirle a quienes consideran bajo su cuidado qué hacer, cómo y cuándo hacerlo, porque desde su pequeña y nublada perspectiva, sus hijos, sus hermanos o amigos, nunca serán más que una extensión de sus propios éxitos o fracasos.

La caja queda vacía entre sus manos y Maia sonríe con tristeza frente a su tesoro, la cierra, y la deja junto a los álbumes y los libros que ha reservado para su familia.

Suspira profundamente y estudia su alrededor. Todo está vacío, desarmado o embalado. Por mucho que entienda su situación y que sepa que está haciendo lo que debe hacer y lo que es mejor para ella —aún así— no puede burlar la profunda tristeza que le produce el tener que dejar atrás todas las posibilidades que le ofrecía esa vida que, por tantos años, se negó a vivir; y en la que, últimamente, había puesto sus ilusiones y sus fuerzas.

“No es justo” —piensa—. “No es justo no tener la oportunidad de tener una familia, ni hijos, ni una historia larga para contar porque la mía se termina aquí. No. No es justo no tener la oportunidad de vivir una vida llena de todas esas cosas que siempre quise, pero que antes no fui capaz de imaginar”.

Lentamente y con dificultad, se levanta de su lugar de varias horas quejándose del dolor que le produce el cansancio. El esfuerzo físico y emocional al que se ha sometido durante todo el día, le ha hecho doler el cuerpo y la cabeza.

Sale del estudio y se detiene en el centro del apartamento para admirar la sala vacía, ahora sí es capaz de imaginar todas las cosas que pudieron ser entre esas cuatro paredes; puede soñar los besos, las alegrías, los regalos y todas las cosas que sus ojos ya no verán porque debe irse.

Desearía no tener que hacerlo, pero es lo único que puede hacer y ya no es cuestión de si quiere o no hacerlo, simplemente no le queda más remedio.

—Ya casi. —Se dice apenas audible y sorprendiéndose de ver cómo va desapareciendo su vida.

Llega hasta la puerta de vidrio del balcón y allí se detiene apoyando su cabeza sobre el marco. Afuera, la vida sigue: el sol saldrá y se pondrá todos los días, las aves cantarán por la mañana, la gente seguirá enamorándose, los niños saldrán a jugar. Todo seguirá y ella no es todavía capaz de entender cómo.

“Será mejor que me bañe o mi cabeza se va a evaporar”. —Piensa, obligándose a una ducha.

Al salir del baño, envuelta en su bata, Maia decide prepararse un té.

Considera el té como una bebida reconfortante y es su costumbre hacerse uno cuando se siente afligida o preocupada. Últimamente, se los prepara tan seguido que se ha visto obligada a comprar una amplia variedad de sabores para no aborrecerlo. Su favorito es el de jazmín, siempre lo ha sido. Le recuerda las tardes en casa de su madrina y los grandes vasos de esta infusión que solía servirle como refresco, siempre endulzado con miel y mejorado con zumo de naranjitas chinas que cosechaban del pequeño árbol que había crecido en su patio.

Al entrar en la cocina, se sorprende al notar lo poco que queda de sí, se asusta al descubrir que todo luce como si ella nunca hubiese vivido allí, como si jamás hubiese preparado en ese lugar sus cafés mañaneros ni hubiera cocinado su famosa lasaña. Como si al guardarlo todo se borrarán las huellas de su existencia, algo que le resulta muy duro. Realmente, no recordaba que quedaran tan pocas cosas y se vuelve a pasmar al reparar en que casi todo ha sido ya embalado y que las cajas reposan apiladas junto a la entrada esperando a ser enviadas. Todo ese vacío, cada caja llena, significa que muy pronto toda prueba de la vida que vivió entre esas paredes desaparecerá

para siempre. Entonces, no puede evitar preguntarse si, con sus cosas, ella también desaparecerá de la memoria universal como desaparecen los zapatos gastados, los cuadernos viejos o las tazas rotas.

Con esfuerzo, llega hasta la estufa, pone la tetera sobre el fuego y se queda abstraída con la mirada perdida en sus preocupaciones, la suma del cansancio y la necesidad de continuar dándole vueltas a las mismas cosas sobre las que ya ha reflexionado demasiadas veces, la deja parcialmente paralizada. Y así se queda, perdida en su propia cabeza hasta que el chillido de la tetera al fuego la interrumpe y la trae de vuelta para obligarla a preparar el té.

Con la infusión ya humeando en su mano, mira largamente hacia la sala por encima de la barra del comedor que comunica las dos áreas. El sofá sigue allí, impasible, como un testigo silencioso de todas las cosas que no debieron pasar.

Ha decidido que no se deshará de él y que lo entregará con el apartamento. Quiso venderlo al principio, pero luego descubrió no tener el valor para sacarlo de allí.

Resuelve hacer una llamada que no estaba segura de hacer y saca del bolsillo de su bata de baño el teléfono, marca el número y, mientras espera, su mirada se vuelve a perder en un pasado que no para de regresar.

XVIII

OCTUBRE, 2005

Sentadas una frente a la otra, Maia y Caterina llevan rato conversando animadamente en el sofá de la sala privada de la casa de Caterina. Frente a ellas, el televisor sigue encendido y transmiten una película en la que un teléfono repica incesantemente sin ser atendido. La luz está encendida, pero es tenue y el lugar sufre los embates del desorden que el grupo de siempre deja cuando se junta para una noche de películas, vino y chácharas.

Entre las dos, un cenicero a punto de rebosarse recibe las cenizas del cigarro de marihuana mientras la conversación continúa.

—...lo que quiero decir —explica Maia— es que no podemos sobresimplificarlo todo solamente para ajustarlo a lo que conviene. Por ejemplo: ¿cuál es el argumento de la gente que no está de acuerdo con el matrimonio gay? —pregunta tomando el control remoto para enmudecer el televisor y aliviarlas del ruido de la mala película de terror del canal seis.

—El que más les gusta —responde Caterina— es el de que no es natural, el otro es que el Gobierno no tiene derecho a cambiar la definición de matrimonio, el otro es que el matrimonio es un regalo de Dios, blablablá. En realidad, se han ido agarrando de cualquier cosa que han podido.

—¡Exacto! Pero, resulta que el matrimonio tiene un origen cultural y no religioso. Y que han cambiado la definición mil millones de veces, según lo que ha convenido. Y esta vez no va a ser distinto. Eventualmente, la gente va a tener que entender que esta es una realidad y le tocará aceptar que no tiene nada que ver con su religión, porque esto es sobre derechos civiles, no religiosos. Y son dos cosas distintas, ¿no? O sea, hay libertad de culto, pero no de amor. ¿Qué tal?

—Pues, sí... Es así.

—Además, lo de lo natural... es discutible porque, menos de un tercio de las especies en este planeta pueden ser clasificadas como machos o hembras. Y de hecho, la mayoría está más bien como en el medio. ¡Coño!, y lo otro es que: sí, somos animales, pero somos capaces de razonar, ¿no? Eso debería hacer alguna diferencia, digo yo.

—Y tenemos conciencia de lo que sentimos... —añade Caterina.

—¡Pero, claro! Hemos evolucionado ¡más allá del instinto! Entonces, ¿por qué se empeñan en quedarse en una etapa evolutiva que nos reduce a animales con urgencia de reproducción?

—¡Como si estuviéramos en peligro de extinción!

Las dos sonríen.

—Honestamente —dice Maia, cambiando el tono a uno más meditativo—, no entiendo cómo hay quien puede creer que el hombre pisó la Luna, que la ingeniería genética existe, pero que no somos capaces de amar a otras personas sin distinción de su condición social, genética, médica, mental, económica... ¡qué sé yo!

—Es porque demasiada gente considera a Darwin un hereje. Hay mucha religión en el mundo, Meme.

—Y todo lo que a la gente no le gusta es herejía, brujería, pecado, física o biología... ¡La ciencia es la nueva herejía!

Las dos se ríen a gusto.

—¡Bah! La gente está loca —exclama Maia dando por terminada la “disertación”.

—¡No, vale! Loca estoy yo por creer en cuentos de hadas, en tiempos de aceleradores de partículas.

—¿Crees en cuentos de hadas? —pregunta Maia extrañada.

—Supongo que quiero creer, como todo el mundo, ¿no?... Quisiera pensar que uno puede conseguir a esa alma gemela, esa media remolacha que todo el mundo espera encontrar.

—Bueno, quizá no es el momento... o tal vez no has abierto bien los ojos como para reconocerla.

Se miran un momento, pero rápidamente desvían las miradas. Nuevamente lo mismo: insinuar lo que no se ha dicho, aceptar sin aceptar, pa'lante primero y luego pa'trás.

—No existe el amor perfecto, Cat. —Le dice Maia retomando la conversación con un tono calmo y consejero—. No busques eso. Solemos enamorarnos, no de “esa” persona, sino de quien tenga la mayor cantidad de características aceptables y la menor cantidad de defectos intolerables, esperando tener la oportunidad de vivir un amor durable. ¡Es así! —concluye con obviedad y resignación.

—¡No, no, no y no! ¡Me niego a creer que eso es así! ¡Qué va! Yo necesito creer que los seres humanos somos capaces del amor loco, inevitable, incontrolable, incondicional. Además, ¡el que no te haya pasado a ti no significa que no sea posible! —Le dice levantando, temerariamente, el dedo índice entre las dos.

—¡Ouch! —Bromea Maia—. *Touché*.

Y las dos sonríen.

Maia la mira detenidamente pues, lo que ha dicho Caterina ha captado su atención y está dispuesta a averiguar si tiene el valor de reafirmar su idea.

—Entonces, ¿crees que somos capaces del amor incondicional?

—Pero ¡claro que sí! —contesta Caterina, sin dudar.

—Ajá, ¿y crees que el amor incondicional consiste en qué, exactamente?

—Pues, supongo que en amar, sin establecer ninguna condición para hacerlo. Lógico, ¿no? Es decir, la palabra misma lo dice: *In - condición - at all*.

Las dos se ríen con gusto del *espanglish* incluido en el ejemplo.

—*Okey*, pero ¿supones o sabes? —insiste Maia.

—Sé.

—¿Quiere decir que nada, ni el mal carácter ni los defectos exasperantes ni las mañas y malas costumbres de una persona deben condicionar la manera de amarla? ¿Nada en lo absoluto lo hace?

—No, nada debería determinar nuestra forma de amar.

—Entonces, ¿puedo inferir que todas las personas, sin excepción, somos capaces de amar, incluso con amor romántico, a cualquier otra persona no importando nada... ni siquiera su sexo?

Caterina mira entonces a Maia fijamente. Sabe a dónde va con esto, pero no retrocede, en cambio, adopta el tono áspero de maestra de primaria:

—A ver, mi querida Maia —dice con ironía—, estoy segura de que somos capaces del amor consciente e incondicional, porque somos capaces del amor, así nomás, y eso nos hace capaces de amar a alguien sin importar ni su raza, ni sus defectos, ni su edad, ni su estado de salud mental, ni sus vicios... ni su sexo.

Un silencio acompaña el final de su afirmación y Maia mira a Caterina asintiendo con satisfacción:

—Ciertamente, —dice, bromeando instantáneamente para suavizar el ambiente—: ¡Pilas, pues! —advierte en tono de juego. Y las dos sonríen su acuerdo sobre el tema.

De regreso a su cocina, todavía en bata de baño, Maia sostiene en una mano su taza de té completamente intacta y en la otra el teléfono que aún repica a la expectativa de que alguien atienda la llamada. Finalmente, alguien parece atender, pero apenas ha tomado aire para hablar, cuando se da cuenta de que es la contestadora y debe esperar con hastío el tono para dejar su

mensaje.

—*Beep*.

—Hola, mami, te estaba llamando para decirte que ya tengo boleto para el vuelo AC75 de Air Canadá, Caracas-Miami-Montreal. Salgo el 20 de mayo a las 9:45 de la mañana... Ya no falta tanto —la tranquiliza—. Así que no te preocupes. Bueno... quería escucharte... —espera un segundo con la esperanza de que su madre atienda, pero como no lo hace, no le queda más que despedirse—: *Okey*, te llamo luego.

Cuelga la llamada y se queda mirando el teléfono aunque, claramente, está pensando en otra cosa. Ensimismada, finalmente sorbe un poco del té para luego mover la cabeza con molestia cuando otro recuerdo la atrapa.

XIX

JUNIO, 2007

En la habitación de la vieja casa, Álex ve un programa de *History Channel*, cómodamente recostado sobre la cama desordenada y llena de toda la ropa que Maia se ha probado y ha descartado para su salida. Solapado por el molesto volumen con el que ve su programa, el teléfono insiste en sonar hasta que, finalmente, es atendido por el propio Álex.

—¿Aaló? —contesta encontrando una voz conocida al otro lado de la línea—. Hola, muy bien, y tú, ¿cómo estás? —Escucha a su interlocutor sin mucha atención y deja salir una risa corta y tonta—. Sí, sí. Ya mismo le digo... —Pero, le hablan antes de poder decir nada y luego asiente aceptando un pedido—. Dame un segundo —tapa la bocina y levantando la voz—: ¡Es para ti, Meme! Preguntan que si ya estás lista, para venir por ti.

—¡Diles que sí, que ya pueden venir! —contesta Maia a gritos desde el baño.

—Dice que sí... *Okey*. ¡*Bye*!

Álex cuelga el teléfono y lo pone en su lugar.

—Dice Dante que ya viene en camino, que estés pendiente.

Maia sale del baño bien arreglada y acomodándose los puños doblados de la blusa, termina y se sacude el pantalón; examina con detenimiento la apariencia de su abdomen para asegurarse de no lucir mal, pero no puede evitar hacer la pregunta que a las mujeres parece dárseles de forma natural.

—¿Me veo bien con esto? ¿No me veo gorda?

Él la mira sin mucho cuidado de arriba abajo y levantando los hombros y curvando la boca con indiferencia, le hace ver que no le importa.

—¡Qué odioso!

Álex apenas le hace caso, se sonríe y rápidamente vuelve a hundirse en la pantalla del televisor. Maia va hasta su clóset, saca la cartera que va mejor con su atuendo de esa noche y sobre la cama, comienza el caótico evento de cambiar sus cosas de una cartera a la otra. Termina y sale de la habitación sin que él se inmute, reaccione de cualquier manera o le ponga atención alguna. Igual podría estar muerto —murmura al salir.

Unos segundos después, se escucha la bocina sonar, pero Maia vuelve a entrar apresurada para buscar su reloj en la mesa de noche y, mientras se lo pone, aprovecha de mirarse velozmente en el espejo una última vez.

—¿Ya llegaron? —pregunta él, sin despegar la vista del televisor.

—Sí, ya me voy —contesta.

Sale apresuradamente de la habitación y Álex se queda inmóvil y con la mirada fija en la pantalla mientras que, durante unos segundos, se escuchan en la distancia los sonidos cronológicos del abrir y cerrar de puertas.

Maia sale de la casa, se demora unos segundos cerrando con llave la puerta del jardín y, como es usual, debe forcejear nuevamente con la cerradura para que la llave gire. Una vez cerrada, da apenas dos pasos y puede abrir la puerta del auto que la espera para, como siempre, encontrar a Dante al volante.

—Hola, lindo, ¿cómo estás? —Lo saluda.

—Bien, ¿y tú?

El auto se pone en marcha y Maia, que se está poniendo el cinturón de seguridad, hace un rápido recorrido visual del interior y luego pregunta con burla:

—Eh, disculpa, pero ¿y Cat?

Él finge molestia e indignación al contestarle con otra pregunta.

—¿Cómo que “y Cat”?

Maia levanta una ceja, lo mira con arrogancia y Dante se ríe discretamente antes de confesar:

—Ya ella está allá, se fue más temprano porque había salido con Alexandra.

Maia sonríe entonces complacida.

En minutos llegan al *pub* y tan pronto Dante termina de estacionar y apaga el auto, los dos abren las puertas casi al mismo tiempo, salen y las cierran tras ellos para luego hacer, uno frente al otro, una especie de rutina de boxeo en la que Maia es la entrenadora y Dante, el entrenado:

—¿Estás listo?

—¡Listo! —contesta lanzando puños al aire.

—¡Muy bien, andando!

— ¡*Uhah!* —Celebran a coro chocando las palmas como jugadores de fútbol americano, antes de un partido y tomando rumbo hacia la entrada.

La trillada escena es casi como la de los héroes de la película que van a cumplir su última misión y caminan en formación, con el atardecer al fondo al ritmo de la dramática banda sonora, todo en cámara lenta. No es así en realidad, claro, pero así se sienten.

Dante abre la puerta del lugar y los dos entran al pequeño bar de *Chill Out*. Hay mesas pequeñas rodeadas por sillones acolchados y lámparas bajas con luz tenue. La barra ovalada está en el centro y dentro, dos hermosas mujeres y dos muchachos de cuerpo escultural, todos veinteañeros, sirven tragos sin mucha parafernalia.

La música suena discreta y aunque pareciera haber bastante gente en el lugar, este no está del todo repleto, lo cual hace que el moverse entre las mesas y la gente sea relativamente fácil.

—Los muchachos siempre se sientan en las mesas de este lado —comenta Dante señalando hacia su derecha y tomando la delantera.

Maia lo sigue y apenas unos metros después, se consiguen a todo el grupo en una esquina del lugar. Han juntado dos mesas pequeñas para hacer una sola más grande y alrededor, todos disfrutan cómodamente en los grandes y placenteros sillones. Al fondo, junto a la pared, está Anya sentada en la punta del único sofá de cuatro puestos que aún conserva sus otros tres lugares disponibles.

Anya es contemporánea con Caterina y, de hecho, crecieron juntas. Sus ojos, marrones y ya pequeños de por sí, se ven siempre más pequeños de lo que realmente son gracias al efecto de la marihuana que fuma a toda hora. Su cabello rubio, corto y despeinado, constantemente luce los estragos de sus repetidos intentos de ser creativa y mantener su apariencia “única”.

Dante y Maia se unen al grupo saludando y abrazando a todos con alegría.

Al terminar la ronda de saludos, ambos se acomodan en el sofá del fondo junto a Anya y llaman al mesonero para hacer su orden sin pérdida alguna de tiempo. El mesonero llega, le ordenan un par de cervezas y de inmediato se entregan a las frívolas conversaciones de la noche.

Maia nota los ojos pequeños y enrojecidos de Anya al saludarla y de inmediato sabe que no debe poner mucho empeño en la conversación.

—Así que... ¿hoy tampoco te peinaste?

Anya sonríe lo ya sabido y contesta lo obvio pasando la mano por su cabello como quien quiere mantener el peinado.

—No, hoy tampoco.

—¡Vaya!, a veces de verdad te envidio —bromea Maia.

El mesonero aparece con las botellas de cerveza y las pone sobre la mesa. Dante se inclina

sobre la mesa para buscar la suya y Caterina aparece justo frente a él, abriéndose paso entre la multitud hasta el sofá. Al verla, él solo puede reparar en lo hermosa que se ve y no es capaz de evitar la tonta sonrisa que le cruza toda la cara haciendo que su expresión chille la conmoción.

Maia, en cambio, aunque impactada como siempre, procura reaccionar con la naturalidad acostumbrada. Se levanta para saludarla y las dos se abrazan con alegría.

—¡Mujer! ¡Qué bueno verte! —Le dice Caterina en el abrazo.

—¡Lo mismo digo! Y... bueno... debo decir que... pues, como siempre, ¡estás bellísima!

Caterina se regodea en el cumplido y lo agradece sonriendo y coqueteando nerviosamente con una vuelta de cuerpo entero.

—¡Gracias! Tú siempre con tus piropos.

—¿Llegaste hace mucho?

—Sí, mucho antes que ustedes.

—¡Ah! Es que como llegamos hace unos minutos y no te vimos...

—Sí, bueno, las cosas de este lugar: la cola para el baño es infinita.

Sonríen, y Dante, finalmente, se levanta para saludar. Maia procura darle espacio y regresa a su puesto junto a Anya. Hoy está decidida a no intervenir porque está convencida de que será lo mejor para todos.

—¡Hola! Te ves... muy bien —balbucea un torpe Dante.

— ¡Hoooola, no te había visto! —Lo saluda ella con emoción.

Caterina y él se saludan casualmente con un beso muy cerca de los labios y se quedan hablando por un rato, pero cuando la música empieza a subir de volumen y la gente a circular, deciden que es mejor ir a sentarse en el sofá para conversar cómodamente.

Maia los observa disimuladamente, no quiere perderlos de vista. Trata de ayudarlo, pero, en el fondo, desea que ella no se interese; quiere esa oportunidad para ella misma, aunque la lógica insista en decirle que no tiene posibilidad. Es solo que, algunas cosas a lo largo de este tiempo le han sembrado una duda, una que no la abandonará hasta no ser aclarada o definitivamente descartada; una duda que ha robado su atención y su sueño, y que la ha hundido en un complejo mar de enredados sentimientos que empiezan a parecerse mucho al amor. Tal vez demasiado.

Conscientemente ha buscado distanciarse, pero la realidad es que su relación con Caterina ha ido y venido por caminos que no le es posible controlar y que, de una manera o de otra, las mantiene caminando en círculos, la una alrededor de la otra. Nunca muy cerca, nunca muy lejos, pero siempre en las mismas órbitas.

Cuando Dante y Caterina ya se han sentado en el sofá, a Maia le tranquiliza notar que él ha quedado entre las dos, con Cat a su izquierda y Maia a su derecha junto a Anya haciendo lo posible por mantener la distancia y tratando de que no se dé ninguna oportunidad para conversación alguna que pueda robar ni un solo minuto de la atención de Caterina para él. Es así como ha decidido que debe transcurrir toda la noche.

Un par de horas después, mientras Maia escucha con atención la historia que Anya le cuenta con cinismo sobre el reciente rompimiento con su novio de varios años, algo inesperado sucede.

—Entonces, el muy idiota, me dice: ¡De verdad espero que encuentres a alguien que pueda hacerte feliz! —Dice Anya imitando la voz y el acento alemán de su ex—. Y yo le dije: ¡pues, yo de verdad espero que consigas a una persona como tú, para que sepas lo que fue sentirse como yo, cuando estuve contigo!

Maia estalla en carcajadas y se reacomoda en el mueble echándose hacia atrás para descansar su brazo izquierdo sobre el lomo del sofá, justo por detrás de Dante, a la vez que se inclina un poco a su derecha para seguir escuchando la historia de la que su vecina se ríe, ahogada en su

propia embriaguez.

—¿Y qué te contestó? —pregunta Maia, curiosa.

—¡Nada! —Se encoge de hombros— ¿Qué iba a decirme?

—Pues, ¡que eres una malagradecida! —bromea Maia—, ¡mira que hacerle esto después de todo lo que él hizo por ti!

Maia y Anya se ríen a carcajadas tan fuertes, que obligan a Dante a inclinarse hacia adelante en un esfuerzo por alejarse de las fuertes risas y escuchar a la persona frente a él. Su gesto, que aparenta no tener ninguna importancia, sin querer lo aleja de sus vecinas, y es entonces, cuando Maia siente sobre su mano izquierda —que reposa sobre el lomo del sofá— algo que llama su atención. Es como un cosquilleo, un roce tal vez, pero como está entretenida con el cuento de Anya, no se inquieta y solo la mueve un poco en una reacción automática e inconsciente, insistiendo en ponerle atención a la conversación. Pasados unos segundos, vuelve a sentir algo sobre la mano y, esta vez, su mirada busca el origen de la rara sensación. Sin embargo, al encontrar la razón del inquietante roce, no puede evitar que en la expresión de la cara, con los ojos abiertos y desconcertados, se haga evidente la incomprensible sorpresa. Y es que no entiende lo que ve: Caterina le acaricia la mano tiernamente.

Están sentadas en el sofá, separadas únicamente por Dante y con las manos ahora cruzadas detrás de él. A Maia le cuesta entender lo que pasa. Su mundo se queda en silencio. En su cabeza, las preguntas regresan para acosarla. Sabe que, a veces, son las cosas más pequeñas las que finalmente nos delatan. Aquel gesto que hicimos sin pensar, aquella mirada que no pudimos ocultar, la caricia que no fuimos capaces de contener.

Un detalle.

Solo es necesario un inconveniente detalle para exponer nuestra verdadera cara, porque un detalle nunca es insignificante cuando es parte de una suma.

Un detalle es una mirada, un gesto, un roce en la piel, una palabra, una energía brotando de alguien frente a ti, un beso. Un detalle es la vida misma que transcurre saltando entre conexiones hechas a través de la mirada, entre el amor y el odio, entre el amor y el desamor.

Buscando los ojos de Caterina, Maia espera descubrir una respuesta en su mirada pero, al encontrar sus ojos, se sorprende al descubrir que ella está mirándola también.

Sin saber exactamente por qué, se miran fijamente un momento tras el cual Maia toma su mano dulcemente y, con un gesto leve, le hace una pregunta simple:

—¿Qué sucede?

Sinceramente, no entiende la razón de las caricias, especialmente, porque Caterina conoce el riesgo, sabe que en este caso, con Dante de por medio, las cosas pueden no resultar tan inocentes. Sin embargo, en lugar de la respuesta simple que esperaba, Maia recibe un ataque de pánico cuando Dante regresa inesperadamente a su lugar y Caterina retira su mano bruscamente, esquiva la mirada de Maia y se encoge de hombros, nerviosamente sugiriendo que no pasa nada, que esto no tiene importancia.

Solo que sí la tiene, para Maia la tiene.

Y en un intento desesperado por disimular su descuido, Caterina le da la espalda y se une a la conversación del otro lado, dejando a Maia sola y desconcertada, todavía mirándola con sorpresa y confusión. Pronto repara en que debe disimular lo que ha pasado, pero se siente incapaz de reaccionar de inmediato, su mano sigue en el mismo lugar con los dedos todavía extendidos, como si la otra mano acabara de escapar. Le cuesta creer lo que acaba de sucederle y no sabe qué pensar ni cómo entender esto, pero debe volver a su realidad. Mira a su alrededor evaluando los posibles daños y se da cuenta de que hay demasiada gente consumiendo mucho alcohol como para

que alguien haya notado nada, pero también hay demasiados conocidos y amigos como para pretender hablar o aclarar nada. Cualquiera podría notar que algo sucede. No es el momento. Así que, lo que sea que haya sido, deberá esperar.

Anya ha seguido hablando, prácticamente sola, sin importarle que nadie le haya puesto atención por un momento, así que Maia trata de reacomodarse en su lugar para retomar la conversación, aunque ahora cargue con el remanente de su confusión cruzado en el pecho y la expresión.

Apenas ha terminado de reacomodarse, cuando siente su teléfono celular vibrar; lo saca del bolsillo de su pantalón y se encuentra con un mensaje de texto de Caterina: "Lo siento, no pude evitarlo". Maia la mira y Caterina le devuelve una apenada y disimulada mirada para luego seguir con lo que hacía, sin más.

Maia relee el mensaje con incredulidad y se rinde a no entender nada. Dadas las actuales circunstancias, prefiere no saber. Sería mejor así o eso creyó. Había decidido procurar que las cosas fueran diferentes, pero fue testigo de un detalle importante, de un atisbo de realidad que yacía no muy lejos de la superficie, algo que ahora la hace dudar. Un detalle, sí, pero no uno cualquiera, sino uno grande como una ventana.

Algo tan cotidiano como una mirada puede ser el detalle que, un día cualquiera, transforme nuestra percepción de alguien y hasta la que tenemos de nosotros mismos; un detalle puede cambiar nuestra manera de ver el mundo o la forma en la que nos presentamos ante él. Cualquier roce de unas manos, de unos labios, de unos dedos, tiene el poder de cambiar la forma en la que entendemos nuestro cuerpo para transformarlo en algo totalmente desconocido, distinto, ajeno y fuera de nuestro control. Con cualquier detalle corremos el riesgo de descubrir que no somos quienes creíamos ser, sino un reflejo de lo que pretendíamos alcanzar.

Podemos, un día cualquiera, conseguirnos en el espejo de siempre y no reconocernos porque, es tan grande el poder de un detalle, que muchas veces seguiremos notando los cambios que provocan en nosotros, por semanas, meses e incluso años después, cuando el momento de la metamorfosis ya haya sido borrada por la distancia inexorable del tiempo. Y, aun así, correremos el riesgo de no entender que hemos cambiado, que ya no somos las mismas personas de hace cinco tragedias, tres desilusiones, dos funerales y un mal atendido desamor.

Los detalles son así y tienen efecto, por eso no deberíamos nunca subestimar el poder de un detalle, por pequeño o insignificante que nos pueda parecer.

CAPÍTULO IV

ABDITUS

Latín. Adj. Sg. Lo oculto, lo secreto,

lo profundo. Las entrañas || Abdo (verbo)

PP. Alejar, ocultar.

XX

MARZO, 2008/HACE 2 MESES

Maia deja el teléfono sobre la mesa y sale de la cocina camino a su habitación bebiéndose el té que terminó por enfriarse en las manos. Acaba de dejar en la contestadora de su madre un mensaje con los datos de su vuelo, algo que, para su sorpresa, le ha resultado muy difícil de hacer porque, en su cabeza, como en la de todo el mundo, decir algunas cosas en voz alta pareciera concretarlas en la realidad. En el fondo, esperaba despertarse un día y descubrir que todo no había sido más que una terrible y devastadora pesadilla. Pero no es así y esta, aunque no lo quiera, es su vida.

La cocina queda vacía mientras ella desaparece por el pasillo, todavía absorta en el repaso de su historia, de todas esas cosas que sucedieron como no debieron y que ahora, aunque lamente las consecuencias, sabe que volvería a hacer de la misma manera si pudiera, porque fueron su única oportunidad de tener lo que tanto deseaba, no obstante supiera de antemano que perdería la batalla.

En su cabeza, el recuerdo de aquella vez, cuando sonó el timbre y abrió la puerta, la afecta. Tiene un recuerdo muy claro de todas las cosas que pasaron; su recuerdo es vívido, tanto, que hasta le parece escuchar el timbre sonar y su mente se va de vuelta: la ve llegar, la escucha decir aquellas palabras y hasta pronuncia las de ella y se libera.

El recuerdo de aquella vez, cuando sonó el timbre y le abrió la puerta la asalta otra vez a pesar de todos sus esfuerzos por evitarlo, y se da cuenta de que tiene una memoria mucho más clara de lo que le gustaría sobre las cosas que pasaron durante esos días en particular, pero no lo suficientemente clara, como para tener la certeza de que todo realmente hubiese pasado así. Ahora, cada vez que se concentra en los detalles, su mente parece llevársela a un universo temporal-paralelo en el que las cosas únicamente sucedieron como sea ella es capaz de recordarlas. Sin embargo, y aunque no esté segura, esa es su realidad. Realmente lo es. Lo que ella recuerda es exactamente lo que sucedió, solo que ya los detalles se le han ido escapando con el paso del tiempo y los anhelos. Lo único que sigue teniendo claro es el recuerdo de todo lo que sintió cuando escuchó sonar el timbre aquella vez que la vio llegar y le escuchó decir aquellas cosas. En ocasiones, ha sido capaz hasta de repetir las palabras que le dijo y revivir en carne viva

el efecto de aquel roce y todos los motivos que tuvieron para el amor y los adioses. Tristemente, cada vez que revive este pasado, también resurge este desgarré, esa suerte de golpe encarnizado que vuelve a partirle el corazón en cada reincidencia de su terca memoria. Y solamente eso, ya lo siente como una penitencia por todas sus culpas.

Maia vive una lucha perenne contra un pasado que suele ganarle la batalla por resurgir y no perderse en el olvido, solo que, con el tiempo y la neurosis constantemente mezclándose con el deseo de que las cosas hubiesen sido distintas, los hechos comienzan a parecerle cada vez menos claros. Y es que, estas memorias no son como las demás. No. Estas vienen cargadas de todo tipo de pasiones; de amor, desamor, rabia, culpa y reproches; y cuando renacen, lo hacen siempre de forma violenta. Sus memorias sobre esto no aparecen de pronto en su cabeza como cualquier otro recuerdo, sino que la invaden apropiándose de todos sus sentidos y colapsando su capacidad para lidiar con ellas. Son como una avalancha improcesable de información que repite las cosas revueltas en su cabeza y, a veces, hasta siente que le cuesta mantener separada la causa del efecto. Sus recuerdos, constantemente, la dejan hundida en una marea de confusión y caos en la que rara vez es capaz de entender que, esos hechos que no se permite olvidar, en realidad, se anulan entre sí y lo devuelven todo a cero.

La memoria es un misterio engañoso del que no podemos fiarnos porque, frecuentemente, nos traiciona.

Aquella vez, el timbre que sonaba insistentemente y el exasperante chillido del hervor del agua al fuego, sacaron a Maia de la habitación en sus pijamas, para ir corriendo a callar la tetera y atender la puerta.

AGOSTO Y NOVIEMBRE, 2007

—¿Quién es? —pregunta en voz alta al salir de la cocina, pero no hay respuesta.

Al llegar hasta la puerta repite la interrogación antes de abrir:

—¿Quién es? —Pero, otra vez, nadie contesta.

Ante la falta de respuesta, decide asomarse por el ojo mágico de la puerta y logra distinguir a una mujer aguardando frente a la entrada, pero no reconoce la silueta. Y como no la reconoce, no le da muchas vueltas a la idea de abrir porque, ultimadamente, no cree que la visita sea para ella. Está segura de que debe ser una equivocación y, convencida de que es así, inocentemente abre la puerta.

Recuerda perfectamente su incredulidad, su asombro y el largo y espeso silencio que lo inundó todo. No se sintió capaz de decir nada. Se suponía que eso no debía volver pasar y, sin embargo, un día cualquiera, un martes, meses después, ella se atrevía a aparecer una vez más frente a su puerta, sin que Maia pudiera comprender el porqué.

—Hola.—La saluda Caterina, muy nerviosa.

—Hola... ¡Wow! ¡Esto sí que es una sorpresa! Eras la última persona que esperaba ver aparecer tras esta puerta —contesta Maia con odiosa frialdad.

Ninguna de las dos hace ni dice nada durante un incómodo momento, porque no saben cómo reaccionar. Hay tantos sentimientos de por medio interrumpiendo las ideas y cortando las palabras que ninguna de las dos es capaz de articular nada.

—Disculpa. —Se excusa Maia, un minuto después, al recapacitar en su demora para invitarla a entrar—. Pasa... supongo.

Caterina entra, Maia cierra la puerta tras de ella y la sigue, sorprendiéndose al ver cómo rápidamente vuelve a acomodarse en el sofá con la velocidad de siempre y como si nada.

—Bueno, disculpa que haya venido así, sin avisarte —comienza—, pero es que estaba cerca y como hace tiempo que no hablamos, decidí venir para ver si podíamos tomarnos algo y quizá conversar un poco. Creo que nos haría bien, ¿no crees?

Maia asiente, pero no porque esté de acuerdo con ella. No. Es solo un acto reflejo que, en su incredulidad, le fue imposible evitar al escuchar el final de la oración. Está parada en el medio de la sala frente al sofá y la ha escuchado con pasmoso recelo, pero no se siente capaz de decir nada. Por ahora, prefiere guardar silencio porque, como tantas otras veces, teme más a la posibilidad de perder más de sí misma que a escuchar otra de las predecibles excusas de las que Caterina es capaz. Y como no quiere exponerse a perder nada más de sí —otra vez no— decide que es mejor dejarla hablar, dejar que pase lo que sea que vaya a pasar y, tal vez, así enterarse de a qué ha venido para saciar su mórbida curiosidad. Y esa es la única razón —o eso cree— por la que termina aceptando una conversación que realmente no quiere tener pero que, aunque no quiera admitir, necesita para sentir que entiende todo lo que le ha pasado.

—Me estaba preparando un té, ¿te gustaría uno también? —pregunta procurando tomarse la situación con toda la calma de la que es capaz.

Caterina asiente aceptando el té nerviosamente y Maia sonríe con tedio a una respuesta esperada que, de inmediato, la devuelve a la cocina para poner más agua en la tetera y regresarla al fuego.

—Hace tiempo que no sé nada de ti —dice Caterina buscando hacer conversación.

A Maia le molesta el comentario. Le resulta grosero y desconsiderado el que ella tenga el descaro de actuar como si todo ese tiempo de no verse hubiese sido algo fortuito, un asunto casual; cuando las dos saben muy bien qué fue lo que pasó, pero como no quiere dejarse llevar por la rabia, se limita a regresar en silencio para acomodarse frente a ella en el sofá.

—Necesito que hablemos sobre lo que pasó. —Le dice Caterina, ya sin rodeos.

—A ver, y según tú, ¿qué pasó? —contesta Maia con una lenta y remarcada ironía—. Porque a mí lo único que me quedó, fue un recuerdo vago de tu huida sin explicación ni despedida.

—No me lo estás haciendo más fácil.

—Y, ¿debería?

—No. La verdad es que no. No tienes por qué hacerlo, pero te ruego que me escuches y que trates de entenderme.

La tetera arranca un potente y nuevo alarido que resulta un entre líneas de la dura mirada que intercambian cuando Maia se levanta a la cocina por el té.

Caterina se queda en el sofá angustiada y confusa escuchando los golpes de las tazas y los muebles que, sin dudas, le permiten entender cuál es el ánimo de Maia.

Al regresar a la sala, una hostil anfitriona deja la bandeja sobre la mesa con desdén, se sienta y, sin esperar nada, le pone un poco de miel al té que ya ha empezado a teñir de marrón el agua clara de la taza. Luego mira a Caterina, que la observa apesadumbrada y, amargamente, la invita a hacer lo mismo.

—Sírvelte, por favor —insiste señalando la bandeja con la palma de la mano hacia arriba.

Caterina acepta ponerle miel a su taza de mala gana, pero la abandona sobre la mesa para dejar claro que, aunque la situación no es fácil para ella, tiene algo importante que decir y exige ser escuchada. Maia entiende perfectamente el reclamo y suspira rindiéndose a lo que ella insiste en conversar, esperando que eso la ayude a terminar con la indeseada visita lo antes posible.

—Muy bien, te escucho. —Le dice—. Y Caterina se prepara para hablar.

“Pero ¡no! Otra vez, ¡no!”. No quiere regresar a ese momento.

Esta conversación la ha repetido en su cabeza tantas veces, que ya se la sabe de memoria. Además, es un recuerdo tan doloroso que siempre prefiere evadirlo a toda costa, pero, como tantas otras veces, pretendiendo huirle, su memoria la traiciona y la obliga a repasar el motivo original del incómodo reencuentro, meses antes, cuando, en medio del cálido verano, Maia abría la puerta y Caterina aparecía risueña vistiendo sus acostumbrados *jeans* y el viejo morral que siempre traía penosamente colgando de los hombros.

Cada jueves por la noche, cuando Caterina salía de sus cursos, en vez de regresar a su casa, hacía una larga parada en casa de Maia para compartir algunos tragos, alguna comida o simplemente para estar juntas y conversar. Así, sin más. Y cada semana, una alegre y descalzada anfitriona, acostumbrada a vestir viejos bluyines y franelillas blancas para estar en casa, la recibía encantada.

No les tomó mucho tiempo acostumbrarse a verse frecuentemente en la intimidad de esa sala, tampoco les costó habituarse a hablar todos los días para saludarse, compartir sus ideas más íntimas, acompañarse y conocerse, cada vez, más profundamente. Por eso, ahora hacían todo lo posible por no faltar a la cita de los jueves y cancelaban compromisos, reuniones, salidas y todo lo que fuera necesario con tal de poder estar a solas durante ese rato.

—¡Tardaste! —le reclama Maia al abrir la puerta.

—¡Sí, discúlpame! Tuve que parar a comer algo porque ¡me moría de hambre! —Le contesta Caterina pasando sin invitación directo a ocupar su acostumbrado puesto en el sofá para luego echar sus cosas a un lado, despojarse de sus zapatos deportivos y apoderarse confianzudamente del acolchado mueble en toda su extensión.

—Pero ¡qué tontería! ¡Yo te habría preparado algo!

—Bueno, no quería molestarte... además, no importa. Ya comí, así que solo trae un par de cervezas y cuéntame algo interesante.

A Maia le hace gracia la orden, sonríe y va por las botellas al refrigerador mientras le cuenta los pormenores de su semana:

—Pues, aunque no sea interesante, puedo contarte que la semana ha ido muy bien a pesar de que he tenido mucho trabajo, y que ayer me avisaron que la sentencia de divorcio estar  lista para firmar   la próxima semana!

—  Ah, por fin! —celebra Caterina con sorpresa—.  Qu  bueno que finalmente puedas cerrar ese capítulo!

— Pues, s !, la verdad es que ha sido muy difícil, pero sí, en el fondo es un alivio.

— Solo puedo imaginarme cuánto! Bueno, no s  qué se hace en estos casos,  felicitarte?

—La verdad, no lo s . Esta es mi primera vez y cuento con que sea la última.

Maia regresa con las dos cervezas, le da una a su compañera y, seguidamente, se sienta junto a ella en el sofá. Las dos se miran contentas, se sonríen y brindan con satisfacción chocando suavemente las botellas. Parecería que celebran el venidero divorcio pero, en realidad, es solamente la alegría de verse cada jueves.

— Crees que si él hubiese querido intentarlo otra vez, te habrías quedado?  Crees que habrías podido seguir casada con él?

—Hummm, no lo creo. No. Aunque, probablemente no habría sido totalmente imposible hacerlo a pesar de lo difícil, la verdad, es que no lo creo.

—Pero, y entonces  por qué lo intentar as, si en el fondo no querías hacerlo?

—Porque, a veces, mi querida Cat, somos capaces de hacer hasta lo impensable con tal de no enfrentarnos a nuestros peores miedos.

Y,  cu al era tu miedo?

—El rechazo, Cat.  Qu  otra cosa? Parece mentira que, a pesar de estar tan tácito y de ser una de esas cosas de las que no se habla, a nadie le sea difícil entender que “ser así” es algo que la mayoría considera como “malo” y que, como tal, es condenado social y públicamente. En algunas partes del mundo todavía está incluso prohibido legalmente, so pena de muerte. Así que...

—Bueno, Meme, son prejuicios caducos que ya están perdiendo fuerza en todas partes.

—S , lo s , pero, a veces creo que mientras haya religión seguirá habiendo, no solo intolerancia, sino también resistencia a adaptarse y a tratar de entender las cosas más elementales. Mi hermano mayor me ha dicho hace poco que él “sabe” que este no era el “plan de Dios” para mí.  Te imaginas? Se atreve a hablar por él.

Las dos se ríen brevemente.

—Un poco osado de su parte,  no crees?  Y cómo “lo sabe”, le pas  un fax a su oficina? —bromea Caterina.

— Qu  s  yo en qué está pensando! Es osado, por decir lo menos. A veces, de verdad me cuesta entender cómo funciona la mente de alguien que dice creer en las normas bíblicas, pero que solo vive según las que le convienen. Hay gente tan soberbia, que hasta se atreve a decir que Dios nos odia —Caterina sonríe tristemente—. La Biblia dej  de ser un libro sagrado para convertirse en un garrote que aplasta todo lo distinto.  Vamos, Cat!  Qui n no haría lo que fuera por evitar tanta mierda?

— Y acaso t  de verdad crees que Dios te odia?

Maia la mira y sonríe. Para creer semejante cosa tendría que empezar por creer en Dios y ese es un concepto que, para ella, ha dejado de tener sentido hace mucho. Sin embargo, esa sí es una pregunta que se hizo infinitas veces durante una época de gran confusión y conflictos, pero que ahora suele responder con un divino sarcasmo:

—No, claro que no, Cat.  C mo voy a creer que Dios me odia, si Dios es amor?

Y las dos sonrían la ironía de la muy repetida, pero contradictoria, cita.

Maia no recuerda haber sido tan franca con nadie nunca, a excepción de África, desde luego. Sin embargo, su relación con Caterina, increíblemente y muy a pesar de los incidentes que han causado tanto caos, se ha estrechado de un modo espléndido; ahora comparten una gratificante intimidad nutrida por confesiones, historias de vida, formas de ver el mundo y todas las cosas que gustan de compartir, además de la mutua compañía.

Su música más amada, el humor más negro, los placeres más vanos y hasta los más privados conflictos de las dos han visto la luz en esa sala; de muchas maneras, comparten una relación que es romántica en lo pequeño: en el modo de decirse las cosas, en los regalos, las atenciones y los tantos detalles. Se admiran, se quieren y, pese a no ocultarlo, se han cuidado mucho de no cruzar los puentes (esos límites imaginarios que mantienen las amistades elocuentes), porque saben —las dos saben muy bien— lo que de verdad sucede. Y aunque jamás hubiesen hablado de ello y, muy a pesar de los ocasionales desconciertos, como aquellas caricias en la mano la noche del bar o la infranqueable cercanía de sus labios el día de la película, las dos saben que hay mucho de qué cuidarse pues, entre ellas, no es un secreto lo que Maia siente. Sin embargo, y a pesar de sus sentimientos por ella, Maia había aprendido a aceptar la relación tal y como le era ofrecida: llena de amor, detalles, intimidad y compañía, pero sin las pasiones ni las caricias; sin manos, sin piel, sin labios. Únicamente así, sublimándolo todo para poder compactarlo en un café. Aunque, de tanto en tanto, sus ojos —los cuatro— se escaparan para cruzar a escondidas algún puente, algo que siempre quedó como un secreto aventado a la vista entre las dos; una realidad sobre la que, si bien nunca hablaban, se había convertido en un tema que evitaban a conciencia, pues reconocían el riesgo de disidencia en sus corazones y secretamente temían a la posibilidad de que las cadenas autoimpuestas se rompieran.

Mucho rato después, con la mesa atiborrada de botellas vacías, Maia se levanta por más y al regresar, encuentra a Caterina ausente y meditativa. Sin interrumpirla, se sienta nuevamente a su lado y en silencio le acerca otra cerveza.

—¿Te sientes bien? —Le pregunta intrigada.

Caterina la mira y le sonríe dulcemente.

—Estaba pensando... —Pero, empieza a explicarse y de inmediato se detiene.

Necesita organizar su cabeza. Así que hace una pausa, recibe la botella y bebe en silencio buscando hallarles sentido a sus ideas, mientras que Maia espera pacientemente por lo que sea que quiera decirle.

—Es que, desde que mamá murió —continúa—, de entre tantas cosas que extraño de ella, una, la que más echo de menos, son las locas conversaciones que teníamos antes de dormir.

Hace otra pausa.

No está muy segura de lo que desea expresar y necesita un poco del valor que la botella le concede con gusto, trago a trago. Así que bebe un poco más entre pausas.

—Pero, desde que ella no está —sigue dubitativa—, no había podido tener conversaciones tan francas y abiertas, ni había vuelto a sentirme tan libre y sin miedo de mostrarme exactamente como soy, como lo hago cuando estoy contigo.

Maia la escucha con atención pero no sabe qué hacer ni qué decir, así que, calla. Sin embargo, Caterina no ha terminado y sigue, esta vez, con más claridad:

—Y hoy, de pronto, descubro que eso, que esa libertad que antes sentía es algo que tú siempre me has dado, algo que siempre he conseguido en ti. Contigo puedo ser yo, Meme. Así, simplemente.

—Nadie puede darte libertad Cat, la libertad es tuya para ejercerla cuando quieras. Yo no te he

dado nada. Eso no es posible.

—Sí. Sí lo has hecho —insiste—. Tú me das algo que nadie más ha podido darme, no sé por qué.

Las dos guardan silencio y la mirada de Caterina se pierde en la de Maia, sus manos retozan nerviosas sobre su regazo mientras se contemplan callando eso que buscan esconder tras la mirada. Caterina, que parece haber estado cavilando largamente sobre esto, entonces asiente dándose la razón. Siente que finalmente y, en ese preciso momento, ha hecho un gran descubrimiento; está convencida de que es así y una afirmación se le escapa en asombro:

—Contigo me siento como con nadie más, eres tú quien me hace sentir todo... esto.

Y al término de sus propias palabras ya no le es posible seguir escondiendo su propia sorpresa, su expresión se convierte en una ventana que deja ver su alma como nunca nadie más la vio; sus mejillas se sonrojan, una expresión nueva la invade y los ojos se le llenan de un brillo que, Maia, ve aparecer por primera vez. “Es ella —se dice—, por primera vez, es ella”.

Y sí. Por primera vez, Caterina se ha librado de sus máscaras y le permite, a esa mujer que nunca le ha negado nada, contemplar su alma desnuda. Y así, con los ojos presos en la intensa mirada, Maia trata de decodificar lo que ha escuchado y lo que está sucediendo detrás de este nuevo atisbo de verdad. Decide acercarse un poco más, que es una apuesta riesgosa, pero reúne el coraje para saciar la imperiosa necesidad que tiene de tenerla cerca y tomarla de las manos. Lo hace, y el cruce de miradas les llena los estómagos de revoltosos aleteos. Los labios empiezan a sentirse llenos de ganas durante el extendido momento pero, como tantas veces y muy a pesar de haberlo considerado mucho, Maia no logra juntar el coraje para cruzar ese último puente. Una vez más, las ganas terminan por quedar exiguas a la orilla del sueño. Y luego:

—No sé cómo responder a eso Cat. ¿Qué más puedo decirte...? ¿Que... me alegra que así sea? —murmura suavemente.

—No tienes que decir nada, esto es suficiente. Tenerte así, siempre ha sido suficiente; saber que cuento contigo y que puedo venir a ti siempre que te necesito, será siempre suficiente.

—No me hables así, Cat... —Le advierte Maia con una seria dulzura.

Y es que, dentro de sí, muchas cosas parecen estar regresando a su lugar original, dificultándole mucho la tarea de evitar que todo eso que siente la arrolle y se apodere de ella lanzándola contra una realidad de la que ya no podrá regresar. Las palabras que acaban de pronunciarse han causado un gran daño estructural. Y los puentes, los miedos y las máscaras han empezado a quebrarse dentro de sus pechos; los deberes y todo lo que hasta ese momento fue en sus vidas consecuente, empieza también a quebrarse en las frentes. La lógica se desvanece, los acuerdos se olvidan y la locura, de pronto, parece conquistarlo todo conjurando el coraje necesario y escondiendo realidades.

Maia cierra los ojos tratando de contenerse, pero está fuera de sí por todo eso que siente crecer sin control en el centro de su pecho. Acaricia las manos de Caterina entre las suyas e intenta, con un inhumano esfuerzo, devolver las cosas al lugar en el que se supone que siempre debieron estar. Teme demasiado a la posibilidad de equivocarse, que es la razón por la que nunca se ha atrevido hacer nada que pudiera poner en riesgo lo que tienen. Y, sin embargo, hoy siente que se entregaría a su suerte a cambio de un solo roce de esos labios porque, de pronto, siente que le teme más a la idea de morir sin haberla besado.

—Cat, no puedes simplemente hablarme así y esperar que, todo esto, que sabes que siento por ti, no se agrave y me parta a la mitad. A veces es mejor callar. No puedes decirme todas estas cosas y esperar que la imposibilidad de hacer... ¡todas esas cosas que he soñado tantas veces no me hagan daño! O que mi voluntad de mantener esta distancia que acordamos sin hablar, no se nos

quiebre entre las manos y me empuje a cruzar estas líneas que tanto me ha costado no cruzar. ¿Qué esperas que te diga? ¿Qué quieres que haga?

Caterina no contesta nada, solo la mira con la mirada poseída de unos sentimientos y de unas pasiones que todavía no es capaz de aceptar. Las preguntas, sin embargo, la hacen cuestionar seriamente y por primera vez su cariño por Maia. No sabe cómo es posible estar sintiendo todas esas cosas que a diario la inundan y tampoco sabe cómo son posibles estos intensos deseos que la confunden.

Hace tiempo que trata de convencerse de que sus sentimientos no son más que el producto de una percepción errónea de su relación, y hasta se ha planteado que quizá, solo quizá, todo no sea más que un afecto inusualmente profundo por una amistad como ninguna otra que haya tenido. “Tal vez solamente sea un cariño muy especial”, se dice, buscando hallar consuelo para una angustia que lentamente ha comenzado a ganar terreno. Pero, cada vez que trata de evadir sus sentimientos, una voz, cada vez más fuerte en el fondo de su corazón, le advierte que no trate de engañarse porque el amor, como la vida misma, siempre encuentra una salida.

—Me hablas así, con esta ternura —continúa Maia—, y por un momento siento como si volara, pero la gravedad ya me ha recordado, una y otra vez, que en tu cielo no me es posible volar porque, sin importar lo que haga, siempre termino con el corazón fracturado sobre el suelo. Así que, por favor, te ruego que no me des hoy las alas que luego vas a quebrar.

Caterina la mira conmovida, llena de dudas, deseos y temores, pero no es capaz de decirle nada y se limita a bajar la mirada. Maia, sin embargo, y a pesar de todo lo que acaba de decir, finalmente no es capaz de controlarse y se acerca un poco más, sin siquiera saber para qué. Y al hacerlo, ella levanta inesperadamente los ojos cruzando una intensa mirada que Maia aprovecha para, armada de un valor que no sabía que tenía, extender su mano buscando conquistar sus mejillas. Y, al tocarla...

“¡No!”.

¿Por qué su memoria la ha llevado de regreso a ese momento si no quiere recordarlo más? ¿Por qué cada vez que procura evitarlo, termina hundiéndose en un mar de recuerdos que van y vienen obligándola a repasar, aunque no quiera, las consecuencias de sus debilidades?.

Finalmente, sus testarudas memorias la llevan a revivir otro encuentro, el ocurrido después, cuando discutieron. Como siempre, lo repasaré y volverá a preguntarse si hubiera podido cambiar algo con algún silencio, con alguna palabra... cualquier cosa.

Lo recuerda todo tan bien: Caterina insistía en hablar de lo sucedido, pero ya habían pasado más de tres meses desde el día del incidente y Maia nunca volvió a saber de ella, hasta ahora. Obviamente está molesta y no recibe con gusto la oferta de una explicación tardía, pero la acepta.

—Muy bien, te escucho. —Le dice, secamente, mientras el té se enfría sobre la mesa.

—Maia, por favor, sabes tan bien como yo que lo que pasó fue un error —Maia no le responde, solo guarda silencio mientras la mirada se le cunde de tristeza—. No sé cómo pasó —continúa—, pero, supongo que... estaba confundida o...

—¿Confundida? —La interrumpe con la rabia disfrazada de ironía—. Y, ¡claro!, supongo que ya no lo estás, ¿no? Confundida, quiero decir. Ya no estás confundida y es por eso que estás aquí, ¿no?

No hay respuesta. Caterina calla y sus ojos se llenan de lágrimas.

—Muy bien. Será como tú digas Cat. No creo que haya más nada de qué hablar. Ya todo me ha quedado muy claro y si no tienes nada más que decir, te pido que te vayas, por favor.

—Maia, te lo ruego... no te pongas así.

—¡No! ¡No hagas esto! ¡No lo acepto! ¡No te equivoques conmigo! ¡No así! Porque, aunque te

cueste creerme, quiero que sepas que sí, sí te entiendo. ¡Pero sé lo que pasó y cómo pasó, así que no acepto que vengas hasta aquí a pretender que las cosas no fueron así!

Maia ha perdido los estribos, se levanta y camina unos pasos para alejarse pues, siente que necesita urgentemente el espacio para su rabia; cree que si entrara en contacto con cualquier cosa en este momento explotaría como una ojiva nuclear y los daños serían irreparables.

Caterina enmudece, se siente incapaz de responderle nada y las escasas fuerzas que tenía apenas le alcanzaron para admitir sus culpas en silencio, bajar la cabeza y jugar con sus dedos nerviosamente mientras que, un manantial de lágrimas fluye desde sus más íntimas y profundas entrañas.

—¡No sé qué hacer! —murmura finalmente y por completo ahogada en sus propios tormentos.

Y el dolor en sus palabras saca a Maia de su rabia haciéndola notar por primera vez la angustia y el intenso llanto que, su propio dolor, no le había dejado ver.

La verdad es que no puede obligarla. El amor, o tiene la fuerza para vencer o no la tiene. Y si el de Caterina no es lo suficientemente fuerte, ¿quién es ella para presionarla o juzgarla tan duramente? No puede castigarla, no puede hacerle esto. Ahora debe calmarse para pensar con claridad, tomar las decisiones adecuadas y aceptar que, lo que realmente está sintiendo, no es rabia sino dolor; solo que se negaba a admitirlo porque significa reconocer que la perdió. Y no quiere perderla.

—La verdad es que no tienes que hacer nada, Cat. —Le dice bajando el tono y con la ira desapareciendo de la expresión.

—Es que yo no puedo simplemente... No es posible vivir así, no sería vida... yo no... mi fam... —Pero se queda sin valor para concluir las oraciones.

Entonces, Maia, finalmente comprende. Ha visto el miedo muchas veces, pero en ella nunca lo vio tan claramente. Y aunque no quiera hacerlo, cree que lo correcto es dejarla ir, librarla de esa dura batalla consigo misma que no ha logrado ni ganar ni entender.

—Cálmate, Cat. Yo jamás te pedí nada. No esperaba, ni espero, nada de ti. Ya no.

Pero, en vez de calmarse, el llanto de Caterina se intensifica y, aunque inaudible, parece estarla ahogando. Sus lágrimas brotan como un manantial de dolor mudo, sin quejido, sin lamento y, muy a pesar, del aparente silencio. Pareciera que algo se le ha roto muy adentro y que ya no es capaz de soportar el daño que le produce la profunda herida.

Maia vuelve a sentarse junto a ella porque, no puede ignorar lo que su corazón le grita. Sabe que a veces es necesario aceptar lo que se siente para poder ahorrarse un poco de dolor; sabe, por experiencia, que no existe ninguna razón que justifique el darle largas a una situación que, de antemano, se sabe terminada. Ya aprendió esa lección y no tiene tiempo para repetirla. Sería inmaduro, irracional y tonto no aceptar las cosas que siente y evadir una realidad inmensa y corrosiva, solo para no actuar, para no tomar las decisiones que deben tomarse para aliviar la pesada carga emocional, la culpa y la rabia que, al final, no le dejarán nada más que heridas.

—Tienes que calmarte —insiste dulcemente.

Caterina asiente en silencio tratando de secar las lágrimas, pero son demasiadas y escapan sin remedio bañándole toda la cara.

—No hay nada que se suponga que debas hacer —continúa—, pero la vida es muy corta para seguirte esperando, bella. Creo que ya te he esperado demasiado y ahora, finalmente siento, que de verdad no puedo hacerlo más. Si ya está tan claro que esto no se puede, entonces ya no tiene caso alimentar ninguna esperanza.

Ella la escucha en silencio, pero mantiene la mirada clavada en sus dedos que danzan nerviosamente sobre su regazo. Maia la toma de las manos esperando calmarla y continúa,

creyendo que al inmovilizar sus dedos, su mirada la encontrará mientras le habla:

—Hace mucho que espero el milagro de verte llegar dispuesta a estar conmigo, bella; hace demasiado tiempo que espero escucharte decir que me amas, pero son solamente fantasías, siempre lo fueron. Y para ser realista, debo primero admitir que ya es tiempo de aceptar que nada de eso pasará jamás; la vida es, verdaderamente, muy corta para seguir apegada a un sueño que sé que no se cumplirá. —Y, al término de sus palabras, a Maia se le escapan unas lágrimas que ni siquiera trata de secar.

Sus palabras, en vez de serenar a Caterina, parecen terminar de romperla haciéndola sollozar sin control y arrojándolas a un abrazo intenso en el que se permiten sentir todo el dolor.

—Sigue tu vida como la has planeado, Cat. Si las cosas con él se han enseriado tanto, entonces, quédate con él, cástate si crees que eso te hará feliz y vive como sea que hayas decidido vivir. Yo solo quiero verte bien.

—Lamento tanto haberlo complicado todo, siento mucho el daño que sé que te hice, pero necesito saber que podemos seguir siendo amigas. Necesito saber que puedo volver a ti, porque si no, no sabría cómo vivir.

Maia se toma un minuto para recuperar la calma. Y luego:

—No lamentes nada, no te disculpes ni te preocupes por mí. La vida no es más que la suma de las cosas que hicimos, las cosas que dejamos de hacer nunca nos restarán nada. Es matemática elemental: el cero no suma ni resta nada. Caterina la mira de cierta manera y Maia reconoce la mirada. Es una que ha visto muchas veces, pero que aún no logra descifrar.

A menudo, tiene la sensación de que ella oculta lo que realmente ha querido decir, lo que de verdad siente; y aunque nunca ha podido comprobar que es así, cada vez que vuelve a encontrar esa mirada, la invade la sensación de que está presenciando una verdad incompleta. Con el tiempo, se ha inclinado a creer que realmente hay algo que ella nunca se ha atrevido a decirle, que guarda un secreto que se ha sentido incapaz de compartir; pero de lo que ese secreto pueda tratarse, no es sino parte de su imaginario, poco más que una realidad inalcanzable.

—Tantas veces, Cat, tantas veces como ahora, me parece que algo pasa dentro de ti, justo allí, detrás de tus ojos y de esa extraña mirada. Es como si una tormenta se desatara en tus adentros, pero yo solo pudiera escuchar los truenos desde lejos, y por mucho que he intentado descifrarla, no he podido nunca entender lo que es. A veces, parece que tu mirada ocultara un millón de cosas, y otras veces parece que dijera que me amas.

—No entiendo cómo puedes con esto.

—Bueno, alguien tiene que poder con todo esto, ¿no? —dice Maia dejándole una dulce caricia en el mentón—. Y alguien tiene tomar decisiones por las dos. Simplemente, alguien debe hacerlo. Es así y punto.

—Supongo que sí.

—Cat...hasta ahora, yo no había querido tomar la única decisión que me es posible en estas circunstancias, pero creo que ya es momento de hacerlo. Esto, lo que sea que está pasando entre las dos, no puede seguir. No está bien y es un disparate querer continuar así.

—¿Así cómo?

—Así, Cat. Con este caos apoderándose de todo, con este dolor siempre mezclándose con rabia, con amor y confusión.

—Ya sé que... —Pero Maia no la deja terminar, no quiere ninguna excusa para arrepentirse.

—Debo pedirte que dejemos de vernos —dice así, nomás, sin introducción ni preparación ni nada. Y un espeso silencio lo inunda todo de pronto—. Ya sé que parece que puedo manejar todo esto muy bien, pero no es así y ya no puedo continuar; no puedo seguir siendo tu amiga, así, de

esta manera. Lo lamento, pero necesito que dejemos de vernos.

Caterina queda atónita, jamás se planteó esta posibilidad y le cuesta concebir que ha entendido bien lo que Maia acaba de pedirle.

—¿Qué? ¿Quieres que... dejemos de vernos?

—No, eso no es lo que quiero, pero es lo que necesito —dice acariciándole las manos con ternura, mientras piensa en una mejor manera de explicarse—: Hubo una época en la que solamente tu amistad era suficiente, pero eso fue hace mucho y las cosas han cambiado considerablemente. Lo que siento ha dejado la línea de nuestra acordada distancia tan atrás, que ahora me es imposible seguir siendo tu amiga sabiendo que nunca podré tenerte, que nunca serás para mí.

Caterina la mira todavía pasmada. No puede hablar. Sabe de lo que Maia habla, no es tonta, lo entiende bien; pero no puede ni admitir ni negar en voz alta su propia realidad y cae instantáneamente aplastada por todo lo que, erróneamente, considera como axiomas en su vida. Y aunque los brazos que la han recibido hoy son los de ella, los de esa mujer cuyos ojos y roce es lo único que desea en la vida, está convencida de que no puede tenerla, y las posibilidades no pueden existir dentro de los límites de la convicción de un imposible. Es, precisamente allí, donde la esperanza muere; en el error de creer que hay algo que no es posible cambiar.

Y así, con el convencimiento de que un destino aparte es inevitable, se abrazan cerrando los ojos para que Maia pueda consolarla aunque, para hacerlo, deba entregarse al esfuerzo augusto de contener y decapitar sus propias querencias.

FEBRERO, 2008 / HACE 3 MESES

Maia trabaja en el segundo piso del Complejo de Oficinas del Lago, para una pequeña editorial. Finalmente, y luego de mucho esperar, tiene el trabajo por el que tanto había anhelado y ahora comparte una pequeña oficina que, suele parecer más grande de lo que realmente es, gracias a la magnífica cantidad de luz natural que entra por el colosal ventanal del fondo, a través del cual, como si fuera poco, se ven los muelles privados desde donde, frecuentemente, entran y salen pequeñas lanchas y botes que transitan alrededor de las áreas residenciales cercanas. Toda la vista parece un cuadro de postal y nadie podría desear ni una oficina con mejor vista, ni un trabajo mejor que el de ella. Irónicamente y por primera vez, siente que no podría estarle yendo mejor.

Inmóvil y concentrada frente a la computadora, Maia revisa en la pantalla de su monitor, un largo texto al cual le va insertando observaciones y comentarios. A su lado, una computadora desocupada y una mesa de dibujo tapizada por montones de bocetos de portadas para todo tipo de libros, reposan mientras que su ocupante, que ha salido a su hora de almuerzo, en ese preciso momento duerme sin ninguna vergüenza en una banca del parque del edificio.

Una *pizza* fría y a medio comer, descansa sobre el habitual desorden de papeles frente a ella que, distraídamente, sostiene en una de sus manos un pedazo a medio mordisquear.

La alarma de su teléfono móvil se activa y Maia sabe que es tiempo de tomar un corto y obligado descanso. Se ha visto forzada a hacerlo así porque, a menudo empezaba a trabajar y se concentraba tanto, que pasaba el día sin recordar que, a alguna hora, debió haber hecho una pausa para comer. Así que ahora, cada dos horas, toma unos minutos para descansar, relajarse y almorzar cuando le toca.

Se echa hacia atrás, se estira y luego, cómodamente recostada sobre la silla, retoma el pedazo de *pizza* olvidado en su mano para terminarlo, pero apenas le ha dado un mordisco cuando su extensión telefónica empieza a repicar y con su otra mano trata de atender la llamada con una inigualable torpeza. Finalmente, y con apuro, levanta unos papeles al azar y encuentra el desesperante aparato que no para de sonar.

—Sí, diga.

—¡Hola, Meme! ¿Cómo estás?

Maia se esfuerza un momento, pero no logra reconocer la voz al otro lado del aparato.

—¿Quién habla? —pregunta extrañada.

—¡Pero, qué horrible eres!, ¡y qué fácil se te olvidan tus buenos amigos!

—¡Ah...hola, Dan! —dice sorprendidísima, pues verdaderamente no pudo reconocerle la voz—. ¡Es que hace mucho que no te escuchaba! ¡Qué raro que me llames a la oficina! ¿Cómo has estado? ¿A qué debo el honor?

—Hummm, bien, he estado muy bien. Ya sabes, trabajando y aburriéndome mientras lo hago.

Los dos se ríen.

—Sí, creo que eso es lo normal.

—Supongo que sí. Y tú, ¿cómo has estado?

La asistente de su jefe la interrumpe asomándose por la puerta de la oficina para indicarle, con mil muecas, que debe apurarse. Es una veinteañera de facciones sajonas que luce sus *piercings* sin pudor y que suele llevar un pequeño mohicano pintado siempre de un color que, todos los días, combina con los zapatos o las camisas o las carteras.

—Gabriel quiere conversar lo de tu renuncia. —Le dice queriendo susurrar.

— Ehhh, *okay*. —Le responde Maia abandonando un segundo la llamada.

—¿Disculpa? —Se confunde Dante.

—No, no es contigo. Disculpa Dan, es que hoy es un día difícil. Pues, como te decía, estoy bien. Un poco ocupada, como podrás notar, pero bien. ¿A qué debo el honor que me llames a la oficina?

—Pues, quería decirte algo importante.

En este punto, Maia acepta que, según parece y sin importar lo que haga, hoy no va a terminar su comida. Así que, se resigna a devolver la *pizza* a su desorden lanzándola sobre la mesa sin cuidado.

—¡*Wow!* ¡Algo importante! De acuerdo. Te escucho. Cuéntame todo.

—*Okay*, ahí te lo suelto: Cat y yo nos vamos a casar, ya tenemos fecha.

A Maia le cambia la cara y guarda un silencio repentino; ha quedado petrificada por lo que acaba de escuchar. Su expresión se frunce dando fe de cuánto le cuesta procesar lo que ha escuchado, pero no sabe qué decir ni cómo reaccionar y se frota la cara ansiosamente, como queriendo despertarse de un mal sueño. Su primer impulso es llorar, pero lo contiene el desconcierto que siente por la noticia y, además, sabe que debe hacer un gran esfuerzo por aparentar normalidad, si espera que él no sospeche nada.

—¿Aló? ¿Estás allí todavía? —pregunta Dante, extrañado por la falta de reacciones, chistes, comentarios. Todo.

—Sí, sí, aquí estoy, Dan... ¿Casarse? —dice dubitativa— ¡*Wow!* ¿Es en serio?

—¡Claro que es en serio! ¿Qué pasa? ¿No te alegra?

—¡No, no, no! Claro que me alegra, es solo que no me lo esperaba. —Y al término de sus propias palabras, sus ojos comienzan a llorar—. ¿Y cuándo será? —pregunta tratando de disimular el esfuerzo.

—El 17 de mayo, ¡en menos de tres meses!

—¡*Wow!* ¡Qué rápido! ¡Es increíble! —exclama con dificultad, pretendiendo felicitarlo.

—Sí, ¡yo tampoco me lo creo, amiga!

De inmediato busca su calendario mensual en el escritorio, debajo de todos los papeles, y ve el recuadro del “20 de mayo” resaltado con marcador y con un avioncito mal dibujado. Será tres días antes de su vuelo.

La mujer del mohicano vuelve a interrumpirla apareciendo en la puerta de la oficina para apurarla nuevamente. Maia le responde extendiendo bruscamente su dedo índice frente a ella para indicarle que, sin importar lo que diga, deberá esperar. A la mujer no le queda más que retirarse con una expresión de queja.

—Dan, tengo que irme, hay una reunión con mi jefe y su asistente no para de asomarse a la puerta.

—*Okay*, bueno, solo quería decirte eso. Te haré llegar la invitación con Cat y espero que nos veamos antes de la boda para celebrar.

—Bien, gracias por avisarme. También espero verte antes, Dan. *Bye*, un beso.

—*Okay. Bye*, cuídate.

Maia cuelga la llamada y se queda paralizada mientras se permite, ahora sí, llorar. La mujer de hace un rato toca la puerta de la oficina, se asoma por enésima vez y Maia, sin levantar la cara, le extiende violentamente la mano abierta, pidiéndole un poco de tiempo. La mujer es sorprendida por la intensa reacción, pero sin dificultad entiende que hay una situación personal en marcha y que debe otorgar el espacio. Así que, asiente apenada y se retira.

Entonces, Maia solloza.

XXII

MARZO, 2008/HACE 2 MESES

Ya en su habitación y a pesar de lamentarlo amargamente, Maia termina por revivir ese momento al que tanto le ha huido; ese que a menudo no se ha permitido recordar, porque es parte de un pasado lleno de dolores y pérdidas.

No cabe duda de que el tiempo es una dimensión paradójica que, como no podemos ver, somos incapaces de entender. Todo aquello que pasa se extingue tan pronto como lo dejamos de ver y, sin embargo, sabemos que existió porque hemos sido testigos del ciclo de lo vivo y de lo yerto. Por eso, ella le huye como puede a sus recuerdos, porque sabe imposible el viaje físico en el tiempo y entiende que, revivir el pasado, es una debilidad del razonamiento que solo nos permitimos para darnos consuelo.

Han pasado pocos meses desde aquel encuentro y ahora, sin importar cuánto ha tratado de evitarlo, esa sola memoria la posee; la de aquella última visita, después de haberse dicho tantas cosas que no debieron decirse y de haber echado abajo los puentes que tanto prometieron cuidar.

AGOSTO Y NOVIEMBRE, 2007

Ella le ha dicho que nunca se ha sentido así con nadie y que solo se siente así cuando están juntas. Y Maia todavía recuerda su incredulidad, su amor emanando a través de sus ojos, como los rayos de Tesla esparcidos por todo el lugar; recuerda el calor húmedo de sus manos y la suavidad de sus mejillas al recibir las caricias que, con un impulso finalmente incontrolable, la arroja al centro de esa remembranza que, aunque le roba un poco de vida, parece también revivirla.

Sin quererlo, vuelve a encontrarse allí, dentro de su recuerdo; en ese lugar, reviviéndolo todo. Caterina sigue sentada frente a ella exudando sus dudas y haciendo equilibrios al borde de las cornisas de todos sus miedos.

Maia todavía sostiene el rostro de Caterina entre sus manos, y espera encontrar el valor para besarla; la siente temblar entre sus manos y no puede creer que siga allí, que todo eso esté pasando y que ella no se haya ido corriendo, huyendo de todo lo que muy pronto será irreversible, si no retroceden, si no se detienen en ese mismo momento.

Pero, cuando un incontrolable susto le llena el estómago con una poderosa sensación de vértigo que le sube hasta el cuello y le impide respirar, es allí, en ese momento, cuando Caterina acepta que ya no puede seguir eludiendo esas manos y esos labios frente a ella. Ya no le quedan fuerzas para combatir todo lo que siente y, finalmente y sin poder evitarlo, se entrega. Presiona su cara contra las palmas de Maia y se acerca abrumada, con el corazón desbocado por la potencia de una emoción que no conocía y de la que no se creyó capaz, sino hasta este momento.

Los labios se acercan pero no se tocan, todavía las separa un hilo de duda y los restos del miedo que apenas empieza a desaparecer. Se miran, pero no se besan todavía porque, aunque Maia no ha deseado nada más que besarla desde el día en que la conoció, hoy se detuvo a un hilo de distancia solo para no empujarla. No quiere presionarla a hacer nada, no quiere un beso cundido de dudas; la quiere toda, segura y completa. Necesita que sea ella quien decida lo que quiere hacer con todo eso que siente y, con esa pausa, le regala la oportunidad de hacerlo; Caterina tiene la posibilidad de retirarse entregándose al miedo, o de lanzarse al vacío para concederse eso que ella llama locura. Solo que, esta vez, Caterina no puede —ni quiere— evitar nada. Lo que le pasa, todo eso que la empuja a entregarse a esta locura, se siente natural y correcto porque jamás coincidieron sus afueras con sus adentros; porque, por primera vez, pueden

mirarse sin el miedo de quedar al descubierto. Entonces, incapaz de controlar su deseo por más tiempo, Caterina explota, salta todos los puentes y reclama los besos que tanto insistieron en negarse, y cuando por fin los labios se tocan, tiene la pasmosa certeza de haber vivido siempre asfixiada y de estar respirando a través de este beso por primera vez.

El paradigma del sueño imposible se ha roto y la ceguera que precede a la entrega las arroja a un inimaginable torbellino de pasiones que les va incendiando el pecho a medida que el amor se consume con un beso lento pero, tan profundo, que los cuerpos exigen acortar las distancias.

Buscando sentir su cuerpo, Maia se inclina recostando a Caterina sobre su espalda y, presionando sus pechos sobre los de ella, logra despertar una monstruosa tormenta de emociones que empieza a elevarse entre las dos como un poderoso huracán. Las bocas se acarician, dulce e intensamente, con cada encuentro de las lenguas y los pechos henchidos parecen erguirse como pirámides de carne trémula que danzan al ritmo del roce entre las piernas.

Caterina nunca experimentó esto que siente ahora. Jamás lo creyó siquiera posible. Sus manos recorren ese otro cuerpo deseando fundir las dos pieles con un frenesí que no habría podido ni soñar, pero cuando las manos de Maia encuentran sus pechos, el sueño, que parecía irrompible, de pronto, se hace añicos. El corto roce de realidad lo detiene todo y los corazones, jadeantes e inmóviles, se contemplan difusos hasta que, Caterina, para desgracia de las dos, recupera la cordura que hace apenas un segundo, había dado por perdida.

El miedo ha terminado por reconquistarlo todo y ha demostrado ser más fuerte que el deseo, que el amor y que todas sus verdades juntas.

Se miran a los ojos un momento porque Maia espera una respuesta distinta a la que imagina pero, en el fondo, sabe lo que sucede y siente que es su culpa. Sabía que esto podía pasar y, aún así, se empeñó en hacer una apuesta en la que podía ganarlo o perderlo todo. Y ha perdido. No cree que ahora las cosas tengan remedio. No después de esto. El encuentro termina en un sacudón en el que Caterina no es capaz de reconocerse y del que Maia apenas es capaz de reponerse.

Las distancias se restablecen en silencio para mirarse avergonzadas, llenas de preguntas y dudas sobre lo que será de ellas o lo que pudo ser. Pero, “¿qué hacer después de esto?”, es la única pregunta que Maia puede hacerse antes de regresar vencida, angustiada y desilusionada, al otro lado de los puentes.

Tres meses después, cuando Caterina aparece otra vez frente a su puerta, por fin encuentra la respuesta. La urgente conversación por fin tiene lugar, pero ya es anacrónica y fútil.

Hay tanto que debió sacarse al sol y de lo que nunca se atrevieron a hablar, cosas que habrían aclarado la situación para evitar estas heridas; aunque, en el fondo, las dos sepan que el corazón no entiende de razones y que lo perdido, por una razón o por otra, ya no lo recuperarán jamás.

Se miran y saben que en el espacio que les queda solo cabe una despedida, una que ha debido ser hace mucho y que antes no se atrevieron a aceptar, porque nunca tuvieron el valor de separarse; pero, incluso ese día, entendiendo las circunstancias y los hechos perfectamente bien, les cuesta un enorme esfuerzo aceptar el previsible final. Y no es que no estén al tanto de lo que sucede. No. Ambas comprenden, por encima de lo que sienten, que lo inteligente pese a lo que quieran hacer es decir adiós para siempre. Así, secamente y sin excusas. La verdad es que ya no cabe nada más entre las dos, solo un adiós. Pero la sola idea les desgarran el pecho, en especial ahora, luego de tantas cosas y de nada, en realidad.

A lo mejor sea esta la razón por la que Caterina se fue sin dejar espacio para decir nada más, quizá por eso desapareció por tanto tiempo, porque sabía que esto que había pasado, solo le dejaba dos opciones: su verdad o sus miedos. Y no estaba preparada para decidir.

De regreso a la despedida, Maia vuelve a encontrarse confortando a Caterina, quien llora

desconsolada entre sus brazos, mientras ella se esfuerza por contener su propio dolor.

Le ha pedido algo de lo que no se creía capaz: no volver a verse, separarse, decirse adiós para siempre. Aunque Caterina no ha reaccionado nada bien y se niega a aceptar la petición argumentando razones que no existen como un último intento de negar su inexorable realidad: no quiere dejarla, y esa es su única verdad. Siente que la necesita demasiado y que, aunque todavía no sea capaz de librar esta batalla contra sí misma, separarse sería excesivo y cruel. Lo sabe, porque lo experimentó durante estos meses, cuando el dolor de no ver a Maia después de haberla besado esa única vez resultó no ser únicamente emocional, sino físico. Sintió un intenso dolor en el pecho cada día que pasó sin verla, por eso sabe que la necesita, que la ama y que debe encontrar la manera de no perderla. Lo tiene todo muy claro, tan claro como que respira solo cuando la tiene cerca y, por eso, su vida sin ella no le parece posible, ni siquiera en teoría. Así que, se niega. No. Simplemente no está dispuesta a aceptar una despedida.

Hasta ahora, las dos han evitado mencionar la cercana posibilidad del compromiso, y Maia ha eludido el tema para no tener que decirle lo que Dante le contó hace unos días: que sí, que va a pedirle que se casen. Y aunque Caterina no tenga la certeza, sabe que ese momento se acerca. No le es difícil deducirlo pues, ella y Dante ya lo han conversado casualmente un par de veces y, ahora, ese es el gran elefante blanco que se pasea descaradamente entre las dos. Y es que, la sola posibilidad de la vida que se supone que debe tener, la atormenta; no es lo que quiere, pero no se atreve a depreciar la oportunidad de tener lo socialmente aceptado y lo seguro.

Maia, por otro lado, ya no puede permitirse más sufrimiento y debe salvarse de una situación que sabe de antemano perdida. Lo que pudo pasar entre ellas, finalmente no pasó, y ahora debe desprenderse de la ilusión y la esperanza para poder continuar con su vida. Debe decidir, aunque no quiera; debe irse y debe ser una decisión irreversible. Ya no tiene más opciones, ni tiempo, ni tolerancia para estos dolores:

—Hasta hace poco quise creer que lo tuyo con Dan terminaría en algún momento, Cat, pero ahora que las cosas entre ustedes se han enseriado tanto, finalmente entiendo y acepto que no me queda nada más por esperar. Me quedé sin nada, ¿entiendes eso? Y este camino, de muchas más formas de las que tú crees, para mí, se termina aquí en este sofá.

—No es justo...

—¿Qué quieres decir con que “no es justo”? ¿Qué no te parece justo?

—Solo no es justo.

Caterina trata de secarse la cara, pero las lágrimas siguen cayendo sin parar y Maia, que no entiende lo que ella acaba de decirle, no puede más que contemplarla con tristeza esperando una explicación.

—Eres la única amiga que tengo —dice Caterina finalmente.

Y hace esta afirmación únicamente para esconder la súplica que no se atreve a hacer en voz alta.

—Sé que crees que es así, pero no estás sola. Eso no es cierto, Cat. Tienes a tu alrededor a muchas personas que te quieren.

—Sí, pero con nadie más tengo esta conexión que siento contigo, con nadie puedo contar como cuento contigo y con nadie me siento tan libre de ser tan claramente yo, como cuando estoy a tu lado. Con nadie más puedo sentirme así.

Caterina trata de mantener la calma y controlar su demostración de dolor mientras se explica, pero como tantas otras veces, sus ojos la delatan y es posible darse cuenta de que, detrás de su mirada triste y de su llanto, muchas cosas están pasando. Se siente asolada por una tormenta interior que ahora la obliga a preguntarse las cosas que antes no quiso y a contemplar una vida

futura que no quiere, pero que ha decidido aceptar sin saber exactamente por qué.

—No creas que no te entiendo —continúa ante el silencio de Maia, quien no ha podido decir nada más—, entiendo perfectamente tu situación y, de estar en tu lugar, seguramente haría lo mismo. También me iría, me alejaría, pero te estoy perdiendo y no quiero. ¡No puedo perderte! ¿Entiendes tú eso? No me parece lógico perderte porque me amas —concluye Caterina, esforzándose por no sollozar.

Y parece querer decir algo más, pero no lo hace. En vez de eso, guarda un repentino silencio y se aleja limpiándose con las manos el continuo llanto que sigue bañándole la cara.

La expresión de Maia se quiebra del dolor, sus ojos se llenan de un río de lágrimas que pronto cae copiosamente, en silencio y sin parar. Su corazón roto ahora empieza a desmoronarse y, si espera sobrevivir a esto, deberá empezar a correr en otra dirección. Ya ha llorado suficiente, muy seguramente, más allá de lo prudente y lo decente.

—Bella, esto lo he pensado mucho. Tanto, que hasta consideré la idea de no decirte nada, de no hacer nada; pensé quedarme y aceptar hacer este papel de... amiga secreta, si se daba. Sin embargo, durante estas últimas semanas, después de todo lo que ha pasado y de que Dan me contara que han considerado un futuro juntos y que, quizá... —no puede ni decirlo— pues, sencillamente, no creo que me quede otro remedio. Y espero que algún día puedas perdonarme.

—¿Perdonarte yo a ti? ¿Por qué?

—Por irme sin esperarte, porque el tiempo es un imposible para mí y la esperanza puede únicamente existir dentro de las posibilidades del tiempo, mi amor.

Y, al término de sus palabras, ambas guardan silencio como una forma de reconocer que ya no queda nada por decir y que todo debe terminar allí, que este es el final. Y aunque Caterina sigue creyendo que Maia se refirió a lo inminente de la vida futura que está por aceptar con él, en realidad hablaba de algo sobre lo que ella todavía no sabe nada: su partida. Maia debe irse y eso es un hecho irremediable del que Caterina nada puede saber.

Se miran fijamente y Maia busca las manos de Caterina sabiendo que ya no hay nada más que decir y que ahora solo resta marcharse, distanciarse a pesar del dolor que les produce el estar lejos. Se miran, se toman de las manos y la separación no llega, tarda porque Caterina no desea irse y Maia no quiere que se vaya. Así que, solo se quedan así durante un rato, tomadas de las manos esperando —rogando— poder juntar las fuerzas para separarse, cuando el sueño que se ha roto era el de entregarse.

Es una despedida inusual, una en la que nadie quiere decir adiós y que, como todas las despedidas, lo primero que requiere es aceptación, porque cuando se enfrenta una despedida que se supone que debe ser definitiva, normalmente estamos obligados a aceptar por motivos emocionales, de dignidad, de geografía o de sentido común, la imposibilidad de mantener el contacto y la conexión que teníamos con esa otra persona. La decisión de decir adiós tiene siempre una relación directa con el dolor: el dolor de no poder continuar, el dolor de saberse en desamor, el dolor de fallar, el dolor de perder una lucha, una ilusión, una oportunidad y hasta la vida. Aceptar ese dolor es lo único que nos hace conscientes de nuestra naturaleza trágica y mortal. No puede ser de otra manera y, no obstante, las dos se niegan a aceptar los motivos y las consecuencias de no estar juntas.

—¿Puedo por lo menos llamarte alguna vez? —insiste Caterina.

—Será mejor si no lo haces, bella, no tendría sentido para mí de otra manera. Necesito que me ayudes a olvidarte.

Caterina asiente la previsible respuesta.

—Así que... ¿es definitivo?... Es decir, ¿esto significa que no volveré a verte nunca? ¿Jamás

recuperaré tu amistad?

—Nunca perderás mi amistad, pero no creo que llegue el momento en el que podamos recuperar lo que tuvimos.

—¿Qué se supone que significa eso? —Le pregunta llena de angustia—: “siempre tener tu amistad, pero ¿nunca poder volver a ti?”

—Significa que no dejaré de quererte, ni dejarás de importarme, pero que ya no podré volver a verte.

—¿Por qué no? —solloza—. No crees que sea posible que dentro de unos meses, cuando te sientas mejor, podamos volver a vernos como...

Maia no la deja terminar. No puede. Esto debe parar o tendrá que decirle la verdad.

—No, bella. Eso no será posible, esto no es una cuestión de tiempo porque no puedo saber si dejaré de sentir lo que siento alguna vez, y tampoco puedo prometerte volver a tu vida cuando yo misma no sé cómo haré para sobrevivir a esta distancia.

Caterina se lamenta levantando al techo los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar. Sabe que no le queda remedio y que debe irse. Lo sabe porque ya no le es posible lidiar con las cosas que siente y porque sus opciones se reducen a Maia o la vida que conoce: Maia, o todo lo demás. Pero, como rara vez se abandona lo familiar por lo desconocido, su vida futura resulta de lo elegido por defecto.

Maia también tiene la certeza de que este es el final, pero por razones distintas. Lo sabe porque siempre sabemos qué hacer para corregir una situación que nos resulta dañina, solo que rara vez logramos comandar lo que sentimos para que se corresponda con lo que debemos hacer. Somos capaces de sentir muchas cosas que no podemos controlar a voluntad. Pero, si pudiéramos hacerlo, incluso a riesgo de que el amor perdiera toda su magia y su misterio, seguramente ella lo haría, porque así no tendría que estar preguntándose por qué, después de haber querido despedirse de este amor ya tantas veces, sigue sintiéndolo igual.

—¿No podré volver a buscarte o a llamarte... nunca? —Le suplica Caterina renuente a aceptar estos términos, pero Maia niega con la cabeza—. ¡No es justo! —Se lamenta amargamente.

—¡Ponte en mi lugar, Cat! Tú misma me has dicho que estando en mi posición harías lo mismo.

—Sí, ¡pero no habría querido hacerlo!

—¿Y crees que yo sí quiero?

—¡No lo sé!... ¡No, pero lo estás haciendo!

—¡Eso no es justo, Cat! Tú... ¡ya estás viviendo tu vida con él, por Dios!, ¿qué se supone que haga yo? —Y aunque hizo la pregunta sin esperar respuesta, el silencio le contesta.

Y como era de esperar, el dolor finalmente determina por ellas el momento del adiós. Siempre lo hace. Es el dolor el que decide cuándo es tiempo de despedirse y cuándo debemos aceptar esa realidad en la que ya no tiene sentido seguir inmersos. Todo concluye siempre por la necesidad de forzar el final para poder ponerle fin al dolor, darle paso a lo nuevo y ser capaces de recomenzar; para que ella sea feliz y Maia pueda irse tranquila.

Es en este momento cuando Caterina descubre que ya no puede soportar ni un minuto más de sufrimiento porque, únicamente somos capaces de aguantar el infligimiento de un dolor intenso por una determinada cantidad de tiempo. Si el sufrimiento persiste después de eso, el cuerpo comienza a desconectarse y las opciones a cerrarse, porque lo importante es hallar una solución al desconsuelo. Tanto asocia nuestra biología, el dolor a la muerte, que cuando sufrimos, el cuerpo responde como si estuviéramos en riesgo de perder la vida. Entonces, sintiéndose casi a punto de morir:

—Es mejor que me vaya —dice Caterina, poniéndose de pie repentinamente.

—¡No te vayas así, por favor! —Le ruega Maia.

—Es mejor así. —Y su respuesta es fría porque ya ha levantado sus muros para poder salir de allí conservando la poca vida que le queda.

Maia calla un segundo, pero rápidamente concluye que es verdad, que sí, es mejor así. Qué más da la forma en la que se vaya, si de todas maneras tenía que irse.

—Quizá tengas razón. —Le dice, reparando en esa realidad.

Caterina toma sus cosas, va directo hasta la puerta y Maia no puede más que seguirla con impotencia. Las dos parecen calmadas, pero sin haber podido parar ninguna lágrima, sus ojos irritados y saltados dan testimonio de cuánto dolor han soportado.

Maia le abre la puerta y se hace a un lado para dejarla salir, pero ella decide a última hora que hay algo más que debe decir:

—Siempre estaré esperándote.

Creyó que se le haría más fácil irse después de haberlo dicho, pero no fue así. En vez de eso, se quedó inmóvil, completamente petrificada bajo el umbral, de pie frente a Maia y todavía batallando contra una tristeza tan amarga, que no le permite reunir las fuerzas necesarias para decir adiós.

Maia la alcanza y se acerca para abrazarla, y ella, aunque inicialmente se resiste, no tarda en aferrarse con todas sus fuerzas al abrazo, para luego arrancarse con la potencia de un disparo y alejarse sin mirar atrás. Maia la abrazaba tan fuerte en ese momento, que pudo sentir su pecho quebrarse con el llanto, justo antes de partir.

Quiso pedirle que no se fuera pero, para salvarse, una de las dos tenía que irse. Y le tocó a ella quedarse allí, viéndola desaparecer por los pasillos. Fue incapaz de hacer nada más, pues ya no había nada más que pudiera hacer. Tenía que ser razonable y dejarla ir.

Se quedó en la puerta hasta verla desaparecer para luego regresar desconsolada al sofá, a su sala; a ese lugar que antes fue para las dos, el mismo de todos los jueves, pero sin ella.

Hay muchas maneras de decir adiós pero, a veces, sin querer, pueden descubrirse formas nuevas. Para Maia, ese día fue posible decir adiós con un tono alto y calmado que escondía, bajo el temblor de su voz, un armónico que gritaba "no te vayas".

Qué tarde se descubre a veces que se ha vivido mucho tiempo a la espera de aquel beso, de aquellas caricias, de aquel sueño. Qué tarde se descubre a veces que, sin importar la historia ni el adiós, se sigue viviendo a la espera.

Sola, sentada en el sofá, se esfuerza por abandonar la esperanza para entregarse calladamente a su dolor y a la lasitud que le ha dejado la pérdida de ese inmenso pedazo de sí misma que ahora mismo, por cada callejón y cada calle de la ciudad, corre desesperado tras ella sin poder alcanzar.

OCTUBRE, 2007

Maia espera impacientemente a Mario en su consultorio, que es un lugar grande, siempre bien iluminado por la luz que se cuele entre las largas persianas verticales del ventanal.

Está allí porque ha sufrido de algunos malestares, muy frecuentes, como para seguir pasándolos por alto, así que ha estado consultando a la pareja de Claudia, Mario, quien es un reconocido médico de la ciudad.

Hace ya tiempo que él ha estado haciéndole recomendaciones, pero luego de un tiempo de aconsejarla y que ella no mejorara, ha preferido hacer algunos exámenes para saber por qué ningún tratamiento ha podido erradicar sus potentes migrañas, y como ya todos los exámenes están completos, incluidos los complementarios, espera haber venido por última vez a buscar un resultado y un tratamiento, ahora sí, definitivos.

Cuando Mario le ordenó hacerse los estudios complementarios, le comentó sobre la posibilidad de algo grave, aunque bastante improbable, que prefería descartar para despejar sus dudas. Y aunque ella ha tenido eso en mente y hasta lo ha comentado con África hace algunas semanas, realmente no cree que sea verdad. Prefiere pensar que es una tontería y que solo tendrá que dormir más, tomar alguna cosa y listo. Nada más. Ha procurado no preocuparse por eso y confía en él, así que nada tiene por qué salir mal.

Pese a la cantidad de estudios que ha debido hacerse y los dos tratamientos que ya cumplió sin resultado aparente, se siente tranquila; Mario es como su familia y confía en él plenamente. Así que, esta vez, debe tener un tratamiento efectivo y definitivo para sus constantes dolores y las ocasionales pérdidas del equilibrio. Está convencida de que su problema tiene que ver con el estrés, el cansancio y la larga depresión causada por su situación con Caterina, algo que ha manejado muy mal y que, seguramente, es lo que habrá empeorado sus malestares. Pero como para ella, Mario es el mejor médico del mundo, está convencida de que la ayudará a deshacerse de todas estas molestias sin mayor dificultad.

Lleva rato esperando en el consultorio y ya ha comenzado a caminar aburrida y sin rumbo mirándolo todo con detalle buscando aliviar así la expectativa. Se acerca a la pared, junto a la entrada, y ve las fotografías familiares. En la última foto, ella está junto a Claudia y a Mario, que las abraza a las dos; los tres sonriendo y llenos de vino y alegría. La tomaron la última vez que viajaron juntos a la casa de montaña de los padres de Claudia y ya han pasado dos años desde la última vez que fueron. “Qué curioso —piensa—, tanto que nos gusta estar allá y ya nunca vamos”.

Camina unos pasos y ve la otra pared llena certificados y diplomas, todos en neurología, cirugía cerebral y especializaciones de nombres extraños e impronunciables.

—No sé cómo tiene tiempo para Claudia. —Se pregunta en voz baja.

La puerta se abre de repente y Mario aparece con una carpeta llena de papeles y la nueva tomografía. Se detiene justo en la entrada para terminar la conversación que traía con un nervioso paciente que, inevitablemente, lo ha seguido hasta allí.

Mario es moreno, siempre está impecablemente arreglado, tiene un cabello lacio abundante y bien peinado al estilo de James Dean. Tendrá unos cuarenta y tantos, porque es mayor que Claudia varios años, pero luce tan saludable y fornido y es tan atractivo, que las personas suelen atribuirle menos edad.

Cuando, por fin, logra —aunque con cierta dificultad— despedirse del inquieto paciente, entra un poco atareado cerrando la puerta tras de sí. Ambos se saludan con un beso en la mejilla y él

sigue directo hasta su escritorio, levanta la bocina del teléfono y llama a su asistente.

—Doris, no me pases más llamadas, voy a tardar un rato y no quiero que me interrumpas.

Cuelga la bocina y Maia y él se miran con expectativa.

Mario se sienta y con un gesto de la mano la invita a sentarse también. Ella acepta su invitación y se acomoda en la silla, frente a él, ahora sí un poco nerviosa, mientras que él suspira buscando por dónde empezar:

—Tienes cáncer, Maia. No sé cómo más puedo decírtelo.

—¿Qué? —pregunta ella sorprendidísima, creyendo que ha escuchado mal.

—Se llama glioblastoma y es muy, muy agresivo. Crece muy, muy rápido.

Los dos guardan silencio un minuto mientras ella trata de entender lo que le acaban de decir. Y él, que ha hecho esto muchas veces, entiende su confusión y le da el tiempo para procesar la noticia.

—¿Dónde...?

—Está en la base de tu cerebro. Parece que creció desde el tronco encefálico y se extendió desde allí. Está muy avanzado.

—Y, ¿no me puedes operar?

—Podría...

—¿Pero...?

—No. No hay peros. Hay muchos riesgos. Podemos operar, consulté tu caso con algunos colegas y me han dicho que la cirugía es posible, solo que existen varias cosas que debes tomar en cuenta antes de decidir si operarte.

—¿Cuáles son?

—Para empezar: no podemos quitarlo todo, está extendido por una buena parte de tu médula espinal, lo cual es muy raro, especialmente porque, para la extensión que se ve en las tomografías, deberías tener muchos más síntomas.

—¿Qué quiere decir eso?

—Significa que solo puedo darte algo de tiempo, Meme. Con la operación trataríamos de eliminar la parte del tumor que está causándote los síntomas y con radiación podemos tratar de reducir la velocidad de crecimiento. Pero, en definitiva, tiempo es lo único que te puedo ofrecer porque ya está muy avanzado.

—Dijiste, ¿trataríamos?

—Sí. A veces, es muy difícil diferenciar el tumor del tejido o la materia gris sana. Solo las áreas con hemorragia o necrosis se identifican fácilmente en la cirugía y existe una elevada posibilidad de que no podamos quitar tanto como debemos o de que la operación te cause daños graves que, además, serían irreparables.

—Sin tratamiento, ¿cuánto me queda?

—No hay cómo saber con exactitud. Cualquier cosa entre tres meses y un año.

—¿Con tratamiento?

—Dependerá de tu respuesta al tratamiento, pero la estadística habla de una media de entre uno y tres años.

—No.

—Meme...

—No, no voy a perder el poco tiempo que me quede en una cama de hospital. No tiene sentido, Mario. Con tratamiento me muero, sin tratamiento también... entonces, ¿para qué coño quiero que me abras a la mitad? ¿Para quedar como Hodor^[4]?

—Bueno, no sería yo quien te opere Meme, yo no puedo operarte.

—¿Cómo que no?

—No. Tendría que hacerlo alguien más. Yo estoy... emocionalmente comprometido, no podría ni aunque me lo permitieran. —Y las lágrimas escapan de un afligido Mario.

Maia se queda paralizada. Ver a Mario llorar es algo que nunca imaginó y le da una idea clara de cuán grave es lo que tiene.

—¿Se lo contaste a Claudia?

—No. No puedo hacerlo. Soy tu médico, eso tendrás que hacerlo tú. Yo, únicamente, he tratado de sugerirle que se vean o que te llame, pero ya empieza a mirarme con fastidio y creo que, en cualquier momento, lanzará un rechazo para hacerme callar.

Maia sonríe.

—Sí, no te arriesgues, ella es peligrosa cuando se molesta... La verdad es que hemos hablado igual que siempre, pero no quise comentarle nada de esto porque no creí que sería necesario.

—Bueno, creo que ahora sí es necesario.

—Pues, estás despedido. Ahí está... ya no eres mi médico, ve y díselo tú.

Mario sonríe, se levanta, va hasta Maia, la levanta de su silla y la abraza, pero el abrazo libera el gigantesco miedo contenido y la hace romper a llorar en los brazos de su viejo y querido amigo.

—No le digas nada, por favor.

—Pero, se lo dirás tú, ¿no?

—Sí, claro. Solo, dame unos días.

—Seguro, tenemos que hablar de esto, Meme. Como tu amigo, entiendo que debes pensar bien lo que harás porque serán decisiones definitivas, pero como tu médico, no puedo aceptar una sentencia de muerte sin pelear.

—Lo sé, lo sé. Eres muy terco.

Él sonríe con ternura.

—Sí, lo soy —admite entre lágrimas.

Maia rompe el abrazo, toma sus cosas, se seca las lágrimas y sale por la puerta sin decir una palabra, tan rápido, que Mario no tiene tiempo de nada y solo puede verla salir, aunque bien sepa que, en realidad, no hay nada más que pueda hacer. No realmente.

Muchos se sorprenderían de descubrir cómo cambian las prioridades cuando sabes cómo y cuándo vas a morir.

Todas las mañanas, nos atrevemos a dar nuestra vida por sentada, siempre asumiendo que tendremos un día más, una semana más, otro mes, otro año para hacer todo lo que hemos soñado y aún no hemos logrado.

Maia tenía muchos proyectos para una vida larga, y ahora, esos sueños pasaban frente a sus ojos amenazando con no hacerse realidad. Llorando en los brazos de un querido amigo, repasó todas las cosas para las que ahora, seguramente, no le quedaba tiempo: vivir un gran amor y envejecer a su lado, tener un hijo y verlo crecer hasta tener sus propios hijos; decirle a mi hermano menor cuánto lo amo, a mi madre que ya la he perdonado; ver los otoños de Montreal una vez más, los canales de Venecia por primera vez; comer junto al Mediterráneo con Claudia, ir a un concierto de Caetano Veloso con África. Tantas, tantas cosas que soñaba con hacer.

Al llegar al estacionamiento de la clínica, Maia entra a su auto, se acomoda en el asiento, se pone el cinturón de seguridad, enciende el motor, pero no se va. Se queda con las manos fuertemente aferradas al volante. Está demasiado alterada, confundida e incrédula como para manejar. Así que hace una pausa para calmarse.

Cuando no existe la necesidad de contemplar la muerte, la vida transcurre diferente, hay una calma inherente al hecho de saber que tu vida será larga y tendrás tiempo para procrastinar. Sin

embargo, cuando eres consciente de cuán verdaderamente corta es la vida, todo eso que creías vital, pierde importancia; el panorama cambia, las diagonales se ven repentinamente menos inclinadas y lo "normal" aparece de pronto como una absurda etiqueta capaz de robarnos la libertad de vivir como queremos hacerlo.

Vivir.

Mirando a través del vidrio, Maia ve a la gente caminar y seguir su día con normalidad, como si nada. Le sorprende ver a todos en calma cuando su propio mundo desaparece en la certeza de su muerte tan cercana.

—Es muy poco tiempo. —Se dice observando el mundo a través de las ventanas por primera vez en mucho tiempo.

Una anciana baja de un auto con la ayuda de su nieta, una niña de unos 12 años vestida como cantante de *hip hop*. Una camioneta se estaciona a dos puestos de donde ella está y una embarazada se baja y camina hacia la entrada de la clínica comiendo una barra de cereal. Las aves vuelan, cantan y hacen sus nidos entre los árboles. Una pareja pasa regañando a dos chiquillos que corren entre los autos estacionados sin obedecer. Y Maia no entiende cómo todo sigue pasando.

Con apenas algunas semanas más por vivir, miras tu entorno a través de las ventanas y no puedes evitar preguntarte cómo es posible que la vida continúe sin notar tu tragedia, sin notar tu ausencia; y es que no somos capaces de entender la vida sin nosotros.

Es cuando la vida ha quedado reducida a solamente algunos meses, cuando se descubre cuánta vida se ha desperdiciado en únicamente convencer y complacer a otros. Solo con la vida tan bruscamente acortada es posible ver cuánto tiempo somos capaces de perder, tratando de sostener una vida, vivida como nunca la quisimos vivir.

CAPÍTULO V

RELIQUUM

Latín. Adj. 1. Verbo: reliquus. -a, -um: restante,

sobras, los restos de algo || Adj. 2. Acusativo.

Sg. M. -uum: lo restante, lo que queda.

Sólo queda, lo dejado.

XXIV

DOS SEMANAS PARA LA BODA

En la cocina de su casa y todavía en su ropa de trabajo, Caterina se sirve un whisky con hielo que mezcla distraídamente con los dedos, mientras se pierde en un silencio meditativo que le deja una expresión distante y fría. Un par de minutos después, la voz de Dante, entrando apresurado y rodando su pequeña maleta de viaje tras de sí, la saca de su abstracción:

—Bueno, amor, ya me voy. —Le informa cariñoso.

—¿Estás seguro de que no quieres que te lleve? —Le ofrece ella, con la mirada todavía perdida en cavilaciones y esperando escuchar la misma respuesta de hace rato.

—No, ya te dije. Prefiero que no. El aeropuerto está muy lejos y con lo de la nueva ruta del metro y los desvíos, el camino ahora es mucho más largo. Prefiero irme en taxi.

Está tan distraído por sus propias preocupaciones que, ni siquiera por la obvia expresión de su cara o la frialdad del tono de su voz, se da cuenta de que a Caterina le pasa algo. Algunas personas son así, dan las cosas por sentadas rápidamente porque no tienen la habilidad de ver más allá de su nariz; son incapaces de notar las cosas pequeñas y los detalles que, al juntarse, dejan ver claramente todo lo demás. Las personas tienen dimensiones y complejidades que no siempre son obvias, fallar en reconocerlas o notarlas suele ser la razón del final de muchas cosas y puede pagarse muy caro en dolor y otras ofensas.

—Bueno, como quieras... ¿Ya llamaste uno? —responde ella indiferente.

—Sí, debería estar por llegar —contesta acercándose para despedirse de su prometida con un beso en los labios—. Cuídate mucho mientras no estoy —agrega tiernamente antes de repetir el breve beso.

—Claro que sí. Siempre. —Le asegura ella.

En el frente de la casa, un auto suena la bocina.

—Ese debe ser mi taxi —dice él mirando a su alrededor para verificar que no olvida nada, luego la besa otra vez y desaparece apresuradamente.

Pero ella no lo ve salir, su mirada se ha quedado clavada en el trago de *whisky* y ni siquiera

pestañea mientras lo escucha salir de la casa.

—¡Nos vemos en tres días! ¡Te quiero! —Se despide él cerrando la puerta principal, sin darse cuenta de que no hubo respuesta para su expresión de amor.

Ella escucha la puerta que se cierra aún sin reaccionar y cuando el sonido del taxi que se aleja le confirma que, por fin, se ha quedado sola, es cuando esa idea que la ha estado dando vueltas en la cabeza sin cesar, vuelve a metérsele entre ceja y ceja obligándola a tomarse la mitad del trago de un jalón y a sentarse esperando hallar claridad en sus reconsideraciones, pero, nuevamente y sin que nada haya cambiado con respecto a las últimas miles de veces que hizo lo mismo, lo único que encuentra es zozobra.

Parece estarse ahogando en las angustias que le causa este deseo que, ya casi no puede esconder y que, cuando la asalta con esta violencia, la hace cubrirse el pecho con los brazos cruzados para aguantarse el corazón que, desesperado, parece tratar de zafarse para huir de su prisión. Solo que, a pesar del esfuerzo, siempre vuelve a sentir que se le sale, y a veces ha temido que tal vez sea porque ya no puede seguir teniéndolo prisionero.

Sorbe otro poco de su trago para concentrarse en lo probable y debe inhalar largamente un par de veces porque tiene la sensación de que le falta el aire; está agotada y sofocada por todas las dudas, el miedo, las ansias y los deseos que, por las noches, han hecho que su cuerpo se sienta ajeno sin que pueda explicarse el porqué. Empieza a darse cuenta de que, cada vez más, le cuesta mantener la falsa cordura que ha fingido por años porque, en su interior, su sensatez, no solo se niega a morir, sino que pareciera estar ganando la lucha por su libertad. Siente que, de muchas formas, se ha vuelto loca. Y quizás sea verdad, pero este nivel de confusión y la falta de toda la cordura que ya siente haber perdido, precisamente, en este momento de tanta necesidad, son razón de muchísimas preocupaciones.

Cree que antes, al principio, cuando todo empezó, las cosas eran mucho más fáciles; pero que, con el tiempo y a medida que las emociones fueron evolucionando, comenzó a sentirse cada día con menos fuerza para pretender, para fingir. Ahora no sabe qué hacer con la creciente sensación de ser ella, cada día, más que el día anterior.

Todo lo demás se está quedando de lado porque ya no tiene cabeza para nada. Y con el día de la boda acercándose, sin poder pensar en nada más que en todas estas cosas nuevas que han invadido todos los aspectos de su vida, a diario teme que sus dudas queden al descubierto o que su falta de interés y descuidos despierten alguna sospecha.

No sabe qué hacer con todo lo que siente; no se atreve a hablar con nadie porque teme demasiado al juicio que le puedan hacer; pero, sobre todo, a lo que más le teme, es a que nadie pueda entenderla. Necesita ayuda, pero está sola como nunca. Vive un torbellino de emociones confusas contra el que se ha quedado batallando sola, porque prefiere condenarse al aislamiento que arriesgarse a hablar de lo que luego no podrá desdecir. Así de grande es su miedo.

Aunque, lo que no termina de aceptar es que, en verdad, nadie puede ayudarla porque solo ella sabe lo que realmente le pasa, solo ella puede contestar sus preguntas y únicamente ella puede elegir el camino, aunque le falte el coraje para reconocerlo en voz alta. No está tan confundida como quisiera y esa es la verdad. Está segura de lo que siente y sabe lo que tiene que hacer. Siente, claramente, como los nuevos caminos se abren paso en su pecho y puede ver en el espejo cómo, en sus ojos, va cambiando también el paisaje, pero reconocer que se ha cambiado no es siempre una tarea fácil y, al contrario, a veces es harto difícil darse cuenta del tamaño de los cambios que hemos sufrido. Ciertamente, nunca es fácil reconocer y aceptar que no eres la persona que creías ser cuando, de un día para otro, súbitamente, esa persona aparece y es lo único que puedes ver en tu reflejo.

Caterina levanta la mirada y ubica sus cosas en un rincón de la cocina. Desea, pero sabe que no debe y se esfuerza en convencerse de que debe cumplir con sus deberes sopesando y analizando una vez más sus alternativas, aunque ningún resultado le parezca conveniente y ninguna de las posibles consecuencias parezca ser ni más ni menos grave que las otras. Carga con una intensa necesidad dentro de sí que parece arrastrarla cada vez con más fuerza, obligándola a reevaluarlo todo una vez tras otra, tratando de encontrar otra manera, otra respuesta, una solución menos obvia y destructiva para todos. Y como no la encuentra, se empeña en reevaluar esperando no sabe qué, tal vez que un milagro suceda; quizá solo quiera estar segura de que no existe ninguna otra opción y por eso se empeña en evaluar y reevaluarlo todo. Sin embargo, cuando enfrentamos una encrucijada, una decisión que sabemos que cambiará o que afectará el resto de nuestra vida, precisamos pararnos en el centro de nuestra intersección para estudiar bien todas las esquinas y sentirnos seguros de estar haciendo lo correcto. Muchas veces, eso que insistimos en ver como correcto no existe y, sin darnos cuenta, nos quedamos buscando alternativas como con los ojos vendados, ciegos a causa de nuestra propia ignorancia al creer que podemos decidir a dónde ir cuando, en realidad, nuestro destino, siempre será un lugar predesignado.

Todos los caminos nos llevan siempre hacia nosotros mismos, no importa lo largo o lo complejos que sean, el destino final, siempre será ese lugar en donde yacen nuestras más simples e ineludibles verdades y ella lo sabe.

Contrariada, se levanta de la silla, toma sus cosas y se dispone a partir, pero a último momento se arrepiente y regresa frustrada a sentarse para terminar su trago. Necesita calmarse urgentemente y toma lo que le queda en el vaso de un golpe esperando hallar sosiego en el alcohol pero, mientras bebe, vuelve a perderse en esa idea que parece estarle carcomiendo la poca razón que le queda. Sabe que vive en un estado general de demencia y no entiende cómo terminó parada allí, en esa intersección que, sin importar direcciones, la lleva siempre de regreso al mismo lugar. Siente que ha perdido la vista, que se ha quedado ciega y que, cada vez que se asoma a ver las calles, lo único que puede ver es esa única avenida, cuyo destino conoce bien.

Deja el vaso ya vacío sobre la mesa, lo mira y se queda absorta mientras que, equivocadamente, cree hacer una elección a la que de inmediato se resiste.

Lo que ella no entiende es que, con respecto a lo que somos, no podemos tomar decisiones; es imposible pedirle a un león que decida ser una oveja. Somos lo que somos sin poder de elección.

La aparente locura no tarda en ganarle la batalla y va decidida por las llaves del auto para salir resuelta y sin dudas con una sola dirección dándole vueltas en la cabeza. Debe apurarse y llegar cuanto antes porque aun puede sentir sus contradicciones pulsando dentro sí, yendo y viniendo entre el miedo y las ganas, y teme que las fuerzas le fallen antes de tocar la puerta de ese lugar en donde, está segura, hace mucho que la esperan. Así que maneja a toda velocidad camino a su intersección, cruzando todas sus esquinas y tomando curso por esa única e inevitable avenida porque necesita hacer esto, es algo que ya no puede controlar. Y aunque no sea capaz de imaginar el después, ese momento en el que deberá aceptar que lo hecho, hecho está, no siente miedo.

Pero la gran pregunta, la más importante y la que más desearía contestar, sigue sin respuesta porque no es posible saber, cuando se sigue al corazón, si lo que se hace saldrá bien o mal. Y es que, cada vez que intentamos evaluar las consecuencias de una decisión de vida, una sola pregunta se repite una y otra vez: “¿debo hacer lo que quiero hacer o lo que se supone que debo hacer?”. Y aunque, extrañamente, no sea el hecho en sí lo que verdaderamente nos preocupa, sino su consecuencia directa, los dilemas suelen ser siempre los mismos: “¿es posible hacer lo que se desea y no equivocarse?, ¿hago bien o hago mal?”, pero la respuesta, invariablemente, es la misma: no es posible saberlo, nadie puede estar seguro.

Cuando nos vemos forzados a evaluar las consecuencias inminentes de una decisión de vida así, sin la seguridad de todos los caminos preaprobados, es allí, en ese momento, cuando vivimos la verdadera y desesperada disyuntiva del qué hacer.

¿Amar?, ¿desear?, ¿cumplir?, ¿corresponder?, ¿aceptarse?, ¿entregarse?, ¿rendirse?
¿someterse? o ¿qué?...

Ser libres o no.

DOS SEMANAS PARA LA BODA

Maia está recostada tratando de leer. Ha pasado el día con algunos malestares que la obligaron a reposar y ahora, luego de haber tomado un baño, aunque se siente mejor, no tuvo ganas de hacer nada más y ha preferido volver a ponerse la pijama para regresar a la cama y continuar con la lectura. Apenas se ha terminado de acomodar bajo las sábanas cuando una frenética ráfaga del timbre la saca de su mullida tranquilidad. Extrañada, verifica la hora en su reloj pero, como no esperaba a nadie ni quiere salirse de la cama, supone que si no hace nada y aguarda unos minutos, quien quiera que sea que esté tocando, se irá y —en todo caso— regresará otro día a una hora más apropiada. Sin embargo, segundos después, una nueva y frenética arremetida contra el timbre, la obliga a levantarse de la cama con una mezcla de tedio y alarma para ir a ver qué es lo que pasa y el porqué de la grosera insistencia.

El timbre suena un par de veces más haciéndola apresurar el paso para llegar hasta la entrada cuanto antes; enciende la luz, abre la puerta y así, sin que hubiese podido preverlo de ninguna manera, Caterina aparece frente a ella. La visión es clara y surrealista al mismo tiempo. No sabe ni cómo entender lo que ve, ni qué sentir ni qué pensar, pero lo primero que nota es lo exhausta y delgada que se ve. Ella la mira también desde el umbral, un poco con sorpresa y con los ojos marchitos, deshojando ruegos, con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos ancladas a los lados, incapaces de moverse por el miedo. En su expresión, no es difícil detectar el crónico agotamiento y, en sus párpados oscurecidos por la falta de sueño, se han marcado claramente muchas noches de angustia y desasosiego. Se miran, pero ninguna de las dos dice nada porque, la verdad, es que ninguna de las dos sabe qué decir.

Para Maia, el tiempo de no verla ha sido una amarga pesadilla en la que no ha hecho más que extrañarla hasta el dolor.

Habían acordado no volver a verse, es cierto y, sin embargo, aquí están otra vez una frente a la otra; solo que, después de tanto tiempo y tantas cosas, para Maia, el reencuentro no solamente resulta inaudito, sino también confuso; aunque en el fondo, pese a que se niegue a admitirlo y muy a pesar de lo que sea que hubiesen acordado hace ya más de ocho meses, le agradezca al universo el poder volver a verla por cualquier razón que la haya traído de regreso hasta su puerta. Todo lo demás, los acuerdos, los puentes y lo correcto, ya no le importa.

Caterina entra sin pronunciar palabra y camina hasta el centro de la sala en donde se detiene ahogada en el dolor de su propio destierro. Está temblando, pero pronto parece recuperar un poco de la vida que parecía habersele perdido. El alivio y el amor abrumante que ha sentido al ver a Maia otra vez, después de tanto tiempo, son cosas que no esperaba sentir; no con esta fuerza ni con esta claridad que parece borrar todo lo demás. Experimenta tantas cosas, tan intensamente, que no entiende cómo pudo sobrevivir cuando no la tuvo cerca, ni entiende cómo puede quererla de una manera tan vital, así, como si la necesitara para respirar.

Su cuerpo, que por tanto tiempo y con tanta urgencia había estado reclamando a ese otro ser frente a ella, no tarda en reaccionar a la corta distancia entre las dos emanando su anhelo de cercanía a través de los vellos de su cuerpo que se yerguen en su dirección para arrastrarla, sin darse cuenta, a una inevitable colisión.

Se miran y, al hacerlo, los ojos claros y consternados de Maia por fin le otorgan esa certeza que buscaba: que este es su lugar en el mundo y ningún otro. Ahora lo sabe. Por fin tiene la seguridad de saber que es así y puede sentir la claridad entrando a su vida con el poderoso y frío vértigo que

le comienza a crecer dentro del pecho. El apartamento vacío y apenas ocupado por el sofá y algunas cajas, no ha podido distraer su mirada fija en Maia que, sin ocultar su asombro con el lánguido cerrar de la puerta, se acerca esperando una explicación que justifique la peligrosa e inconcebible aparición.

Momentáneamente en shock y todavía sin atreverse a hacer o a decir nada, Caterina comienza a llorar pausadamente. Jamás pensó que sentiría toda esta fuerza hermosa y descomunal invadirla así al encontrar sus ojos. Nunca habría podido imaginar que estas serían las consecuencias de volver a encontrarse en su mirada, ni habría podido predecir la inevitabilidad de un destino que, aunque se empeñara en evitar, irremediablemente, volvería a lanzarla al centro de una realidad interior que no se atrevió a aceptar sino hasta ahora, cuando ya no la pudo evitar; cuando por fin se descubrió completa y con el corazón fundido en todas sus razones, totalmente perdida en este amor que tanto se empeñó en considerar como imposible y que, sin embargo, existe.

Maia no entiende lo que pasa, pero como poseída, va hasta ella y la abraza sin preguntarle nada; sin importarle si el abrazo es para traerle calma o consuelo, se limita a apretarla contra su cuerpo, que es lo único que había querido a hacer desde esa última vez que la vio en esta misma sala. No sabe ni entiende por qué ha regresado pero, no le importa; simplemente, está feliz de volver a tenerla cerca. Caterina, igual que ella, se entrega dejando escapar un llanto que, aunque pareciera estarle quebrando el pecho, en realidad la está liberando. Es un llanto de renacimiento, de entendimiento y aceptación de lo inevitable.

El alivio de poder abrazarla una vez más sobrecoge a Maia de inmediato robándole la vista y dejándola con la razón nublada por la emoción, y las pasiones peligrosamente exacerbadas por el inesperado regreso. Aguarda una explicación, sí, eso está claro, pero puede ser luego; eso, sin dudas, puede esperar porque, por ahora, lo único que quiere saber es si Caterina se ha librado de sus cadenas autoimpuestas y ha decidido, por fin, quedarse con ella.

En el fondo sospecha que, muy probablemente, lo que está sucediendo es una alucinación, un error, algo impulsivo con riesgo de retracción; y presiente que el encuentro tiene el potencial de terminar muy mal, pero esta es una de esas cosas que, precisamente por certeras, a veces preferimos no considerar. Y es así como frecuentemente nos hundimos en errores a sabiendas de la falta, pretendiendo evadir situaciones, realidades o consecuencias que, sin importar lo que uno quiera, son inevitables axiomas de un destino cuyas variables suelen ser las mismas.

Caterina muchas veces ha probado no tener la fortaleza necesaria para liberarse de sus miedos y afrontar sus verdaderos sentimientos, y amar requiere de la valentía para pelear y de la fuerza para afrontar las pérdidas; esconderse, en cambio, no requiere de nada, solo dejarse llevar.

Se dice que el hombre teme a su libertad, no solo porque no la entiende, sino porque implica reconocer el miedo que le tenemos a la soledad; ese miedo de aceptar que existimos separados de todo lo demás y que nos obliga a depender, únicamente, de nosotros mismos. La palabra libertad, implica consecuencias que nunca queremos enfrentar como la completa responsabilidad sobre nuestras decisiones. Es por esto que Maia no la cree capaz de asumirse libre, porque sabe que no es lo suficientemente fuerte como para reclamar su libertad y sobrevivir a la deliberación del conflicto entre lo que cree y lo que siente.

Momentos después, cuando Caterina parece más calmada, se miran sin saber qué esperar y Maia asiente queriendo preguntarle si ya está mejor, pero queda paralizada cuando la respuesta es únicamente una mirada fija de sus ojos de miel perplejos; sus ojos confusos y ansiosos que, como tantas veces, parecen querer decir algo importante pero que, como otras tantas veces, no logran reunir el valor y vuelven a callarlo todo. Solo que, esta vez, no callan para ocultar lo que ella siente sino porque, sencillamente, no le es posible pronunciar palabra. Está muda de pánico,

temblando sin poder controlarse y sintiéndose totalmente fuera de sí, como si hubiera perdido por completo el juicio en el camino hasta allí.

Maia sostiene su mirada queriendo descifrarla y, tratando de entenderla, descubre que algo ha cambiado y que hoy, hay algo distinto en ella. No sabe exactamente lo que es, pero nota la diferencia en su reacción cuando le acomoda los pechos de la sien, lo nota al apretarla contra su pecho y besarla en la frente. Todo en ella parece reaccionar de otra manera. Es como si estuviera menos evasiva y más cómoda estando tan cerca.

Inesperadamente, Caterina le acaricia las mejillas envolviéndole la cara con sus manos y, al hacerlo, cierra los ojos aliviada. Solamente entonces, Maia entiende lo que pasa.

Se acercan y se miran con las narices a punto de tocarse y los labios a un milímetro del beso. Maia ahora sabe con seguridad que las dos quieren lo mismo, pero teme que a ella el valor se le acabe mucho antes, como siempre. Y es que, tanto ha comandado el miedo su vida, que no puede saber si, al besarla, el amor bastará para salvarla de sí misma.

El miedo es una palabra que representa nuestra consciencia del dolor, nos recuerda que somos mortales, finitos, y por eso es tan poderoso, porque vivimos constantemente queriendo evitar las cosas que nos recuerdan nuestra propia transitoriedad y la brevedad de nuestras vidas. Es un recordatorio de nuestros propios padecimientos, esos de los que siempre pretendemos huir; y por eso, cuando lo correcto nos enfrenta con el miedo, rara vez tenemos el valor para encararlo y aceptar que sufriremos.

Sin embargo, Caterina hoy no se siente capaz de huir. A pesar de la cercanía del beso, no le pone fin a lo que pasa, no se aleja, ni huye. Y es así como, de repente, un día cualquiera, después de haberla perdido tantas veces y ninguna; luego de haberse entregado a la imposibilidad de expresar los sentimientos y pasiones que, por tanto tiempo habían pretendido esquivar, después de tantos lamentos y lágrimas, de tantas cosas y de nada, entonces, por fin, se besan. Y con el beso, cada razón que antes las separó desaparece, haciendo el sueño posible por primera vez.

Los ojos de Caterina lagrimean mansamente y su cuerpo tiritita por la potencia estremecedora de la inminencia de la primera vez; la sacude una pasión que nunca sintió por nadie y que ya no puede contener dentro del breve artefacto en el que se ha convertido su cuerpo que, de tanto llenarse y contenerlo todo, finalmente se ha quebrado, porque no es posible contener el amor en un solo beso, ni al universo en una cáscara de nuez.

Se besan largamente y se abrazan por completo. Los pechos se funden en el abrazo, las caderas se encienden con los roces y los vientres comienza a palpitar con los intensos espasmos de la excitación. Las manos no tardan en comenzar a explorar y, con la premura de la impaciencia, al tocarse, algo se detona en las profundidades de sus cuerpos, tan poderoso, que sienten sus cabezas salir disparadas hacia el cielo.

Maia no demora en buscar sus pechos y, al acariciarlos, puede sentir la efervescencia de su propio deseo en la punta de sus dedos, en la palma de sus manos y en sus labios llenos de las ganas de saborear esa piel cuyo olor ya conoce tan bien. La humedad de los besos y la presión de su lengua sobre los pezones sorprende a Caterina con una corriente fría y estremecedora que la recorre como el impacto de un rayo. Cada centímetro de piel que tanto soñaron tener en la punta de sus lenguas es finalmente reclamado con besos, caricias y un erotismo alucinante que desata una salvaje lujuria que las arroja a un mundo en el que la razón, irremediabilmente, debe darse por perdida.

Ahora solo existen ellas en su mundo expresando con sus labios ese gran amor que, hasta hoy, se habían obligado a sentir en silencio por negarse a entender a tiempo que no es posible ocultar ni callar al amor, porque cuando lo ocultamos y lo callamos a él, nos escondemos y nos

silenciamos a nosotros mismos.

El amor es más que una palabra que describe un vínculo emocional, el lazo de placer o la conexión con ese mundo nuevo y ajeno que tanto necesitamos para vivir; el amor es una idea y también una manera de experimentar el mundo y entendernos.

En la habitación, ya completamente entregadas a las caricias y los besos, caen sobre la cama con las frentes húmedas, las mejillas enrojecidas y los pechos danzando al ritmo del amor que se consume.

Todo lo que alguna vez creyeron condenado a lo inconcluso, ahora lo confirman mutuo, completo e inmenso con el frenesí que se apodera de sus cuerpos y que siempre se creyeron incapaces de sentir. Jamás, ni en la más erótica de las fantasías, habrían podido imaginar algo así: tantas ganas, tanta humedad, besos perfectos y esa especie de calambre que les asalta el vientre, esa dolorosa y extraña presión de la que siempre se quiere más y que nunca parece ser suficiente. La realidad, momento a momento, ha superado por mucho todos los sueños que tuvieron, y al descubrirse los torsos, la desnudez aparece para sumar dimensiones. Verse así por primera vez, desnudas y sin máscaras, es un sentimiento indescriptible, una emoción desconocida que, sin saber bien por qué, tiene sentido por primera vez.

Finalmente, han cruzado todos los puentes y traspasado cada frontera que tanto evitaron franquear, y en el camino hasta aquí, Caterina dejó de ser la que era. Se había perdido, es cierto, pero ahora se ha encontrado en estos besos, en este lecho, en estos ojos, en ella. Juntas se han lanzado desde lo más alto cruzando la línea de lo imaginable, y el violento descenso de la caída ahora les eriza las pieles con el ímpetu del vértigo.

Caterina recibe a Maia dentro de su cuerpo con una contorsión y un vendaval de pasiones la sacude violentamente haciéndola sentir que su pecho explota y provocándole un torrente de contracciones que le roba el aire. Lloro, pero su llanto es de alivio; llora porque todo lo que siente se libera en un gemido y, dentro de sí, ya no es capaz de volver a esconder nada. Maia dibuja un camino de besos hasta el extremo sur de su cuerpo y, a su llegada, Caterina emite un quejido. Nunca había sentido algo así, ni imaginó tanto placer; ninguna vez, de tantas veces que soñó este momento, fue capaz de predecir esta tormenta, ni esta lujuria que experimenta, ni estas descargas increíbles de energía que siente entre las piernas y que le recorren el vientre. Muerte, aprieta los labios y se cubre la cara procurando, desesperadamente, contener un grito pero, sin poder evitarlo, su mundo explota y con él, todo lo que conocía, termina por hacerse trizas.

Maia le llena de besos la entrepierna y la hace gemir y contraer su cuerpo trémulo y pequeño, convulso y sometido a un amor y un deseo que termina por llevársela muy lejos de la falsa vida que vivía. Ahora, está definitivamente lejos, a un universo de distancia de todas sus mentiras. Ya no puede echar atrás el tiempo, ni deshacer lo hecho, ni volver a ser la que fingía.

Se entrega y el universo colapsa entre las dos.

El clímax la alcanza como un trueno que no puede contener dentro del cuerpo y su corazón, desbocado e hinchado, súbitamente se detiene cuando la pequeña muerte la alcanza, la vena en su frente se inflama y sus brazos, incapaces de sostener su propio peso, la dejan caer sobre su espalda con la cara escondida entre sus manos, pretendiendo acallar un alarido. Un grito corto, intenso y sordo se le escapa; pero rápidamente se apaga para convertirse en un quejido. El aire apenas le alcanza para seguir viva mientras su torso convulso se contrae a intervalos y los hombros se le cierran sobre el pecho procurando evitar que se le deshaga el cuerpo.

Segundos después, los espasmos se van calmando lentamente y su cuerpo por fin se relaja, dejándole una expresión en la cara que abarca todo eso que había soñado tantas veces, más todo lo impensable y lo increíble que nunca fue capaz de imaginar.

Esto.

Esta realidad, esta verdad que antes negaba por cobardía y que ahora precisa para respirar es la consecuencia lo que acaba de pasar.

Por fin se ha encontrado; lo hizo entre gemidos y besos, entre el amor y este lecho.

Esta es ella y este es el resultado de verse desnuda, reconstruida y sin disfraz.

Su vida y la consecuencia: este amor.

Sería lo mismo al derecho o al revés.

Su amor y la consecuencia: esta vida.

Curiosamente, la palabra consecuencia describe la respuesta a una acción, cualquiera que esta sea. Una consecuencia, en sí misma, no implica nada bueno ni malo. Es únicamente una respuesta: acción y reacción. No es más que física de la más elemental.

La calma las alcanza una sobre la otra con las caras juntas y sudadas, todavía incapaces de detener todos los besos porque, por primera vez, para las dos, el amor está claro: es esto.

Se miran.

Se abrazan.

Se duermen.

DOS SEMANAS PARA LA BODA

Caterina se despierta, abre los ojos y repentinamente la atrapa la confusión de quien cree que ha tenido un sueño extraño, y siente por un momento, que no sabe en dónde está. Al examinar la habitación tratando de recobrar el sentido de ubicación temporal y espacial, se sorprende de encontrar a Maia todavía dormida a su lado y confirma que nada de lo que creyó haber soñado fue realmente un sueño y que todo ha sucedido de verdad. La mira sorprendida, mientras que una oleada de pánico parece empezar a poseerla lentamente. Está desnuda y Maia también, con las sábanas apenas cubriendo la línea de su cadera. Y al verla así, sin nada para esconder su piel, debe urgentemente cubrirse la boca para no gritar; y es así como el miedo regresa para robarle el control de su vida una vez más.

Llora. Solloza queriendo esconder el llanto mientras que se reprocha su imperdonable debilidad y siente un pavor que le enfría la sangre: “¿Qué ha hecho? ¡No puede ser! ¿Cómo ha sido capaz?”. Esta vez no fue su imaginación. Esperaba que fuera un sueño, como tantas veces, pero esta vez se ha consumado en realidad; en esta ocasión todo es verdad y ella está aquí. Y... y los besos.

Su memoria la bombardea con el repaso de las imágenes y los sentimientos que creyó ficción: besos profundos, caricias en la espalda, sus pechos atrapados en los labios de Maia, apretados contra los de ella y las piernas cruzadas en su espalda como las agujas de un reloj. Su memoria le reprocha las emociones que sintió y de las que no creía capaz ni a su cuerpo ni a su corazón, ¡todo ese frenesí exquisito y fuera de control!, ¡todos esos besos repartidos por los cuatro puntos cardinales de su anatomía! ¡Las cosas que se dijeron, las palabras en su oído, todo, todo regresa a su memoria con el estallido de su voz... su voz cuando le ha dicho que la ama! ¡Que la ama! ¡Le ha dicho a Maia que la ama, y es verdad!

Sí. La ama. Pero no puede ser.

El pánico entra a la habitación como un remolino diseñado para romper la magia. La culpa y la vergüenza que siente por lo que ha hecho le exigen cruzarse de brazos para taparse el pecho desnudo y aguantarse el corazón que se le sale. Después de eso, ya no sabe qué más hacer. Todo ha sucedido realmente, no fue un sueño y ahora no sabe qué hacer. Se siente asfixiada y tiene la urgencia de desaparecer, de salir de allí lo antes posible; así que, se levanta para irse y, al hallarse desnuda y confirmar nuevamente su verdad, vuelve a horrorizarse. Busca su ropa apresuradamente y apenas ha comenzado a vestirse cuando la voz de Maia la espanta.

—¿Ya te vas? —pregunta sin moverse y en voz baja.

Caterina queda petrificada de miedo, sin saber qué decir.

En su cabeza, las respuestas y las preguntas son tantas que no consigue la manera de expresarlas y luego de una breve pausa, continúa vistiéndose sin decir nada. Ni siquiera se ha atrevido a mirarla porque teme que si vuelve a verla, no tendrá las fuerzas para desaparecer, para salir como un alma que se lleva el viento, huyendo de allí y de todo eso que ella la hace sentir.

Maia se incorpora en el borde de la cama y, dándole la espalda, exhibe su desnudez sin vergüenza, se inclina para recoger su ropa del piso, vuelve a ponerse la franela y evita ponerse de pie porque, en vez de encararla, prefiere quedarse como está para no verla. Tiene una clara idea de lo que está pasando, pero no quiere creerlo; prefiere primero insistir en obtener una respuesta que espera que la ayude a aclarar —o a confirmar— un panorama que no pareciera estar ocultándole nada.

—¿No tienes nada que decir? —vuelve a preguntar mansamente.

Espera una respuesta directa a su pregunta, y aunque no sabe qué respuesta espera exactamente, lo que sí espera es que al menos sea clara y directa. Sin embargo, para su desgracia, la respuesta llega llena de caos, pausas e imprecisiones.

—No... no sabría qué decirte... por ahora, simplemente creo que es mejor que me vaya...

—¡Oh!... ¿Así que no sabes qué decir?

Las palabras de Maia al repetir las suyas vienen llenas de ironía y, queriendo evadir la inminente y dura conversación, Caterina prefiere ignorar el tono al excusarse:

—Solamente necesito un poco de aire.

— Sí. Imagino que es así —replica irónica, otra vez.

—Podemos hablar más tarde, puedo venir luego, si quieres.

—No, no hablaremos. Y no, no vendrás.

—¿Por qué no?

—Porque, aunque te confieso que tuve la esperanza de que fuera distinto, en el fondo siempre supe que esto sería así.

—¿Qué quieres decir? —Las angustias de Caterina empiezan a bullir al notar la dirección y el tono de la conversación.

—Significa exactamente lo que dije.

Y ahora sí, Maia siente la necesidad de cubrirse. Busca el resto de su ropa entre las cosas que sostiene, se levanta, se sube los pantalones y regresa a sentarse al borde de la cama. Ya sabe que Caterina no volverá con ella, que se irá y no regresará. No es una situación a la que pueda enfrentarse desnuda, así que se viste para una inútil batalla que, seguramente, será la última que libre por ella.

—Es solo que... no estoy segura de querer hablar sobre lo que pasó ahora mismo, dame un poco de tiempo para pensar y...

—Y ese siempre ha sido el problema contigo, Cat. —La interrumpe—. Tú nunca estás segura de nada.

—Esto no es fácil para mí, Meme. ¡Por favor, te lo ruego, trata de entenderme! Solo...

—¿Qué debo entender, Cat? ¿Que te vas y que si te dejo salir por esa puerta no volveré a verte y no volveré a tenerte? Pues, bueno, eso lo entiendo ya muy bien.

—Pero ¿por qué dices eso?

—¡Porque es verdad! —grita Maia con impotencia.

Está enfadada y frustrada porque está pasando todo lo que siempre supuso que pasaría y se culpa a sí misma. Sabía que sería así y pudo evitarlo, pero ahora debe enfrentarse a la crisis que siempre trató de evitar.

—¿Estás molesta?

—¡No, ¡claro que no! —dice con sarcasmo—. ¿Qué razón tendría para estar molesta, Cat? ¿Solo porque hayas venido a matar tu curiosidad sabiendo lo que siento por ti, para luego regresar a la seguridad de tu novio, tu casa de cerca blanca y tu pronto matrimonio? ¡No, eso no es motivo para estar molesta! ¿O sí? Dime, Cat, ¿a ti eso te parece un motivo?

—¡Sabes que no es así! ¡Eso no fue lo que pasó!

Maia se levanta de la cama y finalmente la enfrenta.

—¡Entonces dime cómo es! —y la reta levantándole la voz— ¡Dime entonces qué coño fue lo que pasó, ten un poco de compasión y dime! —Los gritos de Maia sobresaltan a Caterina que, instantáneamente, empieza a llorar.

—Sabes lo que siento por ti —procura explicarse entre sollozos— sabes que te... pero que...

yo no...

—¿Qué? ¿Qué es lo que sé? ¿Qué? ¿Que me amas, pero no lo suficiente como para quedarte? ¡Dios mío, es que ni siquiera puedes decirlo en voz alta!

—¡No hagas esas suposiciones sobre mí tan a la ligera, no te atrevas a hablar así por mí!

—¿Por qué, porque no es cierto? ¿O porque sí lo es?

Caterina no puede contestar nada más, está demasiado confundida y asustada como para atreverse a decir nada, así que trata de eludir la conversación a toda costa esperando que eso le conceda un poco de tiempo:

—No creo que sea buen momento para hablar. Lo haremos después, cuando las dos estemos más calmadas.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y cuándo te gustaría, Cat, antes o después de casarte con él?

Al término de la pregunta, Caterina, que ya se ha vestido pero continúa con la blusa sin abotonar, queda impactada, dolorosa y avergonzadamente sin habla.

—Pues no, no lo haremos —afirma Maia con vehemencia—. Ya no tenemos nada de qué hablar porque esto se acabó, Cat. Hasta aquí llego yo.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que no es necesaria ninguna mentira piadosa para excusarte y no volver! ¡Que finalmente te has librado de mí, que puedes irte!, ¡que este es el fin!

—Pero... Meme...

—Lárgate de una vez.

Caterina se desespera y el llanto comienza a robarle el aire.

—¿Por qué dices que quiero librarme de ti?! ¿Por qué te empeñas en decir que sabes lo que siento?! ¿Por qué insistes en decir que sabes exactamente lo que haré, cómo lo haré y cuándo lo haré?!

—¡Porque lo sé, Cat! ¡Lo sé! ¡Nunca hizo falta que me lo dijeras!

Maia se da cuenta de que está fuera de sí y trata de calmarse antes de continuar. Luego de una corta pausa, el tono, aunque ahora sea más suave, es también uno muy triste:

—Te conozco bien, Cat, mejor que tú. Por eso sé que me amas, pero que nunca tendrás el valor para aceptarlo y quedarte conmigo.

—¡Eso no es verdad! —replica Caterina, ahora completamente ahogada en sollozos.

—¿Cuál parte no es verdad?

Pero ella no es capaz de responder a esa pregunta. No porque la acusación sea verdad o mentira, sino porque quiso decirle que sí la ama, pero no tuvo el valor. Entonces piensa que Maia tal vez tiene razón: quizá ella, no solo no deba, sino que no sea capaz de afrontar nada y lo mejor es que se vaya, pero, tan pronto se lo plantea, descubre que no es lo que realmente quiere hacer.

—¿Cómo puedes saber si me quedaré contigo, si ni yo misma lo sé? ¡No todavía!

—No todavía... —Y la ironía regresa a la voz de Maia.

—¡No, no hagas esto —implora—, no te arranques así de mí! ¡Te lo ruego, Meme! ¡¿Qué tengo que hacer?! ¡¿Qué esperas que haga?! Es que, ¡¿no entiendes que no sé qué hacer?!!

Maia da unos pasos y se acerca.

—Lo que quiero, amor, es que te quedes conmigo.

—¡No puedo! —Caterina expele esas palabras y de inmediato desea nunca haberlas dicho.

Maia sonríe tristemente y se aleja dándole la espalda.

—Entonces vete —dice—, vete y ya no regreses.

Caterina la mira pasmada e incrédula. Jamás pensó que esto pasaría, que nada de esto sucedería. Nunca creyó posible que Maia la echara de su lado después de esta historia entre ellas.

Pensó que tendría más tiempo y, en cambio, su tiempo ha sido gravemente acortado.

—Vete, Cat —insiste—. Regresa de una vez y por todas a la comodidad de la aceptación social que tanto necesitas. Bueno, más que a mí, en todo caso —dice mientras que su corazón cae sobre el suelo hecho pedazos—. Vuelve a la estabilidad de tu futuro esposo, ya no faltan más que un par de semanas y todo se habrá resuelto. Te asegurarás de que nadie nunca te señale como a mí y ya verás que en poco tiempo habrás dejado todo esto atrás y hasta me habrás olvidado.

Caterina está estupefacta, no da crédito a lo que ha escuchado.

—¿Es eso lo que quieres, que me vaya? ¿Y... eso lo que crees, que para mí todo es tan fácil?

—Sabes mejor que nadie que no es lo que yo quiero, Cat, pero sé que también sabes, que es lo único de lo que serás capaz. Ya me lo has dicho. Todo esto, todo este tiempo de dudas y disculpas y despedidas, me lo ha dicho.

Caterina explota con un estruendoso y desolado desespero. Siente que lo está perdiendo todo y se siente incapaz de hacer lo necesario para retenerlo.

—¡No! ¡No sabes nada! ¡No tienes ni idea de lo que fue todo este tiempo de no verte después de esa maldita despedida! —Hace una pausa y llora intensamente un momento, para luego terminar con palabras de infinita tristeza—. ¡No entiendo lo que me pasa contigo! ¡No sé cómo dejarte! ¿Cómo más te lo tengo que decir?

—¿Y yo, Cat? —le pregunta Maia, un poco fuera de sí—. ¡¿Qué hay de mí?! ¡¿O yo no importo?! ¿Has pensado en lo que será de mí después de... después de esto? ¿Cómo se supone que siga viva? ¿Qué hago yo ahora con este recuerdo? ¿En dónde lo meto para que no me mate cuando te vea de novia cruzar la iglesia hasta el altar?

Caterina siente que se le desgarran el pecho, siente vértigo, mareos, náuseas. Ya no puede escucharla más.

—Me acabas de arrancar el corazón y lo has echado al piso con desprecio, Cat. Eso es lo que has hecho.

Las dos lloran sin hacer ni decir nada más por un momento. A Maia se le agotan las fuerzas prontamente y con la esperanza ya completamente perdida, ahora únicamente necesita terminarlo todo y salvar de sí lo poco que le queda. No puede darle más largas, no puede seguir reviviendo esperanzas muertas.

—Solo... vete, Cat, ya solo vete y déjame en paz.

—¿Eso quieres?

—Piensa lo que quieras... —Y sus palabras tienen ahora el tono de la calma antes de la tormenta—. De verdad que ya no me importa lo que pienses. No hay nada más que decir.

Caterina termina de abotonar su blusa. Está parada sobre su intersección y solo tiene dos cruces: Maia o todo lo demás. Maia o nada.

Puede irse y dejar esto atrás o puede quedarse y afrontar su realidad, pero está, literalmente, paralizada de miedo; asustada, incrédula, rabiosa, angustiada, confundida y enamorada. Llorar sin poder controlarse, pero no es capaz de decir nada más porque no sabe qué decir y no tiene el valor de expresar lo que realmente siente. Así que, en un acto instintivo de supervivencia elemental, toma el impulso de sus miedos, se saca el corazón, lo lanza lejos y sale por la puerta sin más. Huye sin titubeo, sin duda alguna. Se va y no mira atrás.

Maia la ve salir y no puede decir nada. No le quedan fuerzas para esta batalla.

La ve salir. La ve, pero habría preferido estar ciega. Y por un rato, se queda contemplando la puerta repitiéndose a sí misma que regresará, que aunque se haya ido, se arrepentirá en poco tiempo y volverá a entrar por ese mismo lugar. Sin embargo, nada sucede. Y al cabo de un rato debe aceptar que, sí, que Caterina se ha ido y no regresará. Su pecho entonces se fractura

aplastado por el peso de su dolor y dentro de ella muere lo poco que quedaba del hermoso sueño que tuvo. La guerra, definitivamente, se ha perdido y ahora únicamente hay ruinas en donde alguna vez hubo una ilusión llena de un amor que florecía.

—Es mejor así. —Se dice queriendo convencerse.

Y luego, se sienta al borde de la cama para lamentar la pérdida de eso que creyó tener, pero que no existía.

XXVII

MÁS TARDE

En la madrugada, sentada en su esquina del balcón, Maia habla con África por teléfono mientras toma su cuarto *whisky* con hielo. Todavía llora, pero ahora lo hace apaciblemente, sin ahogo, sin esfuerzo.

—Sí, lo sé... —dice al teléfono—. Pero ¿y qué se suponía que hiciera, manita?

—Pues, no sé. Yo tampoco sé, pero es que... no sé, Meme, ¿pedirle que se fuera?, prácticamente echarla de tu casa, de tu lado... me parece como mucho, ¿no consideraste darle la oportunidad de pensarlo, darle tiempo, algo?

—Quizá sí, fue mucho... pero no tenía sentido procurar que lo hiciera. Debo ser realista, amiga. No puedo obligarla ni apurarla a quedarse conmigo, y si la hubiese podido convencer anoche, ¿qué habría sido de ella en unos meses cuando yo ya no esté? No tenía sentido forzarla para luego abandonarla y no acompañarla el resto del camino, ¿no crees?

—Creo que eres una romántica. Y también creo que, aunque de cierta manera tienes razón, debiste darle la oportunidad de resolver por sí misma. Le robaste la oportunidad de decidir, Meme. La dejaste sin opciones.

—De verdad creo que es mejor así. Además, tampoco habría querido arriesgarme a su lástima. Prefiero que se olvide de mí y que descubra sola su camino. Ya te lo he dicho: es mejor nunca forzar estas cosas. Ya conocerá a alguien más, una persona que tenga el tiempo que yo no tengo.

—Supongo... Pero, no hables así que no te hace bien y... Bueno, algo si te digo: de verdad, es que a veces no sé para qué pretendes que me consultas algo si siempre haces lo que te da la gana, sin ponerme la más mínima atención.

—Es porque a veces, aunque sé que hago lo correcto, no se siente así.

Las dos sonríen brevemente.

—¿Y la boda? —pregunta África.

—¿Qué con la boda?

—No sé, dime tú... ¿Irás de todas formas?

—Aún no lo sé. Supongo que tendría menos que explicar si voy.

—¿Explicar a quién? ¿A Dante?

—Sí, a Dante.

—¡Ay, Meme! No sé, pero creo que deberías pensarlo mejor. No creo que sea una buena idea que vayas... Y ya deja de llorar, amiga, que no tienes tiempo para eso.

—Sí. Lo sé... ¡Hey! ¿Cómo sabes que estoy llorando?

—No hay que ser mago. ¿Y ya tienes fecha de llegada? ¿Te busco a alguna parte, te espero en casa a alguna hora? ¿Qué hago?

—Debo salir para allá el día después de la boda, aún no lo decido. pero resolví irme en el auto, eso sí. Creo que será más cómodo llevártelo yo misma. Además, tengo ganas de mirar el paisaje del camino una vez más, hace años que no lo hago y sé que voy a extrañarlo.

—¿Y la hora de salida?

—Eso aún no lo sé, aunque con estos insomnios, cualquiera podría funcionar. Prefiero llamarte del camino, cuando ya tenga una idea de a qué hora voy a llegar.

—Bien. ¿Y el vuelo?

—Es el veinte, tendremos tiempo para nosotras. No te preocupes, lo calculé todo bien.

—Me alegra eso. Me preocupaba recibirte solo para llevarte al aeropuerto.

—No, manita, ¡qué va! Tenía que estar contigo un rato.

—Bueno, me alegra. Tendré todo listo, aún tenemos cosas que arreglar antes de irte.

—Sí, no te preocupes. Estoy lista.

—Yo no...

Un silencio triste se les cuelga en la conversación. Saben lo que viene, pero ninguna de las dos quiere hablar de eso.

—Vamos a dejarlo así por hoy, manita, que estoy muy cansada y debería dormir.

—Eres la reina en evadir este tema...

—Sí, bueno. En algo tenía que especializarme.

—Está bien, ve a dormir que necesitas descansar, tuviste una noche muy larga.

—Sí. Luego te llamo, un beso.

— *Okey*, sinvergüenza, igual. Descansa.

—Seguro.

Maia cuelga la llamada y deja caer su cabeza sobre el espaldar de su silla para contemplar el cielo que ya empieza a aclarar. El brillo del sol se asoma en el horizonte y los colores dan un espectáculo de luces para conmemorar la nueva vida, la vida que ahora sigue sin el sueño.

Miedo, libertad, amor, consecuencia...

Nuestras vidas son dirigidas únicamente por el significado y la importancia que le otorgamos a palabras a las que preferimos someternos para evadir la soledad y el sufrimiento, pero sucede entonces que, a veces, cuando el miedo no nos permite ser libres, terminamos formando parte de todo cuanto quisimos evitar y acabamos rechazándonos para conseguirlo.

Es como creer que se puede ser feliz viviendo dentro de una caja sin nunca ver el sol ni la luna; como si fuera posible vivir sin respirar.

Es así como se pierden las oportunidades de amar, de vivir, de ser libres, únicos y complejos como el universo que, en su totalidad, es evolutivo, diverso y perfecto.

Correcto. Equivocado.

Bueno. Malo.

Palabras.

Miedo. Libertad.

Amor. Consecuencia.

Solo más palabras. Palabras y nada más.

CAPÍTULO VI

TERMINATIO

Latín. —onis f.: delimitación || definición,

distinción || limitación auditiva (aurium)

|| conclusión, terminación o fin

(de un período o frase).

XXVIII

UN DÍA DESPUÉS DE LA BODA

Marko va en su auto de camino a la salida de la autopista, debe cumplir su guardia de cuarenta y ocho horas a la semana en el Hospital General del Sur. Es la guardia que nunca quiere cumplir porque las cosas que le toca ver durante esos dos únicos días de trabajo suelen dejarlo afectado por el resto de la semana. No tiene el estómago para eso y lo sabe, pero es lo que estudió y deberá acostumbrarse o cambiar de carrera que, a sus cuarenta recién comenzados, no le anima en lo absoluto. Solo quisiera poder terminar pronto su especialización en Patología Molecular para poder abandonar, definitivamente, sus horas en las salas de autopsia y confinarse a una silla frente al microscopio. Cuarenta horas a la semana en laboratorio tal vez le sienten mejor que esas cuarenta y ocho en la morgue del hospital. Y, ¿quién sabe?, el cambio de escenario tal vez termine sentándole bien en todo.

Su carrera ha sido un error de principio a fin, lo supo la primera vez que le tocó ver un cadáver, pero era lo que todos esperaban de él, que fuera como su papá y que llenara sus zapatos cuando fuera necesario, pero esa nunca fue su vocación y jamás tuvo el valor para enfrentar a su familia ni contradecir las decisiones que ya se habían tomado sobre cómo sería su vida. Y todavía así, no pudo hacerlo. No pudo hacerse médico, no de los que tienen pacientes. Supo que debía cambiar de dirección cuando su primer paciente falleció, por allá, en sus años de residencia.

Todos insistieron en decirle que no era su culpa, que el paciente había llegado a la emergencia del hospital en condiciones de desahucio y que había hecho todo lo que le fue posible hacer en el poco tiempo que tuvo para responder. No obstante, una vez que debió explicarle a aquella familia que su esposo, que su padre, que su hermano había fallecido a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para salvarlo, supo que no podría hacer eso por el resto de su vida.

Ahora se dedica a descubrir la razón del fallecimiento y ya no tiene que vivir preguntándose si olvidó algo, si se equivocó, si hubo algo más que pudo hacer y que no hizo. Ya no. Ahora solo importan el porqué y el cómo. Sin embargo, siente que es mucho el tener que enfrentar tanta muerte; el tener que pasar hora tras hora entre vísceras y cuerpos ensangrentados. La muerte es

algo a lo que le teme profundamente y no logra, a pesar de todos estos años de esfuerzo, encontrar la paz interior que le permita decir: “Si muero ahora, estará bien. Hice lo que debía”. No. No hizo lo que debía. Lo único que ha hecho es vivir para llenar las expectativas que su familia siempre ha tenido de él, hasta el punto que, si tuviera que decidir en este momento, mientras maneja camino a la autopista, qué es lo que habría querido estudiar o qué le gusta o qué haría mañana si dejara la Medicina, no lo sabe. No conoce la respuesta, porque nunca tuvo tiempo de preguntárselo. Esas decisiones se habían tomado desde antes de su nacimiento. Su vida era parecida a la fábula del elefante encadenado: tanto le dijeron que no podía hacer nada más, que terminó creyendo que era cierto.

Ahora enfrentaba una nueva encrucijada que lo hacía preguntarse cuál era el sentido de vivir así, sin ser capaz de decir que no, sin ser capaz de vivir la propia vida, sin la posibilidad de ser alguien que, ultimadamente, no sabía cómo ser.

Marko no sabe cómo ser él porque no sabe quién es, no sabe lo que le gusta porque nunca se le permitió hacerse esa pregunta, no sabe qué desea para su futuro debido a que no le permitieron jamás plantearse las posibilidades. Mas, sí sabe lo que no quiere. Y hoy ha decidido que no quiere casarse y que, a pesar de los once años de un noviazgo que no eligió mantener por tanto tiempo y cuyo fin matrimonial ha logrado evadir por muchos años, sin importar las consecuencias, no se dejará arrastrar ni empujar. No esta vez. Sabe que es lo correcto para él y lo justo para ella, pues no la ama. Sin embargo, se siente culpable por los años que le hizo perder a una hermosa mujer que, sin tener ningún defecto intolerable, no ha sido capaz de amar en todos estos años. Sabe que debe empezar a decir que no en algún momento y quizá ese momento sea ahora.

Maneja perdido en sus conflictos, meditando sobre qué hacer, cuándo hacerlo o si hacerlo del todo, pero al acercarse la salida a la autopista procura salir de su estado de abstracción y poner atención al camino. La salida es difícil, porque solo hay unos metros para colarse en el tráfico sin quedar aplastado por algún otro auto que pretenda llegar a su destino a la velocidad del sonido. Se detiene y espera a que el auto delante de él haga su salida y le dé el espacio para salir también, pero se distrae, quiere sacarse del bolsillo la grabadora portátil de trabajo. “Será solo un momento”, piensa. Pero, apenas desvía la vista del camino, es sorpresivamente sacudido por el ruido de un estruendoso accidente. El auto que iba adelante ha sido golpeado por otro y da unas vueltas sobre la carretera, cayendo finalmente sobre el pavimento con las ruedas apuntando hacia el cielo. El sonido de los cauchos contra el asfalto de las decenas de otros autos que tratan urgentemente de frenar lo dejan momentáneamente petrificado.

La escena se vuelve surrealista cuando las personas empiezan a salir de sus autos, pero nadie se atreve a acercarse para auxiliar a la persona que ha quedado accidentada. Entonces, algo dentro de él se enciende sin aviso, una especie de sentido de responsabilidad de socorrer en la emergencia. Y eso, que no sentía desde sus años de residencia, lo saca velozmente de su auto y lo hace correr a toda prisa hasta el lugar del accidente, a varios metros de la salida. “El otro auto no puede haber llegado muy lejos habiendo chocado así, con esta fuerza”, piensa. Sin embargo, lo busca y no lo encuentra. Solo está el otro auto, el volcado.

Al llegar, los ojos claros de Maia lo encuentran. Asustados y sorprendidos, lloran profusamente mientras exploran erráticos su alrededor. Pronto, el ruido de gritos, murmullos y el tráfico que comienza a detenerse, empieza a tomar fuerza y se convierte en una especie de zumbido continuo y aturdidor.

Marko mira su alrededor y procura evaluar si hay algún peligro inminente, algo como una fuga de combustible y chispas, pero no parece haberlo, así que se dispone a ayudarla en lo que pueda aunque, sin equipo médico de emergencia, no hay mucho que ni él ni nadie pueda hacer. Así que se

arrodilla junto a Maia y mira dentro del auto para establecer su condición y los daños. Ella parece estar en *shock* y luce un poco ida, pero debe averiguar si su estado es únicamente consecuencia de los golpes causados por el accidente, si es emocional o una mezcla de los dos.

Levanta la mirada al público:

—¿Alguien llamó ya una ambulancia? —pregunta.

—Ya llamé, pero dijeron que en unos quince o veinte minutos, que no tienen suficientes unidades. —Le responde un muchacho de cara amable encogiéndose de hombros.

Es entonces cuando Marko entiende que deberá atender él la emergencia. No lo puede creer y tampoco sabe si podrá, pero tratar es lo menos que puede hacer, aunque no sea su vocación, es decir, cualquiera de estas personas que ahora se limitan a mirar probablemente lo haría, si él ya no estuviera allí, junto a ella, ¿no?

—Muy bien, señora. ¿Puede moverse?

—No. No puedo.

—¿Recuerda lo que ocurrió?

—No, no muy bien.

Marko hace una rápida inspección visual de la situación de Maia: está muy golpeada, tiene una cortada en la frente que, aunque parece grave, realmente no lo es; una de sus manos, visiblemente maltratada por el accidente ha quedado apresada contra el asfalto por el deformado auto. No tiene la muñeca presionada por nada, ni parece tener peso sobre ella, así que, en este brazo podremos ponerle una vía, concluye.

Después de todo, sí tiene algo de médico.

Mira por la ventana dentro del auto para estudiar la situación, pero lo que ve no es bueno: el motor se ha desplazado aplastándole las piernas parcialmente, y es entonces, cuando se sorprende de no verla gritando. El dolor es algo a lo que Maia se ha tenido que acostumbrar, y a lo mejor, los medicamentos que toma la están ayudando a mantenerse consciente durante esta terrible situación.

Marko determina que, por ahora, no puede hacer nada más porque parece tener heridas profundas en las piernas, pero no puede entrar ni siquiera para ponerle un torniquete; tampoco puede evaluar sus órganos porque el cuerpo ha quedado totalmente dentro del auto que se ha arrugado sobre ella quedando impenetrable. A lo único que tiene acceso es a su brazo, así que decide tratar de mantenerla consciente hasta que llegue la ambulancia, pues es lo único que puede hacer. La toma de la mano y comienza a procurar su atención que parece ir y venir. Debe insistir varias veces para lograr que ella lo mire y le conteste:

—¿Señora, señora? —Le da unos golpes suaves en la mejilla—. Señora, ¿puede oírme?

Y de pronto:

—Sí.

—¡Bien! —Se alegra—. Trataré de ayudarla mientras llega la ambulancia. ¡Trate de no moverse y todo saldrá bien!

—¿Es médico?

La pregunta llega como una ironía a su negativa de seguir siéndolo, precisamente, para no tener que lidiar con personas que llegarían a su emergencia en estados como el de ella o peor.

—Sí. Podría decirse que lo soy. No se preocupe que todo saldrá bien. La ayuda ya viene en camino, no se angustie.

—¿De verdad cree que estaré bien o solo lo dice para tranquilizarme?

—¿Y por qué le mentiría? Ni siquiera la conozco.

—Suelen mentirle a la gente que va a morir, no sé por qué.

—¿Alguien tiene a mano una linterna? —pide Marko a la multitud antes de continuar con la conversación—. Pues, no es mi caso —sigue— no me gusta mentir, no me parece que tenga caso, así que no tiene de qué preocuparse conmigo.

Maia se desfigura de dolor y emite un grito mordido tras el cual parece volver a ser ella.

—¡Duele! —exclama en un grito que sobresalta a Marko.

—¿Qué pasa? ¿Qué le duele?

—¡Todo me duele! ¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Pensé que había dicho que era médico!

—Sí, lo soy, pero para poder ayudarla, debo preguntarle qué le duele porque no puedo examinarla.

—*Okey, okey.* Sí, tiene razón. A veces siento pulsos de dolor en las piernas y luego ya no las siento.

Alguien toca a Marko en el hombro y le entrega una linterna que enciende de inmediato para ver dentro del auto y examinar las heridas.

— Bien, ya tengo luz. Ahora, mientras reviso sus pupilas y miro cómo están sus piernas, quiero que vaya respondiendo a todas mis preguntas. ¿Está bien?

—Sí, está bien.

Marko apunta la linterna a los ojos de Maia y comienza:

—¿Cómo se llama?

—Maia

—Muy bien, Maia. Yo soy Marko. ¿Tus amigos te llaman de alguna otra manera?

—Algunos me llaman Meme, pero nunca he sabido por qué.

—Prefiero Maia, si no te molesta.

—No, no me molesta.

Marko se encuentra con una respuesta pupilar un poco irregular, pero aceptable dentro de los parámetros normales. Entonces, se asoma dentro del auto, como puede, para examinar el estatus general, evaluar las piernas e intentar palpar su abdomen para determinar si hay alguna hemorragia, y mientras lo hace, continúa:

—¿Sabes qué día es hoy, Maia?

—Sí, lo sé.

Marko esperaba que ella le diera una respuesta con la fecha, el día y el año, pero, en vez de eso, le ha dado una contestación vaga y luego ha callado. Deberá presionarla, para poder evaluarla.

—*Okey...* —insiste—, pero ¿puedes decirme qué día es?

—Prefiero no hablar de eso, si no te molesta —responde ella con ironía—, pues como puedes ver, he tenido un mal día.

Marko se retira del interior del auto con dificultad y, esforzándose por no hacerse daño con los hierros deformados, sonrío ante el negro sentido de humor de su nueva y accidentada amiga.

—No debes estar muy mal herida, si aún puedes lidiar con ese sentido del humor tan negro —bromea.

Pero ella no le contesta y se ha quedado muy seria.

—*Okey,* Maia, voy a ser sincero: no te ves muy bien. Lo lamento, pero es así.

—Y pensar que hoy pasé casi dos horas arreglándome el cabello. De haberlo sabido me habría afeitado la cabeza.

—Hablo en serio. Desde aquí me parece ver que tienes las piernas...

—¡No, no me digas, por favor! Realmente no quiero saber. No tengo que ser un genio para saber que estoy muy mal cuando ni siquiera puedo sentir mis piernas.

—Es porque están aplastadas por el motor y las heridas podrían estar produciéndote una gran pérdida de sangre. Puedo suponer que...

—¡Ya no sigas... por favor! No insistas. No quiero escucharlo. Solo dime qué probabilidades tengo o cuánto me queda y si dolerá mucho más.

Marko asiente, pero la verdad es que no sabe, solo ha podido hacer una evaluación superficial: evaluó como pudo la situación dentro del auto, le hizo una valoración pupilar con la linterna para determinar su estado nervioso general, le tomó el pulso. Hace lo que puede, pero no puede hacer mucho.

—Bueno, no hay cómo saberlo con exactitud, aunque creo que, por ahora, la presión del motor sobre las heridas de tus piernas podría estar conteniendo la hemorragia; veo mucha sangre pero no sé de dónde viene. Las lesiones internas, si es que las tienes, no he podido evaluarlas, no hay suficiente espacio. Fuera de eso, ya no puedo decirte nada más porque no sé.

—Bueno, Marko, está bien. No te preocupes.

—Estás aquí en esta situación y ¿me dices a mí que no me preocupe? ¡Vaya!, creo que estás peor de lo que creí —bromea.

—No, no es eso. Escúchame, traté de no atropellar un cachorro cuando tomaba la salida. Él... salió de la nada y cuando lo esquivé hice que ese otro auto me golpeará. Creo que eso fue lo que pasó. Hazme un favor, ¿puedes mirar si le pasó algo, si el cachorro está bien, si se salvó?, por favor.

Marko lo duda un momento, teme que Maia fallezca antes de que él pueda regresar, mas, sin saber por qué, asiente y se levanta a buscar el perro.

—Muy bien. Aguanta, ya regreso.

—Quédate aquí y llámame si algo pasa. —Le dice Marko al muchacho que llamó a la ambulancia, quien asiente y se queda inmóvil a pocos pasos de Maia.

Maia también teme no estar cuando él regrese, pero no se lo dice. No cree tener mucha esperanza de salvarse de cualquier manera.

Marko apenas camina unos metros, alcanza el borde de la autopista y la inspecciona. Camina un poco sobre el área y, al acercarse a la salida, le toma solo unos segundos escuchar los agudos quejidos que, aunque débiles y cortos, lo llevan directo hasta el pequeño perrito. Al verlo, se sorprende de descubrir lo pequeño que es, apenas un cachorrito de unos dos o tres meses yaciendo inmóvil entre las breñas, asustado, golpeado y desamparado. Como siempre ha sido de buen corazón, decide auxiliarlo esperando poder salvarlo. Así que, sin perder tiempo, saca su teléfono móvil y hace una llamada.

—¿Sí? Hola, Dalia. Necesito tu ayuda. ¿Qué tan lejos te encuentras de la salida a la autopista uno? —escucha un momento a su amiga—. De acuerdo, escucha bien, hubo un accidente, estoy auxiliando a una persona herida, pero también hay un cachorro malherido, ¿crees que podrían venir a buscarlo para llevarlo al hospital? —Pero a Dalia le preocupa la cuenta de la veterinaria y cuestiona sus intenciones de pagarla—. Sí, por eso no te preocupes, yo me haré cargo. Tú solo llega hasta acá y busca mi auto, lo dejé justo a la salida en sentido noreste. Pondré al cachorro en el asiento, cuando llegues, llévatelo y luego hablamos. ¡Ah! y dile a tu jefa que yo me haré cargo, que no es otro caso de caridad... Bien, luego te cuento. Gracias.

Marko cuelga la llamada, hurga el área buscando algo que le sirva de camilla para mover al cachorrito herido y pronto halla un cartón en el que, con mucho cuidado, pone al pequeño y lloroso perrito para trasladarlo hasta su auto en donde, sin más remedio, lo deja llorando para regresar lo antes posible junto a Maia.

—Listo. ¿Cómo te sientes?

—Igual. ¿Lo encontraste?

—Sí. Encontré a tu cachorro. Es muy pequeño. Ya llamé a una amiga veterinaria, vendrá por él para llevarlo al hospital. No te preocupes, estoy seguro de que se pondrá bien.

—Gracias.

—No es nada, era lo menos.

—¿Y el otro auto?

—El otro auto nunca se detuvo. No sé dónde está.

Maia asiente y guarda silencio un momento.

—Marko, ¿de verdad, crees que tengo oportunidad de salir de esto?

—No soy un experto Maia, pero la verdad, todo luce muy mal. Si crees en milagros sería buen momento para rezar.

—¡Oh! ¡No, no, no! —Se lamenta ella—. ¡Lo único que me faltaba: un cristiano!

Marko sonríe ante la seria acusación.

—Si lo quieres decir así, da igual... ¿No quieres que llame a nadie?

—No.

—La ambulancia tardará algunos minutos Maia, al parecer hoy hay pocas unidades y muchos accidentes, ¿estás segura de que no quieres hablar con nadie?

—No. Ya hablé con todos los tenía que conversar. No te preocupes.

—Bueno, serán unos cinco o diez minutos más.

—¡Diez minutos?!

—Están muy lejos...

—Es demasiado, no soportaré tanto tiempo.

—¡No hables así, tienes que resistir! Aguanta un poco y vivirás para...

—No, no viviré —dice sin dejarlo terminar—. La verdad es que ni siquiera quiero esta pelea y que moriré pronto de todas maneras.

—¿Qué quieres decir...

—Tengo cáncer, Marko... terminal. Y para ser sincera, prefiero esto. Es mucho más rápido y más humano, si lo comparas con desaparecer lenta y dolorosamente.

—Pero ¿cómo puedes preferir esto? ¿No quieres el tiempo que te quede, sin importar cuánto sea?

—No, no creo tener el valor para vivirlo sabiendo que ya me he ido.

—¡Aún así!, ¿no quieres despedirte?, ¿hacer alguna cosa que siempre hayas querido hacer, amar a alguien un día, una semana... un mes más?

—Amar... ¿Crees que es posible amar y no saber que se ama?

—¡Claro!

—Yo creo que es raro... ¿tú no?

—¿Te parece raro?

—Sí —sonríe Maia contrariada por el dolor de las heridas—, amar sin saberlo es completamente ilógico... —Hace una pausa—. Aunque, parece que únicamente despertamos de los sueños a coñazos.

Su cara se contrae en una expresión de dolor intenso y su respiración, lentamente, empieza a dificultársele cada vez más. Las lágrimas brotan y recorren su cara cayendo al suelo y haciendo un pequeño charco que concentra todo su lamento y su dolor.

Marko se angustia ante la imposibilidad de ayudarla más allá de lo que ya está haciendo y siente la fuerte necesidad de salvarla, aunque no sepa por qué ni cómo hacerlo, quizá sea porque su vocación de médico siempre ha estado dentro de él y lo que nunca ha tenido es la fortaleza para

lidar con la responsabilidad de la vida ajena; aunque que, esta vez, por cualquiera que sea la razón que aún no comprenda, siente que podría hacerlo con Maia. La urgencia de ayudarla a pesar de todo, lo asalta cada vez con más fuerza y en la misma medida en la que la situación de ella se va agravando; y lo único que tiene claro es que, para ayudarla, debe mantenerla calmada y consciente. Eso es lo más importante y, por ende, se concentra en lograrlo.

—Trata de calmarte, no deberías hablar tanto, ahorra tus energías.

—Es que... a veces... duele mucho —dice con dificultad y empezando a tiritar de frío instantáneamente.

—Iré por...

—¡No, por favor! —Le ruega Maia, inesperadamente, cundida de pánico—. No te vayas, no me dejes sola.

—Pero... estás perdiendo mucha sangre, Maia, y necesitas mantenerte caliente.

—No te preocupes, no es tan malo como parece, prefiero esto... ¿Has visto a alguien morir de cáncer, Marko?

—No. Nadie cercano.

—Yo sí. Y prefiero esto. Si quieres hacer algo por mí, entonces ayúdame con otra cosa.

—Bien, lo que sea.

Maia debe hacer una pausa para reponerse, le cuesta respirar y el dolor palpitante en sus piernas a veces es tan fuerte que se muerde los labios y gruñe para no gritar, pero hace un inhumano esfuerzo por terminar una última cosa.

—¿Ves mi morral en alguna parte de aquí adentro? —Le pregunta.

Marko, mira dentro del auto con la linterna y encuentra el morral al fondo de la parte trasera.

—Sí, lo veo.

—Muy bien. Quiero que lo tomes y busques dentro unos sobres y un regalo.

Marko se levanta, rodea el carro y saca el morral por la reducida y deformada ventana trasera, volviendo rápidamente junto a Maia, para abrirlo y buscar lo indicado. Sin embargo, no halla nada, entonces ella lo ayuda a buscar porque, aunque ella realmente no recuerde en dónde los puso, suele guardar las cosas siempre en el mismo lugar, así que puede al menos sugerirle un lugar a escudriñar. —Quizás estén dentro del cuaderno.

Marko busca entonces el cuaderno y lo encuentra rápidamente, lo abre y ubica los sobres.

—Aquí los tengo. —Y se los muestra a Maia, que los ve y asiente tristemente.

—Dentro de cada sobre están las direcciones y los teléfonos de las personas a quienes se los enviarás. Es muy importante que lo hagas, ¿okey?

—Sí. Muy bien. Me haré cargo, no te preocupes.

—¿Encontraste el regalo?

—Sí, ¿este?

—Sí. Tiene el nombre escrito detrás, envíalo con la carta.

Él examina los sobres, identifica el correcto y lo pone dentro del envoltorio del regalo.

—Esas son las cartas que escribí cuando supe que estaba enferma. Eran para ser entregadas después de... ya sabes, pero supongo que será mucho antes de lo que esperaba.

—Quizá.

Maia comienza a empeorar rápidamente y palidece empezando a sufrir desvanecimientos cortos. Marko se impacienta, toma su mano y la sacude frecuentemente para mantenerla despierta.

—Necesitamos que la ambulancia llegue rápido. —Se lamenta él.

—Ya te dije que no importa, no sientas pena por mí, Marko, no me importa morir. Tuve una vida buena. Mi único reproche es no haber hecho las cosas que siempre quise hacer... como afeitarme

la cabeza.

—¿Por qué querrías afeitarte la cabeza?

—No lo sé... ¿Sinead O'Connor?

—¿En serio?

—Sí, creo que se me vería muy bien.

Los dos sonríen.

—¿Cómo es eso de amar y no saberlo?

—Es una historia larga y no creo tener ya tiempo para contártela toda.

—Trata. ¿Quién es él?

—Ella.

—¡Oh! *Okey*, entonces ella, ¿quién es?

—Alguien a quien perdí.

—Lo lamento...

—No. No lo lamentes. Fue mejor así... Me tomó tanto tiempo aceptar que me amaba, que... la dejé ir. Me entregué a la derrota antes de que llegara.

—No te rendiste, solo no lo sabías. Es entendible.

Maia guarda silencio y se desvanece. Marko empieza a desesperarse, y nervioso, mira hacia la carretera esperando ver llegar la ambulancia.

—¡Maia!, ¿Maia? ¡Vamos!, cuéntame tu historia. Cuando dijiste que solemos despertar de los sueños solo a golpes, ¿te referías a esto?

Maia regresa y lentamente recupera la consciencia abriendo los ojos con dificultad.

—¡Vamos!, cuéntame. Cuando dijiste que despertamos de los sueños solo a golpes, ¿hablabas de esto?

—¡No!, nada así de drástico —sonríe débilmente—, me refería a su boda.

—¡Oh!... *Okey*. Así que ¿se casó?

—Sí. Con un buen amigo a quien también perdí... Nunca pude verlo a la cara otra vez.

XXIX

DOS DÍAS ANTES DE LA BODA

Maia entra a su habitación en la que, a excepción de la cama y la contestadora olvidada en un rincón, ya no queda nada más. El teléfono suena insistentemente en un rincón del piso y mientras comienza a desvestirse, mira el identificador de llamadas y lee: Dante Adamaris. No reacciona. Se queda inmóvil, incapaz de contestar, como una estatua de sal mirando el aparato atender la llamada hasta que el mensaje se escucha en la habitación en altavoz:

—Deja tu mensaje —dice la contestadora con la voz de Maia.

—Hola, Meme. Eh... bueno, te he estado llamando desde hace semanas pero no te he podido contactar y tu celular parece desconectado. Quisiera hablar contigo, te he extrañado. Me dijeron que te mudas y no lo sabía... No entiendo por qué no me lo habías dicho. Esperaba que compartiéramos muchas cosas antes de la boda y... en fin. Llámame cuando puedas... Okey, bye.

Maia suspira profundamente y, luego de un momento en el cual parece librar una pequeña batalla interior, borra el mensaje. Inmediatamente después exhala el esfuerzo emocional y se sienta exhausta sobre el borde de la cama, hunde la cara entre sus manos y se frota en un vano intento de aliviar la culpa que siente por haber hecho algo de lo que nunca se creyó capaz y que ahora, aunque no se arrepienta, la tortura constantemente. A veces estamos obligados a aprender a vivir con las cosas que hemos hecho, nos lo reprochemos o no, porque el pasado no puede cambiarse y en el ahora, solo nos quedan dos opciones: aprender a vivir con lo que hicimos y perdonarnos o lamentarlo y vivir con el peso de la culpa a costas hasta el final. Es así.

Al día siguiente, Maia, Claudia y Sabina desayunan en un pequeño café con vistas al lago. Suelen ir en esta época del año porque el clima es fresco y el ambiente informal del lugar las ayuda a relajarse los domingos por la mañana.

Ese día, el viento sopla suavemente moviendo las hojas de los árboles que emiten un bello susurro al juntarse y acariciarse. El agua tranquila del lago se mueve acompasada con la brisa y el cielo despejado hace que el día luzca brillante y cálido. Es una bonita mañana aunque, para ellas, la vida ese día, no concuerde con la calma y la belleza de todo lo demás.

Tienen rato conversando y han llegado a un punto importante del tema sobre el cual discutían. Claudia parece preocupada y Sabina, aún con los cubiertos en la mano, luce bastante sorprendida. Maia, en cambio, come su desayuno sin parar, prefiere no darle importancia.

—Pero ¿cuándo? —pregunta Claudia con sorpresa.

—Ayer —contesta Maia indiferente.

—¿Y qué le dijiste? —inquire Sabina intrigada.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Algo tuviste que haberle dicho —porfía Claudia.

—No le dije nada —insiste Maia—, no atendí la llamada.

—Y... entonces, ¿qué vas a hacer?

Maia hace una pausa en su comida, se recuesta, alcanza su taza de café, bebe un poco y la devuelve a la mesa. Todo con una calma que a ellas se les escapa.

—Todavía no lo sé —contesta relajada, luego suspira y retoma la comida.

—Pues, vas a tener que saber muy pronto qué es lo que harás, porque la boda es en menos de veinticuatro horas. —Le advierte Claudia con seriedad.

—Piénsalo bien, amiga —interviene Sabina—, no creo que valga la pena que te hagas pasar por

eso. Sería más fácil y mucho mejor para ti que ya dejaras esto como está y te vayas.

—Bueno, no sé si dejar todo así sea lo mejor —opina Claudia—, pero sí creo que no deberías hacerte pasar por esto. Yo sé que no quieres ir, entonces: ¿por qué te empeñas en ir? Es lo que no termino de entender.

—Es que... creo que debo ir.

—Pero ¿por qué? —insisten Claudia y Sabina a coro.

—Porque ya no tiene ningún sentido que lo haga preguntarse por qué no fui. Es decir, ya nada más va a pasar. Yo me iré y cuando me haya ido, tendré la seguridad de que para él esto nunca habrá pasado. Es la mejor manera de no herirlo.

Claudia no dice nada, pero niega con incredulidad y mueve la cabeza desaprobando lo que acaba de escuchar. Sabina la secunda en silencio, pero ya parece imposible convencer a Maia de hacer lo que es mejor para ella, y las dos guardan silencio un momento, mientras terminan de desayunar.

Sin embargo, para Claudia, callar rara vez es posible. Cuando cree tener la razón, no hay poder en el mundo que pueda impedir que diga lo que cree, así que explota mansamente con un reproche que ha guardado por un buen tiempo:

—¿Cómo puedes perdonarla después de todo lo que te ha hecho?

Maia no contesta, no dice nada.

—¿De verdad crees que será feliz? —pregunta Sabina.

—Estoy segura de que no —sentencia Claudia.

—No lo sé —contesta Maia con un tono molesto y golpeando la mesa con los cubiertos para advertirles que no aceptará ningún juicio.

—Simplemente no te entiendo, Meme. —Le reclama Sabina.

Maia se encoge de hombros.

—Bueno... yo misma no me entiendo. No es como si esto me hubiese pasado tantas veces que ya sé exactamente lo que se debe hacer.

—No es lo que quise decir.

—No, en serio —insiste Maia—, la verdad es que no tengo ni idea de qué coño estoy haciendo y honestamente, me cuesta seguir con mis sacrificios para bien de los demás o para simplemente —y dibuja comillas en el aire— hacer lo correcto, cualquier cosa que eso sea. ¡Ya ni siquiera sé qué es lo correcto!, pero, supongo que a estas alturas ya no tiene sentido desaparecer y hacer que él se pregunte por qué. Eso solo lo confundiría. No. No tiene que ser así, no tiene sentido que él lo sepa... Además, yo desapareceré pronto de todas maneras.

Sabina y Claudia no dicen nada.

—Mira el lado bueno —dice Sabina de pronto—, no vivirás mucho con esto auestas.

—¡Sabina! —La regaña Claudia horrorizada— ¿Cómo puedes decir esas cosas? A veces, de verdad creo que tienes más de trapo que de gente.

Maia sonríe a pesar de algunas mansas lágrimas que caen de sus ojos, hoy más claros. Y Sabina y Claudia, aunque confusas, terminan por sonreír tristemente también.

UN DÍA DESPUÉS DE LA BODA

Marko ha escuchado perplejo la resumida historia que Maia le ha querido contar y se sorprende por lo complejo de la situación aunque, en el fondo, culpe a Caterina de todo lo malo. Lamenta que para Dante tantas cosas permanezcan ocultas, y siente mucha compasión por Maia, quien hoy parece haber perdido absolutamente todo.

—¿Y fuiste a la boda? —Le pregunta consternado.

—Sí.

—¿Y...?

—Todos tenían razón, no debí haber ido. Morí un poco ese día... Y ella no... Ella... parecía tan feliz...

—Lo siento mucho —dice Marko conmovido—, pero no entiendo cómo puedes seguir sintiendo amor por ella, es decir, es una...

—No, no lo es.

—¡Vamos! No puedes justificarla después de todo lo que pasó.

—No lo hago. No. Es solo que conozco bien el miedo y sé que nos rompe, nos desfigura, nos convierte en monstruos.

En la distancia, el sonido de sirenas advierte que la ayuda está llegando.

—Esa debe ser tu ambulancia, ¿ves?, ya vas a salir de esto...

Pero Maia, en vez de hallar calma, se asusta.

—¡Oh, no! ¡Dios mío, no! —exclama llena de pánico.

Y no es que no quiera salvarse, es solo que había hallado paz en la idea de morir de otra manera que no fuera consumida por la enfermedad y, sin embargo, la idea de morir en sí no había podido asimilarla; creyó que el no ser capaz de imaginar su vida fuera de ese amasijo de hierros era aceptar que el momento de partir había llegado, pero no, únicamente estuvo evadiendo su realidad interior, una muy íntima y sin compartir: no quería morir. Esa era su verdad. Creyó haber hallado la paz suficiente para irse sin reproches, pero solamente había conseguido aceptar un destino inexorable, algo muy distinto de sentirse preparada para partir. Por eso las cartas, los regalos, las notas, los envíos y los libros. Temía irse, desaparecer y que ya nadie la recordara. Así que, decidió enviar a las personas más importantes de su vida sus partes más preciadas como una forma de quedarse con ellos, aunque nada más fuera un poco.

Los libros para su hermano, una carta para África y toda su música; una carta para su madre y todas sus fotos y tesoros familiares. A Caterina le dejaba un libro, uno que ella misma escribió y que apenas tuvo tiempo de ver publicado... y la carta, claro. Nada más. No había nada más que ella pudiera dejar, porque esas cosas la resumían, todo eso era ella.

Hace algunos años había congelado sus óvulos temiendo que la decisión de tener un hijo la asaltara un poco tarde, pero ahora todo quedaría olvidado, congelado para siempre en un momento insalvable de su historia.

Su mente da vueltas a toda velocidad repasándolo todo, preguntándose si hizo bien o mal, asegurándose de no dejarse olvidar. Marko ve sus ojos claros moverse con nerviosismo y se da cuenta de que Maia comienza a agitarse demasiado y no puede permitirlo, así que procura calmarla hablándole mientras los paramédicos llegan en su auxilio:

—Ya no tardan, en cualquier momento aparecerán para sacarnos de este espantoso aprieto. Será solo un momento, ya verás. ¡Tranquilízate por favor!... Todo saldrá bien... No te agites, debes

permanecer en calma para no entrar en shock.

Maia lo mira a intervalos rápidos y asiente pero, casi de inmediato, vuelve a empezar a llorar y ya Marko no sabe que más hacer o decir que pudiera ayudarla.

Los paramédicos finalmente llegan, los bomberos también, y con todos ellos un torbellino de gritos y ruidos se apodera de toda la situación haciendo que los curiosos quieran acercarse para ver todo en primera fila. Al instante, la policía se ve obligada a poner orden al tráfico y mucha distancia a las personas que pretenden quedarse a mirar.

Un paramédico llega hasta ellos cargando el equipo de primeros auxilios y asomándose apresuradamente por la ventana del auto volcado para establecer la gravedad de la situación. Marko debe echarse a un lado para darle espacio, mientras este trata de entender cuál es el estatus físico de Maia. Casi al mismo tiempo, saca sus instrumentos del bolso y da inicio a un incomprensible proceso de auxilio, en el cual habla por radio, con la central del hospital, y hace preguntas a Marko y a Maia sobre el cómo, el cuándo y el porqué; lo que siente ella, lo que ha visto él. Y de allí y en adelante, todo es confusión, miedo y dudas.

—No se preocupe. —Le dice el paramédico a Maia—, haremos todo lo que esté a nuestro alcance para sacarla de aquí.

Y luego a Marko:

—¿Es usted amigo o familiar?

La pregunta toma a Marko por sorpresa y debe pensarlo un segundo para responder:

—Familiar, soy su primo —dice mintiendo para poder acompañarla hasta el fin, porque no está dispuesto a dejarla sola en medio de este horrible asunto de final tan inminente e incierto.

El paramédico evalúa los signos vitales, examina el abdomen con dificultad, desliza con cuidado un collarín alrededor de su cuello y le pone en el brazo una vía intravenosa con solución fisiológica y medicamentos que lo ayudarán a estabilizar la situación.

—¿Cómo se llama? —indaga secamente mientras hace todo lo demás.

La pregunta, Maia lo sabe bien, inicia un protocolo que los paramédicos usan para determinar el estado mental del paciente y otros síntomas de acuerdo con la situación, y ella no quiere lidiar con otra ronda de preguntas, así que resume la información:

—Me llamo Maia Luken, tengo 33 años, hoy es 18 de mayo y tengo cáncer. Me pareció ver un animal en la vía... —termina queriendo explicarse.

El paramédico la mira un segundo, pero no reacciona de ninguna manera, parece funcionar en piloto automático.

—Okey, Maia, ¿puedes decirme entonces qué te duele? —continúa muy serio.

—No siento mis piernas, tengo frío y me está costando respirar.

Al término de esta última palabra, Maia parece desvanecerse ligeramente y el paramédico debe darle algunas palmadas suaves en las mejillas para despertarla. Marko, que los mira de cerca, abre los ojos casi por fuera de su susto y siente que el pecho se le aprieta bruscamente cuando la ve volver a la conciencia.

De inmediato, el paramédico toma su pequeña linterna y le examina los ojos, la hace seguir la luz con la mirada; luego, con una linterna más grande, verifica el estado de Maia dentro del auto y se preocupa, pero debe continuar su protocolo y estabilizarla, de lo contrario, no podrán moverla hasta la emergencia del hospital. Con cuidado, le pone a Maia una máscara con oxígeno y vuelve a mirar el interior del vehículo tratando de embutirse por el poco espacio que encuentra para identificar con certeza las heridas, examinarla y confirmar si hay hemorragias internas.

—¿Te duele esto?... —pregunta— ¿y esto?... ¿y esto?... Bien, ya terminamos. —Le dice inexpresivo. Y sin la intención de alarmar a nadie, les informa—: Sus heridas son muy graves.

—Pero ya no dice nada más, sino que toma su radio y comunica la situación en detalle a la central:

—Aquí cero veintiséis alfa a central 10-50

—Adelante cero veintiséis alfa, aquí central —contesta una voz femenina distorsionada por la frecuencia radial.

—Cero veintiséis alfa reportando 10-57

—Adelante. reporte cero veintiséis alfa.

—Tenemos un herido atrapado en vehículo por accidente de tránsito, a la salida cuatro de la autopista uno. Paciente femenino, Maia Luken, 33, heridas y hemorragia en piernas por aplastamiento parcial, trauma torácico con hemorragia intrabdominal de pérdida moderada. Presión 9/7 y bajando, pulso inestable. Estabilización de paciente, que ya está en curso, y es requerida para extracción y movilización.

—Copiado cero veintiséis alfa 10-4. Se autoriza procedimiento. Confirme movilización.

—Gracias, central, 10-4. Equipo de rescate en lugar, tomará un poco de tiempo, confirmación en espera. Cero veintiséis alfa, fuera.

—10-4 copiado cero veintiséis alfa. Fuera.

Un bombero se acerca:

—Roberto —dice dirigiéndose al paramédico con un tono que intenta ocultar el apuro y la urgencia—, ¿ya podemos comenzar aquí? —Le consulta queriendo saber si Maia ya ha sido estabilizada para iniciar el trabajo de rescate.

El paramédico asiente, pero de inmediato se levanta para hablar con el bombero sobre lo que habrá que hacer para poder sacarla. El equipo de rescate ya ha evaluado todas las alternativas, mientras la estabilizaban y discuten las mejores opciones para rescatarla.

El lugar que Roberto, el paramédico, deja momentáneamente junto a Maia es ocupado por Marko, quien regresa a su lado para tomarla de la mano y confortarla.

Un par de minutos después, Roberto regresa con la información.

—Bien, esto no debería tomar mucho tiempo, Maia. El equipo de bomberos cortará el auto y te sacaremos de aquí muy pronto, no te preocupes.

Maia asiente, pero no dice nada, únicamente llora profusamente y lucha por respirar entre los espasmos y el dolor que el llanto le provocan. Entonces, el paramédico se acerca a Marko tocándolo en el hombro para pedirle que venga con él un momento y los dos se alejan un segundo.

Roberto suele ser muy seco en su trabajo, pero es un hombre sensible y quiere repetirle a Marko la información porque, lo que harán representa un gran riesgo para la vida de Maia, y necesita asegurarse de que él lo entienda. Además, luego no quiere problemas, así que es muy claro al notificarle del plan:

—Tendrán que cortar el auto para poder sacarla pero, al hacerlo —dice con gravedad—, es posible que no tengamos tiempo de contener las hemorragias que en este momento están contenidas por la presión del auto sobre las piernas. No estamos seguros de nada, porque no podemos calcular la gravedad de las heridas en sus extremidades inferiores que, sin poderse evaluar bien, ya se ven muy mal.

Marko entonces lo mira abriendo los ojos por toda su cara. Roberto mueve la cabeza asintiendo para preguntarle si ha entendido. Marko apenas y asiente.

—¿Hay algo que desee decirle antes? Deberá ser rápido porque ellos ya tienen casi todos los equipos en su lugar.

Marko lo piensa un segundo, pero no sabría qué decir, apenas y la conoce, aunque ahora desee haberla conocido antes de esta tragedia.

—No —dice al final—, está bien.

Sin embargo, Maia ahora ha cambiado de opinión sobre algunas cosas y al regresar Marko, le pide un nuevo favor:

—Quisiera un momento, solo un momento, antes de que todo empiece.

Marko no sabe qué decirle y mira a Roberto solicitando una respuesta. Él lo mira, asiente y le hace un par de señas al equipo de rescate. Nos avisarán —dice luego a Marko—, y se sienta junto a ellos para continuar monitoreando el estado de Maia. No quiere perderla antes de sacarla de allí porque cree que nadie debe morir en la calle, es algo que decidió años atrás, cuando vio a los maleantes de su calle morir uno a uno abaleados sobre el asfalto. En esa época decidió que las personas decentes no deberían morir en la carretera, como las que no lo son, la muerte debería ser digna para alguien que ha vivido una vida buena. Al menos así lo creía él.

Marko está a su lado tomando la mano de Maia, preocupado y conmovido, llorando de vez en vez.

—Gracias por hacer esto. —Le dice ella apretando su mano—. Y luego sigue: cuando todo haya terminado llama a Claudia Coletta. Su número está en mi teléfono... Ella sabrá qué hacer conmigo.

Marko asiente y comienza a llorar tan intensamente que, incluso él, se sorprende de cuán conmovido está.

El mismo bombero de hace un rato se acerca nuevamente:

—¿Están listos? Los hombres ya tienen todo preparado para sacarla de aquí.

Maia y Marko se miran entonces con tristeza.

—Deme solo un minuto más —pide Maia—, hay algo que necesito decirle.

El bombero asiente y se retira unos pasos para unirse a su grupo, que aunque parece muy impaciente, mira la escena con pena. Saben que las probabilidades de salir de allí con vida son muy pocas, así que le conceden un minuto más porque es lo más humano.

—Dime —dice Marko—, te escucho.

REVELACIÓN

En la sala de espera del aeropuerto internacional, Caterina está de pie junto a una ventana esperando cerca de la puerta de embarque la llamada para abordar el vuelo. Luce triste y lejana observando muy callada el movimiento de los aviones y el personal sobre la rampa; y, sobre todo, luce muy triste para ser una recién casada que espera la salida de su vuelo de luna de miel a un paraíso caribeño.

Dante, en ropa deportiva y un poco desarreglado, llega hasta ella con dos cafés, le entrega uno y ella lo recibe en silencio sin notar que él ya comienza a preocuparse.

—¿Te sientes bien? —Le pregunta intrigado.

—Sí. Es solo que estoy un poco cansada. Nada más —contesta ella distraída.

—Bueno, ya no debe faltar mucho para abordar y algo se podrá descansar durante el vuelo, aunque no sea tan largo.

Caterina sonrío forzosamente pretendiendo haber puesto atención a lo que él acaba de decir, pero no dice nada más, guarda silencio y devuelve su mirada meditabunda hacia la rampa soplando y sorbiendo el café.

Él se extraña, pero supone que de verdad está cansada, como le ha dicho, y se retira para sentarse a tratar de hundirse en una revista de tecnología. Pero, no puede concentrarse, algo le dice que a su mujer algo le pasa, además del cansancio, solo que no le es posible imaginar qué puede ser. Así que finge leer mientras, disimuladamente, observa a su esposa, queriendo de adivinar lo que pudiera estarle molestando sin que se le ocurra ninguna razón. Y es que, Dante no puede saber lo que realmente está pasando dentro de la cabeza de su reciente esposa, porque la realidad que está viviendo no coincide con la de ella y, sin esa conexión, es imposible imaginar nada, mucho menos, deducir alguna cosa. Él no lo sabe todavía, pero no tiene ni la más remota idea de lo verdaderamente lejos que se encuentra de ella, ni del abismo dimensional que los separa.

Mientras tanto, pegada a la ventana y aparentando disfrutar del paisaje aeroportuario, Caterina, en realidad, se ha ido muy lejos. Se encuentra haciendo muchos viajes en el tiempo y visitando los pocos recuerdos de la felicidad que ha decidido no tener nunca más. Repasa su vida y empieza a darse cuenta de que ha perdido mucho —demasiado, quizá— sin siquiera sentir que tiene claro algún porqué. Como buena creyente de las “señales” que la vida nos da, tiene mucho tiempo esperando por una, cualquiera, cualquier impresión, la que sea. No solo busca su señal con convicción, sino que la espera con ansiedad. Y aunque todavía no la haya visto o eso crea, la busca porque necesita saber que no ha cometido el peor error de su vida y no tiene otra manera de obtener esa certeza que siente que necesita para continuar.

Cree que ha hecho lo correcto, pero entonces ¿por qué siente que no es así? Y, como no se siente capaz de responder sola a esa pregunta, se limita a revivir el pasado buscando respuestas, consuelo y fuerza. Entonces recuerda aquella tarde en el Paseo del Lago con Maia, aquel bello día que pasaron comiendo panes con salchichas, tomando café y caminando como dos enamorados que aún no saben que lo están. Recuerda todo claramente: las miradas, los roces accidentales, su sonrisa, su mirada; el color de sus ojos claros iluminados por el sol, sus gestos de profesora cuando explica algo. Todo está tan nítido en su memoria, que le es difícil disimular el choque emocional. Da algunos pasos sin rumbo y se aleja otro poco, buscando evitar que él la vea secando lágrimas. Y luego regresa a ese día.

Era un fin de semana. Ella y Maia habían salido a desayunar y aunque ese hubiese sido el único plan, después de comer se quedaron hablando por horas como solían hacer siempre y, pasada la hora de almuerzo, Maia la había invitado a comer junto al lago. Al llegar, se sorprendieron de lo hermoso de aquel día en particular. Todo lucía brillante y alegre, con los niños aprendiendo a volar cometas y paseando con globos de colores o en bicicleta. La simple mezcla del sol resplandeciente con el azul del cielo y el viento fresco viniendo de los confines del lago las hacía sentir que era posible respirar felicidad.

No tardaron en llegar al puesto de comida, uno ya tradicional por los años que llevaba en el mismo lugar. Recibieron su orden y caminaron hablando, comiendo y riendo, mientras cruzaban el parque hasta encontrar la orilla. Una vez frente a la playa, buscaron sentarse en una banca para terminar la comida con la brisa marina refrescando y perfumándolo todo. Nada podía ser más perfecto que ese día —piensa—. Y entonces recuerda la conversación que tuvieron:

—¿Cómo? —Le pregunta Caterina con cara risueña de horror.

—Bueno, Cat, el amor es así —dice Maia encogiéndose de hombros.

—¿Así cómo, pues? ¿Ciego, sordo y bruto?

Las dos se ríen.

—No —corrige Maia entre sonrisas—, el amor es como un elefante.

Caterina entonces estalla en carcajadas:

—¡Ahora sí, pues! ¿Un elefante?

—Sí.

—*Okey*, explícate.

—Bueno —expone Maia—, un sabio mete en un cuarto oscuro a un elefante y les pide a seis discípulos que pasen, toquen y describan lo que hay en el cuarto.

—¿Estás segura de que tu respuesta tiene que ver con la pregunta?

—¡Claro que sí! No me interrumpas y pon atención: los seis discípulos van pasando y el que tocó una pata dice que es una columna, el que tocó la cola dice que es una soga, el que tocó una oreja aseguró que era "algo como un tapete", luego el que tocó el costado dice que es un muro, uno tocó la trompa y dijo que parecía una serpiente y el que tocó los colmillos dice que ha tocado un par de lanzas. Al salir el último discípulo, una discusión se arma entre ellos porque no logran ponerse de acuerdo sobre qué es lo que hay dentro del cuarto. Así que el maestro los lleva de regreso, enciende la luz y todos se sorprenden de ver que todos habían tocado a un único y mismo elefante^[5].

—¿Qué?... ¿Y por qué eso tiene sentido?

—Porque el amor es como ese elefante del cuarto oscuro. La mayoría de la gente es capaz de ver únicamente un lado de todas las cosas y se niega a cualquier idea que —quiera— le sugiera que su entendimiento del mundo está equivocado. Las personas no pueden entender sino el mundo que han tocado, Cat, el que han experimentado. Nadie puede reconocer lo que nunca ha visto ni sentido. Y todos creen conocer el amor porque creen que el amor es algo simple que puede ser reducido a una sola idea, a una sola experiencia. El amor es multidimensional y complejo; y por eso a veces uno no lo reconoce. Mira: la realidad consiste en nuestra manera de experimentar el mundo y hay que estar abiertos a la idea de que pueda ser distinta para los demás. La realidad es subjetiva, pero eso no significa que cuando no reconoces el amor, el elefante no exista, ni que sea una columna o una lanza. Significa que no puedes negar que existe solo porque tú no puedes reconocerlo, así, como la realidad ajena. El elefante es solamente un ejemplo de lo limitado que es nuestro entendimiento de todas las cosas. Pero, el amor de elefante —y sonrío con picardía—, está allí, frente a ti, barritando que existe.

Caterina la mira confundida.

—Ya va, pero ¿qué es barritando?

Maia se ríe. Esperaba un comentario sobre su larga disertación.

—El sonido que hacen los elefantes se llama barritar, Cat —le responde risueña.

—Ah, *okey* —responde Caterina pensativa. Y luego de callar un segundo vuelve—: Meme, ¿de dónde sacas estas cosas?

—Me aburro mucho —contesta Maia encogiéndose de hombros.

Caterina abre los ojos junto a la ventana y la sonrisa de Maia desaparece sobre las rampas del aeropuerto. Sonríe con nostalgia y empieza a llorar sin sobresaltos, calmadamente y en silencio. No quiere que Dante se dé cuenta, así que decide caminar un poco más para estar tranquila. Sin embargo, Dante la sigue con la mirada y la observa curioso, desde su silla, sin que ella lo note. Está seguro de que algo pasa.

Habiéndose ya alejado algunos unos pasos, Caterina se seca la cara y se detiene al otro extremo de la ventana apoyando su espalda sobre el vidrio. Mira a su alrededor y, sin motivo alguno, su mirada queda anclada en un chiquillo que camina apresurado tomado de la mano de su madre. Al principio no lo ve, pero no tarda en notar que el niño lleva en su otra mano a un elefante gris de peluche y, al darse cuenta, siente vértigo, siente que cae desde muy alto y como si algo, parecido a un duro golpe, le quebrara el pecho. Entonces se tapa la boca para no gritar con desesperación lo que siempre ha sabido. Niega con la cabeza y llora de asombro por lo que ha hecho. Entre lágrimas, busca a Dante con la mirada y lo halla de pie mirándola con horror y confusión, las manos abiertas con las palmas hacia arriba como un gesto de angustia.

—¿Qué pasa? —murmura confundido desde su lugar, pero ella no puede escucharlo.

Ha encontrado la señal que buscaba y ahora tiene la certeza de haberse equivocado, tanto, que no sabe si podrá rectificar. Ahora lo sabe... sabe con seguridad cuál es su lugar y no es ese.

En ese mismo momento, en el lugar del accidente, Maia acaba de terminar de grabar un mensaje para Caterina en la grabadora portátil de Marko, mientras que todo el personal de auxilio espera listo la señal que dará inicio a la riesgosa operación de rescate y movilización. La maquinaria, los radios y las voces suenan sin parar y comienzan a confundirse en la cabeza de Maia, quien ya casi no es capaz de mantener la conciencia.

El jefe del equipo de bomberos se acerca nuevamente a Marko y golpea suavemente su hombro con la intención de animarlo, los dos se miran y asienten. El rescate, finalmente, comenzará.

—Pon la grabación. —Le pide Maia.

Marko asiente, saca otra vez su grabadora, la pone en el suelo junto a ella y presiona *play*. La voz de Maia empieza a sonar junto al ruido y los radios y las voces y todo termina por juntarse en una sola pista de ruido inentendible. Él la mira asustado y confundido por un momento, sin poder decidir si despedirse o alejarse en silencio.

—Anilam... —La escucha murmurar con la mirada fija en un punto del cielo. Así que, él mira arriba también, pero no entiende lo que ha querido decir.

—Maia... —Pero apenas y alcanza a decir su nombre cuando un bombero lo obliga a alejarse del lugar.

—No te preocupes —le dice Roberto—, yo estaré aquí.

Marko se aleja y deja la grabación andando junto a ella, pero Maia sabe lo que ha dicho, no necesita escuchar la grabación, solo buscaba algo en qué distraer su atención y ahora se imagina frente a ella:

—Hola, bella, nunca pensé que el día de tu boda sería la última vez que te vería, porque en el fondo siempre creí que habría más tiempo para reunir el valor de luchar y admitir todo lo que

sentíamos, pero, ya ves que no fue así. La vida se me terminó mucho antes. Te confieso que, tontamente, creí que estábamos destinadas a estar juntas y que nada cambiaría eso. No sabía ni cómo, ni cuándo, ni por qué, pero sucedería y, al final, tú serías para mí.

Un grupo de bomberos se encarga de empezar a cortar el auto y la logística los atrapa con complicaciones menores que los hacen gritarse unos a otros, tratando de sincronizar acciones.

—Pero, ahora no me puedo explicar —continúa la grabación—, cómo es que mi sentido común, mi razón, mi sexto sentido y todo, pudo fallarme por tanto tiempo sin que yo hubiese terminado, hace ya mucho, apachurrada por un amasijo de hierros.

El equipo de rescate, con un último esfuerzo que le exige toda la potencia a la maquinaria, finalmente termina de cortar lo necesario. El ruido y el ajeteo del personal se hace entonces intermitente mientras tratan de afinar los detalles. Marko ha procurado estar cerca de ella y desearía poder estar tomando su mano, pero ha debido mantener la distancia y mirarlo todo desde lejos con terror, pues esa especie de cizalla hidráulica gigante que han traído para cortar el auto y el ruido y el otro aparato lo han impresionado mucho. Los ojos de Maia destilan miedo pero se mantienen fijos en el cielo. No lo ha mirado, ni siquiera una vez, para que él pueda devolverle una mirada de ánimo. No. En cambio, su vista parece estar preparándose para el viaje.

Un par de minutos después, el bombero regresa:

—Ya la estructura está cortada, los paramédicos están casi listos para sacarla.

Maia asiente apaciguadamente, porque ya el terror que sentía se ha ido y todo lo que experimenta, en su lugar, es calma. No sabe por qué, pero la recibe agradecida.

El bombero se retira y comienzan a coordinar la manera de asegurar la estructura metálica para sacar a Maia y darle la atención médica de urgencia que tendrá que recibir de inmediato.

Marko aprovecha para acercarse nuevamente y en su expresión son evidentes su angustia y su miedo. La mira tratando de tranquilizarla, pero Maia ya no es capaz de ver el miedo en él, ni de sentir el suyo; finalmente ha conseguido la paz que buscaba para irse en calma.

—No me has dicho qué tipo de médico eres. —Le dice.

—Forense. —Contesta él con vergüenza.

Entonces, se miran en silencio un segundo tras el cual, no pueden evitar sonreírse.

—¡Qué conveniente! —ironiza Maia, tristemente.

Otro bombero se acerca:

—Ya estamos listos, tendrá que alejarse un poco más para que los paramédicos puedan hacer su trabajo. —Le indica a Marko.

Él asiente y mira a Maia con tristeza. Esta es la despedida, lo sabe.

Otro equipo de hombres termina de rodear el amasijo, tratarán de levantarlo para sacar a Maia por debajo.

—Trataré de estar lo más cerca que me sea posible. —Se despide Marko.

Él sabe que no es así, que no podrá acercarse otra vez, pero le miente al alejarse porque no sabe cómo decirle adiós. Maia asiente y, al perderlo de vista, regresa su mirada al cielo buscando aquella infalible estrella, la de África, y la encuentra... “Alnilam —murmura nuevamente con alivio— ...No es posible vivir así —sigue la grabación—, no es posible caminar las calles de esta manera; manejar y cruzar por las esquinas sin causar un accidente terrible. Cuando se anda sin vista, ni cabeza, ni razón ni lógica alguna; cuando vamos mirándolo todo únicamente a través del sueño que tan intensamente deseamos cumplir, a través del deseo de tus manos, de tu beso, no pareciera posible sobrevivir mucho tiempo. Espero que algún día seas capaz de entender que, para aquellos que no son capaces de vivir sus vidas con nada más que cobardía, la entrega precede largamente a una derrota que pudo evitarse. En la vida del vencido, la tristeza sustituye al

amor y la amargura a la felicidad. No permitas que eso te pase a ti. Lucha. Vive tu vida para ti porque, como ves, la vida a veces resulta muy corta. La vida termina, bella. Y soñar sin ir en busca del sueño, soñar sin lucha, no hace los sueños realidad”.

Ahora, solo y a un lado de la autopista, Marko comienza a llorar intensamente.

Los paramédicos toman posiciones alrededor de Maia y comienzan a colocar todo tipo de equipos de auxilio médico al alcance para atenderla, sin perder tiempo.

El jefe del equipo de rescate se dirige entonces al grupo:

—Muy bien, señores, ahora levantaremos la parte superior que hemos cortado para ver y evaluar la mejor manera de sacarla. Debemos mover todo con cuidado porque no sabemos, con seguridad, cuál es la situación.

El equipo de hombres asiente y toma posición. Marko escucha atentamente la explicación y asiente en silencio.

Roberto, que está junto a Maia encargado de la camilla, la mira sin perder las esperanzas y le pregunta:

—¿Estás lista?

—Sí, le dice ella, sin dudar.

Y ambos se confortan con la mutua compañía.

—Gracias. —Le dice ella al final, justo antes de todo. Y él solo puede asentir.

Los hombres inician la cuenta a coro una vez más: “Uno, dos tres...”. Y cuando remueven los escombros, Maia tiene que apretar los dientes y gruñir poderosamente para contener el dolor haciendo un esfuerzo tal, que se le acelera la fuerte respiración.

Ha quedado parcialmente libre y el equipo de paramédicos se apresura a evaluarla. Roberto se acerca apresuradamente al lugar de las heridas, pone un torniquete rápidamente y la examina con detalle para, de inmediato, convocar al resto del equipo y explicarle:

—Las piernas están atrapadas bajo el motor, hay que tratar de sacarla, levantándolo. Si eso no funciona, entonces tendremos que moverlo de alguna otra manera, pero hay que estar preparados para contener hemorragias en arterias y venas lo antes posible —advierte a su compañero paramédico—, porque es el peso del motor sobre las heridas lo que parece haberla mantenido viva.

El equipo asiente y coordina, algunos están impresionados por lo particular de las heridas, pero no hay tiempo para pensar en eso y pronto se enfocan en lo que debe hacerse.

Roberto regresa junto a Maia y le explica:

—Vamos a tratar de sacarte jalándote cuando ellos levanten el motor.

Maia no responde. Él se preocupa y revisa con la pequeña linterna sus pupilas. Un compañero lo mira con atención:

—¿Está estable? —Le pregunta.

—No —responde preocupado—, está a entrando en *shock*.

Una nueva cuenta de tres se escucha con fuerza y a coro: “¡Uno, dos, tres!”. El motor se levanta, Maia emite un desgarrador grito de dolor y luego nada. Silencio. Sus ojos abiertos mirando al cielo y nada más.

—¡Está libre! —celebra Roberto al ver que las piernas de Maia fueron inesperadamente liberadas—. ¡Todo listo, vamos a sacarla de aquí! ¡Vamos, rápido, rápido, señores!

La sacan y un caos de gritos, pinzas, gasas y movilización comienza para atenderla lo más pronto posible, sin embargo, es mucha la sangre y Maia, finalmente, entra en *shock*.

Marko se apresura a recoger la grabadora y corre a su lado para tomarla de la mano tan pronto tenga la oportunidad.

Los paramédicos luchan desesperadamente por contener las hemorragias y, por un momento, parecen lograrlo. Pero, Maia continúa desvanecida, su mirada fija en el cielo estrellado.

Cuando todo parece controlado, la ponen con urgencia sobre la camilla y la llevan hasta la ambulancia.

“Nadie puede decirnos cómo amar ni a quién —dice la solitaria grabación que sigue sonando, en la mano de Marko—. Recuerda siempre que nacimos con el alma libre y que cada grillete alrededor de un corazón es siempre autoimpuesto, pero nunca congénito. No sientas pena por mí, recuerda siempre que mi vida estuvo completa: sembré un árbol en cada amigo, escribí un libro y tuve tiempo para amar una vez”.

Dentro de la ambulancia, la mirada de Maia está fija en el techo interior, pero lo único que ella realmente ve, es el cielo:

—El amor es como un elefante —murmura, pero nadie la escucha.

Marko sube a la ambulancia mientras los paramédicos la aseguran y, están estabilizándola, cuando el monitor cardíaco dispara las alarmas y se une al concierto de ruidos de todo lo demás.

Alguien cierra las puertas y la ambulancia arranca a toda velocidad, pero ya es tarde. Un par de lágrimas cae de sus ojos claros, y un segundo después, sus pupilas se dilatan por última vez y para siempre.

Marko palidece y se queda petrificado. Derrama sus lágrimas sin vergüenza. Lloro. El personal paramédico se desespera por revivirla y todo tipo de indicaciones son dadas y todo procedimiento posible es intentado. Golpean su pecho, dan choques eléctricos del resucitador. Pero, ya Maia se ha ido y la batalla se ha perdido.

En el lugar del accidente, algunos miembros del equipo de rescate se han quedado lamentando la triste situación. Han hecho todo lo que han podido y, aun así, no creen que hayan logrado salvarla.

En la ambulancia, ya todo es silencio. Marko, Roberto y el otro paramédico, escuchan la grabación terminar: “...sé feliz, es lo único que importa. Y toma siempre decisiones que ayuden a sostener esa felicidad. Vive tu vida para ti, crece, ama mucho y sin miedo; entrégate, apasionate; llora cuando quieras, ríe cuanto puedas; baila, cuida que no te hagan daño y no lo hagas... la vida es muy corta y cuando termina, no hay segundas oportunidades. Adiós, bella”.

Marko está devastado, de pronto repara en la grabadora y la apaga para entregarse a la conmoción. Lloro. Se aflige por todo lo que pudo ser y acaba de desaparecer. Siente mucho no haberla conocido antes y, al mirarla yaciendo sobre la camilla, ya sin vida, se apena por los amores que su corazón ya no sentirá, los amigos que la extrañarán; lamenta que ya no podrán hacer juntos un chiste sobre raparse la cabeza, ni volverá ella jamás a pedirle que la ayude. No entiende bien las razones para sentirse así, como si acabara de perder a una amiga muy querida, pero quizá es porque aceptó, sin dudar, un lugar en el momento más definitivo de su vida y cumplió con él, no le falló. Hizo lo que solo un amigo haría, porque, en su cabeza, ese es un lugar que únicamente un buen compañero puede ocupar; uno de esos amigos que has querido toda la vida y con quien has compartido infinitas cosas. Hoy, ese lugar lo ha ocupado él. Así que no hay dudas de que fueron amigos aunque el cariño haya sido uno muy breve, pues el afecto no lo determina el tiempo, sino la entrega. Entonces entiende que puede sufrir sin confusión la pérdida de una querida amiga, y que pueden dolerle las tantas posibilidades que han sido arrancadas por esta trágica muerte, extemporánea y grotesca, como todo lo que apaga amistades, juventudes y amores.

CAPÍTULO VII

MŪTUS

Latín. —a —um: mudo, privado de la palabra,

silencioso, callado.

XXXII

JULIO, 2008

Caterina espera a Marko en el Paseo del Lago. Está en el malecón de cara al viento, y cierra los ojos para dejarse acariciar por la fresca brisa.

Se siente libre.

Por primera vez, desde que conoció a Maia, se siente en libertad y le parece un sentimiento extraño, uno que le es difícil de aceptar estando así, sola y sin ella.

Tan pronto se sintió liberada de aquella pesadilla que se estaba obligando a vivir, en lo único que pudo pensar fue en ella, porque pese al dolor y el daño que sabía que había causado, no le era posible imaginar otro lugar al que sintiera tanta alegría de volver como a su lado, junto a su Maia. Ese era el lugar al cual pertenecía y deseaba volver allí más que nada. Así que, esa misma noche, llamó y llamó, una y otra vez sin rendirse, mientras trataba de pensar por dónde empezar a retomar su vida después de este monstruoso desastre emocional que sus miedos habían causado. Sin embargo, como ya lo hecho no podía ser cambiado y ahora solo se construiría lo nuevo, quería enfocarse en únicamente eso y nada más. Así que pasó la noche marcando el número de Maia, sin lograr hablar con ella. Necesitaba decirle, contarle que sí, que siempre tuvo razón, que su amor bastaba; que sus fuerzas, finalmente, le habían alcanzado para tomar las decisiones que sabía que debía haber tomado antes, pero que tomaba ahora con la única y sola idea de volver a estar con ella. Pero nunca habría podido imaginar lo que había pasado, ni mucho menos que era Marko quien veía su nombre aparecer en la pantalla del teléfono de Maia, una vez detrás de otra, sin saber cómo responder a esa llamada, sin atreverse a hacer nada, sin saber qué sentir ni qué decir a nadie. Y es que, apenas y le alcanzó el valor para llamar a Claudia desde el hospital y decirle, contarle lo sucedido y pedirle que viniera a cumplir con las instrucciones que Maia había dejado para después, no muy lejos en el tiempo; pero no para ahora, para ese día a esa hora, cuando se suponía que iba de viaje camino a dejarle el auto a África con la esperanza de disfrutar del paisaje una vez más, antes de abandonar el país que tanto amaba. No era justo. Y prefirió llamarla desde su propio teléfono celular, porque no quería causarle la confusión de no saber quién hablaba desde ese otro número, si no era la misma Maia.

Esperar a Claudia se le hizo casi tan difícil como ver partir a Maia.

Y al recibirla en la morgue, no le fue difícil ver un poco de Meme en ella; o tal vez era la tristeza que las hacía lucir de la misma manera... o era solo él, que fue capaz de ver la tristeza en

ella de la misma manera en la que notó “eso” que lo hizo querer a Maia como la quiso en solamente un accidente. Porque, a veces, cuando la vida nos habla, nos permite también ver lo que es necesario para cambiar, porque solemos portarnos como Santo Tomás y no aceptamos lo verdadero a menos que podamos tocarlo.

Ser testigo de la reacción de Claudia ante la visión del cuerpo que debía identificar y reclamar, fue algo indescriptible para él. Y al verla sobre la camilla, así, sin vida, un aluvión de dolor pareció atropellarla sin que se lo esperara.

Le confesó después que creyó estar preparada pero ¡qué va!, nadie está nunca preparado para perder nada ni a nadie; solo quien se va pudiera estar listo y, a veces, ni siquiera ellos mismos lo están.

—No puedo dejar de pensar en aquel horrible chiste que siempre hacía sobre el verdadero nombre de Tribilín. ¿Lo conoces? —Le preguntó una triste Claudia a un Marko cabizbajo que la esperaba unos pasos más atrás.

—No, nunca lo escuché. —Le responde lento y hundido en su propio cavilar.

—Bilín, bilín bilín —murmura ella—. Era su chiste favorito.

Los dos sonríen la profunda tristeza de los chistes que Maia ya no hará y las lágrimas de Claudia inundan su cara como una catarata de lamentos derramados sin control. Lloro intensa e incontrolablemente tratando de recordar su despedida, pero no tuvieron una, porque Claudia siempre fue tan seca para los cariños, que antes no se permitió decir muchas de las cosas que debió decirle y luego prefirió no despedirse porque no sabía cómo lo haría o cómo podría. Hoy desearía haberlo hecho; haberse despedido, haberle dicho un “te quiero”. Nunca se lo dijo y no puede creerlo. Repasa toda una vida juntas y se da cuenta de que nunca, ni una sola vez, fue capaz de decirle cuánto la quería y se arrepiente. Debió decírselo cuando pudo, como cuando le dijo que estaba enferma y moriría o una de tantas veces, cuando debió consolar los dolores que le causó Caterina; cuando se emborracharon aquel día de feria o cualquier día; debió decírselo cualquier día, pero no pudo decirlo ni una sola vez. Ni una. Y llora. Lloro porque no es capaz de hacer nada más que llorar y lo que no se dijo ya nunca se dirá.

Finalmente, Claudia se hizo cargo de todo, aunque Marko insistió en cumplir con lo poco que Maia le había pedido antes de morir y se empeñó en entregar las cartas, el regalo y la grabación. No tuvo que contarle a Caterina lo sucedido, eso no, y lo alivia, pues no sabe si habría sabido cómo hacerlo o qué decir. No. Claudia hizo eso también y, de hecho, fue ella quien quiso hacerlo porque sintió que, siendo ella prácticamente, la única familia de Maia en la ciudad eso sería lo más apropiado, lo correcto.

Marko conoció a Caterina en el funeral y le sorprendió lo clara de su devastación. Fue la primera vez que vio a una persona con el alma hecha añicos y lamentó su situación, que era mucho más compleja que solo el sentimiento de pérdida. Era el amor que existía a pesar del más allá, era el mundo que cambiaba, el universo escapando de una cáscara de nuez; Caterina era su propia pérdida porque una parte de sí parecía haberse ido con ella, con Maia, para nunca volver.

Días después del funeral la llamó para decirle que tenía algunas cosas para ella, que Maia le había pedido entregar. Y se conmovió mucho al saber que la había amado hasta lo último, por encima de sus cobardías, las heridas y todo el caos del que fue capaz.

Se vieron un sábado en el Paseo del Lago y a Marko lo acompañó el cachorro que salvó el día del accidente, a quien llamó Luke, no por *Skywalker*, sino por el apellido de Maia que era Luken.

Se saludaron cordialmente y tras un corto abrazo, Marko le entregó el paquete que había traído para ella. Apenas lo recibió, Caterina empezó a llorar copiosamente. El dolor le era inevitable y no hay palabra capaz de ofrecer consuelo ante el sufrimiento que causan las pérdidas, así que se

limitó a acompañarla.

Un momento después, cuando ella se hubo calmado y trataba de secarse las lágrimas, él la invitó a sentarse para conversar un rato hasta que la calma le alcanzara para ver las cosas que le había dejado, pues no cree que hubiese podido lidiar con eso estando tan fuera de sí, pero la vio tan mal, que lo hizo preguntarse si había hecho bien al hacer esa entrega tan pronto y si no habría sido mejor esperar un tiempo más.

Ya en una banca, sentados uno junto al otro, Caterina abre el paquete y saca la carta, la grabadora portátil y el regalo.

—Si quieres, puedo dejarte sola... —Le propone él.

—No. Está bien. Prefiero que te quedes y no hacer esto sola, si es posible.

Él asiente guardando silencio y entonces ella, sabiéndose acompañada, abre la carta, pero las palabras son muy difíciles de leer y pronto la ahoga el vacío que siente en el pecho, ese hueco descomunal que antes llenaba Maia y que ahora no la deja respirar.

—No puedo hacer esto —dice entre el llanto.

—Está bien, no tienes que hacerlo ahora. Hazlo luego, cuando estés en casa, no te apures.

Marko intenta calmarla haciéndole ver que no está obligada a estudiar las cosas de inmediato, que puede hacerlo después, cuando pueda sentirse en libertad de sufrir sin considerar nada más que el luto que la embarga.

—Podemos conversar un rato, si prefieres —sugiere él.

—Sí, eso estaría bien —contesta ella tratando de controlar el llanto y de secar las lágrimas.

Y la verdad es que Marko siente curiosidad por esta persona, por esta mujer que solo conoce a través de los ojos de Maia y a quien nadie pareció entender. Así que, comparten una banca y conversan sobre sus propias historias de Maia, sobre la pérdida, sobre el amor.

Y ella le cuenta su historia y sus tragedias, y él le cuenta la anécdota de aquel accidente en el que conoció a una mujer que, para siempre, le cambió la vida.

XXXIII

MARKO: EPÍLOGO

A veces, en medio de nuestros planes, permanecemos ciegos de las posibilidades, cegados de las pistas que la vida nos da para empezar a enmendar o a cambiar de rumbo; permanecemos ofuscados, con la mirada terca y negada a mirar en otra dirección que no sea la de los planes ya hechos. Entonces, cuando la verdad inmensa surge bajo nuestros pies gritando que vamos en la dirección equivocada, la vida se nos parte en dos.

La vida se rasga, se corroe lenta, se nos gasta de a poco cuando no ponemos atención, y quedamos siempre preguntándonos: “¿qué hicimos mal?, ¿qué esquina cruzamos y no debimos?, ¿qué tanta fuerza nos hace falta para seguir? y ¿qué tantas ganas tenemos de seguir viviendo así?”.

Cuando la vida te sorprende así, con las manos en el pecho haciendo una cruz para cubrirte del impacto, con los ojos cerrados queriendo no ver lo que está a la vista y con la cara desfigurada en una expresión de pánico por no saber qué sigue después de este choque, de esta nueva visión del mundo, de este miedo... no queda más que sobrevivir. Pero eso no es suficiente; debemos reinventarnos, reconstruirnos; revivir de entre las cenizas de las tragedias que la vida nos impone en su afán de hacernos ver quiénes somos. Cada tragedia nos ayuda a liberar un poco ese corazón que enterramos en el fondo de todo lo que no nos atrevimos a ser, pero que, indudablemente, somos.

Aun sin saberlo, aun sin vivirlo y aun sin creerlo, existe en nosotros la certeza de nuestro destino. No es necesario que sepamos cuál es para que sea cierto. La vida siempre se encargará de despejar la vista para que veamos el camino y de golpearnos con fuerza para romper las cáscaras de todo lo que no es verdadero y exponernos al sol. Ella lo entendió de inmediato pero, a algunos, nos toma algo más de tiempo.

Cuando conocí a Maia, yacía boca arriba sobre el pavimento rodeada del caos y la incertidumbre propia de los accidentados.

Sus ojos claros lagrimeaban tristemente mientras, exploraban erráticos y temerosos el cielo nocturno en el que apenas y era posible distinguir alguna estrella entre el reflejo de las luces del tráfico y la cúpula de luz citadina; pero, ella pareció tranquilizarse al mirarlo.

Yo seguía las instrucciones para estos casos y trataba de hablarle para mantenerla despierta pero, casi al final, ella ya no podía escuchar nada, ni el sonido de mi voz, ni los gritos del personal de auxilio o el murmullo de la gente y las sirenas pululando frenéticamente a su alrededor, parecían existir para Maia. A ratos parecía sorprendida, tal vez incrédula de hallarse allí, en esa situación, una que uno nunca imagina para sí.

Estaba en sus treintas, era hermosa, tenía el cabello corto y castaño con brillos cobrizos, su piel era morena y sus ojos bellos eran tristes y claros.

Habría querido conocerla en otras circunstancias y verla en todo su esplendor, compartir con ella largas tardes de café, quererla de una manera más pausada, con el tiempo y las desilusiones inherentes al cariño; con las alegrías, los lamentos y con todo.

Al final, sus ojos, que por mucho rato habían buscado con insistencia un lugar para descansar, finalmente encontraron uno: Alnilam, que es una estrella, ahora lo sé.

—Alnilam... —La escuché murmurar—. Miré también y quizá creí saber, pero en ese momento realmente no sabía, veía puntos en el cielo y me pareció que daba lo mismo cualquiera. Sin embargo, era Alnilam, la estrella en el centro del Cinturón de Orión, la que se dejaba ver claramente en el cielo de aquella noche y la que era el centro de su atención. Me sorprendió que

su alma de astrónoma aficionada no la haya abandonado nunca y como incluso, en ese momento, fue capaz de reconocer su cielo.

Fijó la vista en la estrella y, poco después, sus pupilas se dilataron y su mirada se perdió para siempre. No quería irse sin saber a dónde ir —pensé—.

Luego vino la conciencia, el saber que se había ido, el reconocimiento del hecho para el cual yo estaba allí pero para el que no estaba preparado, porque la muerte es siempre una tragedia sin importar cuánto la esperes o la aceptes como un hecho inevitable y natural.

Fue entonces cuando sentí que el mundo se oscurecía y callaba para presentar sus respetos ante esa inmensa demostración de nuestra paradigmática insignificancia.

“Solo somos polvo de estrellas”, decía Sagan. Y ella lo sabía

Si te gustó esta novela, tómate un minuto para dejar un [review](#) que ayude a otros lectores a escoger su próxima lectura y que apoye, no solo la difusión de esta obra, sino también mi trabajo. Tu review me ayudará a seguir creando historias. Gracias, de todo corazón. —L. V. Velásquez

GLOSARIO

• **Arepita** (Arepa). Arepa. Del cumanagoto “erepa” (maíz). 1. F. Ant., Col. Y Ven. Especie de pan de forma circular, hecho con maíz ablandado a fuego lento y luego molido, o con harina de maíz precocida, que se cocina sobre un budare o una plancha.

• **Augusto, ta** : Del lat. Augustus. 1. Adj. Que infunde o merece gran respeto y veneración por su majestad y excelencia 2. Adj. Era u. Como tratamiento de Octaviano César, y más tarde de todos los emperadores romanos y sus mujeres.

• **Cometa**: Del lat. Comēta, y este del gr. Κομήτης komētēs, der. De κόμη kómē ‘cabellera’. 1. M. Astron. Astro generalmente formado por un núcleo poco denso y una atmósfera luminosa que lo envuelve, precediéndolo o siguiéndolo, según su posición respecto del Sol, y que describe una órbita muy excéntrica. 2. F. Armazón plana y muy ligera sobre la cual se extiende y pega papel o tela, con una cola de cintas o trozos de papel, que, sujeta con un hilo muy largo, se arroja al aire para que el viento la eleve, como diversión de los muchachos.

• **Corazón Púrpura**. El Corazón Púrpura (en inglés: Purple Heart) es una condecoración de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos con el perfil del general George Washington, otorgada en nombre del presidente a aquellos que han resultado heridos o muertos en servicio después del 5 de abril de 1917. Anteriormente denominada Insignia del Mérito Militar, que era un parche de tela cosido en forma de corazón de color púrpura, es la condecoración más antigua que aún otorgan las Fuerzas Armadas estadounidenses.

• **Chévere**. 1. Adj. (Ant., Bol., Col., El Salv., Hond., Pan., Perú y Ven.) Estupendo, buenísimo, excelente. 2. Adj. (Ant., Bol., Ec., Hond., Méx., Pan., Perú y Ven.) Primoroso, gracioso, bonito, elegante, agradable. 3. Adj. (Ant., Col., Pan., Perú y Ven.) Benévolo, indulgente.

• **Dale**. Verbo (Dar). 1. Entregar, otorgar, donar. 2. (Venezuela) Loc. Coloq. Acuerdo, aceptación de una acción (Ej.) ¿Lo hacemos así? ¡Dale! También: Permitir, para dar permiso, para dar aceptación (Ej.) ¿Te puedo preguntar algo? Dale, pregúntame.

• **Deconstruir**. Verbo. Deconstrucción. 1. F. Acción y efecto de deconstruir. 2. F. Fil. Desmontaje de un concepto o de una construcción intelectual por medio de su análisis.

• **Fachar**: Verbo. Consumir drogas deliberadamente, fumar marihuana. Drogarse. También robar, hurtar, sustraer.

• **Horizonte de Sucesos**. Astrofísica. En la Teoría general de la Relatividad el horizonte de sucesos es una hipersuperficie fronteriza que separa el espacio-tiempo del agujero negro. En esa frontera, los eventos de un lado no pueden afectar a los del otro, es decir, la luz que se emite desde el lado A, nunca podría alcanzar a un observador situado en el lado B.

• **Ipsa facto**. Latín. Loc. Por el hecho mismo, inmediatamente, en el acto.

• **Mocho**. Loc. Coloq. (Venezuela) 1. Incompleto, sin terminar. 2. Persona a quien le falta una de sus extremidades o parte de ellas, persona de extremidades incompletas.

• **Pa'lante**. Coloq. (Venezuela) Contracción coloquial de “Para” y “Adelante” (Tras, Echar Tras). 1. Sustituye los verbos: avanzar, continuar, seguir. 2. También los verbos: vencer, triunfar, ganar. Ej.: *Parece no haber esperanzas, pero pa'lante* (avanzaré). *Todo está en mi contra, pero pa'lante* (venceré).

• **Pa'tras**. Coloq. (Venezuela) Contracción coloquial de “Para” y “Atrás” (Hacia Atrás, Echar Atrás). 1. Sustituye: retroceder, no poder. 2. También: rechazo, negativa. Ej.: *Iba a cruzar, pero pa'tras*.

tuve que echar pa'tras (retroceder). Tenía muchas esperanzas, pero pa'tras (no pude). Todo estaba a mi favor, pero me echaron pa'tras (me rechazaron, dijeron que no).

- **Pilas.** Expresión coloquial. (Venezuela) 1. (estar, tener, poner pilas). Estar atento, en estado de alerta; tener cuidado. Advertencia y precaución. Ej.: Te dejo solo, ponte pilas (Te dejo solo, ten cuidado) 2. (Ser pilas) ser perspicaz, de atención aguda, tener ingenio, ser creativo. Capaz de inventar soluciones inesperadas. Ej.: Subir la montaña es muy difícil, pero él es muy pilas y lo logrará (Subir la montaña es muy difícil, pero él es muy ingenioso y lo logrará).

- **Torombólicamente.** Coloq. Referencia al personaje de caricaturas de la historieta Archi y sus amigos, a quien se le atribuye personalidad tonta y torpeza innata.

TABLA DE CONTENIDO

EXCRUCIÓ

I

MAYO, 2008

II

OCTUBRE, 2003

III

MAYO, 2008

IV

MAYO, 2008

V

ENERO, 2004

VI

MAYO, 2008

VII

JULIO, 2004

VIII

MAYO, 2008

ERAM

IX

ENERO, 2008 / HACE 4 MESES

X

FEBRERO, 2001

XI

MARZO, 2006

XII

SEPTIEMBRE, 2006

XIII

ENERO, 2008 / HACE 4 MESES

XIV

NOVIEMBRE, 2006

DĒSIDERIUM

XV

MARZO, 2008/HACE 2 MESES

XVI

ABRIL, 2006

XVII

MARZO, 2008 / HACE 2 MESES

XVIII

OCTUBRE, 2005

XIX

JUNIO, 2007

MARZO, 2008/HACE 2 MESES
AGOSTO Y NOVIEMBRE, 2007

XXI

FEBRERO, 2008 / HACE 3 MESES

XXII

MARZO, 2008/HACE 2 MESES
AGOSTO Y NOVIEMBRE, 2007

XXIII

OCTUBRE, 2007

RELIQUUM

XXIV

DOS SEMANAS PARA LA BODA

XXV

DOS SEMANAS PARA LA BODA

XXVI

DOS SEMANAS PARA LA BODA

XXVII

MÁS TARDE

TERMINATIO

XXVIII

UN DÍA DESPUÉS DE LA BODA

XXIX

DOS DÍAS ANTES DE LA BODA

XXX

UN DÍA DESPUÉS DE LA BODA

XXXI

REVELACIÓN

MŪTUS

XXXII

JULIO, 2008

XXXIII

MARKO: EPÍLOGO

About

Web

Simplementevalasquez.com



[@Simplementevalasquez](https://www.instagram.com/Simplementevalasquez)

Mail to

contacto@simplementevalasquez.com

Cuarta revisión, abril 9, 2019

Obra protegida por derechos de autor

Copyright © 2011, 2016, 2019 L. V. Velásquez Todos los derechos reservados.

SAPI Registro No. 8695, 2011
Registro de Obras No. 312232619, 2016

DNDA Certificado de registro No. 10-821-245, 2019

IEPI Certificado de Registro No. CUE-003734, 2019

Footnotes

[1] Overachiever: Del inglés. Persona que destaca más de lo esperado, alguien que suele tener más éxito. || Sobrecalificado, destacado..

[2] Hipster: Del inglés. Persona que busca ser diferente a través del rechazo de las modas populares. Persona que, tratando de ser distinta, busca alternativas de moda. Persona muy influenciada por tendencias y modas. A la moda, *chic*.

[3] Hot Pants: Del inglés. Pantalones cortos, *shorts*. Pantalones muy cortos

[4] Hodor: Referencia al personaje ficticio de la serie de libros de fantasía "Canción de hielo y fuego" (1996) del autor George R. R. Martin. Hodor es representado como un hombre alto de entendimiento lento, pero gentil y leal a la familia Stark que solo es capaz de decir una palabra: "Hodor".

[5] Referencia a parábola hindú *El elefante y los seis ciegos*. La interpretación de esta es propia de la autora.